

Salvador López Arnal

SESENTA (+ 1) RESEÑAS

Prólogo de Luis Martín-Cabrera

Salvador López Arnal

60 (+ 1) RESEÑAS

Copyleft 2011

*PARA FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY, QUE
ME ENSEÑÓ EL OFICIO.*

*PARA ANTONI DOMÈNECH, QUE LO
DOMINA COMO POCOS.*

Soñábamos algunos cuando niños, caídos
En una vasta hora de ocio solitario
Bajo la lámpara, ante las estampas de un libro,
Con la revolución. Y vimos su ala fúlgida
Plegar como una mies los cuerpos poderosos.

Jóvenes luego, el sueño quedó lejos
De un mundo donde desorden e injusticia,
Hinchendo oscuramente las ávidas ciudades,
Se alzaban hasta el aire absorto de los campos.
Y en la revolución pensábamos: un mar
Cuya ira azul tragase tanta fría miseria.

El hombre es una nube de la que el sueño es viento.
¿Quién podrá al pensamiento separarlo del sueño?
Sabedlo bien vosotros, los que envidiéis mañana
En la calma este soplo de muerte que nos lleva
Pisando entre ruinas un fango con rocío de sangre.

Un continente de mercaderes y de histriones,
Al acecho de este loco país, está esperando
*Que vencido se hunda, solo ante su destino,
Para arrancar jirones de su esplendor antiguo,
Le alienta únicamente su propia gran historia dolorida.*

*Si con dolor el alma se ha templado, es invencible:
Pero, como el amor, debe el dolor ser mudo:
No lo digáis, sufridlo en esperanza. Así este pueblo
iluso
Agonizará antes, presa ya de la muerte.
Y vedle luego abierto, rosa eterna en los mares.*

Luis Cernuda, "Lamento y esperanza". *Las nubes*
(1937-1940)

ÍNDICE

PRÓLOGO: “ELOGIO DE LA MINUCIOSIDAD”. LUIS MARTÍN-CABRERA

PRESENTACIÓN: TRABAJOS PARA EL VIEJO TOPO (Y PUBLICACIONES AFINES).

1. A PROPÓSITO DE *EL SASTRE DE ULM. EL COMUNISMO DEL SIGLO XX: HECHOS Y REFLEXIONES*. UN LIBRO IMPRESCINDIBLE PARA COMUNISTAS QUE ASPIREN A UNA NARRATIVIDAD CRÍTICA Y DOCUMENTADA, CIUDADANOS Y CIUDADANAS REBELDES Y MOVIMIENTOS SOCIALES NO SUMISOS”.

2. EN TORNO A LA EDICIÓN DE ANTONIO GRAMSCI, *CARTAS DESDE LA CÁRCEL*. VEINTISIETELETRAS, MADRID, 2010: UNA RECOMENDACIÓN SOLSTICIAL PARA LA CELEBRACIÓN REPUBLICANA DE LOS REYES ORIENTALES.

3. *LA REVOLUCIÓN CUBANA*, DE FRANCISCO LÓPEZ SEGRERA (EL VIEJO TOPO, BARCELONA, 2010). CONTRIBUYENDO AL DEBATE SOBRE EL FUTURO DE LA ISLA REVOLUCIONARIA

4. *SOBRE EL ORDEN DE EL CAPITAL. POR QUÉ SEGUIR LEYENDO A MARX*, DE CARLOS FERNÁNDEZ LIRIA Y LUIS ALEGRE ZAHONERO. “UNA LECTURA REPUBLICANA DE *EL CAPITAL*”.

5. PIERRE BOURDIEU Y JACQUES BOUVERESSE: SABIOS Y CIUDADANOS COMPROMETIDOS.

6. JAVIER MESTRE, *KOMATSU PC-340*. CABALLO DE TROYA, MADRID, 2011. “PARA QUE NOS DEJEN RESPIRAR”.

7. “DE UN CLÁSICO QUE CRECE Y CRECE CON EL PASO DEL TIEMPO”. NICHOLAS GEORGESCU-ROEGEN, *ENSAYOS BIOECONÓMICOS. ANTOLOGÍA*. LOS LIBROS DE LA CATARATA, MADRID, 2007. COLECCIÓN: CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO. EDICIÓN DE ÓSCAR CARPINTERO.

8. “MÉDEN AGAN (DE NADA EN DEMASÍA)”. MANFRED LINZ, JORGE RIECHMANN Y JOAQUIM SEMPERE, VIVIR (BIEN) CON MENOS. SOBRE SUFICIENCIA Y SOSTENIBILIDAD. ICARIA, BARCELONA, 2007. EDICIÓN AL CUIDADO DE JORGE RIECHMANN

9. “CRÓNICA DE UNA VIDA EJEMPLAR Y UN ASESINATO DE ESTADO”. MARIO AMORÓS, ANTONIO LLIDÓ, UN SACERDOTE REVOLUCIONARIO. PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA, VALENCIA 2007. PRESENTACIÓN DE PEPA LLIDÓ, PRÓLOGO DE PEDRO RUIZ TORRES.

10. “VUELTA DE LO INESPERADO”. UTOPIÁS E ILUSIONES NATURALES. FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY. LIBROS DE EL VIEJO TOPO. BARCELONA, 2007.

11. “EL COMPROMISO DE LOS CIENTÍFICOS”. ANN FINKBEINER, LOS JASONES. LA HISTORIA SECRETA DE LOS CIENTÍFICOS DE LA GUERRA FRÍA. PAIDOS, BARCELONA, 2007.

12. “PODERES FRAUDULENTOS”. CARLOS J. ÁLVAREZ, LA PARAPSIKOLOGÍA, ¡VAYA TIMO! EDICIONES LAETOLI, PAMPLONA, 2007.

13. “OTRO AGUJERO NEGRO DE LA TRANSICIÓN”. XAVIER CAÑADAS GASCÓN, EL CASO SCALA. TERRORISMO DE ESTADO Y ALGO MÁS. EDITORIAL VIRUS, BARCELONA, 2008.

14. “AUGE Y CAÍDA DE TEORÍA DE LA CAPA”. FRANS DE WAAL, PRIMATES Y FILÓSOFO. LA EVOLUCIÓN DE LA MORAL DEL SIMIO AL HOMBRE. PIADOS, BARCELONA, 2007.

15. “UNA BIOGRAFÍA POLÍTICO-INTELLECTUAL IMPRESCINDIBLE”. MARIO AMORÓS, COMPAÑERO PRESIDENTE. SALVADOR ALLENDE, UNA VIDA POR LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO. PUV, VALENCIA 2008, PRÓLOGO DE ÓSCAR SOTO GUZMÁN.

16. “SOBRE EL ESTADO (URBANO) DE NATURALEZA Y

EL AUTÉNTICO CHOQUE DE CIVILIZACIONES". MIKE DAVIS, PLANETA DE CIUDADES MISERIA. EDITORIAL FOCA, MADRID, 2007.

17. "UNA APROXIMACIÓN METAFÍSICA". TERRY EAGLETON, TERROR SANTO. DEBATE, MADRID, 2008. TERRY EAGLETON, TERROR SAGRADO. LA CULTURA DEL TERROR EN LA HISTORIA. EDITORIAL COMPLUTENSE, MADRID, 2007.

18. "UNA ATENTA Y DOCUMENTADA MIRADA A LAS DESIGUALDADES SOCIALES EN ESPAÑA". COLECTIVO IOÉ, BARÓMETRO SOCIAL DE ESPAÑA. ANÁLISIS DEL PERÍODO 1994-2006. TRAFICANTES DE SUEÑOS, CIP-ECOSOCIAL, MADRID, 2008.

19. DOS DÍAS ININTERRUMPIDOS DE FELICIDAD Y CONOCIMIENTO. Simon Singh, Big Bang. El descubrimiento científico más importante de todos los tiempos y todo lo que hay que saber acerca del mismo. Biblioteca Buridán, Barcelona, 2008.

20. "NOVELAS QUE ROMPAN LAS VITRINAS DEL LUGAR DONDE TODO SE VENDE". BELÉN GOPEGUI, UN PISTOLETAZO EN MEDIO DE UN CONCIERTO. ACERCA DE ESCRIBIR DE POLÍTICA EN UNA NOVELA. UCM-EDITORIAL COMPLUTENSE MADRID, 2008. PRESENTACIÓN DE LUIS MARTÍN-CABRERA.

21. "UTOPIÁS Y SUGERENCIAS CIENTÍFICO-REALISTAS". JOAQUIM SEMPERE Y ENRIC TELLO (COORDS). EL FINAL DE LA ERA DEL PETRÓLEO BARATO. ICARIA, BARCELONA, 2008.

22. "UNA PRIMAVERA QUE CONMOVIÓ AL MUNDO". GIAIME PALA Y TOMMASO NENCIONI (EDITORES), EL INICIO DEL FIN DEL MITO SOVIÉTICO. LOS COMUNISTAS OCCIDENTALES ANTE LA PRIMAVERA DE PRAGA. EL VIEJO TOPO, BARCELONA, 2008. PRÓLOGO DE JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS.

23. “Y OTRA MANO QUE TÚ NO CONOCISTE ENTONCES VIENE TAMBIÉN, BOLÍVAR, A ESTRECHAR A LA TUYA”. RICHARD GOTT, HUGO CHÁVEZ Y LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA. EDITORIAL FOCA, MADRID, 2006.

24. “LA EXQUISITEZ Y ECUANIMIDAD DE UN DIPLOMÁTICO”. ALFREDO TORO HARDY, HEGEMONÍA E IMPERIO. VILLEGAS EDITORES, BOGOTÁ 2007, PRÓLOGO DE ROBERT HARVEY.

25. “UN LEIBNIZ ENTUSIASMADO Y FEBRIL COPIA UN CUADERNO CODIFICADO DE DESCARTES”. AMIR D. ACZEL, EL CUADERNO SECRETO DE DESCARTES. UNA HISTORIA VERDADERA SOBRE MATEMÁTICAS, MISTICISMO Y EL ESFUERZO POR ENTENDER EL UNIVERSO. MONTESINOS (BIBLIOTECA BURIDÁN)

26. “DECLARACIÓN (POLÍTICA Y RAZONADA) DE AMOR”. MANUEL TALENS, CUBA EN EL CORAZÓN. COMENTARIOS APASIONADOS SOBRE LAS IMÁGENES CINEMATOGRÁFICAS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA. ALCALÁ EDITORES, ALCALÁ LA REAL (JAÉN), 2008, PRÓLOGO DE DIANA PALADINO.

27. “FIGURAS RESISTENTES”. ANNA LÁRINA, LO QUE NO PUEDO OLVIDAR. GALAXIA GUTENBERG, BARCELONA, 2007. PRÓLOGO DE ANTONIO MUÑOZ MOLINA E INTRODUCCIÓN DE STEPHEN F COHEN.

28. “EL DESAFÍO DE CONSERVAR LA BIODIVERSIDAD”. VANDANA SHIVA, LOS MONOCULTIVOS DE LA MENTE. PERSPECTIVAS SOBRE LA BIODIVERSIDAD Y LA BIOTECNOLOGÍA. FINEO EDITORIAL, MONTERREY (MÉXICO), 2008.

29. “DEL ENFRENTAMIENTO CONTRA LEYES INJUSTAS Y PRÁCTICAS POLÍTICAS INADMISIBLES”. DANIEL BERRIGAN, EL JUICIO DE LOS NUEVE DE CATONSVILLE. EDITORIAL HIRU, HONDARRIBIA, 2008. INTRODUCCIÓN DE ANDRÉS GARCÍA INDA.

30. “¡VIVA LA ILUSTRACIÓN!” CARLOS FERNÁNDEZ LIRIA, PEDRO FERNÁNDEZ LIRIA, LUIS ALEGRE ZAHONERO, EDUCACIÓN ÉTICO-CÍVICA. 4º ESO. AKAL, MADRID 2008

(ILUSTRADO POR MIGUEL BRIEVA).

31. “CONTRA LA FILOSOFÍA COMO TEORÍA PURA”. JUAN PEDRO GARCÍA DEL CAMPO Y MANUEL MONTALBÁN GARCÍA, *ATLAS HISTÓRICO DE FILOSOFÍA (DEL MUNDO GRIEGO AL INICIO DE LA ILUSTRACIÓN)*. TIERRADENADIE EDICIONES, MADRID, 2008.

32. “UNA VOZ DOCUMENTADA”. JOSÉ M^a AZPIROZ PASCUAL *LA VOZ DEL OLVIDO. LA GUERRA CIVIL EN HUESCA Y LA HOYA*. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE HUESCA, ÁREA DE CULTURA; HUESCA, 2008.

33. “¡PEQUEÑO GRAN LIBRO!” SANTIAGO ALVÁREZ CANTALAPIEDRA Y ÓSCAR CARPINTERO (EDS), *ECONOMÍA ECOLÓGICA: REFLEXIONES Y PERSPECTIVAS*. CÍRCULO DE BELLAS ARTES, MADRID, 2009.

34. “POR UN HUMANISMO NO ANTROPOCÉNTRICO DEL SER HUMANO INCOMPLETO”. JORGE RIECHMANN, *LA HABITACIÓN DE PASCAL. ENSAYOS PARA FUNDAMENTAR ÉTICAS DE SUFICIENCIA Y POLÍTICAS DE AUTOCONTENCIÓN*. LOS LIBROS DE LA CATARATA, MADRID, 2009.

35. “LAS SÓLIDAS Y PODEROSAS RAZONES DE UN MOVIMIENTO UNIVERSITARIO Y CIUDADANO”. CARLOS FERNÁNDEZ LIRIA Y CLARA SERRANO GARCÍA, *EL PLAN BOLONIA*. LOS LIBROS DE LA CATARATA, MADRID, 2009.

36. “CARGADO DE ERUDICIÓN Y PERSPECTIVA FEMINISTA”. EMILY WILSON, *LA MUERTE DE SÓCRATES. HÉROE, VILLANO, CHARLATÁN, SANTO*. MONTESINOS-BIBLIOTECA BURIDÁN BARCELONA, 2008.

37. “RAZONABLE Y ADMIRABLE CRÓNICA DE UN MIRISTA QUE FUE RESPONSABLE DE LA SEGURIDAD DE SALVADOR ALLENDE”. MAX MARAMBIO, *LAS ARMAS DE AYER*. DEBATE, MADRID, 2008.

38. “LAS PRETENSIONES POLÍTICO-FILOSÓFICAS DE LA SOCIOBIOLOGÍA”. DAVID N. STAMOS, *EVOLUCIÓN: LOS GRANDES TEMAS. SEXO, RAZA, RELIGIÓN Y OTRAS*

CUESTIONES. BARCELONA, BIBLIOTECA BURIDÁN, 2009.

39. “DESDE UNA DOCUMENTADA REBELDÍA”. CLARA VALVERDE, PUES TIENES BUENA CARA. SÍNDROME DE FATIGA CRÓNICA. UNA ENFERMEDAD POLÍTICAMENTE INCORRECTA, EDITORIAL MARTÍNEZ ROCA, BARCELONA, 2009.

40. “JUSTICIA CON LAS TRADICIONES OLVIDADAS”. RAÚL FORNET-BETANCOURT, MODELOS DE TEORÍA LIBERADORA EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA EUROPEA. EDITORIAL HIRU, HONDARRIBIA, 2009.

41. “EN LA SENDA DE DESPERTARES Y DE EL SISTEMA PERIÓDICO”. ADAM ZEMAN, RETRATO DEL CEREBRO, MONTESINOS (BIBLIOTECA BURIDÁN), BARCELONA, 2009.

42. “CON ESCASA, CON NULA EMPATÍA”. DIRK KRUIJT, GUERRILLAS. GUERRA Y PAZ EN CENTROAMÉRICA. ICARIA, BARCELONA, 2009.

43. “CONCEBIDO PARA GUSTAR”. SAMANTHA WEINBERG, ACUSANDO DESDE LA TUMBA. UNA HISTORIA VERDADERA DE ASESINATO Y ADN, MONTESINOS (BIBLIOTECA BURIDÁN), BARCELONA, 2010.

44. “ENTRAÑABLE HOMENAJE A LA TIERRA Y A LAS MANOS QUE LA TRABAJAN”. GUSTAVO DUCH, LO QUE HAY QUE TRAGAR. MINIENCICLOPEDIA DE POLÍTICA Y ALIMENTACIÓN. LOS LIBROS DEL LINCE, BARCELONA, 2010.

45. “LA AGUDA MIRADA CRÍTICA DE UN PERIODISTA CRÍTICO”. PASCUAL SERRANO, EL PERIODISMO ES NOTICIA. TENDENCIAS SOBRE COMUNICACIÓN EN EL SIGLO XXI. ICARIA, BARCELONA, 2010.

46. “UN HERMOSO DUETO. EN LA ESTELA DE JEAN-PAUL SARTRE Y BERTRAND RUSSELL”. TARIQ ALI, CONVERSACIONES CON EDWARD SAID. ALIANZA EDITORIAL, MADRID, 2010.

47. “REIVINDICACIÓN DEL PENSAMIENTO POLÍTICO DEL

AUTOR DE EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN". JEAN SALEM, LENIN Y LA REVOLUCIÓN. PENÍNSULA, BARCELONA, 2010.

48. "SOBRE GRANDES MITOS DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA". RONALD L. NUMBERS (EDITOR), GALILEO FUE A LA CÁRCEL Y OTROS MITOS ACERCA DE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN. MONTESINOS (BIBLIOTECA BURIDÁN), MATARÓ (BARCELONA), 2010.

49. "EL MAGISTRAL ESFUERZO COOPERATIVO DE RAMON GARRABOU". RAMON GARRABOU, SOMBRAS DEL PROGRESO. LAS HUELLAS DE LA HISTORIA AGRARIA. BARCELONA, CRÍTICA, EDICIÓN DE RICARDO ROBLEDO.

50. "VIVIENDO EN UNA CIUDAD SIN MURALLAS". TODD MAY, LA MUERTE. UNA REFLEXIÓN FILOSÓFICA. MATARÓ (BARCELONA), MONTESINOS-BIBLIOTECA BURIDÁN, 2010.

51. "UNA SINGULAR APROXIMACIÓN A LA HISTORIA SOCIAL DE LA LÓGICA 'CATALANA". XAVIER SERRA, HISTÒRIA SOCIAL DE LA FILOSOFIA CATALANA. LA LÓGICA (1900-1980). EDITORIAL AFERS, BARCELONA, 2010.

52. "MIRADA CRÍTICA SOBRE EL CREMATÍSTICO E INSACIABLE CORAZÓN DE LOS CENTROS HISPÁNICOS DE LA (DES)INFORMACIÓN". PASCUAL SERRANO, TRAFICANTES DE INFORMACIÓN. LA HISTORIA OCULTA DE LOS GRUPOS DE COMUNICACIÓN ESPAÑOLES. MADRID, EDICIONES AKAL, 2010.

53. "CLAVES INTERPRETATIVAS DE UN COLAPSO CIVILIZATORIO". RAMÓN FERNÁNDEZ DURÁN, EL ESTADO Y LA CONFLICTIVIDAD POLÍTICO-SOCIAL EN EL SIGLO XX. CLAVES PARA ENTENDER LA CRISIS DEL SIGLO XXI. MADRID, VIRUS EDITORIAL, 2010.

54. "UN VALIOSO REGALO DE DESPEDIDA". BERNARD PULLMAN, EL ÁTOMO EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO HUMANO. BIBLIOTECA BURIDÁN-MONTESINOS, BARCELONA, 2010.

55. "INFORMADÍSIMO PANORAMA". WENCESLAO J.

GONZÁLEZ, LA PREDICCIÓN CIENTÍFICA. CONCEPCIONES FILOSÓFICO-METODOLÓGICAS DESDE H. REICHENBACH A N. RESCHER. MONTESINOS, BARCELONA, 2010.

56. "CON NOCIONES CLARAS Y FRASES SIGNIFICATIVAS: CONTRA LAS PATOLOGÍAS DE LA MENTE". JESÚS MOSTERÍN, A FAVOR DE LOS TOROS. LAETOLI, PAMPLONA, 2010.

57. "CULTURA Y EVOLUCIÓN CULTURAL DESDE LA PERSPECTIVA MIMÉTICA". KATE DISTIN, EL MEME EGOÍSTA. BIBLIOTECA BURIDÁN-MONTESINOS, BARCELONA.

58. "DESLUMBRANTE E IMPRESCINDIBLE". JOAN BENACH Y CARLES MUNTANER (CON ORIELLE SOLAR, VILMA SANTNA Y MICHAEL QUINLAN Y LA EMPLOYMENT CONDITIONS NETWORK), EMPLEO, TRABAJO Y DESIGUALDADES EN SALUD: UNA VISIÓN GLOBAL. ICARIA, BARCELONA, 2010 (PRÓLOGO DE JOH

59. "TRASGREDIENDO LOS LÍMITES DE LA CAPACIDAD DE REGENERACIÓN DE LA BIOSFERA". RAMÓN FERNÁNDEZ DURÁN, EL ANTROPOCENO. LA EXPANSIÓN DEL CAPITALISMO GLOBAL CHOCA CON LA BIOSFERA. VIRUS EDITORIAL, BARCELONA, 2011.

60. "EL MELANOMA DEL MODELO INMOBILIARIO ESPAÑOL". JOSÉ MANUEL NAREDO Y ANTONIO MONTIEL MÁRQUEZ, EL MODELO INMOBILIARIO ESPAÑOL Y SU CULMINACIÓN EN EL CASO VALENCIANO. ICARIA, BARCELONA, 2011.

61. "UN EPISTEMÓLOGO QUE RECORRIÓ DE JOVEN LOS BARRIOS OBREROS DE BUENOS AIRES". MARIO BUNGE, LAS PSEUDOCIENCIAS. ¡VAYA TIMO!, LAETOLI, PAMPLONA, 2010.

EPÍLOGO: SIN SENTIMIENTOS NI DESEOS DE VICTORIA.

ELOGIO DE LA MINUCIOSIDAD

Luis Martín-Cabrera

Si estuviéramos en una de esas películas serie B de Hollywood y de repente se borrarán todos los archivos de nuestros discos duros y desaparecieran también todos los libros publicados en los últimos cuatro años, menos este que aquí se presenta, los historiadores y antropólogos del futuro podrían reconstruir casi milimétricamente qué leía la izquierda anticapitalista y revolucionaria en el Estado español, pues estas *Sesenta Reseñas* son en primer lugar una invaluable guía de lectura para quienes quieran adentrarse en el frondoso bosque de la producción ensayística de la izquierda española de los últimos años. Las y los que nos hemos malacostumbrado a leer las reseñas de López Arnal en *El viejo topo* o en otros medios digitales como *rebelión.org* ya no vamos a las librerías desnortados, porque sólo tenemos que preguntarnos qué estará leyendo Salvador López Arnal y eso nos ayuda a formarnos nuestro propio criterio y a separar el trigo de la paja en esta época en que la mayoría de las librerías se han transformado en supermercados que venden libros como podrían vender latas de fabada. Cada una de estas reseñas –incluso las más críticas– trata de rescatar de la maraña indescifrable de títulos y autores una joya escondida, un libro que nos haga pensar, que nos toque alguna fibra, que sirva de disparadero, que nos haga sentir y sobre todo actuar, pues ya sabemos que los filósofos han descrito el mundo, pero de lo que se trata realmente es de transformarlo.

En estas reseñas los lectores encontrarán reflexiones y revisiones de conocidos pensadores marxistas como Carlos Fernández Liria, Toni Domènech, Francisco Fernández Buey (a estos dos últimos está dedicado el libro), Mike Davis, Terry Eagleton, etc., pero también libros de historia sobre la Revolución Cubana, sobre Salvador Allende, sobre la transición a la democracia en España, sobre el FMLN y los Sandinistas, sobre la revolución bolivariana, novelas y también muchos libros sobre ciencia y ecología social pues, como todo el mundo sabe, Salvador López Arnal es un fiel, aunque no oficial, discípulo de Manuel Sacristán, uno de los primeros filósofos que se ocupó de la deriva ecológica hacia la que camina este planeta dominado por un capitalismo desembridado que parece no reconocer ni siquiera el límite de su propia autodestrucción.

Pero López Arnal no es un lector cualquiera, es en primer lugar un lector voraz, pantagruélico, alguien cuya curiosidad intelectual no tiene límites, alguien que lee compulsivamente, porque sabe bien lo que es no tener acceso a la educación y a la cultura, así que estas reseñas son también un trabajo de devolución y reflexión social, un intento de romper con la idea de la lectura como acto individual y aislado. Uno nunca lee sólo, parece sugerir Salvador López Arnal, no está bien eso de leerse todos estos libros y luego guardarse las lecturas en el bolsillo, leemos con otros, contra otros, para otros. Aunque leamos en silencio, el mundo no desaparece, la historia y la sociedad nunca quedan atrás como creían los formalistas rusos, por eso un comunista sólo puede hacer de la lectura un acto social, una manera de volcar el conocimiento adquirido para la sociedad con un libro libre como este, para que cualquiera lo pueda leer, un acto de generosidad que no pide

nada a cambio.

Pero López Arnal no es sólo un lector voraz, es sobre todo alguien que se hace preguntas en voz alta, alguien que escucha desde el otro lado y que devuelve a autores y lectores análisis pormenorizados de los textos que elige. Por eso, las reseñas de López Arnal son todas exquisitamente metódicas, desentrañan los argumentos de los libros, detalle a detalle, matiz a matiz, línea a línea, contradicción a contradicción, destello de luz a destello de luz. Uno puede estar en desacuerdo o no con los argumentos que esgrime López Arnal, pero nadie podrá negarle su inmensa capacidad para leer minuciosamente, nadie podrá decirle que lee superficialmente o que los libros pasan por él sin que él pase detenidamente por ellos. Quedan pocos lectores con esta capacidad de detectar imposturas intelectuales, sucedáneos del pensamiento crítico, modas pasajeras y sustitutos del pensamiento ilustrado e insurgente que defiende aquí y en otras partes de su obra López Arnal.

El libro termina con un epílogo bellísimo titulado “Sin sentimientos de victoria” que incluye una cita de la pianista lisboeta María Joao Pires en la que se pregunta por qué las manos de los pianistas tendrían que valer más que las de un agricultor. Sospecho que la mano que ha escrito estas reseñas no trata de vencer a nadie, porque, aunque vivamos en una monarquía, no es la mano de un súbdito, es la mano de un obrero ilustrado, de un ciudadano que se hace preguntas, porque aunque el mundo sea un lugar inhóspito, siempre nos queda la palabra.

Luis Martín-Cabrera, Universidad de California, San Diego.

TRABAJOS PARA EL VIEJO TOPO (Y PUBLICACIONES AMIGAS)

Si mi memoria ha acuñado bien esta moneda, publiqué mi primera reseña en *Nous Horizons*. Un libro sobre Nissan, espléndido en mi recuerdo, fue la excusa para ello. La escribí al alimón con un compañero de trabajo, un documentado y cultísimo profesor de Historia del IES Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet (Barcelona) cuyo nombre he cometido la torpeza e injusticia de olvidar. Fue él, con diferencia que casi avergüenza al cabo de los muchos años, quien participó más activamente en la confección y escritura de “nuestro” texto. Su generosidad fue la casa, única en este caso, de que mi firma figurase al lado de la suya.

Fue Francisco Fernández Buey, que también me enseñó en esta tarea, quien posteriormente me sugirió que escribiera notas, artículos, alguna antología, por qué no una reseña para *El Viejo Topo*. Miguel Riera, su director, me animó también a ello con insistencia y generosidad. Me aficioné. Probablemente en exceso y no siempre con resultado destacable. Con los años, he ido publicado reseñas en otras revistas, en publicaciones como *mientras tanto*, una tan sola, o *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, y posteriormente en páginas electrónicas. Rebelión es una de las más que he frecuentado.

El grueso de las reseñas aquí he seleccionadas han sido publicadas en su mayor parte en *El Viejo Topo*. He llegado a hacerme pesado, más que pesado, en esta mítica revista. No creo que sean muchos menos de cien los trabajos que allí he ido publicando con los años. Demasiados sin duda; procuraré y deberé controlarme en el futuro.

Los ensayos reseñados, de los que el lector podrá ver aquí una amplia selección, lo son sobre temas en los que he intentado introducirme en estos últimos años. Poca filosofía tradicional, menos de la necesaria; bastante historia y economía, también menos de la que sería conveniente saber; mucha filosofía e historia de la ciencia, no siempre de las últimas aportaciones en esos ámbitos; reseñas de textos políticos más o menos tradicionales, y algún pinito, muy pocos, en el ámbito de la crítica literaria (la imprudencia a veces, como en este caso, deviene osadía).

Luis Martín-Cabrera ha tenido la gentileza de escribir el prólogo que abre estas páginas. Agradecerle su contribución es lo mínimo que debo hacer; decir que es todo un honor para mi que haya accedido a ello no es sólo cortesía básica sino una afirmación verdadera y muy sentida. Ni que decir tiene, como el lector ya habrá podido comprobar, que en sus palabras hay mucho de amistad y muchísimo más de generosidad intelectual.

El índice está lleno, pletórico más bien, de hiperenlaces que permitirán al lector/a moverse arriba y abajo. Cada reseña permite un retorno al inicio del índice del volumen por si el lector desea saltarse páginas y más páginas que no sean de su interés.

Gracias por la lectura.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

A PROPÓSITO DE LUCIO MAGRI, *EL SASTRE DE ULM. EL COMUNISMO DEL SIGLO XX: HECHOS Y REFLEXIONES.*

“UN LIBRO IMPRESCINDIBLE PARA COMUNISTAS QUE ASPIREN A UNA NARRATIVIDAD CRÍTICA Y DOCUMENTADA (Y PARA CIUDADANOS Y CIUDADANAS REBELDES Y MOVIMIENTOS SOCIALES NO SUMISOS)”.

Si fuera responsable de formación, discusión o lectura de una organización que estuviera dispuesta a combatir, con tenacidad, sin desalentarse y en la medida de sus fuerzas, por debilitadas que estas estuvieran, contra las injusticias alélicas que nos rodean y generalizan aceleradamente, recomendaría sin vacilar la lectura -capítulo por semana, 22 en total, seis meses de excelente y sustantiva enseñanza- de uno de los mejores libros que yo he leído sobre lo que podríamos llamar, con alguna imprecisión, historia del comunismo resistente del siglo XX, italiano este caso aunque no sólo: *El sastre de Ulm*. El subtítulo: *El comunismo del siglo XX: hechos y reflexiones*: no afirma por afirmar: se describen situaciones de manera documentada y nunca trivial y se *reflexiona* sobre ellas. El prólogo de Manuel Monereo está a la altura del ensayo. No es cualquier cosa y no era tarea fácil.

Por si fuera necesario, que no lo es, me permito trazar una breve presentación del autor. Lucio Magri, como reza en la solapa interior del libro, es uno de los exponentes de mayor relieve de la izquierda crítica del PCI. Fue uno de los fundadores de *Il Manifesto*, diario del que si no ando errado llegó a ser director (También, de 2000 a 2005, Magri dirigió la revista de *Il Manifesto*, el suplemento mensual del periódico). Expulsado del PCI en 1970, tras los 68 y la invasión de Praga, fue secretario general del Partido de la Unidad Proletaria (PDUP), desde 1976 a 1984, uno de los nada alocados partidos de la poblada izquierda comunista de la época. El giro impuesto al partido de Togliatti por el segundo Berlinguer, impulsó la convergencia de ambas organizaciones. Años más tarde, Magri se opuso a la transformación-disolución del Partido de Gramsci y tras la formación de Rifondazione comunista aceptó presidir su grupo parlamentario. Dimitió al constatar que la nueva formación carecía de auténtica voluntad para conseguir una verdadera refundación, la tarea de la hora.

La edición de *Il sarto di Ulm* tiene la siguiente estructura: Prólogo: Manuel Monereo. Introducción. Capítulo 1. La herencia <El fardo del hombre comunista. El genoma Gramsci>. Cap. 2. Un acto fundacional, el giro de Salerno. <La Liberación. Los gobiernos de unidad nacional, 1944-1947. El partido nuevo>. Cap. 3. Al borde de la tercera guerra mundial. <La guerra fría de larga duración. La gran sorpresa. La nueva guerra fría. La invención de la Alianza Atlántica>. Cap. 4. Los comunistas y la nueva guerra fría. <La réplica de Stalin. El error de la Kominform. Los años duros>. Cap. 5. El shock del XX Congreso. <El inicio de la desestalinización. El XX Congreso y el Informe secreto. Polonia o Hungría>. Cap 6. El PCI en la desestalinización. <Togliatti y el Informe secreto. La segunda tempestad. El VIII Congreso>. Cap 7. El caso italiano. <El milagro económico. El retorno de la clase obrera>.

Cap. 8. El centroizquierda. Cap. 9. El PCI frente al neocapitalismo <Derecha e izquierda. Las tendencias del neocapitalismo. Modelo de desarrollo y reformas de estructura>. Cap. 10. El XI Congreso. <La legitimidad de la discrepancia. URSS y China>. Cap. 11. El largo sesenta y ocho italiano. <La centralidad obrera. Estudiantes y alrededores. El Concilio Ecuménico>. Cap. 12. El PCI ante el sesenta y ocho. <El prólogo. Praga se queda sola. El partido y los movimientos. Longo, Berlinguer. La “radiación” de il manifesto>. Cap. 13. Hacia el final de la partida. <La crisis económica. Un matrimonio nunca consumado. Los primeros pasos de una política>. Cap. 14. El compromiso histórico como estrategia. Cap. 15. Del apogeo a la derrota. <El dilema de 1976. La gran coalición y su fracaso. Omisiones, reticencias, mentiras>. Cap. 16. Lo que se cocía en la olla. En Italia. <El milagro a la baja>. Cap. 17. Lo que se cocía en la olla. En el mundo. <La última guerra fría. Crisis en el Este. Kissinger, genial cuanto malvado. El nuevo viento del Oeste>. Cap. 18. Los fatales años ochenta. <El segundo Berlinguer. La recuperación del conflicto de clase. La cuestión moral. La ruptura. Un balance provisional>. Cap. 19. Natta, el conciliador. Cap. 20. Andropov, Gorbachov, Yeltsin. <La Perestroika. De Gorbachov a Yeltsin>. Cap. 21. El fin del PCI. <La operación Occhetto. La unanimidad sorprendente. La Bolognina, entre el sí y el no. Las tres escisiones>. El apéndice es un texto de 1987: “Una nueva identidad comunista”. Sus apartados: Desarrollo y naturaleza. Abundancia y pobreza, necesidades y consumos. La cuestión del trabajo. La impotencia de la soberanía popular. La forma partido. Tan actual como entonces, no es una exageración.

Todo lo que nos ha importado a lo largo de muchos años, casi todo lo que también nos sigue importando. Destaco ahora, por ejemplo, las páginas dedicadas por Magri al “segundo Berlinguer”, un sentido homenaje a un dirigente italiano que muchos escuchamos emocionados en 1977 en la plaza Monumental de Barcelona (pronto: ex plaza de toros). Unas quince mil personas, algunas más seguramente, oyéndole hablar en un italiano impecable en un silencio sepulcral. Liturgia comunista del más alto nivel y profundidad. Inolvidable.

Las razones para recomendar la lectura del libro del compañero Magri se agolpan. Cualquier enumeración peca por injusta. Dos entre mil doscientas posibles: hable de lo que hable, sea cual sea el tema objeto de su análisis, Magri siempre logra -“siempre”, tarskianamente, es siempre- una mirada propia, un análisis no trillado. Magri camina por senderos no transitados con frecuencia, repensando con frutos una historia mil veces leída o escuchada pero no siempre bien explicada y comprendida. Sea el tema que sea: la URSS, el o los 68, Praga, Hungría, Berlinguer, el compromiso histórico, la desaparición del PCI, la extrema izquierda italiana, la guerra fría, el estalinismo, el papel histórico de Stalin, Togliatti, Andropov. Es igual, tanto da. Siempre, en todo momento, hay un punto de vista propio, informado, argumentado e interesante.

La segunda razón. El que es propiamente el último capítulo del libro -21: “El fin del PCI”- se inicia con las siguientes palabras: “Llego en condiciones pésimas. Ante todo, y sobre todo, porque tras un breve intervalo retomo la pluma en un momento en el que vivo un profundo drama personal. Ha desaparecido Mara, mi amadísima compañera: no es sólo un dolor sino una amputación de mí mismo que no cicatrizará, que vuelve opaca la inteligencia

y débil la voluntad. Y justo en el lecho de muerte me ha impuesto la promesa de continuar mi vida, sin ella, al menos hasta que haya terminado el trabajo que había comenzado durante los años de sus sufrimientos. Y sé que si lo dejase en este momento ya no sería capaz de mantener la promesa". ¿Han leído alguna vez palabras tan necesarias, emotivas y contenidas a un tiempo? ¿Habló alguien alguna vez, y generalizó urbi et orbe, de hombres de mármol, hierro o uranio? ¿Así fueron los y las comunistas? ¿Fue así en todos o en la mayoría los casos? ¿Esa es su historia, nuestra historia? Basta. Nos han intentado dormir con todos los cuentos, nos los sabemos todos.

Lucio Magri presentó hace un par de meses su libro en Barcelona. En la Facultad de Filosofía de la UB. La editorial responsable de la edición, Libros de El viejo topo, hizo todo lo posible y un poco más para dar a conocer el encuentro. En la mesa, Tono Lucchetti, Francisco Fernández Buey y Miguel Candel, y el compañero que traducía a Magri. Pocos ciudadanos, escasos estudiantes, menos filósofos, para un político-intelectual de su altura y unos acompañantes que recogen y simbolizan lo mejor de la filosofía política hispánica de las últimas décadas.

En el texto que tenía escrito para su presentación, a sus casi ochenta años de edad, Magri presentaba y reflexionaba sobre el siguiente problema, otro ejemplo de una inteligencia política que sólo puede producir reconocimiento y admiración:

He venido sobre todo, comentó Magri aquella tarde, "para plantearos un problema que considero muy importante, no sólo para vosotros sino para todos". El siguiente: "Es indiscutible que, cuando empezó la guerra civil, los comunistas españoles eran una exigua minoría. Pero es igualmente indiscutible que en los años de la guerra los comunistas se multiplicaron, tanto entre la población como en las instituciones". ¿Por qué? Podía deberse a varios motivos señaló: "la ayuda material de la Unión Soviética, la oleada de voluntarios que llegaban de otros países, el papel político que desempeñó Palmiro Togliatti y las cualidades organizativas de Luigi Longo". No es fruto de ningún "nacionalismo italiano" su comentario, verdad de la buena.

También es indiscutible, proseguía Magri, que el PCE-PSUC, con la energía que le aportaba la generosa juventud comunista, "fue el único que, durante décadas y en la clandestinidad, se opuso al régimen franquista". ¿Único? ¿Exagera un tanto Magri? No mucho, no mucho. Magri prosigue su relato: "Unas veces cometió errores (como el de un amago de lucha armada), otras obtuvo grandes éxitos (huelgas generales, creación de una sólida red sindical). Pero sus militantes demostraron en todo momento un extraordinario coraje individual, que muchas veces pagaron con sus vidas". El amago de lucha armada hace referencia a la penetración por el Valle de Arán y no es seguro que fuera un disparate en aquellas circunstancias. Los actos desesperados pueden contener fuertes nudos de racionalidad.

Franco murió en 1975. Deberíamos otorgar gran atención a ese año, señaló el autor de *El sastre de Ulm*. En ese momento, esas fueron las palabras de Magri, "el régimen estaba dividido en conservadores moderados, influidos por el Opus Dei y partidarios de una suerte de democracia controlada, y fascistas ortodoxos. Casi simultáneamente se derrumbaban los regímenes semifascistas de Portugal (debido a la insurgencia de los oficiales del ejército orientados hacia la izquierda) y de Grecia". Los principales partidos comunistas europeos intentaban liberarse de la obediencia debida a

Breznev. En Francia, por ejemplo, recordó Magri, el acuerdo entre el PCF y el Partido Socialista estaba a punto de llevar a Mitterrand a la presidencia con un programa transformador, no claudicante. En Italia, se había registrado hacía poco “una clamorosa afirmación electoral del PCI” que había superado el 35% de los votos y se había convertido en el partido italiano más votado. Además, todo el occidente capitalista se veía sometido a una grave crisis económica y en el seno de la socialdemocracia europea, según Magri, se desarrollaban discusiones no trilladas.

De este conjunto de hechos nacía una cuestión, señaló Magri, sobre la cual había leído y discutido mucho con muchos compañeros, sin lograr encontrar una respuesta adecuada. La cuestión: ¿cómo puede explicarse que el PCE, con su patrimonio histórico, en un momento histórico en el que la suerte aún no estaba echada, en las primeras elecciones legislativas más o menos democráticas tras la muerte del dictador, obtuviera sólo (Magri escribió: “un miserable”) el 10% de los votos, por no hablar, además, de las numerosas crisis que sufrió posteriormente? ¿Cómo se explica, añadía el autor italiano, “que en España, durante décadas, se hayan alternado en el poder ex facistas remozados o socialdemócratas que poco tenían de socialistas?” Socialdemócratas, desde luego, es un generosísimo término que Magri usa para una descripción rápida, no científica.

El problema no atañía sólo a los comunistas o a los ciudadanos españoles. Atañía a toda la izquierda europea, una izquierda que se había “puesto de rodillas ante la hegemonía de los Reagan, las Thatcher, los Blair, por no hablar del horrendo Berlusconi; atañe a esa izquierda que hoy, a pesar de la crisis económica y de civilización que doblega el planeta, sigue perdiendo fuerza e identidad cultural”.

Desde luego, finalizaba Magri, no era su intención “achacaros la responsabilidad de esta decadencia”. Él quería solamente entender “por qué la ocasión de realizar un verdadero cambio fue sofocada por la voluntad de censurar el pasado y convertir en mito la modernidad que homologa a todos”. En palabras que demuestran una inteligencia para la síntesis que está al alcance de pocos: ¿por qué la movida fue más llamativa que el desempleo?

No pedía una respuesta, solamente esperaba que su libro contribuya a estimular la reflexión. Tal vez un esbozo de respuesta, señaló, podía encontrarse en las palabras del mismísimo Franco cuando, sacando sus propias conclusiones, afirmó: “He construido una clase media fuerte”.

Aquí, en esta última afirmación no dice nada nuevo Magri. El sociólogo reaccionario Juan José Linz ya apuntó esa idea de diseño social hace décadas. En su libro, en su imprescindible ensayo, Lucio Magri, una inteligencia política como pocas, aventura otra conjeturas y reflexiones de mayor interés. No se las pierdan.

PS: Recuerdo el poema de Brecht, “El sastre de Ulm” (*Historia de almanaque*, Alianza, Madrid, traducción de Joaquín Rábago) que da título al libro:

-¡Obispo, puedo volar!-
le dijo el sastre al obispo.
-¡Fíjate, voy a probar!-
Y con algo como alas
el sastre subió al lugar

más alto de la catedral.
Pero el obispo no quiso mirar.
- Como el hombre no es un ave,
eso es pura falsedad -
dijo el obispo del sastre
- Nadie volará jamás.-
- El sastre ha muerto - la gente
al obispo fue a informar
Fue una locura. Sus alas
se tenían que desarmar.
Y ahora yace destrozado
sobre la plaza de la catedral.
- ¡Que repiquen las campanas!
Era pura falsedad
Como el hombre no es un ave
- dijo el obispo a la gente -
nunca el hombre volará! -

Febrero de 2011.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

A propósito de la edición de Antonio Gramsci, *Cartas desde la cárcel*. Veintisietelettras, Madrid, 2010.

“Una recomendación solsticial para la celebración republicana de los Reyes orientales”.

No es propiamente una reseña. Pretende ser una modesta y prudente indicación para esta época de regalos y celebraciones.

Me atrevo a sugerir, con total garantía de éxito y comprensión, una recomendación para estos días de encuentros, fiestas, deseos de renovación y esperanza de tiempos nuevos en un tiempo (moderno y postmoderno) que huele a viejo, incluso a apollado, y sobre todo a época dura y difícil. Gramsci, el autor en cuestión, ya habló de un mundo grande y terrible.

La recomendación: la lectura, no digo adquisición aunque no sería ningún despilfarro consumista en este caso, de las *Cartas desde la cárcel* de Antonio Gramsci traducidas por Esther Benítez, editadas y prologadas por uno de los grandes italianistas y gramscianos que ha dado hasta la fecha la cultura hispánica, el profesor compañero, inevitable referente de toda izquierda no entregada y documentada digna de ese nombre, Francisco Fernández Buey.

Las cartas del revolucionario sardo, editadas por primera vez en 1947, diez años después de su fallecimiento, ganaron el Viareggio, el máximo galardón literario de Italia. Einaudi las reeditó en 1965 y la edición del malogrado Antonio A. Santucci, la más reconocida, apareció en 1996. Ricardo Piglia ha escrito sobre ellas y, más en general, sobre la obra del resistente italiano: “Gramsci, un lector increíble, el político separado de la vida social por la cárcel, que se convierte en el mayor lector de su época. Un lector único”.

Fueron traducidas al castellano por Esther Benítez en los años 70. La edición, la valiente edición de veintisietelettras, toma pie en su trabajo y añade 30 letras más seleccionadas y traducidas por Francisco Fernández Buey y el joven filósofo Miguel Candiotti.

Las razones se agolpan para justificar la recomendación. Déjenme señalar brevemente algunas de ellas.

Para empezar, y de forma destacada, nada lateral, por la presentación del volumen, por el magnífico prólogo que ha escrito Francisco Fernández Buey. Nos tiene acostumbrados el autor de *Utopías e ilusiones naturales* a textos imprescindibles -*Escritos sobre Gramsci, Leyendo a Gramsci*- pero el prólogo que ha escrito para la ocasión está entre lo mejor que puede leerse sobre la obra del dirigente encarcelado del PCI en mi opinión. No exagero. Léanlo antes de leer las cartas y, háganme caso, cuando hayan acabado de leerlas. Empieza, como el buen cine, por todo lo alto. Con estas palabras: “Antonio Gramsci ha sido seguramente el pensador marxista más original del período de entreguerras y, con Guevara, probablemente el más apreciado por los comunistas marxistas que vivieron en la segunda mitad del siglo XX. Cuando el siglo XX tocaba a su fin, el historiador británico Eric Hobsbawm recordaba que Antonio Gramsci se había convertido en el pensador italiano más repetidamente citado en las publicaciones de humanidades y ciencias sociales”. No es nada habitual, prosigue el catedrático de filosofía moral de la

Pompeu Fabra, “que coincidan el aprecio político y el aprecio académico en una misma persona” (p. VII).

El escrito continúa hasta el fin a esa misma altura.

Está, en segundo lugar, la traducción, la magnífica traducción a un castellano vivo de Esther Benítez, trabajo con el que no desentona las traducciones de las nuevas cartas que han realizado Fernández Buey y Candiotti.

Y están, desde luego, las cartas, las cartas que un revolucionario comunista encarcelado dirigió a su cuñada Tatiana (o Tania); a su mujer, Julia Schucht, Yulca; a sus hijos Delio y Giuliano, ambos con la madre en Moscú y a los que apenas conoció Gramsci; cartas a su madre, que murió en 1932 si bien su hijo en prisión lo supo bastante después; a los hermanos y a otros parientes. Una parte de ellas fueron escritas para conocimiento de Piero Sraffa, su gran amigo, el gran economista italiano especialista en David Ricardo que hacía de enlace con la dirección del Partido Comunista italiano.

Un ejemplo de esas cartas. Una no fechada que Gramsci dirigió a Delio: Queridísimo Delio:

me siento un poco cansado y o puedo escribirte mucho. Tú escíbeme siempre y de todo lo que te interesa en la escuela. Yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombres vivos y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte más que nada. Pero, ¿es así?

Te abrazo, Antonio.

Y por debajo, dentro y al lado de esas cartas, la vida de un hombre que había nacido en Cerdeña un 22 de enero de 1891 y que falleció el 27 de abril de 1937, a los 47 años de edad, tras sufrir una hemorragia cerebral. Había cumplido condena seis días antes.

Otro gran gramsciano, amigo, compañero y maestro de Fernández Buey, Manuel Sacristán, habló de él en estos términos en el que sería su último texto largo, la presentación de la traducción castellana de Miguel Candel del undécimo Cuaderno:

“[...] El proceso de Gramsci, que terminó con una condena a 20 años, 4 meses y 5 días de presidio, estaba destinado a destruir al hombre, como redondamente lo dijo el fiscal, Michele Isgrò "Hemos de impedir funcionar a este cerebro durante veinte años". Por eso los *Cuadernos de la cárcel* no valen sólo por su contenido (con ser éste muy valioso), ni tampoco sólo por su contenido y por su hermosa lengua, serena y precisa: valen también como símbolos de la resistencia de un "cerebro" excepcional a la opresión, el aislamiento y la muerte que procuraban día tras día sus torturadores. El mismo médico de la cárcel de Turi llegó a decir a Gramsci, con franqueza fácilmente valerosa, que su misión como médico fascista no era mantenerle en vida. El que en condiciones que causaron pronto un estado patológico agudo Gramsci escribiera una obra no sólo llamada a influir en generaciones de socialistas, sino también, y ante todo, rica en bondades intrínsecas, es una hazaña inverosímil, y los *Cuadernos* son un monumento a esa gesta”.

Unos versos de Pier Paolo Pasolini, de *Las cenizas de Gramsci*, se

incluyen en la hermosa y cuidada solapa del volumen:

¿Me pedirás tú, muerto descarnado
abandonar esta desesperada
pasión de estar en el mundo?

Enero de 2011

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

En torno a *La revolución cubana*, de Francisco López Segura (El Viejo Topo, Barcelona, 2010).

“Contribuyendo al debate sobre el futuro de la isla revolucionaria”.

I. El objetivo de *La revolución cubana*, el nuevo libro de Francisco López Segura, es trazar una visión sintética de la realidad actual de la Revolución Cubana. No es poco.

El capítulo I, “Raíces Históricas y Principales Contradicciones de la Revolución Cubana”, analiza las raíces históricas de la revolución y explica por qué Cuba no colapsó al desintegrarse la URSS en 1991 y derrumbarse poco antes el campo socialista. El capítulo II, “Itinerario de la Revolución y Situación Actual”, ofrece un itinerario sucinto del proceso revolucionario en lo económico, político, social, internacional y cultural. El tercero, “Propuestas de Cambio, Escenarios y Alternativas”, el núcleo básico de la aportación, presenta y defiende un conjunto de proposiciones para llevar a cabo cambios en los ámbitos económico, político, social, cultural e internacional. El autor enumera posibles escenarios que harían más viables sus propuestas y sugiere alternativas de política gubernamental en las áreas mencionadas que propiciarían un terreno más favorable para el despliegue de las propuestas de cambio que formula y defiende.

Francisco López Segura caracteriza su tarea como una contribución al debate que se está desarrollando tanto en su país como en el resto del mundo sobre el futuro de Cuba, “pero sin rechazar ni descalificar otras propuestas”. El libro incluye unas notas de conveniente lectura (páginas 127-134), una amplia bibliografía (pp. 135-158) y una no menos interesante cronología (pp. 93-125). Un ejemplo de esas notas: “Mientras los cinco héroes cubanos están en la cárcel por tratar de evitar el terrorismo contra Cuba, Luis Posada Carriles, un conocido terrorista, vive plácidamente en Miami”.

Algunos datos sobre el autor. Francisco López Segura es doctor en Estudios Latinoamericanos por la Sorbona y profesor titular y antiguo vicerrector del Instituto Superior de Relaciones Internacionales de Cuba desde 1980 hasta 1989, donde sigue dictando cursos de prospectiva de la globalización periódicamente. López Segura trabajó también en la UNESCO entre 1994 y 2002: fue consejero regional de Ciencias Sociales y Director del Instituto Internacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe. Profesor visitante de catorce universidades de África, América Latina, España, EEUU, Francia, Reino Unido, Austria, Canadá y Rusia, es actualmente asesor académico y profesor de la GUNI, de la Global University Network for Innovation de la Universidad Politécnica de Catalunya. Entre sus numerosas publicaciones vale la pena recordar: *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)*; *Raíces históricas de la revolución cubana (1868-1959)*, *Cuba después del colapso de la Unión Soviética* y, finalmente, *América Latina y el Caribe en el siglo XVI* (en autoría compartida con Francisco Mojica y con prólogo de Federico Mayor Zaragoza e introducción de Immanuel Wallerstein).

La revolución cubana se abre con una cita marxiana de la *Crítica del Programa de Gotha*: “Sólo digo esto para salvar mi alma”. FLS dice lo que nos

quiere decir sin intenciones ocultadas, con honestidad política, recordando que el 31 de julio de 2006, Fidel Castro, debido a serios problemas de salud, delegó la presidencia cubana, con carácter provisional, en el segundo Secretario del Partido y entonces Ministro de las Fuerzas Armadas: Raúl Castro, su hermano. Meses después, el 24 de febrero de 2008, Castro, Raúl, fue elegido Presidente de Cuba.

En esta nueva etapa, no podía ser de otra forma, se han ido produciendo cambios, de lo cual no se colige claro está que la sociedad cubana abonara anteriormente el inmovilismo social y estéril como signo distintivo, y han emergido o se han consolidado viejas y nuevas tendencias: consultar con la ciudadanía en torno a qué socialismo se desea construir, una de las preguntas centrales de la política comunista de siempre y, especialmente, en este siglo XXI; pensar sobre la descentralización del Estado cubano; retornar aspectos de interés y acaso aún vigentes de la reforma económica abandonada en 2000; reafirmar el papel clave jugado por las fuerzas armadas en la economía (las FAR, señala el autor en nota "son la institución más exitosa en Cuba en lo que a organización y cumplimiento de sus misiones concierne", p. 127); la eliminación de algunos programas, no de todos, de la batalla de ideas, el movimiento ideológico impulsado por Fidel Castro a principios de 2000 para lograr traer a Cuba al niño Elián González, programas que se consideran insostenibles económicamente; anulación de ciertas subvenciones y gratuidades; reducción del aparato administrativo del Estado mediante la fusión de ministerios, y racionalizar las fuerzas productivas, la fuerza de trabajo cubana, lo que el autor, tomando prestado una metáfora poco afortunada, llama "mano de obra".

El éxito o no de esta política, su profundidad y velocidad, sostiene el autor, condicionará el escenario político que prevalecerá en Cuba en el próximo futuro. El mismo conjetura las siguientes posibilidades: la transformación hacia el socialismo del siglo XXI según las raíces históricas propias de la revolución; el inmovilismo; una economía al estilo de la existente en China y Vietnam, que FLS llama muy generosamente "socialista de mercado; derrumbe e implosión del estado cubano: siguiendo un proceso similar a los de la Unión Soviética y los países del bloque de Europa del Este o bien debido a una sublevación interna; derrocamiento del gobierno revolucionario por invasión militar de Estados Unidos. En páginas posteriores FLS se adentrará en estos escenarios. Y sin duda, tomará partido. El lector/a ya puede intuir cual es su apuesta

FLS finaliza su presentación de *La revolución cubana* por lo que él mismo llama "una periodización tentativa" (vale la pena insistir: tentativa), ciertamente muy apretada, de la Revolución Cubana en nueve fases. La siguiente:

1. 1959-1961. Desde la victoria revolucionaria contra la dictadura de Batista hasta la declaración de su carácter socialista en 1961.

2. 1961-1970. La Revolución trató de desarrollar un modelo original. No condenó la invasión de Checoslovaquia de 1968 por tropas del pacto de Varsovia y no logró los diez millones de toneladas de azúcar en la zafra de 1970. El apoyo a movimientos revolucionarios de todo el mundo (recordemos Congo, Bolivia) y la voluntad para construir un modelo socialista original fue sustituido por una alianza más cercana con la URSS después de 1968. En opinión de FLS, ello no implicó la subordinación a los dictados de Moscú, pero

“sí la aceptación de su modelo que alcanzó un acuerdo general en el liderazgo”. El autor, curiosamente, no cita un hecho decisivo en estos años: la crisis de los misiles que puso al mundo, nuevamente, al borde del abismo nuclear.

3. 1970-1975. En lo cultural, el cambio hacia el modelo soviético fue denominado “el quinquenio gris”: política de línea dura respecto a los intelectuales. Al final de esta etapa, en 1975, se celebró el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.

4. 1975-1986. Cuba alcanzó en esta etapa un considerable crecimiento económico y logros institucionales, además de victorias militares importantes en Angola y Etiopía. En opinión de FLS, cuando se inició en 1986 el proceso de rectificación de errores, el sistema ya “daba muestras de estancamiento en lo económico y signos de corrupción y crisis”.

5. 1986-1990. El proceso de rectificación fue interrumpido en 1990 tras el derrumbe del campo socialista. Se inicia el período especial.

6. 1990-1993. El derrumbe del denominado “socialismo real” y la ruptura de las relaciones económicas con el CAME, “tuvo un impacto terrible en la economía cubana”. Cuba apenas tenía vínculos comerciales de importancia con otros países.

7. 1993-2000. Reformas económicas, se establecieron nuevos vínculos comerciales. El principal socio comercial continuó siendo Rusia por algunos años; seguida de España, Canadá, China, países de América Latina y algunos países europeos. Consecuencia de ello: la irrupción de desigualdades crecientes.

8. 2000-2006. La movilización ciudadana para devolver de Miami a Elián González implicó “un resurgimiento del espíritu revolucionario”. En lo económico, señala FLS, “se inició la promoción de un modelo centralizador con una inserción internacional basada en acuerdos políticos”. El modelo implicó: dedicar enormes recursos al área social mediante los programas especiales de la “Batalla de Ideas”. Lanzados y dirigidos por Fidel Castro, estos programas “tuvieron como fin corregir las desigualdades originadas por la reforma económica”. Venezuela, la Venezuela chavista, pasó a ser el principal aliado político, económico y comercial de Cuba.

9. 2006-2010. El 31 de julio de 2006, Fidel Castro delegó la Presidencia del país provisionalmente. El 24 de febrero de 2008, Raúl Castro fue electo Presidente. El 13 de julio de este mismo año, el ex presidente cubano Castro reapareció en la televisión. La primera vez desde que enfermó cuatro años antes. En sus sucesivas intervenciones, señala FLS, “en julio, agosto y septiembre se concentró en el análisis de la situación internacional sin referirse a la situación interna de Cuba”.

El capítulo I del ensayo está centrado en las “RAÍCES HISTÓRICAS Y PRINCIPALES CONTRADICCIONES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA”. A él dedicaremos nuestra próxima entrega.

*

II. El objetivo de *La revolución cubana*, el nuevo libro de Francisco López Segre, es trazar, como se señaló, una visión sintética de la realidad actual de la Revolución Cubana. El capítulo I del ensayo está centrado en las “RAÍCES HISTÓRICAS Y PRINCIPALES CONTRADICCIONES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA”. “Razones de una independencia tardía” es el primer apartado de

este capítulo.

Es necesario señalar en primer lugar, apunta FLS, “la debilidad de la burguesía dependiente cubana, a diferencia de la importancia que algunos sectores de esta clase adquirieron en otros países de América Latina”. Esa debilidad fue efecto de circunstancias históricas: la lucha por la independencia no culminó en 1825, como en la mayor parte de la América continental, sino 73 años más tarde, en 1898. El sector más poderoso de la oligarquía criolla, radicado en la parte occidental de la isla, no era independentista: “no deseaba perder el capital invertido en esclavos y temía una sublevación esclava similar a la de Haití”. La lucha de liberación implicó la ruina de gran parte de la burguesía cubana, ruina que fue total en el sector oriental de la isla, devastado por la contienda: “las guerras de independencia (1868-1898) y la competencia del azúcar de remolacha dieron lugar a un proceso de concentración industrial que sólo pudo ser afrontado por los más ricos”. Esta lucha independentista “incitó a los intereses oligárquicos del sector sobreviviente de la burguesía cubana a formar una coalición antinacional con los potentes intereses azucareros norteamericanos, que les ofrecían mejores perspectivas de beneficios que el mercado español”. Estos intereses fueron complacidos por la intervención del naciente imperialismo norteamericano a finales de la guerra de 1895 y, más tarde, por el gobierno del primer Presidente, Tomás Estrada Palma, “viabilizando así la integración de la economía cubana al mercado norteamericano y el incremento veloz de sus enormes inversiones”.

La gran debilidad de la burguesía cubana en los años 30 impidió que, tras derrocar al dictador Gerardo Machado, se mantuviera en el poder el gobierno Grau-Guiteras surgido de la revolución de 1933 y “animado por una ideología industrial-nacionalista, similar a la que llegó al poder en otros países de América Latina en estos años”. El reducido bloque corporativo privilegiado cubano-norteamericano-español propició una vez más la intervención imperial “que fue apoyada, como antaño, por los servidores locales de sus intereses (Céspedes, Mendieta, Batista) que eran, en definitiva, los mismos del imperialismo, frustrando el proceso revolucionario que se inició en 1933”.

El hombre fuerte de la política cubana entre 1934 y 1944 fue Fulgencio Batista. Derrocó a Grau con golpe contrarrevolucionario y contó con el apoyo incondicional del Ejército, del que provenía, del bloque oligárquico cubano y de la embajada usamericana. Ejerció su poder entre 1934 y 1940 través de varios presidentes: Mendieta, 1934-35; Barnet, 1935-36; Miguel Mariano, 1936; Laredo Brú, 1936-40. Entre 1934 y 1937 llevó a cabo una cruenta represión militar contra las fuerzas revolucionarias, sin distinción alguna, que aspiraban a la ruptura de la relación neocolonial.

En 1940, Batista fue electo Presidente. Tras un débil período democrático entre 1940 y 1952 -presidencias de Batista, Grau y Prío-, en 1952, se produjo un golpe de estado de Batista apoyado por sus valedores de siempre: EE.UU, el ejército cubano y sectores de la oligarquía nacional. Al adquirir un carácter masivo la protesta armada contra la dictadura, iniciada por Fidel Castro con el ataque al Cuartel Moncada en 1953 y llevada luego por éste, como líder máximo del Movimiento 26 de julio, al plano de la lucha armada en las ciudades y en la guerrilla, a partir de su desembarco en diciembre de 1956, “la burguesía dependiente cubana comenzó a mirar con beneplácito una posible solución populista a través de Fidel Castro”. Empero,

el proyecto político fidelista le permitió trascender la protesta populista de líderes nacionalistas de los 30 y 40 y adentrarse en la transformación revolucionaria socialista, “fusionando la corriente democrático-nacionalista radical de José Martí, Guiteras y Chibás con la socialista representada por Baliño, Mella y el Partido Comunista, en una síntesis ideológica marxista, profundamente enraizada en la problemática nacional y en el pensamiento revolucionario del país, y cuyo núcleo teórico esencial, de fuerte impronta martiana”, está ya esbozado, en opinión, en la defensa de Castro de 1963 conocida como “La historia me absolverá”.

Las causas de la Revolución cubana son tema del siguiente apartado del capítulo. La Revolución fue la respuesta popular “a las contradicciones creadas en la sociedad por el modelo neocolonial impuesto por los Estados Unidos”. En lo político, señala FLS, “la expresión de este modelo era la dictadura de Batista; en lo económico, el subdesarrollo; en lo social, un desempleo del 20% (y un elevado índice de subempleo); en lo internacional, la ausencia de una política exterior independiente; y en lo cultural, una crisis creciente de la identidad nacional, penetrada por las imágenes del “american way of life”, pese a la existencia de una “cultura de resistencia””. Tras las agresiones de Estados Unidos -sabotajes, ruptura de relaciones diplomáticas, invasión de Playa Girón, establecimiento del bloqueo-, Cuba, en opinión de FLS, “no tuvo otra opción que la alianza con la URSS mediante acuerdos económicos y de diversa índole”, y posteriormente mediante su integración en el Consejo Económico de Ayuda Mutua (CAME). Sabido es que la enorme, la abisal crisis económica que Cuba afrontó en 1989 fue el resultado de la ruptura de sus vínculos comerciales con el CAME.

Cuba, prosigue FLS, se recuperó parcialmente durante los 90, pero, el dato es muy importante aunque el índice medidor sea discutible, “hasta 2006 no alcanzó un PIB similar al obtenido en 1989”, ¡17 años antes!. Para el autor, el principal desafío actual “es construir un nuevo modelo de socialismo para prevenir el retorno de Cuba al capitalismo dependiente y al modelo neocolonial anterior a la Revolución”. Ello exige decidir con urgencia qué nuevas políticas deben ser adoptadas y abrir un gran debate sobre qué debe ser, como debemos pensar, el socialismo del siglo XXI.

Al derrumbe del “socialismo real” y el período especial (1990-2006) está dedicado el tercer apartado del capítulo. Algunos signos de la crisis económica aparecieron ya en 1986. La dirección cubana abonó “el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas” con la finalidad de volver a lo que el autor llama “mística de los años 60”. Hubo resistencia en la dirección cubana “para hacer cambios al principio de los años 90”. Desde 1989, recuerda FLS, el gobierno cubano ha estado lidiando con enormes desafíos. Entre ellos, la desintegración y derrumbe de la URSS y de los países socialistas del Este europeo; la emergencia de un mundo unipolar liderado por Estados Unidos; la crisis económica y social de los países del Sur; la ofensiva, ciertamente exitosa, de la contrarrevolución neoliberal; la crisis económica mundial en la que seguimos inmersos; catástrofes naturales, al igual que “la necesidad de Cuba de reintegrarse en un nuevo tipo de mercado global pese a la hostilidad del bloqueo de EE.UU”. Incluso demasiado para toda una revolución popular como lo es la revolución cubana.

Durante todo este período -1989-2010- los objetivos principales de la revolución, en opinión de FLS, han sido los siguientes: 1. Construir un modelo

económico intensivo en capital. 2. Mantener la legitimidad y credibilidad en el terreno político “a pesar de una desigualdad social creciente”. 3. Evitar el aislamiento internacional. 4. Mantener la moral y capacidad estratégica de las fuerzas armadas. Para él, “el desempeño ha sido mejor en los dos últimos aspectos que en lo económico y político, donde los cambios han sido bastante lentos y no siempre sistemáticos”. La reforma económica de 1993 permitió la restauración de algunos mercados e iniciativas privadas prohibidas durante “el proceso de rectificación” y autorizó el empleo de divisas, pero aunque esa reforma ha tenido logros —la inversión extranjera y la reducción del exceso de dinero circulante, por ejemplo— “éstos no han sido principalmente el resultado de un plan total, sino de un grupo de medidas de carácter financiero”. Para FLS, “el desarrollo de la economía cubana depende, no del exceso o la falta de circulante —aunque esto sea una variable importante— sino de su capacidad productiva”.

La reforma se ralentizó a finales de los 90 e incluso involucionó en muchos aspectos desde el 2000: “las aperturas internas y externas fueron acotadas y en ningún momento alcanzaron la dimensión de las reformas económicas de China o Vietnam”, reformas que FLS no presenta aquí de manera crítica. Ese mismo 2000, se inició “la Batalla de Ideas”: un nuevo programa de nueva centralización económica con profundos objetivos sociales. Pero, según FLS, “esta nueva tendencia no pudo revitalizar la producción, ni solucionar en forma duradera el creciente desempleo y subempleo a pesar de los éxitos parciales de los programas de trabajadores sociales— ni eliminar la corrupción”.

El levantamiento de las sanciones contra el empleo de divisas ha significado la exclusión del consumo en las tiendas de divisas de aquellos ciudadanos cubanos “que no reciben dinero de parientes en el extranjero o grandes cantidades de divisas o pesos de transacciones en la economía privada (alquiler de habitaciones en casas y departamentos, restaurantes, etc.), del mercado negro o bien por prácticas corruptas en puestos del gobierno”. Se promovió la legalización del uso de las divisas, recuerda FLS, pero para mitigar sus inevitables efectos en lo que concierne a la aparición rápida de desigualdades, una solución paralela, que FLS no concreta ni tan siquiera sugiere, “debería haberse puesto en práctica para solucionar el problema de los bajos salarios de profesores, médicos y otros profesionales que ganan menos que los policías, camareros o taxistas”. El resultado, señala críticamente FLS, “ha sido privar a algunos de los sectores más capaces y revolucionarios de la sociedad cubana de una remuneración adecuada”.

En el ámbito político, prosigue el autor, “pese a ciertas reformas y a que el liderazgo ha mantenido la legitimidad, la credibilidad, y el apoyo de amplios sectores de la población, son necesarios cambios profundos”. En su opinión, las prácticas participativas democráticas no han alcanzado su potencial en el sistema político cubano en parte porque el proceso de institucionalización de los años setenta “fue contaminado por el modelo soviético”. Actualmente, señala, “el llamado al sacrificio personal para alcanzar la futura prosperidad y la igualdad no moviliza como en el pasado, debido al impacto, sobre todo en las generaciones jóvenes, del derrumbe del socialismo, de las carencias materiales y del aumento de la desigualdad durante el Período Especial”. La erosión del consenso debido al desgaste del modelo en las condiciones del período especial es innegable, sostiene FLS. La

pobreza, la desigualdad y la marginalidad, a pesar de los muchos esfuerzos realizados, “han crecido desde los años 90 tan rápido como el resentimiento de aquellos excluidos de las ventajas de poseer divisas o posiciones de poder”.

En síntesis, resume FLS, el objetivo principal de su análisis es demostrar la necesidad de encontrar soluciones mediante políticas ad hoc a lo que él llama, al estilo maoísta clásico, “principales contradicciones”: 1. Descentralización institucional y necesidad de participación política eficaz versus centralización y estatismo desmesurado. 2. Programas sociales versus un bajo crecimiento económico. 3. Equidad contra desigualdad creciente. 4. Ingresos por el trabajo versus mercado negro. 5. Valores socialistas frente a la crisis de valores. 6. Institucionalización sólida contra instituciones débiles y prácticas ilegales. 7. Apoyo internacional contra el bloqueo de EE.UU. versus “la crítica en lo que concierne a la democracia y los derechos humanos en la Isla”. Hay necesidad urgente, en opinión de FLS, “de adoptar políticas que refuercen la posibilidad de un mejor escenario en lo económico, político, social, cultural e internacional”. FLS señala que él mismo formulará algunas propuestas, que tratará de identificar algunos de estos escenarios y que recomendará “alternativas de políticas que pudieran ser adoptadas por el gobierno, basándome en mis propias investigaciones y en lo que ya ha sido sugerido por los cubanos durante las reuniones sostenidas en 2007 y posteriormente”.

El último apartado del capítulo pretende responder a la siguiente pregunta, una pregunta que se extendió como la pólvora en los años noventa: “¿Por qué no se derrumbó el socialismo en Cuba?”. La respuesta del autor sigue el siguiente desarrollo:

La Revolución nació de contradicciones generadas por el modelo neocolonial impuesto por los Estados Unidos. Las raíces históricas y los logros de la revolución impiden a la gran mayoría de los cubanos considerar las proposiciones made in Miami entre los llamados disidentes internos “como una alternativa al período especial o a la Revolución”. La cultura cubana es “una cultura de resistencia” (las guerras de independencia duraron unos treinta años y murieron en ellas más de 400.000 cubanos, cerca de un tercio de la población de la Isla en esa época). Esta “cultura de resistencia”, abonada por un nacionalismo radical anti-imperial y las ideas socialistas, se siguió desarrollando durante el siglo XX. La independencia de Cuba en 1902, tránsito del colonialismo español al neocolonialismo estadounidense, dio pie a intervenciones militares de EE.UU. que fueron frecuentes durante las primeras décadas del siglo XX. Cuba siguió siendo esencialmente una plantación de caña de azúcar: “los tratados de “reciprocidad” comercial de 1902 y 1934 con los Estados Unidos, especializaron aún más el país como productor de azúcar e impidieron su desarrollo industrial” y el mercado interno fue saturado por productos norteamericanos. Este modelo neocolonial acentuó el subdesarrollo y la dependencia.

Por lo demás, el pueblo cubano tiene un alto grado de cohesión nacional. Sus luchas revolucionarias –entre otras, la anticolonial del siglo XIX (1868-1898); varios levantamientos en las primeras décadas del siglo XX; la revolución de los años 30; la insurrección victoriosa contra Batista de 1959; el triunfo en Playa Girón en 1961, y las victorias militares en misiones internacionalistas en Angola y Etiopía- han fortalecido, en opinión de FLS, “su

disposición a la lucha y a la resistencia”. Por lo demás, punto nada marginal, “la imagen de los países donde se derrumbó el “socialismo real” no es atractiva”.

No es extraño entonces, concluye FLS, que a principios de los 90 numerosas voces en los Estados Unidos -Wayne Smith, Jefe de la Sección de Intereses de los Estados Unidos en Cuba durante la presidencia de Carter, es un ejemplo; Tim Golden, periodista del New York Times, es otro ejemplo conocido- afirmasen que Fidel Castro “todavía disfruta de un apoyo significativo” o que “el gobierno recibe un apoyo sustancial”.

“El itinerario de la revolución y la situación actual” da título al segundo capítulo de libro.

*

III. Como se ha señalado en anteriores entregas, *La revolución cubana*, el nuevo libro de Francisco López Segrera, traza una visión sintética de la realidad actual de la Revolución Cubana. En el capítulo II se expone el itinerario de la revolución y su situación actual. Me centraré aquí en sus dos primeros apartados.

El primero está dedicado a las “Vicisitudes del desarrollo económico socialista”. El análisis sobre los modelos de desarrollo socialista en la ex-URSS, en los países de Europa del Este, en China y en Vietnam, dan lugar a la siguiente pregunta: “¿Hay un modelo exitoso de desarrollo socialista o el socialismo es la transición entre el capitalismo y el capitalismo?”. Es la pregunta de la hora, de nuestra hora. El autor, vale la pena destacarlo, no se muestra muy crítico del modelo de desarrollo, que considera socialista, de China y Vietnam. Ambos países “han alcanzado éxitos importantes en muchas áreas como, por ejemplo, en la reducción de la pobreza”.

Algunos datos facilitados por el autor sobre la evolución económica cubana que es imprescindible recordar: en 1989, el volumen de las importaciones cubanas era de 8 mil millones de dólares; en 1992, 2,2 mil millones, apenas una cuarta parte; en 1993, no hace falta recordar el escenario internacional, la cuantía de las importaciones se redujo aún más: 1.719 millones. Cuba tuvo que vencer esta crisis económica, señala FLS, “cerrando el déficit de seis mil millones de dólares en su capacidad de importar y obteniendo la autosuficiencia de alimentos”. El primer objetivo fue alcanzado, el segundo quedó ubicado en el territorio del deseo.

Transitando por la misma senda informativa: cuando la Revolución triunfó, el comercio exterior estaba controlado casi en su totalidad por Estados Unidos: suministraban el 75% de las importaciones y adquirían el 66% de las exportaciones cubanas. Desde el golpe de estado de Batista, desde 1952, los productos principales de la economía cubana (concretamente, el 100% del níquel y el 50% de la producción de azúcar) quedaron en manos usamericanas, “que tenían en usufructo las mejores tierras y casi la totalidad de las minas”. Durante 1959-1963, la estrategia económica dio prioridad a la industrialización y a la diversificación de la agricultura.

En 1964, esta estrategia, que duró una década aproximadamente, fue rectificada para favorecer la producción agrícola (azúcar especialmente). En Cuba, que entró en el CAME en 1972, la industrialización se convirtió en la estrategia principal de desarrollo y, señala FLS, el “sistema de dirección y

planificación de la economía" (SDPE), basado en el "cálculo económico", fue aplicado en todo el país. Resultado: "un incremento de la producción en la industria, la agricultura y en todos los sectores". Su implementación, sin embargo, generó problemas y limitaciones que la dirección política cubana trató de suprimir en 1986 mediante el proceso de "rectificación de errores", proceso que fue también "una forma de respuesta a los cambios en las relaciones internacionales que se iniciaron con la perestroika ese mismo año".

Errores que se intentaron rectificar: el crecimiento de tipo extensivo "fue la principal característica de la evolución de la economía de cubana en los años 1975-89, previos a la crisis de inicios de la década de los noventa". Este crecimiento fue de baja eficiencia y tuvo un alto nivel de compensación por vía externa. Los defectos y carencias fueron señalados aquel mismo año, durante el 3er. Congreso del PCC: "productos de mala calidad, mala planificación, incumplimiento de contratos con los países socialistas, insuficiencias en la producción industrial y agrícola, mala concepción y aplicación del sistema de normas y primas, tendencias hacia la corrupción y el beneficio personal, burocracia, y falta de responsabilidad en el cumplimiento de las tareas". Todo ello se debía, en gran parte, sostiene FLS, "a las modalidades de concepción y aplicación del SDPE". La Comisión Nacional del SDPE. fue creada "para mejorar estas estructuras y eliminar gratuidades innecesarias": el salario mínimo fue elevado; se ajustaron las normas para evitar pagos excesivos y se crearon contingentes de fuerza de trabajo con un nuevo espíritu productivo; la estadística fue racionalizada y se hizo un esfuerzo para disminuir los gastos sociales.

Algunos datos económicos complementarios que también es bueno recordar: desde la ofensiva revolucionaria de 1968, la casi totalidad de los sectores económicos fueron nacionalizados: sólo el 30% del sector agrícola pertenecía al sector privado y existía también un pequeño sector de trabajadores independientes; durante el Primer Congreso del PCC, en 1975, se ratificó el predominio de la propiedad estatal y se promovieron a las cooperativas en el sector campesino, las Cooperativas de Producción Agrícola (CPA). Con respecto al sector no nacionalizado, se autorizó en 1980 lo que había sido suspendido en 1968: el mercado libre campesino; seis años más tarde, mayo de 1986, Fidel Castro criticó el mercado libre campesino: era un obstáculo al desarrollo del movimiento cooperativo, era una fuente de enriquecimiento privado y dañino: con ello el mercado libre campesino fue suprimido, "comprometiéndose el Ministerio de la Agricultura a suplir esta oferta con la producción agrícola del sector estatal"; en 1994, "dada la manifiesta incapacidad del Estado para suplir los productos agrícolas que necesitaba la población", apunta FLS, la venta libre de productos agrícolas en los denominados mercados agropecuarios se autorizó nuevamente; la reforma económica en 1993 autorizó expedir licencias a los trabajadores por cuenta propia.

El nuevo modelo y estrategia de desarrollo económico comenzado al final de los años 80 —fortalecimiento del sector estatal; restricción de las relaciones monetario mercantiles; nuevo proceso inversionista— fue reafirmado en 1991 en el IV Congreso del Partido Comunista. Las prioridades establecidas fueron esta vez: el programa alimentario y la industria farmacéutica y biotecnológica. "También se favoreció el movimiento de

innovadores, que buscaban soluciones cubanas a la reconversión tecnológica y a la sustitución de importaciones”. En el curso de los 90s, “se añadió el turismo a estas prioridades y la exportación de servicios profesionales y técnicos. Esta estrategia también favoreció las exportaciones tradicionales (azúcar, cítricos, níquel, pescado, café y tabaco) y nuevos productos y servicios en los campos de la asistencia médica, los deportes, la cultura y la educación”. Las industrias artesanales locales fueron también apoyadas.

Fue en 1993, tal vez por el “síndrome de la perestroika” señala FLS, “es decir, por la preocupación del liderazgo cubano de que cambios muy bruscos y en dirección al mercado pudieran dar al traste con el socialismo cubano”, cuando se inició la reforma económica como una estrategia de recuperación ante el derrumbe del socialismo. Esta nueva política, además de las prioridades anteriormente señaladas, “estimuló las inversiones extranjeras y su contribución con tecnologías y mercados”. De un modo paralelo, “esta política trató de asegurar el ingreso mínimo para cada familia, y promovió las políticas sociales como una prioridad esencial”. Ello no evitó que el nivel de vida de la población cayera drásticamente durante el período especial. El forzado modelo sufrió graves desafíos: “pérdida de los mercados tradicionales del CAME, bloqueo, epidemias y catástrofes climáticas”. Principales consecuencias: déficits en el consumo de energía, en la alimentación, en la calidad de los servicios médicos y educacionales...

En el nuevo modelo, con contradicciones casi inevitables (coexistían cuatro formas de economía: la estatal; la que funciona con divisas en los enclaves turísticos; la emergente de pequeñas empresas privadas (restaurantes, habitaciones de alquiler) que exigen el pago en divisas, y el mercado negro). Por lo demás, fueron dos los escenarios de consumo generados con obvias y fuertes contradicciones sociales: el primero, el privilegiado, “con un mercado cuya oferta es accesible sólo a través de la moneda convertible”; el segundo mercado estuvo “sometido a las regulaciones, restricciones y escasez propias del período especial”.

La reforma, “parcial y generadora de las contradicciones ya mencionadas”, logró una cierta reanimación de la economía: el PIB creció en 0,7% en 1994 en relación con 1993 (bajó un 34,3% si lo comparamos con 1989!, apenas años antes). FLS sostiene que en la adopción de estas medidas “podrían haber jugado un cierto papel las tensiones sociales y políticas a que dieron lugar las carencias propias del Período Especial, así como las manifestaciones de protesta de algunos sectores marginales, que se produjeron en La Habana en agosto de 1994, y que dieron lugar a la emigración masiva en balsas hacia los EE.UU. autorizada por el gobierno cubano (crisis de los balseros)”.

Algunas de las medidas adoptadas —la apertura de mercados externos y la promoción de la inversión extranjera— fueron más estables que las que se adoptaron hacia la economía interna: “en este caso fueron restringidas, y aún suprimidas en algunos casos, durante la Batalla de Ideas comenzada en el año 2000”. A diferencia, pues, de lo sucedido en China y Vietnam, la reforma económica cubana “asumió la opción de una economía mixta regulada por una combinación singular de planificación y mercado. Su lógica implicaba redistribuir las divisas. Esto explica que los precios en las tiendas en que se venden productos en divisas (TRD) son 270% más elevados que en otros países”. Entre 1995 y 2000 el país alcanzó una tasa de crecimiento medio del

4,5 %; en 2006, por fin, el valor del PIB cubano fue equivalente al alcanzado... en 1989!

Empero, la crisis “y las formas que adoptó la reforma económica” repercutieron en el incremento de los precios que prevalecían en la economía informal y en el conjunto de la economía. Una profunda inflación fue la consecuencia. Se produjo además la devaluación del capital humano y de los servicios profesionales en sectores claves como la medicina y la educación. “La migración de profesores, ingenieros y otros profesionales hacia la economía informal, hacia aquellas actividades que operan en divisas como el turismo y aún a países extranjeros”, fue el resultado de todo ello. Una economía basada principalmente en los ingresos del turismo y en las remesas es muy vulnerable, recuerda FLS. La economía cubana en los últimos años “ha dependido de la venta de servicios profesionales, en especial en el sector de la salud”.

Desde el principio del período que el autor ha llamado de “la Batalla de Ideas”, en el año 2000, y sobre todo durante 2004 y 2005, se adoptaron algunas medidas para corregir las contradicciones provocadas en el ámbito social: “se detuvo la expansión de la iniciativa privada y fueron suspendidas las licencias para el trabajo por cuenta propia —en 1999 había 360.000 licencias y en 2010 solo 110.000—, se incrementaron las pensiones y se aprobaron ayudas directas para las familias más pobres”. El mayor crecimiento del PIB en esta década fue alcanzado en 2006, con una tasa del 12,1 %. Desde entonces, ha disminuido: 7,3 % en 2007; 4,3 % en 2008 y 1,4 % en 2009. La tasa de desempleo disminuyó: mientras que en 1995 era del 7,9%, en 2008 fue solo de 1,6%. Actualmente, sin embargo, hay “1.300.000 trabajadores subempleados y en riesgo de perder sus empleos”..

Por si faltara poco, la economía de la Isla ha sufrido también una sucesión de choques externos. Y no cualesquiera: fuerte disminución de los términos de intercambio (-38% en 2008), principalmente causada por el incremento de los precios de los alimentos y del petróleo, junto a la disminución del precio del níquel en un 70%; tres huracanes que devastaron el país en 2008 (pérdidas de alrededor de 10.000 millones de dólares), y, desde luego, la crisis económica mundial. FLS recuerda que los acuerdos con Venezuela, “al dar la oportunidad de obtener ingresos considerables de la exportación de servicios profesionales, han tenido desde 2004 un gran impacto en el crecimiento del PIB... La obtención de petróleo a precios inferiores en relación con el mercado mundial, los pagos por servicios profesionales y un programa de cooperación que en 2010 alcanzará la cantidad de 285 proyectos, implica que actualmente la relación con Venezuela es una variable clave para la economía cubana”.

Por otra parte, la economía cubana afronta una seria crisis de liquidez en divisas desde 2009. Las fuentes principales de liquidez para el gobierno a corto plazo son: venta de servicios profesionales en el extranjero, el turismo, las tiendas en divisas y las remesas. El talón de Aquiles de la economía cubana, sostiene FLS, es “la producción de alimentos, el déficit de viviendas y la escasez de divisas”. Según investigaciones de economistas cubanos que el autor no precisa, “hay altas probabilidades de que la economía cubana se siga sumergiendo en el estancamiento y la recesión”. ¿De que dependerá todo ello? “De la velocidad, la profundidad y la eficacia de las transformaciones que se adopten para estimular la productividad y los

ingresos en divisas". Así, pues, en su opinión, "el modelo de crecimiento basado en la exportación de servicios profesionales muestra debilidades estructurales y signos de agotamiento tales como: limitaciones en la disponibilidad de divisas, escasez relativa de recursos para proyectos de inversión y, finalmente, una tendencia a la desaceleración del PIB. El gobierno ha adoptado medidas de austeridad para enfrentar esta crisis"

"La democracia consensuada", un apartado netamente político, es el título del siguiente apartado.

Entre 1959 y 1990, la consolidación de un nuevo bloque social dirigente fue la base de la constitución de un poder político que ha permitido alcanzar resultados como "una unidad política que facilitó la existencia de una democracia consensuada con una participación política masiva, basada en una nueva institucionalización"; la sustitución de un "sistema político dictatorial, corrupto e ilegítimo, por una clase política legitimada por su lucha contra la dictadura y su programa de gobierno"; esta democracia ha enfatizado "los derechos sociales —educación, asistencia médica, vivienda, empleo, etc.— con el fin de permitir a los ciudadanos tener una real participación en la vida política y social"; la creación de un sistema político institucional conforme a las tradiciones y los objetivos del país: "Un Estado con un sistema unipartidista y con organizaciones políticas —Partido Comunista de Cuba (PCC), Unión de Jóvenes Comunistas (UJC)— y de masas —Central de Trabajadores de Cuba (CTC), Comités de Defensa de la Revolución (CDR)—, entre otras". Además de ello, el "establecimiento de un nuevo sistema jurídico acorde con los valores de la nueva sociedad" y la materialización de una nueva cultura política, basada en la historia de Cuba y su tradición, "dando prioridad a valores tales como: el patriotismo, la solidaridad, el internacionalismo, la igualdad en todos los dominios, la educación permanente, la sensibilidad frente a las violaciones del orden público y la participación política, tanto cuantitativa (en sitios diversos: en el barrio, en el trabajo) como cualitativa (la aspiración a una verdadera participación en la toma de decisiones, y no sólo a su aprobación e implementación)".

Sin embargo, señala FLS, cada uno de estos rasgos tiene tendencias potenciales opuestas. Entre otras, las siguientes: convertir la unidad en unanimidad ("han existido exclusiones e intransigencias que conciernen a las ideas políticas y religiosas de ciertas minorías que no comparten los conceptos de los líderes y de las mayorías"); la necesidad de mejorar los mecanismos institucionales y democráticos que garanticen la sucesión política al más alto nivel, cosa que hasta ahora, no habla el autor, se ha realizado con indudable éxito, y la sucesión generacional; la falta de participación en la toma de decisiones ("sólo se participa en el debate y en la implementación"); la reproducción del modelo político institucional de otros socialismos con el anexo de sus deformaciones (corrupción, formalismo, burocracia, ineficiencia, alejamiento entre líderes y masas, desigualdad y doble moral); aparición de distorsiones en la política ("emergencia de prácticas elitistas y corruptas que generan desigualdad"), al igual que en la cultura del trabajo: la eficacia en el trabajo, unida a otros valores revolucionarios, señala el autor, "no siempre ha determinado la movilidad social ascendente y una remuneración apropiada".

La oposición hacia el sistema es expresada por diversas organizaciones

de la emigración y los diversos grupos de disidentes de la Isla. La base social de estos grupos, en opinión de FLS, “es muy reducida y la mayor parte de ellos son financiados por los EE.UU”. El sistema político cubano, sostiene FLS, de acuerdo con sus propias normas institucionalizadas, tiene posibilidades democráticas participativas: un vínculo permanente entre el Estado y la ciudadanía; el carácter no profesional de la representación; la obligación de los delegados de rendir cuentas; el derecho de los ciudadanos a plantear sus problemas en las asambleas de rendición de cuentas; la obligación de responder a quejas y solicitudes de los ciudadanos,... En su opinión, tiene también deficiencias: falta de debate en los órganos de toma de decisiones; los ciudadanos consideran, de facto, las asambleas de circunscripción no como una oportunidad para las discusiones colectivas de soluciones alternativas, sino como un simple foro para presentar demandas; las administraciones locales tienen un poder formal, pero carecen de recursos; muchas veces las decisiones se informan, vienen “desde arriba” y ni siquiera se consultan. Por otra parte, concluye FLS, “la consulta y la discusión prevalecen sobre la transformación de las demandas en estrategias de solución de los problemas en el nivel local”. Con ello, “la participación no condujo a compartir la responsabilidad entre los diversos actores en el proceso de toma de decisiones”.

Según FLS, se produjo un gran debate dentro del Partido y en las organizaciones de masas en 2007, promovido por el presidente cubano Raúl Castro, “pero existe la percepción en amplios sectores de la población de que ese debate no ha tenido como correlato la adopción de medidas con rapidez, ni tampoco en la extensión y profundidad que se demandaba”. En su opinión, la mera creación de oportunidades para el debate en el período 2007-2010 “no necesariamente conduce a la amplia participación pública”. Para promover el debate, añade de forma algo enigmática y sin precisar, “los sistemas jerárquicos deben ser convertidos en espacios horizontales de carácter democrático”

El siguiente apartado de este segundo capítulo está dedicado a una temática, económica y socialmente, nada marginal: “Equidad y austeridad. ¿Crecimiento sin coste social?”.

*

IV. “Equidad y Austeridad. ¿Crecimiento sin costo social?” es el título del tercer apartado del 2º capítulo de *La revolución cubana*, el libro de Francisco López Segre que estamos comentando.

Usando una categoría impropia de un sociólogo crítico como es él, FLS señala que en 1958, de la “mano de obra” total de Cuba, alrededor de unos 2.750.000 trabajadores, podría considerarse explotado “un monto de casi 2 millones”. FLS los clasifica en cinco grupos: el proletariado urbano, 400.000; un grupo heterogéneo, 254.000; 700.000 personas subempleadas que trabajaban sólo 2 o 3 meses por año para la cosecha de azúcar o en la construcción; trabajadores rurales, 570.000, y un cuarto de millón de campesinos. A la discriminación económica y social sufrida por estos grupos, se añadía la discriminación racial. No era difícil establecer la identidad social de la clase oprimida. Ni tampoco la de la clase dominante: 100.000 hombres de negocios, banqueros, comerciantes, y terratenientes. Sin embargo, “con relación a la clase media, esto es más difícil, pues de una mano de obra de

700.000 personas consideradas de clase media, sólo 300.000 podrían ser catalogadas de un modo permanente, realmente como de clase media". Se habla, pues, de la estructura social cubana el año anterior a la revolución.

En la política social de la revolución, FLS distingue tres períodos: 1. De 1959 hasta 1963 se aplicó una política pública tradicional de carácter reformista que se agotó rápidamente. Objetivo esencial de estos años: "erradicar el desempleo y alcanzar la redistribución de la riqueza". 2. De 1963-1989: los "Planes de Desarrollo Económico y Social" del país implementaron una política social que cubrió toda la población y todos los territorios de Cuba. Esa política incluyó áreas como el empleo, la nutrición, la asistencia médica, la educación; la seguridad social, la ayuda social, deportes y recreación, vivienda,... El desarrollo de esa política social se convirtió en la principal condición para alcanzar una menor desigualdad social. Ello implicó "una enorme construcción intensiva de capital social y humano y una rápida movilidad social ascendente de amplias poblaciones, mediante el pleno empleo, la redistribución de la riqueza, el sistema universal de salud y la cualificación mediante programas de educación". En el tercer período, 1990-2010, la política social tuvo que recuperarse del enorme impacto del período especial. Este período, en opinión de FLS, "podría ser identificado por el carácter de prioridad absoluta que ha tenido la política social, ya que los gastos sociales representaron el 20% del PIB en 1989, y el 30% en 2006".

Dato a tener muy en cuenta que enorgullece y conmueve a cualquier observador honesto que se acerque sin sesgadas vendas en los ojos a la realidad cubana: la isla asediada "se elevó del lugar 144 en el Informe de Programa del Desarrollo Humano de las Naciones Unidas de 1992 —el momento más difícil del Período Especial— al lugar 51 en el Informe de 2007/2008". Más aún: en el bienio 2002-2003, según CEPAL, "Cuba, junto a Uruguay, Costa Rica y Argentina, estaba entre los países que dedicaron un porcentaje más alto del PIB a la política social". Empero, matiz introducido por FLS, "esta recuperación ha sido más cuantitativa que cualitativa. Muchas actividades en las diferentes esferas de la política social no han recuperado la calidad anterior de sus servicios". Tal cosa ocurre, entre otros ámbitos, en educación y en asistencia médica.

FLS resume algunos logros -insisto: que dejan a todo observador no sesgado con la boca abierta, los ojos conmovidos y el semblante lleno de orgullo afable- de la política social cubana. Un resumen de su resumen: Empleo: la crisis de los 90 produjo un nivel de paro de más del 7%, "pero la política puesta en práctica permitió que éste disminuyera a menos del 2 % en 2006. No obstante, en el 2010 se considera que hay 1.300.000 subempleados debido a la crisis actual". Asistencia médica: la esperanza de vida de la población cubana aumentó en 16 años entre 1958 y 2007, alcanzando los 79 años. Mortalidad infantil: de 60 niños por cada mil nacidos vivos en 1958 a 5,7 en 2007. Educación: el analfabetismo, que en 1958 alcanzaba el 23% de la población iera cero en los años ochenta! (Cuba, Bolivia y Venezuela son tres países latinoamericanos libres de analfabetismo). Seguridad Social: la cobertura pasó de un 53% de los trabajadores en 1958 al 100% en 2006.

Sin embargo, arista crítica del autor, pese a las grandes inversiones del PIB y los esfuerzos realizados por evitar la pobreza y la desigualdad mediante la política social, el período especial, el bloqueo, la adversa situación económica internacional, las catástrofes naturales, los fracasos del modelo

económico, “han aumentado la marginalidad, la pobreza y la desigualdad desde 1990”. Según FLS, “entre 1988 y 2001 la población cubana en riesgo creció del 6% al 20%”. Más de un 200%. En La Habana misma, en 2004, “fueron identificadas enormes diferencias per cápita: de 37 pesos mensualmente en algunas familias, a 7.266 en otras”, casi 200 veces más! Síntesis de la situación: “incluso si las cifras que conciernen a la asistencia médica y a la educación muestran un buen nivel y los problemas de alimentación están lejanos de las hambrunas, es indispensable admitir que el deterioro del nivel de vida en el Período Especial ha sido de gran magnitud. Esta degradación es aún más exasperante, dado el proceso de incremento de la desigualdad social que se ha producido desde los 90s”.

“El desarrollo de la identidad cultural” es el siguiente apartado del capítulo. En el terreno de la cultura, señala FLS, “influirá decisivamente lo que ocurra en las demás esferas de la sociedad cubana”. La Revolución, recuerda el autor, “que ha revalorizado las raíces históricas y culturales de la nación, dio paso a una política cultural que obtuvo el apoyo casi unánime de la intelectualidad cubana”. Una poderosa razón del apoyo de los intelectuales, “además de los valores de nacionalidad, soberanía y justicia social compartidos por ellos”, fue “el enorme aumento en el público de lectores y asistentes a actividades culturales, debido a la campaña de alfabetización, al nivel cultural creciente de la población y al apoyo de las actividades culturales por la política cultural del gobierno”.

Las visiones hostiles de algunos intelectuales vinculados al viejo Partido Comunista, es decir, al Partido Socialista Popular (PSP), “que veían con reticencia a la joven intelectualidad, a los intelectuales católicos y a los que experimentaban con nuevas fórmulas, entre otros motivos” dio lugar al conocido discurso de Fidel Castro (“Palabras a los Intelectuales”, Biblioteca Nacional, junio de 1961): “¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios y antirrevolucionarios? Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada... No prohibiremos que nadie escriba sobre cualquier tema. Al contrario, cada uno puede expresarse como él desea y formular libremente sus ideas”.

Después de este período y de la fundación de la UNEAC en 1961, emergió una segunda etapa entre 1962 y 1965 que se caracterizó por la polémica entre los intelectuales del viejo PSP —“que consideraban en su mayoría al realismo socialista como la única forma de expresión revolucionaria”— y la gran mayoría de la intelectualidad cubana “que defendían un arte que estaba siendo enriquecido por los éxitos formales de la vanguardia”. Tuvieron lugar entonces rupturas significativas dentro de las filas revolucionarias. Un ejemplo recordado por FLS: “el novelista Guillermo Cabrera Infante, que había dirigido el Semanario del periódico Revolución, *Lunes de Revolución*, dirigido por el periodista Carlos Franqui, abandonó el país y mostró su hostilidad hacia la Revolución”. Años más tarde, sería Franqui quien tomaría un camino similar. En 1965, Ernesto Guevara, con “El Socialismo y el Hombre en Cuba”, inaugura una tercera fase en la política cultural. Duró hasta 1970. Su posición básica: “¿por qué considerar las formas congeladas del realismo socialista como la única receta válida?” Sin embargo, a pesar de esta consideración central, a finales de los años sesenta se produjo el endurecimiento de la política cultural.

Una tercera etapa, el llamado “quinquenio gris”, tuvo lugar entre el

fracaso de alcanzar los 10 millones de toneladas de azúcar en la zafra de 1970, y el Primer Congreso del Partido Comunista de 1975 que significaría un “acercamiento al modelo soviético de socialismo, copia que sería años después criticada por Fidel Castro”. La designación de Luis Pavón como Director del Consejo Nacional de Cultura fue una victoria de la línea dura: “un poeta, Heberto Padilla, fue encarcelado en marzo de 1971 durante unos días y se acusó él mismo y a algunos de sus colegas en una intervención en la UNEAC”. Sin embargo, destaca FLS, ni siquiera durante este “quinquenio gris” algo similar a las prácticas estalinistas existió en Cuba: “algunas instituciones como el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC), la Casa de las Américas y la Casa del Caribe, dirigidos por figuras prestigiosas como Alfredo Guevara, Haydée Santamaría y Joel James, mantuvieron su autonomía y dieron refugio a muchos intelectuales y artistas valiosos”. También, recuerda el autor, el Ministro de Relaciones exteriores, Raúl Roa, “acogió a muchos historiadores e intelectuales en el Ministerio”.

De 1976 a 1988 se desarrolló una cuarta etapa: “en 1976, los dogmáticos perdieron su poder en el sector cultural con la creación del Ministerio de Cultura y la designación de Armando Hart como Ministro de Cultura. Esta etapa concluyó con el 4º Congreso de la UNEAC en enero de 1988”. El Congreso propuso, entre otras consideraciones, la supresión de todas las prácticas burocráticas en el terreno cultural y dar a los intelectuales una mayor posibilidad de participación en la vida política y social. Sin negar pasos atrás en algunos ámbitos: “las ciencias sociales tuvieron un tratamiento especial —y con menor flexibilidad que la que otorgaba el Ministerio de Cultura—, a través del departamento ideológico del Comité Central del Partido, muy cercano en su visión de los intelectuales a la del Partido Socialista Popular (PSP)”. A principios de los 70, el Departamento de Filosofía fue clausurado al igual que la revista *Pensamiento Crítico*. También grupos de investigación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana, fundados al principio de los años setenta, “fueron eliminados a mediados de los setenta, poniendo fin a investigaciones de relevancia en las ciencias sociales”. Para FLS, fue una bocanada de aire fresco para las ciencias sociales “la fundación, en enero de 1995, de la revista *Temas*, que desde entonces y hasta el presente, se ha convertido en el centro del debate en lo que concierne a la cultura, la ideología y la sociedad cubana”.

En marzo de 1996, se produjo un nuevo golpe contra el debate y la discusión del modelo de desarrollo cubano: la crítica contenida en el Informe del V Pleno del CC del PCC al Centro de Estudios de América (CEA), y las ulteriores destituciones del Director y Subdirector. “Los investigadores del CEA proponían, a través de la Revista del CEA, *Cuadernos de Nuestra América* y en varios libros, políticas alternativas, principalmente en la arena económica, a las adoptadas por el gobierno en el Período Especial”. Mensaje implícito del “Caso CEA”, señala FLS: se podía escribir poesía, novelas y hacer películas polémicas como “Fresa y Chocolate”, pero “el área del tipo de socialismo que se construía en Cuba y las políticas adoptadas para alcanzarlo eran un monopolio de los altos niveles del gobierno y no estaban sujetas al debate de los intelectuales”, aunque fueran revolucionarios y miembros del Partido (como era el caso del CEA).

De 1988 al 2010 se ha desarrollado, en opinión de FLS, una quinta etapa llena de complejidad debido al período especial. La tendencia mayoritaria “ha

sido, tanto en la política cultural como en varios Congresos de la UNEAC, a una mayor apertura, flexibilidad y libertad con relación a la creación intelectual y artística". La flexibilidad de la política cultural adoptada por el gobierno y desarrollada por los Ministros de Cultura, Armando Hart (1976-1997), y hasta ahora por Abel Prieto (nombrado en 1997), ha sido "muy positiva, dando lugar a un amplio apoyo de los intelectuales hacia la Revolución Cubana, como también lo ha sido la elección de un poeta y etnólogo excelente, Miguel Barnet, como Presidente de la UNEAC en el año 2008".

Para FLS, resumiendo la situación, a pesar de síntomas evidentes de fractura del consenso hacia la revolución entre los intelectuales, "la mayoría de ellos sigue compartiendo los valores revolucionarios y una cultura de resistencia, en oposición a los que apoyan una cultura antisistema, que pudiera implicar la desnacionalización, la subordinación o incluso la anexión"

"La política exterior de la Revolución Cubana" es el último apartado del este segundo capítulo.

Las líneas principales de la política exterior de la Revolución Cubana fueron desarrolladas en los discursos de Fidel Castro, e institucionalizadas en documentos claves como la Primera y Segunda Declaración de la Habana (1961, 1962) y en los documentos de los Congresos del Partido (PCC). Sus principios esenciales han sido "el internacionalismo y la lucha para alcanzar la paz y sobrevivir a la política agresiva de los gobiernos de los Estados Unidos". Cuba, señala FLS, a diferencia de los Estados Unidos, "ha cumplido satisfactoriamente los objetivos y principios de su política exterior: sobrevivir al bloqueo norteamericano y dar su solidaridad y apoyo a los movimientos de liberación y a los países en vía de desarrollo en áreas diversas, en especial en educación y asistencia médica".

Los rasgos principales que caracterizan los diferentes períodos de la política exterior cubana son explicitados por FLS en los términos siguientes: la política adoptada por los Estados Unidos en el período 1959-1962 implicó que Cuba percibiera al gobierno norteamericano como un poder agresivo que amenazaba su soberanía nacional y que trataba de impedir los cambios necesarios para modificar la sociedad neocolonial (en 1961, dos años después del triunfo revolucionario, recuérdese, Cuba derrotó en Playa Girón una invasión de contrarrevolucionarios cubanos armada y entrenada por Estados Unidos); el período 1962-1970 fue una etapa de aislamiento para la revolución debido al bloqueo. La guerra de Vietnam, por una parte, y los acuerdos Estados Unidos-URSS en 1962 durante la crisis de los misiles contribuyeron a que EE.UU. abandonase nuevos proyectos militares de agresión, sostiene FLS. Después de una etapa, años 1965-1968, de apoyo activo a los movimientos de liberación nacional, una nueva etapa, tras la muerte de Che Guevara en Bolivia, "se caracterizó por la mejora de las relaciones con la URSS; una política de perfil bajo hacia los movimientos nacionales de liberación; un incremento de la acción internacional de Cuba en el Tercer Mundo mediante la firma de acuerdos bilaterales; una presencia más activa en las Naciones Unidas y en el Movimiento de Países No Alineados; y el inicio gradual de la restauración de los vínculos con América Latina y el Caribe al final de los años 60 y principios de los años 70".

Los acontecimientos más significativos del tercer período, 1970-1979, fueron según FLS: el deterioro del bloqueo a escala mundial, y en especial en

América Latina y el Caribe, y el nuevo predominio de Cuba en otros espacios internacionales mediante acuerdos de varias clases; la entrada al CAME en 1972; el desarrollo de la ayuda internacional hacia los países en desarrollo en áreas como la asistencia médica, la educación, la construcción y en la esfera militar, y la presidencia del Movimiento de Países No Alineados (MNA) en 1979. FLS sostiene, con razón, que Cuba alcanzó el nivel más alto de su prestigio e influencia en el Tercer Mundo “en las reuniones de Argel (1973) y La Habana (1979), y debido a sus victorias militares en Angola, contra el apartheid, y en Etiopía”. Los vínculos con la URSS fueron reforzados. Ello dio paso a una importante armonía en política exterior con ese país, que unido al liderazgo de Cuba entre los países del Tercer Mundo, “puso en crisis a la hegemonía norteamericana en las Naciones Unidas y en otras organizaciones internacionales”.

Durante el cuarto período, años 1979-1989, Cuba consolidó sus relaciones con la mayoría de los países del mundo. El carácter ultraconservador de los gobiernos de Reagan y George W. Bush implicaron, sin duda, “la evolución de las relaciones con los EE.UU. hacia una etapa más difícil, dado el incremento de la hostilidad hacia la Isla de estos gobiernos republicanos”. Por lo demás, el papel de Cuba en la Presidencia del MNA se debilitó tras la invasión soviética a Afganistán en 1979. En esos años, “Cuba trató de crear un movimiento opuesto al aumento de la deuda externa, pero los gobiernos del Tercer Mundo, sobre todo los de ALC, prefirieron negociar sus deudas bilateralmente y evitar la confrontación con los acreedores”. Reveses de este período: “ruptura de las relaciones diplomáticas con Jamaica, Granada, Surinam, Costa Rica, Colombia y Venezuela, pero esto se compensó con el restablecimiento de relaciones con Bolivia, Uruguay, Brasil y Argentina así como con la normalización con Ecuador y Perú en 1984 y 1986”.

Durante el quinto y último período -del derrumbe de la URSS y de los países socialistas de Europa del Este hasta el presente, años 1989-2010- “la emergencia de EE.UU. como un poder hegemónico mundial sea una amenaza para Cuba”. Sin olvidar, por otra parte, que “el refuerzo de espacios multipolares en Asia, países árabes, África y Europa, dan espacio para maniobrar y la posibilidad de alianzas alternativas en la arena internacional”. La nueva situación ha ofrecido a Cuba, además de sus relaciones tradicionales con América Latina y el Caribe, la Unión Europea y Canadá, “un nuevo espacio en las relaciones internacionales a pesar de la desaparición del “socialismo real””. Cuba tiene hoy relaciones diplomáticas con 178 países, “casi cuatro veces más que cuando la Revolución llegó al poder en 1959”.

Las acusaciones tradicionales de los gobiernos norteamericanos contra la revolución fueron sus relaciones con la URSS y su apoyo a los movimientos de liberación. Después del derrumbe, los nuevos argumentos usados para reconocer el gobierno de la Isla y levantar el bloqueo son básicamente: “la necesidad de establecer una democracia de estilo occidental en Cuba y respetar los derechos humanos”.

FLS recuerda que en los 90, los EE.UU. pasaron dos leyes extraterritoriales para reforzar el bloqueo: Torricelli (1992) y Helms Burton (1996). Ninguna de ellas alcanzó su objetivo: de aislar a Cuba, si bien causaron indudables daños al país. En 2009 sólo “los EE.UU, Israel y las Islas Palao votaron en la Asamblea general de las Naciones Unidas contra el levantamiento del bloqueo”.

Desde 1996, la Unión Europea ha adoptado una política hacia la Isla denominada “la Posición Común”. Fue promovida durante la presidencia de José María Aznar: “la política europea hacia Cuba se subordinó a la hostil política estadounidense hacia la Isla”. Aunque el gobierno que FLS llama “socialista” del presidente Zapatero ha dado algunos pasos para mejorar las relaciones, “la Posición Común” todavía prevalece. Esto implica, apunta FLS, un doble estándar, “ya que estos gobiernos no mencionan la violación de derechos humanos en otros países y no están en posición para establecer normas morales después de las denuncias de Abu Ghraib y Guantánamo y de los aviones con prisioneros detenidos por procedimientos ilegales haciendo escala en aeropuertos de países europeos como España”

Las relaciones de Cuba con Venezuela y los países miembros del ALBA, sus relaciones en ascenso con Brasil y los países del Mercosur, así como relaciones fuertes con China, Rusia y varios países árabes y africanos, además de relaciones tradicionales con España y países desarrollados capitalistas, dan, en opinión de FLS, “una posición sólida a la Isla en la arena internacional”.

El tercer capítulo de *La revolución cubana* lleva por título “Propuestas de cambio, escenarios y alternativas”. Pasamos de la descripción a la acción programática, a las propuestas que FLS concreta en la medida de sus fuerzas que, desde luego, no son pocas ni están debilitadas..

*

V. El tercer capítulo de *La revolución cubana* lleva por título “Propuestas de cambio, escenarios y alternativas”. Es el plato fuerte del ensayo. Está dividido en siete apartados. En la “Introducción”, FLS recuerda que hace ahora cinco años, el 17 de noviembre de 2005, Fidel Castro abrió las temáticas de la reversibilidad del socialismo en Cuba y la posibilidad de derrota de la Revolución por errores propios. Poco después, en sus conversaciones con Ignacio Ramonet, Castro concretaba algo más su diagnóstico: “si no conseguimos poner fin a muchos vicios: mucho robo, muchos desvíos y muchas fuentes de suministro de dinero de los nuevos ricos”.

Transitando por la misma senda, el autor resume los temas centrales y recurrentes de los discursos de Raúl Castro [RC] desde que asumió el poder, así sus razonables (y valientes) tesis anexas: 1. Llamamientos al pueblo cubano para que formule propuestas de cambio sin pérdida de finalidades socialistas. 2. Insistencia en la necesidad de mejorar el nivel de vida de la ciudadanía mediante el aumento de la producción y los servicios. 3. Perseguir el objetivo de “lograr que el salario recupere su papel y el nivel de vida de cada cual esté en relación directa con los ingresos que recibe legalmente”. 4. Enfatizar la urgencia de hacer más productiva la agricultura y anunciar la distribución en usufructo de las tierras ociosas. 5. Necesidad de reducción del Estado y mayor eficiencia en la gestión del gobierno. 6. Ningún temor a las discrepancias en el seno de la Revolución y, con ello, alejamiento de la unanimidad ficticia. 7. Si existe un único partido, como es el caso, “este tiene que ser más democrático que ningún otro”. 8. Necesidad de que los cuadros dirigentes informen sistemáticamente sobre lo que les compete “con realismo, de forma diáfana, crítica y autocrítica”. En síntesis: política comunista realista sin retórica vacía en el puesto de mando; sal y abonos veraces en tierra socialista. No es ahora FLS quien comenta.

FLS recuerda a continuación que RC, en su discurso del 26 de julio de 2007, se refirió a la necesidad de hacer cambios conceptuales, de trabajar con sentido creativo, sin parálisis o preconcepciones, de cuestionar todo “lo que hacemos para hacerlo mejor, con el fin de aumentar la producción agrícola y alcanzar los objetivos de la Revolución”. Medio años después, en su discurso de 28 de diciembre de 2007, RC se refirió al amplio movimiento de consulta con la población a partir de su intervención de 26 de julio, al tiempo que añadía: “como ya hemos mencionado, en amplios sectores de la población existe la percepción de que las medidas adoptadas hasta ahora son escasas y que los cambios se producen con mucha lentitud”. El Presidente cubano, con modestia, con prudencia, ha pedido paciencia a la ciudadanía en varias ocasiones.

FLS cita por extenso otro importante discurso de RC, de 5 de abril de 2010, ante el IX Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas: “La batalla económica constituye hoy, más que nunca, la tarea principal y el centro del trabajo ideológico de los cuadros, porque de ella depende la sostenibilidad y preservación de nuestro sistema social”. Estas fueron sus palabras iniciales; añadió: “Sin una economía sólida y dinámica, sin eliminar gastos superfluos y el derroche, no se podrá avanzar en la elevación del nivel de vida de la población, ni será posible mantener y mejorar los elevados niveles alcanzados en la educación y la salud que gratuitamente se garantizan a todos los ciudadanos”. Más adelante RC señaló: “No ignoro que algunos compañeros a veces se desesperan, deseando cambios inmediatos en múltiples esferas. Naturalmente me refiero ahora a aquellos que lo hacen sin la intención de prestarse al juego del enemigo. Comprendemos esas inquietudes que por lo general se originan en el desconocimiento de la magnitud de la tarea que tenemos por delante, la profundidad y complejidad de las interrelaciones entre los diferentes factores del funcionamiento de la sociedad que deberán modificarse”. Sin parálisis pero trabajando con cuidado. Hay que “evitar que por apresuramiento o improvisación, tratando de solucionar un problema”, se cause otro mayor.

FLS señala que existen ya medidas concretas adoptadas durante la etapa de RC acordes con lo planteado en sus discursos y tomando pie en lo expresado por la población: reducción de organismos del Estado mediante fusiones; reparto de tierras en usufructo; autorización de uso e importación de productos como teléfonos celulares; autorización de ciertas actividades empresariales privadas de carácter menor; eliminación de gratuidades y de proyectos antieconómicos; ampliación del ejercicio del trabajo por cuenta propia. Las discusiones promovidas por RC, en opinión de FLS, se orientan a transformar el sistema “y a superar el descontento, la indolencia, la apatía, la ineficiencia administrativa y varias formas de corrupción que se han estado desarrollando con fuerza en las dos últimas décadas”. Diversos sucesos negativos han afectado recientemente a la Revolución. FLS recuerda algunos de ellos: muerte de 26 pacientes en el Hospital Psiquiátrico de la Habana; destitución en marzo del 2009 de cuadros de alto nivel del gobierno (el Ministro de Relaciones Exteriores: Felipe Pérez Roque; el vicepresidente Carlos Lage); tratamiento dado, en una fuerte campaña mediática contra el gobierno de Cuba a principios de 2010, “a la muerte en huelga de hambre del preso Orlando Zapata y a la huelga de hambre de Guillermo Fariñas”.

Pasa FLS a tratar temas de transición y transformación política. El

estudio sobre transiciones hacia la democracia capitalista tiene dos vertientes señala. Aquellos casos, como España y Portugal, que transitaron de dictaduras capitalistas a democracias capitalistas, y aquellos otros, como Rusia y los países del Este, que pasaron del socialismo al capitalismo. “Ni la singularidad histórica de aquellos procesos, ni tampoco su tipicidad sociológica nos ayudan para vislumbrar un “proceso de transición” en Cuba”, señala justamente FLS.

Cuba podría enfrentarse en el futuro próximo a varios escenarios. Son cinco los señalados por FLS: su transformación hacia el socialismo del siglo XXI, que no se define; inmovilismo; modelo de socialismo similar al chino o vietnamita; derrumbe e implosión al estilo de la Unión Soviética y los países del bloque del Este o, incluso, mediante una sublevación interna; derrocamiento por vía de una invasión militar de Estados Unidos. Para FLS, “los escenarios más probables son el 1, 2 y 3 y los menos probables el 4 y el 5”, aunque, en su opinión, no puede descartarse una invasión norteamericana”. La tesis que defiende FLS es que de “adoptarse las reformas que propongo en este libro y otras similares”, podría cristalizar el primer el escenario”. Por el contrario, si no se avanza en la dirección propuesta, los escenarios más posibles “serían el 2 y el 3 e incluso el 4 al producirse la ausencia y desaparición del liderazgo histórico”.

“Rasgos del nuevo modelo económico” es el título del siguiente apartado. En el plano económico, transcurridas las transformaciones organizativas y normativas propias de la reforma económica en sus dos etapas —julio de 1993-otoño de 1994; desde esta fecha hasta el año 2000, “en que una nueva recentralización dio lugar a la reversibilidad de algunos aspectos de estas transformaciones”—, teniendo en cuenta además la voluntad de cambio expresada por RC en varios discursos, “se podría configurar un modelo en el que la inversión extranjera, conjuntamente con la liberación y desarrollo de las fuerzas productivas internas, tienda a crear una estructura económica donde la propiedad social no sea monopolio del Estado, aunque la presencia de éste como agente regulador siga teniendo plena vigencia”. El objetivo central de este modelo sería solucionar en el corto y mediano plazo los problemas de mayor envergadura. Los siguientes en opinión de FLS: crisis de liquidez, déficit de viviendas, elevados niveles de desempleo y subempleo, deficiencias en la agricultura, existencia de doble moneda, y el hecho de que los salarios reales de los cubanos “no tienen suficiente valor para cubrir sus necesidades diarias”.

Son 23 los rasgos que configuran ese nuevo modelo económico propuesto por FLS. Algunos de los más destacados: reanudar la reforma económica que se detuvo alrededor de 2000. “Esto significa adoptar cambios constitucionales y jurídicos con el fin de: facilitar aún más la inversión extranjera; descentralizar; dar mayor libertad a las empresas estatales; y diversificar el comercio internacional”; desarrollar nuevas formas de autogestión económica (empresas familiares, trabajo por cuenta propia, cooperativismo), especialmente en la agricultura y los servicios; planificación y control democráticos de la producción en todos los centros de producción y servicios de acuerdo a sus intereses y en coordinación con las prioridades municipales y nacionales; incremento del sector mixto en la mayoría de los sectores de la economía: “desarrollo de un empresariado nacional capaz de establecer empresas mixtas con el Estado al igual que el empresariado

extranjero y a partir de su capacidad de ofertar capital, tecnología y mercados”; incremento del número de trabajadores por cuenta propia e igualmente de su importancia en el conjunto de la economía; empleo creciente de mecanismos de mercado -no necesariamente, advierte FLS, de “economía de mercado”- a nivel empresarial, “con el consiguiente desarrollo de un sistema empresarial estatal, mixto y privado, conforme a criterios de una mayor eficiencia y de preservar los servicios públicos fundamentales”; establecer un régimen salarial basado en el principio de “igual retribución a igual trabajo y que reconozca las diferencias de cualificación, productividad y condiciones de trabajo”; eliminar la libreta de abastecimiento y “otorgar subvenciones directas y selectivas a las personas de bajos ingresos bajo el control de los órganos locales del Poder Popular”; creación de una nueva cultura económica “que ubique en el centro de los análisis económicos la rentabilidad y la eficiencia”; distribuir entre los trabajadores un tanto por ciento de las ganancias de la empresa en la que trabajan; liberación total “en el mercado interno de todos los productos de la agricultura y de la pesca”; liberación del alquiler entre nacionales “sin aplicar impuestos para aliviar la falta de viviendas y elaborar una legislación adecuada que proteja al propietario de la vivienda y al inquilino”; libre compra-venta de casas entre nacionales cubanos residiendo en Cuba pagando un impuesto razonable.

Para superar el estancamiento actual en el crecimiento del PIB y la crisis de liquidez mediante el desarrollo de estas medidas económicas, señala FLS, “es indispensable alcanzar niveles sostenibles de crecimiento económico. Para lograr esto, es necesario constituir y desarrollar un mercado interno que logre articularse suficientemente con el internacional y con las ramas diversas de la economía cubana.”

¿Qué escenarios favorecerían la consolidación del modelo? Los siguientes en opinión del autor: 1. Flexibilización del bloqueo de EE.UU. y establecimiento de relaciones diplomáticas plenas con USA. 2. Incremento de la “disponibilidad de petróleo en la Isla como resultado del aumento de la producción nacional y de los acuerdos con Venezuela”. 3. Aumento acelerado de la inversión extranjera y constitución de empresas mixtas. 4. Obtención de nuevos créditos del capital público y privado. 5. Se renegocia la deuda externa sobre nuevas bases flexibles, a eso ha hecho referencia recientemente Atilio Borón [1], “y se logra destrabar créditos en terceros países mediante la venta de títulos de la deuda cubana en el mercado secundario”. 6. Incremento en el mercado internacional de los precios de los productos cubanos tradicionales —azúcar, níquel, tabaco—, logrando “nuevas asociaciones ventajosas para la venta de los nuevos productos de la biotecnología y la industria farmacéutica. 7. La venta de los servicios profesionales se mantiene un ritmo ascendente “sin afectarse la atención a la población en Cuba en dichas áreas”. 8. La producción agroalimentaria destinada al consumo “alcanza niveles óptimos”. Y, para cerrar la lista de deseos, “no se producen en los próximos años catástrofes climáticas y epidemias”. FLS señala estos escenarios sin pronunciarse sobre su probabilidad y sin apuntar, no es el momento claro está, las vías que facilitarían su consecución. Por ejemplo, ¿es probable que Estados Unidos flexibilice el bloqueo a Cuba en los próximos años? No lo parece de entrada. El incremento del precio de los productos cubanos tradicionales, ¿es un simple deseo o existe alguna perspectiva económica documentada de ello?

¿Se podrá renegociar la deuda cubana con éxito? ¿Cómo?

Entre las alternativas del gobierno cubano que propiciarían el desarrollo del modelo defendiendo, favorecido “por los escenarios antes mencionados”, FLS señala las siguientes: continuar aceleradamente el desarrollo de la reforma económica dándole mayor énfasis a su dimensión productiva; adoptar pasos que favorezcan la solución del problema de la deuda, así como las relaciones con organismos financieros internacionales; adoptar un régimen fiscal racional y progresivo, basado en estudios de las ganancias reales de las empresas e individuos contribuyentes; mientras exista la doble moneda, incorporar rápidamente “a la economía que funciona en divisas a aquellos sectores y trabajadores que son más productivos”; elaborar una legislación sobre la propiedad que acorde con las nuevas realidades facilite su compra-venta, circulación e intercambio.

FLS señala que ya existen propuestas detalladas formuladas por diversos economistas cubanos que presentan recomendaciones sobre los temas claves a solucionar: “acciones a adoptar para eliminar la dualidad monetaria; la redefinición de las bases materiales de acumulación; fórmulas de reinserción de Cuba en la economía internacional y en sus cadenas distributivas; y otras maneras de reestructurar la economía cubana a partir de los logros y dificultades de su estrategia actual que ya hemos analizado”. “Ajuste sin des-socialización” es el título del próximo apartado.

*

VI. El tercer y último capítulo de *La revolución cubana* lleva por título “Propuestas de cambio, escenarios y alternativas”. Es el plato fuerte del ensayo. Está dividido en siete apartados. Dimos cuenta de los dos primeros en la entrega anterior. “Ajuste sin des-socialización”, una brevísima reflexión, es el tercero de ellos.

En lo que respecta a las conquistas sociales alcanzadas durante los últimos cincuenta años, conquistas que “hoy son patrimonio de la nación cubana —educación, salud pública, seguridad y asistencia social, deportes, bienes culturales y en general niveles elevados de justicia social—”, la situación exige la elaboración de un nuevo modelo conforme a las nuevas realidades. Ello implicará, señala FLS, “mantener y desarrollar el sistema nacional de salud pública, educación y seguridad social, con fórmulas más descentralizadas y menos burocratizadas, e igualmente con una menor carga relativa para el presupuesto central del Estado”. El reto, la difícil tarea de la hora, “consiste en llevar a cabo un cierto tipo de “ajuste” que no implique des-socialización”, es decir, la eliminación de “los grandes logros sociales del proceso revolucionario”.

“Debilidades de la democracia consensuada” es el siguiente apartado. En Cuba, en opinión de FLS, pueden observarse ciclos recurrentes “de ortodoxia y heterodoxia, de debate y dogmatismo”. Las diversas aperturas condujeron con rapidez, años atrás, “al cierre del universo del discurso y del debate”. Un ejemplo: “a la flexibilidad política y económica que implicó iniciar una reforma económica en 1992 sucedió un endurecimiento ideológico y el cierre del debate sobre problemas cubanos ejemplificado por la desintegración del Centro de Estudios de América (CEA) en marzo de 1996, y luego el endurecimiento ideológico que implicó la Batalla de las Ideas”. El origen de muchos de esos errores, en opinión de FLS, que a su vez toma pie

en el gran intelectual cubano Julio César Guanche, es el mismo: “la vocación estatista, la centralización, el personalismo, el formalismo ritual de la participación popular, la planificación burocrática, el voluntarismo, la estrechez de la esfera pública para el debate social; la conversión de la institucionalidad social en una agencia de defensa de los intereses del Estado”.

Es previsible, señala FLS a continuación, que en los próximos años, el sistema político cubano se mueva hacia la descentralización y hacia un mayor pluralismo. “Se fortalecerá la participación popular en él, gracias al desarrollo de medidas organizativas y normativas de carácter institucional y jurídico. Se elevará el perfil de la sociedad civil y de sus expresiones orgánicas, ante un Estado más regulador y menos total y abarcador”.

El nuevo modelo debería perfeccionar el modelo de democracia consensuada vigente desde los años sesenta. Este nuevo sistema “en proceso de conformación como resultado de la reforma política que se inició en 1992, y a partir de lo enunciado por Raúl Castro en varios discursos desde el 2007”, tendría un conjunto de rasgos apuntados por el autor, entre los que aquí cabe destacar los siguientes: 1. El sistema deberá “descontaminarse de los rasgos incorporados de la experiencia soviética y reforzar en cambio su condición de poder popular dirigido por un partido de vanguardia”; será “un Estado basado en la autonomía de poderes, sin una definición ideológica del mismo de carácter excluyente y donde la descentralización suplante la burocratización de las decisiones y su carácter meramente administrativo”. 2. El partido único, “en caso de mantener su condición de tal”, debería ser “un auténtico partido de la nación cubana sin exclusiones”. 3. Los órganos representativos del Poder Popular tendrán “un mayor peso en la dirección política a todos los niveles”. Ello implicará, entre otras consecuencias, “la reducción de mecanismos formales; y una mayor presencia e influencia de los diversos sectores del país en los órganos del Poder Popular, incluida la Asamblea Nacional”. En definitiva, un “Poder Popular más participativo, con el aumento de prácticas horizontales e inclusivas, jugaría un papel clave en un proyecto de autogobierno”. 4. Elección democrática del Director y Consejo de Dirección en todos los centros de producción y servicios por los trabajadores. 5. Las instituciones armadas “perfeccionarán los mecanismos de colaboración cívico-militar”. 6. Se elevará el perfil y papel de los sindicatos en la vida de la nación. 7. Los límites del sistema “estarán claramente acotados y serán más precisos, en beneficio de una mayor autonomía del sistema económico y de la sociedad civil”. 8. La transparencia informativa y el acceso a la información se garantizarán a todos los ciudadanos “y, en especial, las facilidades para el uso de Internet y de las tecnologías de comunicación e información”. No debería justificarse “el manejo de la información como un coto cerrado, del que las grandes masas estén excluidas”. Ello debería implicar, en opinión del autor, “difundir adecuadamente desde en qué se utilizan los recursos financieros que ingresan al país, hasta las últimas informaciones de cualquier índole que se produzcan a nivel internacional”. Estos rasgos y medidas que, señala FLS, “tendrán en su contra el “síndrome de la perestroika” y la resistencia e inercia propia del aparato burocrático”, contribuirían a una refundación del consenso sobre nuevas bases, “a la elevación de la legitimidad del sistema”.

El modelo apuntado sería favorecido por el desarrollo de un conjunto de

escenarios. Entre ellos: el mantenimiento y ampliación del actual consenso “a través de una política exitosa con los jóvenes, sectores religiosos, intelectuales”; control adecuado “de las conductas antisociales que tienden a incrementar la delincuencia”, se mantienen sin base social de magnitud, como ocurre hasta el presente en opinión de FLS, “los grupos de disidentes y otros grupos anti-sistema”, al mismo tiempo que decrece su actividad, y se logra, por otra parte, evitar manifestaciones anti-sistema de carácter masivo y el liderazgo histórico mantiene la hegemonía, mayoritaria e indiscutida, se amplía el consenso y se impide que “se vertebre un polo político alternativo con base de masas.

Para FLS, la adopción por la dirección cubana de una serie de medidas “contribuiría a la consolidación del modelo”. Destaco entre ellas: una reforma constitucional “con el fin de desarrollar una reforma política que promueva los necesarios cambios políticos y económicos”; la Asamblea Nacional debería escoger entre sus miembros a los candidatos a Presidente del Consejo de Estado y los ciudadanos, mediante voto directo y secreto en elecciones generales, “elegirán al Presidente del Consejo de Estado”; fomentar y tener en cuenta la pluralidad de criterios y visualizar el conflicto y cuestionamiento del orden actual desde diversas posiciones (revolucionarias o no) como un reto necesario, al igual que en los inicios de la Revolución, señala FLS, en el proceso de refundación de un nuevo consenso; desaparición de toda forma de exclusión y discriminación por razones raciales, religiosas, de edad, género u otras, lo que implica adoptar “políticas de acción afirmativa con relación a la población negra y mestiza, a los religiosos, a las mujeres, a los homosexuales y a otros sectores afectados”; ampliar las formas de participación en el Estado y en el Partido, no sólo en el proceso de discusión e implementación de las decisiones, sino también en el proceso mediante el cual estas decisiones son adoptadas; ampliar la libertad de creación de los intelectuales; ampliar al máximo las facilidades para viajar y migrar existentes, perfeccionando la legislación actual y adoptando otras medidas: “libre entrada al país de todo el que posea un pasaporte cubano, así como de todos aquellos ciudadanos de origen cubano sin causas pendientes con la justicia, independientemente de su profesión y de la fecha en que hayan salido del país. Esto conllevará eliminar los engorrosos permisos de entrada y salida a los ciudadanos cubanos y la libre autorización para emigrar a los hijos y demás familiares (en especial del sector de la salud) de ciudadanos considerados actualmente “desertores”; perfeccionar la política hacia la Comunidad Cubana en el exterior, diferenciando las distintas corrientes de opinión y buscando un diálogo no sólo con aquellos que en ella simpatizan con la Revolución, sino incluso con todos aquellos que no se plantean de forma activa su derrocamiento; decretar una amnistía que incluya a todos los presos del grupo de los 75 disidentes “y a los pocos, además de éstos, que cumplen condenas de esta naturaleza por delitos contra la seguridad del Estado, salvo en aquellos casos en que hayan cometido actos violentos, causado lesiones, muertes u otros daños de gran magnitud”.

“¿La identidad cultural en crisis?” es la pregunta que abre un breve apartado. La victoria de la “cultura de resistencia” que ha caracterizado al nacionalismo independentista, señala FLS, “se verá influida por el desarrollo económico, la tolerancia política y la posibilidad de conservar los logros sociales, la justicia social e igualmente la independencia y la soberanía”.

“Las relaciones internacionales en el tercer milenio” es el sexto apartado del capítulo. En 2010, el modelo que está conformando Cuba en sus relaciones internacionales puede caracterizarse, en opinión de FLS, por los siguientes rasgos: 1. Propuestas del gobierno de Cuba al gobierno de Estados Unidos “como agenda de temas esenciales que considera necesario abordar en un proceso de diálogo y negociación en caminado a mejorar las relaciones” (levantamiento del bloqueo económico, comercial y financiero; exclusión de Cuba de la lista de países terroristas; abrogación de la Ley de Ajuste Cubano y la “política de pies secos-pies mojados”; devolución del territorio ocupado por la Base Naval de Guantánamo). Un tema clave de dicha agenda, recuerda FLS, “es la liberación de los Cinco luchadores antiterroristas cubanos que padecen, desde hace once años, injusta prisión en los Estados Unidos”. 2. Pese a que Cuba no es miembro de la OEA ni del ALCA, no está aislada en la región: “Cuba es miembro del ALBA, del Grupo de Río, de la Asociación de Estados del Caribe, del CARICOM y del SELA”, y participa en foros como las Cumbres Iberoamericanas y mantiene excelentes relaciones con los países del MERCOSUR. El principal aliado estratégico de Cuba continuará siendo, remarca el autor con razón, Venezuela (y los países del ALBA). Otros importantes aliados estratégicos seguirán siendo China, Vietnam y Rusia.. 3. Las relaciones con España, al igual que con el Vaticano, mantendrán un alto perfil. 4. Cuba continúa desarrollando sus relaciones en Asia con países como China y Vietnam, que desarrollan, vuelve a sostener FLS sin dar ningún argumento complementario que avale su sin duda optimista afirmación, “experiencias sociales y políticas de carácter socialista”. 5. En el Medio Oriente, Cuba seguirá apoyando la causa palestina y fortaleciendo sus relaciones con los países del área. 6. Cuba seguirá teniendo una importante presencia en África (aunque no en lo militar, y con un perfil mucho menos alto que en los 70’s y los 80’s) en el terreno de la cooperación civil, en especial en áreas como la salud y la educación. 7. Cuba seguirá disfrutando, por otra parte, de una importante ascendencia en Naciones Unidas, en el Movimiento de Países No Alineados, y en otros foros multilaterales, debido “a su independencia y soberanía, a sus muestras de solidaridad internacional, a su capacidad para lograr una sociedad económicamente viable y al perfeccionamiento de la democracia”. Su protagonismo tercermundista y su afán por establecer un nuevo orden internacional basado en acuerdos de paz, concluye FLS, seguirá teniendo una gran relevancia inter- nacional.

¿Qué escenarios internacionales serían favorables para las nuevas relaciones internacionales de Cuba? Algunos ejemplos: 1. Al percatarse EE.UU. y el gobierno de Obama de que el socialismo cubano no se derrumba, USA sigue dando pasos de flexibilización del bloqueo hasta “llegar a normalizar las relaciones”. 2. Las relaciones con América Latina y el Caribe mantienen un ritmo ascendente: Venezuela profundiza sus cambios sociales y se incrementa el número de países que se incorporan al ALBA. Por lo demás, las relaciones cubanas “con los países del Mercosur y de la Asociación de Estados del Caribe se fortalecen”. 3. Los países capitalistas desarrollados se muestran abiertos a fórmulas de pago de la deuda mediante “la constitución de empresas mixtas en Cuba, venta de títulos de la deuda en el mercado secundario, y de otras fórmulas mutuamente beneficiosas”. 4. Es previsible, señala FLS, que las relaciones con España se sigan fortaleciendo al igual que

con el Vaticano, y que, conjetura de forma muy optimista, “ambos desempeñen un papel de importancia en la eliminación de la “Posición Común” de la UE hacia Cuba”, y en la negociación de la liberación de los cinco héroes cubanos, injustamente condenados.

El gobierno cubano, por su parte, podría pudiera adoptar diversas alternativas que contribuyesen a desarrollar el modelo enunciado. Las siguientes, en opinión de FLS: 1. Continuar profundizando sus vínculos con importantes grupos económicos de los países desarrollados “en la medida en que esto implica contar con lobbies favorables a las buenas relaciones con Cuba en todos es tos países, lo cual protege a la Isla de los vaivenes coyunturales en el poder de los diversos partidos y clases políticas”. No apunta cómo conseguirlo. 2. Profundizar a un ritmo más rápido las reformas económica y política: “esto debe hacerse por convicción propia y no porque EE.UU. lo exija, pero indudablemente contribuiría a mejorar las “relaciones” con ese país y facilitaría la labor de los lobbies que tienen el objetivo de que el gobierno norteamericano levante el bloqueo y normalice las relaciones con Cuba”. 3. Cuba podría firmar un acuerdo de cooperación con la Unión Europea comprometiéndose, apunta FLS, “a dar nuevos pasos en el proceso de perfeccionamiento de la democracia” sin precisar esos nuevos pasos perfeccionistas..

FLS apunta a continuación “una hipótesis y dos escenarios acerca de posibles cambios que pudieran producirse en las relaciones entre Cuba y EE.UU”. La hipótesis: “La lectura del curso de la historia por parte de los liderazgos y clases políticas de Cuba y EE.UU. pudiera propender a ofrecer oportunidades inéditas para una negociación”. Primer escenario: “Si no se mantiene la paz social en Cuba, si la crisis económica conlleva fracturas dramáticas del consenso, en la administración Obama (y en la próxima administración norteamericana) pudiera prevalecer la línea actual de sólo negociar aspectos puntuales como migración, o incluso endurecerse aún más”. Una expresión dramática de este escenario, apunta el autor, podría ser “una explosión social con éxodo masivo hacia la Florida como ocurrió cuando la crisis de los balseros”. Segundo escenario: si se mantuviera en Cuba la paz social y un desempeño mínimo en lo económico con razonable consenso, “los sectores de EE.UU. que hoy consideran inaceptable negociar con Cuba a la manera que se hizo con China, pudieran estar dispuestos a retomar los pasos iniciales de la administración Carter e incluso a ir más allá: levantar el bloqueo y llegar a una plena normalización de relaciones”. En su opinión, si durante la administración de Obama la clase política usamericana se percatase de que el segundo escenario es el que prevalece, “ésta —o al menos una parte importante de ella capaz de determinar desde el poder un curso negociador— podría estar inclinada a iniciar un proceso de negociación con Cuba” eliminando los prejuicios que impiden las negociaciones “tal y como se realizaron con China”.

¿Qué factores, se pregunta FLS, pudieran llevar al ejecutivo norteamericano y al Congreso a forjar un consenso en esta dirección? El argumento de que la carga emocional del tema cubano —Fidel Castro como Secretario del PCC, Raúl Castro como Presidente de Cuba— no es superable por la racionalidad y la lógica de los propios intereses norteamericanos, aunque no resulta fácilmente descartable, no le parece insoslayable a FLS. Si así fuera, argumenta, “la política de Nixon y Kissinger hacia China no hubiera

conducido a negociaciones y mucho menos al restablecimiento de relaciones como ocurrió". La lógica y racionalidad de los intereses norteamericanos son contrarios a este tipo de prejuicios. Algunos de los factores esenciales que podrían llevar al gobierno de EE.UU a iniciar negociaciones reales y efectivas con Cuba serían los siguientes: 1. Si Cuba no ha caído pese al derrumbe del socialismo europeo y si una invasión "no es aconsejable por las pérdidas que originaría para EE.UU", ¿acaso lo mejor, para Estados Unidos, "no sería negociar ampliando lo logrado a partir de los acuerdos migratorios y continuar la flexibilización del embargo"? 2. Las corporaciones estadounidenses no se seguirían privando de más de mil millones de dólares que dejan de ganar anualmente en la Isla. La existencia de una reserva de petróleo "offshore" en Cuba cercana a los 20 billones de barriles de petróleo, recuerda FLS, "es también un tema de sumo interés para la industria petrolera norteamericana". 3. Cuba no es ya una "amenaza" como "peón" de la URSS, ni está ahora presente en los teatros de operaciones de la "guerra fría" en Centroamérica y África. En resumen, señala FLS, la recuperación económica de Cuba es el factor clave que puede llevar a EE.UU. a reconsiderar su posición junto a otros factores como el temor a una crisis migratoria, la condena prácticamente unánime de la comunidad internacional al bloqueo, el persistente rechazo de América Latina, la Unión Europea y Canadá a esa política, e incluso "el rechazo cada vez mayor de diversos sectores de EE.UU. a esta política, que afecta también al pueblo norteamericano y a sectores mayoritarios de su comunidad de hombres de negocios, que no desean ser excluidos de un mercado seguro, cercano y con otras innumerables ventajas".

"¿Sobrevivirá el socialismo en Cuba?" es el título del apartado que cierra el último capítulo del libro.

*

VII. El tercer capítulo de *La revolución cubana* lleva por título "Propuestas de cambio, escenarios y alternativas". "¿Sobrevivirá el socialismo en Cuba?" es el título del apartado que cierra este último capítulo. Tras él, una muy útil y documentada cronología (pp. 93-125), ocho páginas de notas de interés (pp. 127-134) y una amplísima y casi inabarcable bibliografía (pp. 135-158). Nos centramos en el último apartado del libro.

Es obvio, para FLS, que el modelo de socialismo cubano ha sobrevivido hasta el presente "debido a que nunca llegó a deformarse en el grado en que esto ocurrió en el "socialismo real" que se derrumbó" (la categoría "socialismo real" es, en mi opinión, una concesión político-histórica innecesaria). Empero, sería ingenuo pensar, "que en el corto plazo el propio modelo cubano se mantendrá incólume e igualmente que está exento de deformaciones, unas provenientes de la copia de dicho "socialismo real" y otras que aparecen con fuerza en una economía "dolarizada" inicialmente y ahora bajo el imperio del peso convertible cubano (CUC)".

Según FLS, la dirección política cubana ha tratado de preservar los logros del socialismo, "pero el modelo en sí está sufriendo modificaciones sustanciales" que él, en principio, no ha criticado en su exposición. Los cambios ocurridos hasta ahora, señala, "han ido convirtiendo a la sociedad cubana en una sociedad con menos equidad que la alcanzada hasta 1989". Lo que no está claro, prosigue, "es que el costo social de la reforma

económica esté haciendo más productivo el sistema". En su opinión, "según parece", ese aumento de la productividad "sólo ocurre en los enclaves turísticos y otros que corresponden a la presencia del capital extranjero y de la economía en divisas", aunque FLS reconoce que también en algunas empresas estatales se ha mejorado la eficiencia.

Las grandes preguntas que cabe formularse son, en opinión del autor, las siguientes: ¿será entonces inevitable, como ha ocurrido en otros intentos, que la política de EE.UU. y los errores estratégicos de la revolución cubana "retrotraerán al país al capitalismo dependiente que imperaba en 1959"? Si así fuera, ¿será esta transición pacífica "o en medio de una invasión y/o contrarrevolución violenta"? ¿Lograrán, por tanto, "Washington y los sectores derechistas de Miami frustrar los sueños de Céspedes a Martí, Fidel Castro, Raúl Castro y las nuevas generaciones"? En el ya largo proceso histórico de la lucha cubana por su independencia iniciado en el siglo XIX, ¿vencerá finalmente la línea de pensamiento histórico que "afirma desde el siglo XIX que Cuba no puede (ni debe) ser plenamente independiente, pues es más ventajoso para la Isla (y a la vez ineludible en términos geopolíticos de fatalismo geográfico) la dependencia de los Estados Unidos"? ¿Se impondrá, pues, este digamos realismo sucio, esta distopía pragmática?

No son estas las tesis defendidas por FLS, no es ese el único camino razonable al que cabe aspirar ni la única trayectoria que se abre ante nuestros ojos. ¿Por qué?

En primer lugar, porque "la larga tradición de lucha de los cubanos no está en armonía" con ese escenario. La isla revolucionaria, señala, "no volverá al capitalismo dependiente, a la falta de soberanía y a todas las desigualdades e injusticias de la sociedad cubana antes de la Revolución". En opinión de FLS, la transformación "hacia el socialismo del siglo XXI acorde con las raíces históricas de la Revolución Cubana" es el escenario más probable de los cinco anteriormente mencionados. Es el primero de ellos.

Para esa transformación sin pérdida de finalidad socialista, es necesario "llevar a cabo cambios estructurales" como los que se defienden en su ensayo "y en otras propuestas similares". FLS sostiene que "en Cuba es necesario refundar el consenso sobre nuevas bases para que un socialismo aggiornato y redefinido escape ileso de las amenazas que se ciernen, desde dentro, y desde fuera, sobre una de las experiencias más fascinantes y controvertidas de Nuestra América".

¿Qué características encierra ese socialismo "aggiornado y redefindo"? No hay una definición precisa de la categoría pero a lo largo del ensayo, especialmente en el capítulo tercero, se han dado pistas de cómo el autor piensa ese socialismo que él enlaza con "el socialismo del siglo XXI", que tampoco ha precisado con exactitud, pero en el que parece vindicar un socialismo menos estatalizado, menos burocratizado, con mayores libertades cívicas, con presencia de pequeñas empresas privadas en ámbitos no esenciales, con auge del cooperativismo,... sin dejar de ser bastante optimista respecto a la "racionalidad" y pragmatismo político de la administración americana y ser altamente generoso en su valoración de los procesos político-económicos de China y Vietnam.

Para Fernando López Segre, hay tiempo aún "para que la razón revolucionaria se imponga sobre la hegeliana astucia de la razón universal", una astuta y sucia razón que "tiende a convertir en tabula rasa los logros de

las revoluciones”. Pero, para ello, el socialismo cubano debe revisar y reformar algunas de sus orientaciones sin arrojar a la cuneta la soberanía nacional, los logros conseguidos y la aspiraciones socialistas.

El motivo de la reflexión de FLS, de sus análisis y propuestas, lo ha expresado recientemente el escritor cubano Leopoldo Padura en los términos siguientes sin desconocer riesgos ni incertidumbres: “La crisis del modelo económico cubano, la ineficiencia de los mecanismos productivos, la solución (o el intento) de los problemas con fórmulas políticas está detrás, debajo y sobre la situación a la que han llegado el país y sus ciudadanos y el estado de deterioro material y moral en que ha nacido y crecido, incluso, toda una generación de cubanos. Y cada uno de esos factores están también dentro de la decisión actual del gobierno de realizar numerosos cambios económicos y sociales para hallar una vía de escape a tanta presión, a intrincados mecanismos de control que muchas veces generan corrupción, a decisiones económicas de comprobada ineficiencia”.

PS: El 19 de abril de 1959, en una oficina del Capitolio, el vicepresidente de Estados Unidos, Richard Nixon [2], uno de los políticos más criminalmente destacados del siglo XX, se entrevistó con el entonces primer ministro cubano. No estaba éste como invitado oficial: había sido invitado por la American Society of Newspaper Editors. Nixon pudo comprobar, tras casi tres horas de conversación, que los informes de su embajador en La Habana y los de la CIA no estaban errados: “la revolución de los barbudos”, que había triunfado con la entrada del año, no era una tan sólo una revuelta antidictatorial. En un memorando confidencial dirigido a la CIA, la Casa Blanca y el Departamento de Estado, el vicepresidente, el mismo político profesional de derecha extrema que llamaría años más tarde “hijo de puta” a Salvador Allende, escribió: “Mi apreciación personal sobre él, en tanto que hombre, está un poco mezclada. De lo único que podemos estar seguros es que posee esas cualidades indefinibles que lo hacen un líder. Cualquiera que sea nuestra opinión de él, debemos reconocer que será un factor importante en el desarrollo de Cuba y, sin duda, de los asunto de América Latina en general”.

No erró esta vez el imperial presidente depuesto. Su interlocutor en aquel lejano 1959 era Fidel Castro Ruz. El revolucionario cubano tenía entonces 32 años.

Notas:

[1] Leopoldo Panura: “Cuba, ¿año nuevo, vida nueva?”. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3826>

[2] Hernando Calvo Ortega, *El equipo de choque de la CIA: Cuba, Vietnam, Chile, Nicaragua,...* El Viejo Topo, Barcelona, 2010, p. 22-23.

Febrero de 2011

[VOLVER AL INDICE](#)

SOBRE EL ORDEN DE EL CAPITAL. POR QUÉ SEGUIR LEYENDO A MARX, DE CARLOS FERNÁNDEZ LIRIA Y LUIS ALEGRE ZAHONERO.

UNA LECTURA REPUBLICANA DE EL CAPITAL.

I.

El orden de El Capital (ODEC), el último libro de Carlos Fernández Liria (CFL) y Luis Alegre Zahonero (LAZ) se abre con una dedicatoria: "A los comunistas". Toda una declaración que merece el agradecimiento de cuantos formamos parte de esa admirable tradición. Su contenido, eso sí, interesa, debe interesar a gentes y estudiosos de muy diversa condición y orientación política y filosófica.

Prologado por Santiago Alba Rico, ODEC consta de una Introducción y de dos grandes secciones, así como de un apéndice -"Breve apunte como prevención a posibles malentendidos"- de obligada lectura, y una bibliografía casi inabarcable. No existe índice analítico y nominal, probablemente por decisión de los propios autores.

La primera parte, "Rescatar a Marx del marxismo", otra declaración de intenciones, tiene como subtítulo "Consideraciones sobre el Índice de *El Capital*, el Prefacio de 1867 y el Epílogo de 1873", y está formada por tres capítulos: "El problema de la teoría del valor", "El Prefacio al Libro I (1867): la normalidad de la ciencia", y el "Epílogo al Libro I (2ª edición alemana, 1873): la dialéctica".

La segunda parte, más voluminosa que la primera, el doble aproximadamente, lleva por título "El orden de *El Capital*. Capitalismo, mercado y ciudadanía en la sociedad moderna" y está formada por diez capítulos. Cito algunos de ellos a título de ejemplo: "'Economía': la ciencia buscada", "Derecho, mercado y sociedad moderna", "El valor", "El plusvalor", "Apropiación mercantil y apropiación capitalista", "La reproducción del sistema", "Ciudadanía y clase social".

¿De qué se trata, qué pretende esta nueva aproximación al clásico del revolucionario de Tréveris? En la contraportada del volumen se apuntan algunos de los objetivos perseguidos. Sucintamente: tal como han insistido en la mayoría de sus publicaciones conjuntas, CFL y LAZ creen que para establecer o restablecer un diálogo entre marxismo e Ilustración es preciso repensar la articulación de la tríada Mercado, Derecho y Capital, reconstruyendo para ello el concepto de ciudadanía. El marxismo, la tradición marxista, conocida tesis de los autores, no pudo haber hecho peor negocio que regalar a adversarios y enemigos el concepto de Estado de Derecho, al tiempo que se enredaba en la tarea, que los autores consideran insensata, de inventar, generar o construir un "hombre nuevo", una "construcción" que pretendía ir más allá del concepto de ciudadanía. Era una vía alocada de muy triste balance. Lo razonable hubiera sido demostrar (y acaso mostrar), por una parte, la incompatibilidad del capitalismo realmente existente con los principios jurídicos del Estado civil republicano, y, por otra, la plausible y consistente realización de esos principios en un marco donde imperasen las condiciones socialistas de producción. En síntesis, el capitalismo es contradictorio con el Estado civil republicano y éste es, en cambio, con el

socialismo, no precisamente con el socialismo (ir)real, con el que fuera el socialismo realmente existente.

La cuestión es entonces: ¿es esa tesis, la defendida por los autores, una concepción que beba de las fuentes marxianas y marxistas? Para CFR y LAZ, responder a este interrogante exige una lectura en su conjunto de la obra de Marx. La tarea emprendida, la finalidad de su investigación, es mostrar que *El Capital*, su estructura, sus grandes tesis, sus hipótesis, sus conceptos fuertes, sus teorías explicativas, son de hecho incomprensibles sino ininteligibles si arrancamos a Marx de la tradición republicana. Por el contrario, “los más famosos enigmas y las cuentas pendientes de esta obra inacabada adquieren una nueva luz si se restituye al pensamiento de la Ilustración el papel que a él le corresponde”. Complementariamente a ello se trata también de “ofrecer una lectura fácil y sin presupuestos de los tres libros de *El Capital*, mostrando su cada vez más inquietante inquietud”. Dos, o algún cardinal mayor, en uno. Más (y Marx) con menos. Los propios autores lo señalan así en el Apéndice de su obra: “Aquí termina lo que consideramos que ha sido una lectura republicana de *El Capital*. Somos muy conscientes de lo mucho que nos hemos alejado de algunos tópicos que han marcado siempre la interpretación de Marx. La paradoja gratificante en la que desembocamos es que, según creemos, el resultado se parece mucho más a Marx de lo que suele ser habitual. *Y aunque bien podría haber ocurrido lo contrario, resulta que desde esta perspectiva salen a la luz más motivos que nunca para seguir siendo marxistas*” [el énfasis es mío]

Pues bien, pretendo dar cuenta en sucesivas entregas de algunas de las tesis más centrales que vertebran este estudio, uno de los más grandes ensayos escritos en nuestro país sobre el gran clásico de las tradiciones emancipatorias. Deseo ahora destacar un nudo, que creo altamente significativo, un nudo que, digámoslo epistemológicamente, pertenece a la génesis, al contexto del descubrimiento. Tomo base para ello en el excelente, en el también imprescindible prólogo, que Santiago Alba Rico ha escrito para *El orden de El Capital*.

Este libro, señala el autor de *Capitalismo y nihilismo*, estaba supuestamente terminado en el verano de 1999. Fue entonces cuando CFL le anunció a Santiago Alba Rico que había firmado un contrato con Akal para su publicación. “Ello era el resultado de un proyecto que se había convertido en una obsesión desde los tiempos en los que juntos habíamos publicado *Dejar de Pensar y Volver a pensar*, empeñándonos en reivindicar el marxismo justo cuando, en el corazón de los años ochenta, todo parecía venirse abajo para esta tradición. Teníamos que explicar en definitiva que había tantas razones para seguir leyendo a Marx como razones había para seguir combatiendo el capitalismo”.

Sin embargo, el volumen que CFL había preparado en 1999 iba a tener que esperar aún... ¡otros diez años de gestación! ¿Qué, por qué? Justo cuando lo tenía listo para la edición, un alumno de CFL “llamado Luis Alegre Zahonero descubrió un pequeño hilo suelto en su argumentación y, tirando de él, el libro entero se deshizo en mil retales que había que volver a componer. El problema era, además, que para componerlo, había que emprender una discusión precisamente en el terreno en el que Marx no paró toda su vida de moverse: el mundo de la economía”. Lo pequeño, el pequeño hilo en este caso, no sólo es hermoso sino que puede ser altamente peligroso... o

beneficioso, según se mire. La dialéctica nos enseña a ver la inexistencia de contradicciones donde no hay tales sino engañosa apariencia.

Ni a CFL ni a LAZ, ni tampoco a SAR, les resultaba fácil emprender esa tarea sin ayuda. Pero, en 1999, “en el marco de las primeras movilizaciones estudiantiles contra la mercantilización de la Universidad, Luis Alegre comenzó a trabajar estrechamente con Economía Alternativa (grupo estudiantil muy activo que se había formado con profesores como Xabier Arrizabalo, Diego Guerrero o Enrique Palazuelos)”. Con buenas razones, prosigue SAR, “LAZ repite con frecuencia que este libro es en gran medida una defensa del derecho a considerar estrictamente marxista el enfoque de una investigación como la que se recoge en *Ajuste y salario* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2009)”. Antes de ello, “tras una interminable correspondencia entre CFL y LAZ, decidieron reemprender juntos la redacción del libro”.

¿Cuál fue el hilo descubierto? El problema, señala SAR, surgió “en torno al concepto de “precio de producción”, pero afectaba a la interpretación del orden interno de todo *El Capital*”. No descubramos acontecimientos por ahora. Digamos tan sólo que la historia de esta aproximación al clásico marxiano es muy paralela a lo acontecido con la obra del propio Marx. Sabe a él desde su cocina. También aquí el rehacer, el revisar lo ya hecho tras años de trabajo, conduce a grandes resultados y también aquí el papel de las movilizaciones sociales, estudiantiles en este caso, crearon una atmósfera intelectual donde las “grandes esperanzas”, políticas y teóricas, tenían la sal de una tierra que ha sido muy fértil

*

II. Contra las entregas estúpidas y desinformadas

En el prólogo, en el magnífico prólogo que ha escrito para *El orden de El Capital* (ODEC), Santiago Alba Rico habla de un momento muy inquietante, en el Libro III de *El Capital*, en el que “Marx nos dice que si las mercancías se vendieran a sus valores, quedaría abolido todo el sistema de la producción capitalista, de manera que puede interpretarse que la teoría del valor resulta incompatible con lo que ocurre en la realidad”. Lo de menos, prosigue SAR, es que “Marx vaya a demostrar, quizás, que esto solo ocurre “en apariencia”, porque, en el fondo, la teoría del valor sigue cumpliéndose de todos modos”; lo inquietante, remarca el coautor de *El naufragio del hombre*, es que “Marx diga a continuación que si del hecho demostrado de que “las mercancías no se venden a sus valores” hubiera que concluir “que la teoría del valor es falsa”, resulta que la conclusión no sería que la teoría del valor es falsa, sino que el capitalismo es incomprensible” [el énfasis es mío].

Tiene razón sin duda SAR cuando señala a continuación que esa “forma de argumentar tiene algo de extravagante”. Lo parece ciertamente. Lo mismo ocurre en otro pasaje no menos inquietante. Justo en el momento en que Marx “acaba de demostrar que la tasa de ganancia tiende a igualarse para todos los sectores con independencia de lo intensivos que sean en mano de obra y todo hace pensar que la fuente del plusvalor ya no es el trabajo y que, por consiguiente, la teoría del valor deja de cumplirse”, Marx infiere, señala Alba Rico, que, “si esto fuera así (y lo inquietante es que acaba de demostrar que es así), “desaparecería todo fundamento racional para la economía política””.

Ni más ni menos. Sin teoría del valor no hay posibilidad de entender nada. Si los hechos empujan o empujaran a hacernos pensar que la teoría está extraviada, no sería el caso entonces, como parece popperianamente razonable, que tal conjetura fuera falsa o que quedara herida de muerte “sino que la realidad es incomprensible”. ¡Qué pensaría el otro Karl, el de *Conocimiento objetivo*, si pudiera levantar de nuevo la cabeza aunque fuera unos instantes! ¿Existe algún caso otro similar en el ámbito del conocimiento positivo? No parece que la respuesta, prima facie, pueda ser positiva. ¿Estamos aquí entonces ante una clara muestra de insensatez epistémica marxiana? Por qué entonces, sigue preguntándose el autor de *Noticias*, Marx está tan seguro de que “no se puede renunciar a la teoría del valor incluso cuando acaba de demostrar él mismo que la teoría del valor no se cumple”. ¿Será que en el fondo sí se cumple?, ¿será que es posible encontrar la ley de transformación de valores en precios?

Este fue, señala el prologuista, el camino que siguió la tradición marxista con el famoso problema de la transformación. Resumiendo y esperando no desvirtuar: las mercancías se venden a un precio que es proporcional al capital invertido, pero la teoría del valor “exige que los precios sean proporcionales a la cantidad de trabajo que ha intervenido en su fabricación”. A partir de este punto, la tradición no ha cesado de intentar encontrar un procedimiento capaz de transformar los valores en precios. Usó para ello, una dialéctica que normalmente ha jugado “con lo que ocurre “en apariencia” y lo que ocurre “en el fondo”. En este género de argucias teóricas -esencia/apariencia, fondo/superficie, forma/contenido.- se han escondido a menudo auténticos trucos de prestidigitación que permitían al marxismo decir lo mismo y lo contrario al mismo tiempo con tan solo sacarse de la manga dos (o tres) niveles de análisis”.

Ataviados falsamente de una supuesta (e imprecisa) lógica dialéctica, “estos recursos se convirtieron en una continua estafa científica”. El libro de CFR y LAZ, anuncia Santiago Alba Rico, reserva al lector/a una buena sorpresa al respecto. ¿Qué sorpresa? La siguiente: lo que sus autores vienen a demostrar “es que el problema que estaba en juego en esa tozudez marxiana por ligar la economía a la teoría del valor no tenía que ver con el asunto de que ésta se “cumpliera” o no se “cumpliera” en la determinación de los precios” sino que tenía que ver más bien, nada más y nada menos, “con la delimitación del objeto de estudio de la Economía y, en concreto, con la forma en la que hay que pensar la articulación entre Mercado y Capital, por una parte, y entre Derecho, Ciudadanía y Capital, por otra”. De este modo, podía ser perfectamente falso que el valor-trabajo fuera el determinante último de los precios, sin que, con ello, la teoría del valor tuviera que ser rechazada ya que “podría ocurrir muy bien que la determinación de los precios no fuera ni mucho menos aquello para lo que la teoría del valor resulta imprescindible”.

Podría ocurrir muy bien que lo que se jugara en esa teoría fuera más bien la posibilidad de constituir un objeto científico propio para la economía política, de tal modo que sin ella, sin la vigencia de la teoría del valor, la Economía misma se convirtiera en una estafa gnoseológica. Podría ocurrir, prosigue Alba Rico, que la economía no pudiera sino plantear mal todas las preguntas sin una previa aclaración sobre la relación entre Mercado, Capital y Ciudadanía, sin una comprensión clara de la articulación de la sociedad

moderna cuya “ley económica fundamental” trató Marx de esclarecer.

El panorama descrito es excelente, prometedor, estimulante. ¡Qué más podemos pedirle a un prólogo y a su autor sino que nos describa con mimo los olores de una degustación apetecible! Vale la pena ver todo esto con más detalle. Veamos, transitando por esa misma línea, lo que los autores señalan en la Introducción de su ensayo (páginas 17-27).

¿Qué es el capitalismo?, se preguntan. Parece fácil la respuesta, pero “una vez formulada la pregunta, no podemos dejar de reconocer que no tiene una fácil respuesta”. Las Facultades de Ciencias Económicas se van transformando progresivamente en escuelas de administración de empresas o de técnicas de mercado, en “ciencias” -¡que algún Dios gnoseológico nos proteja!- empresariales o para futuros empresarios y directivos. Prácticamente ha desaparecido el espacio teórico e institucional para preguntar *qué es eso del capitalismo*. Por ello, señalan CFL y LAZ, “necesitamos más que nunca volver a leer a Marx”. Si Marx ha unido su nombre al de otros grandes autores del pensamiento universal ha sido por lograr formular, respecto a un terreno que había permanecido inexplorado hasta el momento, una pregunta tan desconcertante como las preguntas que se formula la física u otras disciplinas teóricas. Por ejemplo, qué es el infinito o qué es un conjunto en el caso de las ciencias matemáticas.

A pesar del ambiente neoliberal académico (los planes de Bolonia intentan ejercer también su mando pragmático y autoritario en esta plaza), los autores creen que “la pregunta por la consistencia interna del capitalismo, tal como la formula Marx, se está abriendo paso como a codazos y, de un modo inesperado, se está produciendo una significativa recuperación del interés por *El capital*”. Para CFL y LAZ, volver la mirada hacia Marx para que, entre otras cosas, nos ayude a entender las dimensiones reales de lo que está cayendo y como está cayendo, “exige rescatar su obra de ese corpus que generalmente se reconoce como “marxismo” [...] y que, en realidad, no es más que el producto de una doctrina de Estado que se fue configurando al agitado ritmo de las decisiones políticas, sin hacer concesiones al sosiego, la tranquilidad y la libertad que requiere el trabajo teórico”.

Esta es una de las primeras tesis que los autores defienden y formulan con claridad cartesiana: leer fructíferamente a Marx exige desgajarlo de ese corpus de falsas doctrinas que ha sido llamado “marxismo” y que, en su opinión, no es sino una ideología o una doctrina de Estado que seguramente sirvió para encubrir, con ropajes la mar de aparentes en ocasiones, acciones, posicionamientos y reflexiones poco transformadores. Para CFL y LAZ, uno de los efectos más desastrosos que tuvo para la tradición marxista revolucionaria “este modo de establecer su versión oficial”, quizá fuera el haber regalado a la ideología liberal, y a sus activas prolongaciones actuales, “los conceptos fundamentales de la tradición republicana”. El negocio no pudo ser peor para las tradiciones emancipatorias, no sólo para el marxismo claro está, ni más redondo y rentable para la ideología (neo)liberal. ¿Por qué? Porque “no hay nada mejor para defender la postura propia que presentarla indisolublemente unida a ciertas aspiraciones irrenunciables de la humanidad... sin apenas oposición, el liberalismo económico logró con gran habilidad defender de un modo verosímil la perfecta unidad entre libertad, derecho y capitalismo como ingredientes imprescindibles de la Sociedad moderna”.

El “argumento liberal” es resumido por CFL y LAZ en los dos pasos siguientes: 1. Tras siglos de represión y persecución político-cultural, la sociedad moderna surgió de la renuncia a imponer prescripciones vinculantes generales a partir de una consideración fundamental: nadie tiene derecho a imponernos qué debemos creer o hacer en contra de nuestra propia voluntad. En realidad, “el proyecto de fundar un Estado de derecho consistiría ante todo en romper con las ataduras y servidumbres ancestrales” que prescribían obligatoriamente para todos qué se debía pensar, qué se debía hacer, qué se debía decir y en qué se debía creer. 2. En el ámbito económico, el anterior principio “nos llevaría de un modo automático a establecer una esfera del intercambio en la que nadie tuviera derecho a inmiscuirse en los acuerdos que se alcanzasen entre particulares (siempre, claro está, que no supusieran una amenaza para terceros)”. Para los autores de ODEC, el resultado de aplicar el principio de libertad civil a la esfera económica “conduciría a un mercado generalizado en el que cada uno pudiese perseguir libremente su propio interés... a un sistema de mercado guiado por la obtención de beneficios y, por lo tanto, a un sistema capitalista”. Dicho más sucintamente: sobre la base del principio de libertad civil, “se obtendría, por un lado, el concepto de Estado de derecho y, por otro, el concepto de capitalismo”. Ambos -Estado de Derecho, capitalismo- formarían parte inseparable del mismo sistema, la “sociedad moderna”. De este modo, defender uno -el Estado de derecho- exigiría defender al mismo tiempo el otro -el capitalismo-. Dos al precio de uno; no uno sin el otro.

En la lectura tradicional, el Estado de derecho constituiría la *negación* de las comunidades cerradas, opacas y excluyentes, dando lugar a una sociedad marcada por el egoísmo individualista que, sin embargo, y eso se formulaba con énfasis tomando pie en pasajes del *Manifiesto Comunista*, constituiría un progreso respecto a la etapa anterior. Pero, claro está, quedaba pendiente el (tercer) momento (dialéctico-sintético) de la *negación de la negación*. Con ella, “se recuperaría una densidad comunitaria y una consistencia moral tan impecable que perfectamente se podría prescindir del Derecho; una sociedad, en definitiva, tan felizmente marcada por el compromiso comunitario que pudiese por fin prescindir del sistema individualista de conceptos que caracteriza a la sociedad burguesa, es decir, ese sistema integrado por derecho y capitalismo”. Era el comunismo, la finalidad esencial de la tradición marxista y de otras tradiciones emancipatorias.

¿En qué medida participa Marx de este modo de pensar?, se preguntan los autores. ¿Es así como razona en *El capital*?, ¿derecho y capitalismo son dos caras inseparables de la misma moneda?. No es el caso en su opinión. En absoluto. Para CFL y LAZ, “la crítica de Marx a la sociedad moderna está realmente muy lejos de compartir por completo la columna vertebral de la ideología liberal”, su crítica a la economía política constituye ante todo -que no es poco- una impugnación del lugar teórico que el liberalismo asigna a cada concepto. Los autores van a defender no sólo que, a partir de Marx, Derecho y capitalismo, están lejos de ser caras afables e interrelacionadas de la misma moneda, sino que más bien “constituyen dos elementos radicalmente incompatibles entre sí... lo que la obra de Marx vendría a demostrar es más bien que el concepto de capitalismo es *radicalmente incompatible con los principios más básicos del Estado civil*”. Ni más (Marx) ni

menos: capitalismo versus Estado de Derecho. No uno con el otro.

Actualmente, prosiguen CFL y LAZ, es ya posible y necesario aprender a leer *El capital* de un modo que permita distinguir, como ya se apuntó, la teoría de Marx “de todas las modificaciones realizadas por la ideología de Estado que cristalizó en su momento con el nombre de “marxismo””. Para ello, sostienen, hay que analizar con todo detalle el *orden* de *El capital*, entendiéndolo por ello, la estructura teórica de la obra y, con ello, “la estructura política que se analiza por medio de ella”.

La tarea ciertamente, reconocen CFL y LAZ, no está exenta de problemas. Un ejemplo nuclear. Marx comienza *El capital* con un análisis del concepto de mercancía y, por lo tanto, de la idea de mercado. En el marco de la sociedad moderna, no cabe entender por mercado nada más que un espacio de confluencia entre sujetos jurídicamente reconocidos como *libres e iguales* que negocian entre sí para intercambiar bienes de los que son legítimamente propietarios. La idea de mercado de la que parte *El capital* (y en la que se basan conceptos tan centrales como el de “valor”) toma pie en principios jurídicos como los de Libertad e Igualdad. A partir de ahí, tras la primera sección del libro I, recuerdan los autores de *Comprender Venezuela, pensar la democracia*, Marx parece ir deduciendo el resto de los conceptos que necesita poner en juego para sacar a la luz las leyes que rigen la sociedad capitalista. Sin embargo, “ya desde la segunda sección, surge la necesidad de dar cuenta de la compatibilidad de los nuevos conceptos que van surgiendo con los conceptos que, correspondientes a la idea de mercancía, sirvieron como punto de partida”. Esta cuestión, señalan, requiere una pormenorizada investigación.

Está hecha, la han realizado, es el libro que tenemos entre manos (y que debería estar ya cerca de sus ojos). Hay algo, sin embargo, matizan, que puede ya adelantarse: de cómo se interprete *el orden* de *El capital*, su estructura teórica, dependerá en gran medida “la relación que quepa localizar entre derecho y capitalismo”. Si fuera posible *deducir* el capitalismo a partir de los conceptos que toma Marx como punto de partida, habría que admitir que los conceptos de libertad e igualdad bastarían para derivar de ellos las leyes de la sociedad moderna. De este modo, todos los intentos de interpretar el orden de *El capital* como un mero despliegue -en clave dialéctica o no- del contenido de la sección primera, “compartirían en gran medida el modo como la sociedad moderna se cuenta a sí misma la relación que hay a su base entre derecho y capitalismo”. Conscientes del difícil camino que se proponen transitar, CFL y LAZ apuntan algunas objeciones a las que quieren adelantarse desde el primer momento “ya que, honestamente, consideramos que se deben más bien a un malentendido y, sin embargo, sabemos con certeza que se van a presentar”.

La primera de las acusaciones, de las potenciales acusaciones, que consideran completamente infundada es la que los considere autores neorricardianos en vez de marxistas, confundiendo el concepto de valor que defienden con el del gran Piero Sraffa, el gran amigo y compañero de Antonio Gramsci, el máximo exponente del planteamiento neorricardiano, “es algo tan desatinado como confundir el concepto de valor que utiliza Marx con el de Ricardo”. Grandes economistas del siglo XX cometieron este error, señalan: Schumpeter consideraba que la teoría del valor de Marx era en lo esencial idéntica a la de Ricardo. Pero existe en su opinión una diferencia irreductible

que tiene que ver “con la función fundamental que se asigna en cada caso a la teoría del valor”. Ricardo construye el concepto de valor como una teoría de la determinación de los precios, “de las proporciones de intercambio entre las mercancías individuales”; para Marx, por el contrario, la teoría del valor “constituye ante todo una herramienta imprescindible para el análisis de la distribución social y de la asignación global entre las clases”.

La segunda objeción, igualmente potencial, a la que se enfrentan es la que consideraría antimarxista el uso que hacen del concepto de equilibrio. El concepto de "equilibrio" o "equilibrio general" ha sido siempre denostado en la tradición por el uso que hace de él la economía neoclásica. Para hacerse cargo de la hostilidad que genera este modo de proceder que arranca con Walras, los autores nos remiten al artículo que escribieron Freeman y Carchedi en el libro, por ellos mismos editado, *Marx and non-equilibrium economics*: "The psychopathology of Walrasian marxism". “Esa psicopatología sería un asunto muy grave en nuestro caso”, señalan. No obstante, añaden, “es obvio que en *El capital* opera algo al menos análogo al concepto de equilibrio”. Marx muestra que la sociedad capitalista no está nunca ni puede estar en equilibrio. Sin embargo, prosiguen, “sí es necesario en el planteamiento de Marx algún concepto que nos permita saber en qué sentido presionarán los correctivos del mercado en cada una de las situaciones de desequilibrio que, en efecto, constituyen la realidad”. Sólo es posible, concluyen, saber en qué sentido “presionarán los correctivos” si se acepta la validez de “algún concepto al menos análogo al de previsible (aunque siempre irreal) equilibrio en un sistema de competencia dado”. Nada de todo esto implica afirmar, remarcan CFL y LAZ, “que la realidad esté realmente en algún momento en equilibrio”.

El capital, recuerdan CFL y LAZ, no es una obra terminada. Excepto el libro primero, el resto quedó, a la muerte de Marx, pendiente de publicación. Fue tarea de Engels, una inmensa tarea, casi inabarcable para un ser humano en solitario. El siglo y medio de controversias interminables respecto a los mismos temas, señalan finalmente CFL y LAZ, “dan también buena muestra de la oscuridad que existe en algunos puntos, y seguir disimulando para intentar que no se note es algo inaceptable desde el punto de vista tanto de la verdad como de la justicia”. La fecundidad de la teoría marxista seguirá cercenada, en su opinión, “mientras se sigan disimulando las dificultades, rellenando con propaganda los huecos del desarrollo científico, realizando deducciones confusas y fingiendo que se entienden con total claridad, colocando gráficos allí donde faltan conceptos y presentando como certezas absolutas las tesis más dudosas”.

La primera parte del camino emprendido, que lleva por título “Rescatar a Marx del marxismo. Consideraciones sobre el índice de *El capital*, el Prefacio de 1867 y el Epílogo de 1873”, se abre con “El problema de la teoría del valor” y con una mirada sobre Marx “como el Galileo de la historia”. Habrá que proseguir, pues, por senderos galileanos. Ya Marx apuntó que sus dos héroes favoritos eran Espartaco y un corresponsal del descubridor de las manchas lunares, Johannes Kepler.

*

III. Diálogo crítico con Joseph A. Schumpeter.

La primera parte de *El orden de El Capital* (ODEC) lleva por título,

significativo título desde luego, “Rescatar a Marx del marxismo”. Volveremos sobre ello. Como subtítulo: “Consideraciones sobre el índice de *El Capital*, el Prefacio de 1867 y el Epílogo de 1872”. Tres capítulos la forman: I. “El problema de la teoría del valor”. II. “El Prefacio al Libro I (1867): la normalidad de la ciencia” y III. “El Epílogo al Libro I (3ª edición alemana, 1873): la dialéctica”. Nos referiremos al primero de ellos. Largo y denso capítulo, forzosamente seremos injustos con sus contenidos que aparecen estructurados en tres apartados y un apéndice: 1. Marx como el Galileo de la Historia. 2. Marx juzgado economista. 3. Observación y teoría. El lugar de la teoría del valor en la arquitectura de *El Capital*. El apéndice: “Marx y Hegel: la crítica al empirismo”.

Comenzar comparando a Marx con Galileo, señalan CFL y LAZ, “implicaría haber tomado ya algunas decisiones sobre los aspectos más relevantes de su obra”. Supondría, sobre todo, “resaltar el hecho de que, a partir del momento en que el proyecto teórico Marx se encuentra más consolidado, su trabajo no parece desenvolverse en el marco de una discusión interna a lo que solemos entender por historia de la filosofía”. A partir de 1845, tras redactar con Engels una demoledora crítica del universo filosófico alemán, “Marx ya no se volverá a sentir muy interesado en discutir con filósofos”. Hasta el año de su muerte, Marx “parece más bien haber encontrado sus interlocutores naturales en lo que hoy puede considerarse la historia de la economía”. Por su intervención en la arena de la economía es “por lo que podría tener sentido compararle con un científico como Galileo” en lugar de con un filósofo como Hegel o Feuerbach.

Ciertamente, admiten, esta peculiar evolución de la obra marxiana “fue vivida por el propio Marx como una especie de fatal contratiempo”. Citan a este respecto el conocido paso de una carta a Engels de 2 de abril de 1851: “voy tan adelantado que, en cinco semanas, habré terminado con toda esta lata de la economía (...). Esto comienza a aburrirme. En el fondo, esta ciencia no ha hecho ningún progreso desde Smith y Ricardo, a pesar de todas las investigaciones particulares y frecuentemente muy delicadas que se han realizado”. Después del latazo económico, el entusiasta lector de Goethe pensaba dedicarse a cosas de mayor interés.

Sin embargo, recuerdan CFL y LAZ, cuando se señala la pertenencia de Marx a la historia de la filosofía ese pertenecer es más bien esgrimido como prueba de que “no logró efectivamente establecer una ciudad científica que, en referencia al “continente Historia”, se sostuviese sólidamente sobre sus propios cimientos, unos cimientos que habrían sido, en efecto, de índole económica”. No es que la historia de la filosofía se haga eco de su aportación científica, como sería el caso de Galileo por ejemplo, sino que, “una vez que la Economía se ha desentendido por completo de Marx, su obra ha quedado aparcada en la historia de la filosofía como se abandona un coche usado en un desguace”.

Plantean los autores a continuación un interrogante político-histórico: podría ser, señalan, que “el destino de esta ciudad científica que prometía el marxismo haya estado ligado al destino político de las internacionales comunistas”. La derrota política de éstas habría dejado en ruinas, al mismo tiempo, “las incipientes construcciones teóricas de una civilización científica que podría haber llegado a ser y no fue”. Podría imaginarse, admitiendo la dificultad de la conjetura, una hipótesis de alto riesgo, reconocen CFL y LAZ, “que una monumental derrota de las revoluciones burguesas y de los

movimientos políticos y económicos iniciados desde el siglo XVI hubiera, al mismo tiempo, acallado la voz de la naciente física moderna, de tal modo que sus cimientos hubieran dormido durante siglos, medio olvidados en una especie de medievo alargado, a la espera de que se construyeran sobre ellos todas esas instituciones y universidades en las que investiga, enseña, trabaja y almacena su información la comunidad científica actual". ¿Nos encontramos ante un caso similar respecto a lo que Marx intentó fundar?

No cabe aquí dar detalle de su detallada respuesta ni comentar la metodología usada –“sería preciso, ante todo, retrotraer la cuestión al terreno en el que este pensador trabajó y ver qué es lo que actualmente se levanta sobre él”-, baste con señalar algunos apuntes del desarrollo realizado:

La Economía, las ciencias económicas establecidas en las Universidades, no se ocupan prácticamente de Marx. Uno de los manuales más clásicos de las licenciaturas fue el conocido ensayo de Paul Samuelson, *Economía*. El párrafo que el Premio Nobel –de quien los autores valoran grandemente un artículo de 1971 sobre la noción marxiana de explotación (edición castellana de 1975)- dedicaba, en 1970, a la obra "económica" de Marx constaba de cuatro párrafos. La discusión queda abortada nada más comenzar: “Marx no dice en absoluto lo que Samuelson dice que dice”.

Marx, en general, no forma parte de lo que estudian y discuten los economistas. Hay excepciones. J. A. Schumpeter es ejemplo conocido. CFL y LAZ le dedican un prolijo apartado. La razón de su interés: “si la fórmula que convierte a Marx en un Galileo de la Historia ha de resultar acertada, la cosa tendría que ser probada en el terreno en el que Marx trabajó de forma incansable, es decir, en la discusión con los economistas”. Para ellos, no hay ninguna duda de que “si Marx resucitara en el siglo XXI volvería a poner manos a la obra *en ese mismo terreno*, y probablemente repetiría su diagnóstico de 1851, declarando que ‘esta ciencia no ha avanzado ni un paso desde Smith y Ricardo’. Lo que la presentación de Marx por parte de Schumpeter tiene de excelente es ante todo “la manera en la que sitúa su obra en un plano de *normalidad científica*”.

Para enmarcar la discusión, CFL y LAZ esgrimen documentadas tesis epistemológicas y de historia de la ciencia. Estas por ejemplo: 1. Los intereses de clase que hayan circulado por las alcantarillas de la ciudad científica no pueden probar ni la veracidad ni la falsedad de una teoría, aunque sí puedan explicar –los autores advierten con impecable claridad: “pero eso es enteramente otra cuestión”- la adhesión científica a determinados errores tenaces. 2. La comunidad científica, y el Derecho en otro sentido, “es lo único de lo que podemos decir que, en el peor de los casos, no está del todo mal hecho. No se puede estar por encima de la ciencia sin caer, de inmediato, por debajo”. Ciencia y Derecho son las dos únicas cosas de las, en su opinión, puede decirse que progresan. Por ello, la más radical revolución, “no hace más que afianzar la normalidad”: una ciencia “revolucionaria” que verdaderamente lo fuera no sería más que una ciencia completamente normal, y, al serlo, “denunciaría como “anormales” a otras situaciones anteriores que se habrían tomado hasta entonces como normales”. La sombra de Kuhn (aunque no sólo) y la estructura de las revoluciones científicas es alargada y tenaz. 3. Dos siglos de desatinos han escarmentado ya bastante en la tradición marxista por lo que la disyuntiva que se impone es: “O Marx es, en algún sentido, un científico normal o es

sencillamente un ideólogo en el peor sentido de la palabra". Ser un "científico normal", en determinados campos y ocasiones, puede ser *políticamente* muy subversivo. Los autores tienen en mente, no les faltan razones para ello, los nombres de Giordano Bruno, un "científico" ciertamente singular, Miguel Servet y el propio Galileo. Me permito sumar el nombre de Nicolai Vavílov. no espero ninguna objeción por parte de los autores. 4. Hay que añadir parece plausible pensar así desde luego, que en el terreno en el que la ciencia se ocupa de cuestiones sociales, políticas o económicas el problema anterior "se agrave especialmente". Parece razonable pensar así.

Regresan los autores a Schumpeter. Admiten la relevancia de su énfasis en la teoría del valor de Marx pero niegan su afirmación sobre la identidad de las teorías de Ricardo y Marx en ese punto y discrepan de algunos comentarios del autor de *Historia del análisis económico*, una monumental obra de más de 1.300 páginas traducida al castellano por Manuel Sacristán, sobre la insustancialidad de las diferencias metodológicas de Ricardo y Marx. Meras apariencias.

Entran a continuación CFL y LAZ en esa teoría: "Lo primero que se nos dice es que esa teoría es, ante todo, *una aproximación a los precios*. No tiene ni puede tener otro sentido que el de dar cuenta del valor de cambio de las distintas mercancías individuales, o sea, de las proporciones relativas de intercambio de las diferentes mercancías entre sí. Según esta teoría, el valor de cada mercancía individual (es decir la cantidad de trabajo que ha sido necesario invertir en su producción), es lo que determina el precio al que se va a vender en el mercado. En este sentido sostiene que "el valor de cambio de los bienes producidos sería proporcional al trabajo empleado en su producción: no sólo en su producción inmediata, sino en todos aquellos implementos o máquinas requeridos para llevar a cabo el trabajo particular al que fueron aplicados".

Es muy importante abrir aquí, señalan CFL y LAZ en el apartado 1.1.2.2, "un paréntesis para proporcionar una primera aproximación, aunque sea muy esquemática, de la idea de ese mercado en el que los productos se intercambiarían atendiendo a la ley del valor". No se trata, advierten, de responder ya a la pregunta sobre el sentido de ese punto de partida: "se trata, simplemente, de delimitar con claridad la imagen de un mercado funcionando enteramente según los supuestos referidos de la ley del valor (es decir, según los supuestos que Schumpeter considera un desatino tomar como punto de partida)".

El lector/a debe seguir aquí el detallado desarrollo argumentativo del ensayo. El punto final de su explicación: "De este modo, aquello que, mientras se respeten las condiciones supuestas, determina el movimiento real de las mercancías, el valor, resulta consistir en algo así como esto: *la cantidad de trabajo (simple y abstracto) socialmente necesario cristalizado en una mercancía*. El valor, aquello que permite igualar en este mercado "de laboratorio" 30 varas de lienzo y 2 sacos de patatas, es, como nos dice Marx, una especie de *gelatina de trabajo humano indiferenciado y abstracto*. La *ley del valor* afirma, por tanto, que en el mercado siempre se intercambian cantidades *equivalentes* de trabajo humano (simple, abstracto y socialmente necesario)".

El siguiente apartado lleva por título -"El juicio de Schumpeter y la sanción final "adversa a Marx"-". Con la explicación anterior es suficiente,

señalan CFL y LAZ, para preguntarnos “qué sentido puede tener comenzar a “hacer economía” partiendo de una definición de este tipo. Schumpeter no tiene al respecto ninguna duda: “todo el mundo sabe que esta teoría del valor es insatisfactoria”. ¿Por qué? Este es su resumen: la teoría “no tiene aplicación alguna fuera del supuesto de la concurrencia perfecta, que de hecho, nunca se da”. Aún suponiendo esta, “no se cumple más que si el trabajo es todo de la misma especie y es, además, el único factor de producción”. Mirando las cosas desde la historia de la Economía, sostienen, la teoría del valor fue una especie de culo de saco: está muerta y enterrada.

Nos encontramos, pues, señalan de nuevo, con una paradoja insólita: Marx, el “mayor erudito de su época”, “un trabajador infatigable al que nada se le escapaba”, toma desde el principio de su obra “la peor de las decisiones: apuntarse al único camino teórico que no llevaba a ninguna parte”. Se apartó el ciudadano de Tréveris con este primer paso “de la línea en la que progresaba mientras tanto la historia de la economía, hasta su resultado actual”.

La resolución de la paradoja defendida por los autores es también tarea del lector. Un apunte para abrir el apetito -“En realidad, como vamos a ver, la interpretación del Libro I (y aún más del resto de *El capital*) depende directamente del papel que otorguemos a esta Sección 1ª [“Mercancía y dinero”, los tres primeros capítulos de *El Capital*] y, en consecuencia, de cómo interpretemos la decisión de Marx de adherirse a la teoría del valor”- y la tesis de Schumpeter que CFL y LAZ van a discutir a lo largo de su investigación: ““En la voluminosa discusión que se ha desarrollado acerca de ella [la teoría del valor] la razón no está, en realidad, toda de un lado, y los adversarios han usado muchos argumentos inadmisibles. El punto esencial no es si el trabajo es la verdadera 'fuente' o 'causa' del valor económico. Esta cuestión puede ser de interés primordial *para los filósofos* sociales que desean deducir de ella pretensiones éticas sobre el producto, y el mismo Marx no fue, por supuesto, indiferente a este aspecto del problema. Pero, *para la economía*, como *ciencia positiva* que tiene por objeto *describir o explicar objetos reales*, es mucho más importante preguntar *cómo funciona* la teoría del valor basada en el trabajo, en cuanto instrumento de análisis, y lo realmente objetable que se encuentra en ella es que *funciona muy mal*”. No hay que perderse, el aviso es en este caso totalmente innecesario, el desarrollo y comentario de los autores de la lectura schumpeteriana de la noción de explotación marxiana, de la teoría de la acumulación, de la conjetura sobre la pauperización creciente de la clase obrera y de su concepción sobre los ciclos económicos.

El siguiente apartado del capítulo lleva por título “Observación y Teoría. El lugar de la teoría del valor en la arquitectura de *El capital*” y se inicia con una nota... “Sobre el juicio a Galileo”. ¿Y a qué viene ahora hablar del juicio inquisitorial contra Galileo? Esta es la explicación de CFL y LAZ: “Esta digresión es, en realidad, vital para nuestros propósitos, no sólo porque queremos tomarnos en serio la posibilidad de considerar a Marx el Galileo de la Historia, sino porque sospechamos que si Schumpeter hubiera asistido al nacimiento de la moderna física matemática en el siglo XVI, habría argumentado contra Galileo del mismo modo que le hemos visto hacerlo contra Marx”. Quizás, prosiguen, este paralelismo pueda contribuir a aclararnos el sentido de esta supuestamente insólita decisión de Marx, quien en lugar de acumular “piedra y mortero” en el terreno de lo empírico para, poco a poco, ir

aislando regularidades y esbozando posibles leyes por inducción, ha decidido, de modo ciertamente chocante, anclar el punto de partida de la economía en una discusión metafísica con Aristóteles respecto a una supuesta "sustancia valor" inobservable, y lo ha hecho, además, en un lenguaje marcadamente hegeliano, inspirado por la lectura de Hegel.

Nos adentramos, pues, en un nudo esencial de la historia de la ciencia y, si se quiere, de la política europea. Precisamente, sobre este momento decisivo, el historiador Antoni Beltrán, uno de los grandes especialistas mundiales en la obra del autor de *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*, escribió hace años un libro inolvidable: *Talento y poder*. Un enorme ensayo que está a la altura del gran científico y filósofo pisano y de la infamia estudiada.

*

IV. Para alejarse de las (gnoseológicamente) viciadas y estériles polémicas de la telebasura.

Lo que más popularmente se recuerda del juicio a Galileo, recuerdan CFL y LAZ, es que el científico pisano fue condenado por defender el heliocentrismo. En parte es cierto, sostienen, sin embargo esa visión "no da una idea de los términos en los que se desarrolló una polémica científicamente seria". Su interpretación:

Con Galileo Galilei nacen las modernas ciencias experimentales y, sin duda, lo hacen contra el saber libresco y los formulismos conceptuales escolásticos. Pero lo curioso del caso, señalan, "es que lo hacen de un modo opuesto al que se tiende a imaginar". En las discusiones en las que se ve envuelto Galileo, sus oponentes aparecen como defensores de la experiencia, e incluso de la experimentación, y a él se le acusa de ser un "reaccionario platónico empeñado en someter la libertad de los hechos a un mundo inteligible escrito con caracteres matemáticos". En primer lugar, recuerdan, es preciso reparar en que el verdadero campo de batalla de la polémica sobre el heliocentrismo "no se localizó tanto en los cielos, como a ras de tierra, en el marco de la mecánica física", dado que para hacer una defensa seria de la hipótesis copernicana, que no aspiraba a ser una mera conjetura matemática, un mero ejercicio útil para cálculos sin ninguna pretensión explicativa de "lo real", "era necesario replantear todo el asunto de las leyes del movimiento, como por ejemplo, la caída de los graves". La respuesta a las objeciones "aristotélicas" al heliocentrismo dependía enteramente del planteamiento de la ley de inercia. Para saber, señalan, "si Copérnico tenía o no razón, lo primordial era decidir si una bola que rodara por un plano en el vacío seguiría rodando indefinidamente". Ese fue el lugar donde se centró la polémica y, éste es el punto destacado por CFL y LAZ, "lo curioso es que, en ese terreno, era la experiencia misma la que jugaba en contra de la futura ciencia experimental"

El siguiente apartado de este primer capítulo de la Primera Parte está dedicado a "Las raíces socráticas del método de Galileo". En el terreno de los hechos, "desnudos", adjetivan CFL y LAZ, "cualquier bola que lancemos por un plano va perdiendo velocidad hasta acabar por detenerse". El descubridor de las manchas lunares no apela a la experiencia y realiza "un ejercicio enteramente platónico, mediante una especie de diálogo socrático". El siguiente: se ha hablado de una bola que rueda; ahora bien, socratismo en

estado puro, ¿qué es una bola?, ¿qué es rodar? “Lo primero ha de ser, en todo caso, clarificar (o en su caso construir) los conceptos con los que se va a trabajar”. Esta es la táctica, insisten los autores, “que Sócrates sigue siempre impertinentemente con sus interlocutores”: no dar por sentado, sin más consideraciones, que entendemos perfectamente los conceptos que se usan en un discusión intelectual.

Galileo, prosiguen, en la segunda jornada de su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, procede de modo muy semejante a como opera Sócrates. CFL y LAZ destacan que lo que más llama la atención es que es Galileo “quien se niega en todo momento a recurrir a la experiencia”. No parte de bolas reales ni se dedica a medir sus desplazamientos o a calcular sus velocidades. De hecho, “Galileo parte de un *concepto* de bola *físicamente imposible*: no hay *ni puede haber* ninguna bola real que toque sobre ningún plano real en un solo punto (de modo que el rozamiento fuese cero)”.

De todo ello, infieren los autores conclusiones gnoseológicas e historiográficas de alta, de altísima tensión: 1. El punto de partida de Galileo no pasa por intentar describir los movimientos observables de las cosas; las bolas empíricamente observables se paran siempre. 2. Lo peculiar de su modo de proceder es “que en absoluto pretende aducir ningún ejemplo empíricamente observable en contra ni lo cree en absoluto relevante para defender la verdad de lo que está diciendo”. 3. Para que sus leyes y enunciados sean verdad basta con que valgan para la idea de bola. De este modo, “nos encontramos con que Galileo parte más bien de una idea, digamos, muy “metafísica” de bola” (obsérvese: la sombra de Marx y los compases iniciales de *El Capital* empieza a entrecerse). 4. Galileo no apela a la experiencia, o a la experimentación controlada, “ni siquiera en esas ocasiones en las que habría resultado fácil hacerlo”. De hecho, cuando un científico jesuita diseñó experimentos que no confirmaban las hipótesis galileanas y escribió al científico pisano dando cuenta de sus resultados, Galileo respondió a través de uno de sus discípulos y colaboradores, en tono ciertamente arrogante, que, en ese caso, peor sería para la experiencia. 5. El método “hipotético deductivo” del que Galileo sería fundador, consistiría pues, en opinión de los autores, “en el empeño socrático de garantizar que no se va a cambiar de tema de una forma incontrolada”.

¿Dónde llegamos con este interesante desarrollo? Al punto siguiente: “Al empeñarse en hablar de lo que se habla y no de otra cosa, Galileo comienza planteando el caso de una bola que rueda en el vacío sobre un plano perfecto. Ningún escolástico de la época le niega que, en ese caso, la bola seguirá rodando eternamente. Lo que sí le niegan es que pueda tener sentido *físico* eso de comenzar haciendo *física* desde un presupuesto *imposible físicamente*, absolutamente *irreal*. Así pues, a Galileo se le acusa más bien de estar introduciendo *presupuestos metafísicos* a la base de un vasto conjunto de hechos empíricos que hacía ya muchas décadas que eran cada vez mejor ordenados y clasificados por la observación y la experiencia”. Se le acusa, pues, este el punto al que nos conducen, “de lo mismo, y en nombre de lo mismo (una “ciencia positiva” que tiene por objeto “describir y explicar procesos reales”), que lo que hemos visto a Schumpeter esgrimir contra Marx”.

Sin duda, no hay cartas escondidas, la influencia de Koyré en la interpretación de los autores es punto a tener en cuenta. Y, desde luego, una vez aclarados los conceptos de esa “realidad ideal” -conceptos sin duda muy

"metafísicos", señalan, "pero que, sin embargo, evitan que mezclemos unos temas con otros sin ningún control", este es el punto, la precisión, es imprescindible, claro está, comenzar a caminar hacia la "reconstrucción de la realidad empírica".

Vuelven ahora a Marx y a su viaje "a los espacios ideales". Schumpeter, recuerdan, reprocha a Marx que haya comenzado su investigación "haciendo metafísica", estableciendo "una ley que sólo tenía sentido "físico o real" en un caso hipotético que nunca se da y que, si llegara a darse, sería una mera excepción sin importancia". Marx, como Galileo, no toma como punto de partida lo que encontramos en los "hechos" de la realidad económica sino de un "concepto de riqueza y mercancía cuya validez, en efecto, no hace depender de las determinaciones que puedan corresponder a las mercancías empíricamente observables en la sociedad moderna". Da la impresión, pues, de que todo el recorrido teórico de la Sección 1ª de El Capital, "hasta la formulación de la ley del intercambio de equivalentes en el mercado, se ha desarrollado *sin excesiva atención a lo empírico*". Pero la decisión de Marx, contrariamente a las críticas de Schumpeter, es consistente y fructífera. "Entre los padres fundadores de la ciencia moderna, Galileo, Descartes, Gassendi, Torricelli, encontramos más bien la misma decisión". Marx lanza desde el primer momento, insisten CFL y LAZ, "la consideración de qué es una mercancía a un espacio abstracto con la certeza de que esto nos resultará crucial para hacernos cargo de en qué consiste ese "mundo real" en el que la riqueza se presenta como mercancía. El "viaje" de Marx sirve, aquí también, para que el valor sea realmente el valor a la hora de aislar sus leyes". Una vez de "vuelta" al mundo real, concluyen, "podremos analizar qué ocurre con esas leyes al ser integradas con otras distintas y mucho más complicadas".

Marx no ha procedido de muy distinta manera a cómo procedió Galileo cuando comienza El Capital analizando, "de un modo muy metafísico, las determinaciones que *a priori* debemos establecer y que corresponden, en la sociedad moderna, a conceptos del tipo "riqueza" y "mercancía", es decir, esas determinaciones que les corresponden *necesariamente incluso con independencia de los movimientos empíricamente observables en las mercancías reales*". En la "circulación simple de mercancías" de la que parte *El capital*, insisten los autores, nos encontramos con muy pocos elementos en juego, los mínimos imprescindibles. Así, pues, "Marx comienza reduciendo la riqueza a sus determinaciones fundamentales". Cuando las unidades de esa riqueza cobran la forma de mercancía, "no sólo tienen un *valor de uso* sino, además, un valor de cambio (es decir, una determinada proporción en la que les resulta posible *igualarse con otras mercancías*)". De nuevo vemos, insisten CFL y LAZ, "que no parte más que de esas determinaciones que "metafísicamente" o "idealmente" corresponden a las ideas que pone en juego (es decir, cuya validez no depende de nada empírico): tan imposible como pensar cuerpos inextensos es pensar mercancías sin *valor de cambio*".

¿Qué papel juega "la naturaleza" en la determinación del valor de cambio? La naturaleza, obviamente, no tiene ni puede decir nada al respecto (cuanto menos directamente: puede "gritar" provocando catástrofes cuando la locura cambista y el deseo de apropiación trasgreden todo límite. También Marx vio ese nudo de la figura global). No es, pues, en las propiedades naturales "donde cabe buscar las *razones* de los intercambios, sino,

exclusivamente, en sus "propiedades" de índole social". Lo que las cosas tienen de valor de uso "cabe descomponerlo, en efecto, en sus elementos de trabajo y naturaleza; y Marx considera fundamental partir de que la naturaleza, en principio, no puede exigir nada a cambio de lo que ofrece sin mediación humana". Por consiguiente, la posible intervención de la Naturaleza en las relaciones de cambio entre los seres humanos "habrá, o bien que ponerla entre paréntesis, o bien, en caso de que resultara necesario introducirla, introducirla bajo la forma de una *relación social* relativa al derecho de propiedad (de la que, por tanto, habrá que dar cuenta no ya como una cuestión relativa a la *naturaleza* sino a la *sociedad*)".

Concluyen CFL y LAZ este apartado, por si fuera necesario precisar la posición desarrollada, que, desde luego, no se trata "de dar la espalda a la observación y la experiencia, como de poner los medios para saber *qué* es lo que se observa y se experimenta en cada caso". No hay, desde luego, ninguna apología de la deducción especulativa "sino de deducir todo lo que haga falta para que, una vez puestos a describir, sepamos *qué* es lo que estamos describiendo". En definitiva, toda ciencia comienza siempre, reconstruida gnoseológicamente, aun cuando no sea así siempre históricamente, "por delimitar su *objeto* de estudio. La ciencia es ciencia en la medida en que *sabe de qué está hablando*". Una observación será científica si y solo si sabe qué es lo que está observando. Consistentemente con esta última consideración, a la delimitación del objeto de estudio de la economía política dedican el siguiente apartado.

*

V. La delimitación del objeto de estudio de la economía y la estructura de *El Capital*.

El apartado "El problema de la teoría del valor" del primer capítulo del libro de CFL y LAZ está dedicado a la delimitación del objeto de estudio de la economía política. El primer paso de una ciencia no consiste en acumular hechos empíricos. Fundar una ciencia, sostienen los autores, "consiste en delimitar su *objeto* de estudio, definir el tipo de *objetividad* del que esa ciencia se va a ocupar... Lo importante es delimitar la pregunta que hay que hacer a la realidad, de modo que la experiencia y la observación puedan responderla". Descartes y Galileo fundaron la física moderna delimitando un universo "hecho de muy poca cosa", materia y movimiento. Esa base mínima les permitió plantear las preguntas pertinentes.

Con respecto al Marx economista que había expuesto Schumpeter, nos encontramos con una trayectoria doblemente paradójica. Por una parte, ese "trabajador infatigable", que "lo dominaba todo en su época", se apuntaba "a la única teoría que no llevaba a ninguna parte". Lo paradójico aquí, remarcan CFL y LAZ "era que, con semejante punto de partida, Marx habría acabado por observar más y mejor que nadie en su época". Es igualmente paradójico, paradoja sobre paradoja, que "acabara finalmente por resultar acertado en asuntos teóricos muy poco o muy mal elaborados por los economistas de su época". De hecho, el reproche inicial contra Marx se invertía: Marx se desentendía inicialmente de los hechos; como al final del proceso acababa arreglándose muy bien con ellos, era entonces obvio, se decía, que se habían "cometido por el camino "errores de deducción" y casos de *non sequitur*", que

permitían a Marx desembarazarse de los lastres de su "sistema". Otra hipótesis sería un imposible lógico: ¿es pensable que un punto de partida disparatado orientara una investigación certera? (De hecho, es pensable pero en principio parece absurdo).

Empero, esta es la tesis defendida por los autores, lo que quizás ocurrió realmente no fue eso. No fue tanto que "Marx se desembarazara de su sistema en favor de la observación, como que, tras haber definido un aparato conceptual preciso en orden a una especie de modelo ideal, y tras encontrar en él una ley fundamental que regiría todo intercambio de mercancías que verdaderamente fueran eso y sólo eso, mercancías, luego pasara a ocuparse de describir los hechos, no tanto, con sus sentidos, como con los instrumentos precisos que le proporcionaba su sistema". Dicho de otra manera, insisten y destacan CFL y LAZ: Marx habría comenzado delimitando el objeto de la economía política y "el universo de la economía política debe partir, en opinión marxiana, de muy poca cosa: trabajo abstractamente humano, por un lado, y naturaleza, por otro". Comme il faut.

Dos componentes elementales: no más -no tres: los medios de producción son reductibles a trabajo humano y naturaleza)-, pero tampoco menos. "En ocasiones se ha intentado sostener que, en realidad, el trabajo es la verdadera fuente de *toda* riqueza". Sin embargo, Marx, recuerdan oportunamente CFL y LAZ, "reprende muy duramente a quienes así lo hacen, especialmente si lo hacen intentándose amparar en sus propias teorías". Los compases iniciales de la *Crítica al programa de Gotha* enseñan sobre este peligro de reducción monádica y abonan a un tiempo, cabe añadir, una lectura ecologista, no desbocadamente antropomórfica, del legado marxiano.

¿Es posible reducir también el "trabajo" a sus elementos *naturales*, se preguntan CFL y LAZ? Marx bloquea esa posibilidad: "si se trata precisamente de desarrollar una investigación en el terreno de los asuntos *específicamente humanos* (que es, en definitiva, a lo que hemos denominado el "continente historia"), nos encontramos con determinadas distinciones que resultan radicalmente irreductibles y que, por lo tanto, no pueden de ningún modo dejar de tenerse en cuenta desde esa perspectiva". Desde el punto de vista del científico implicado en el estudio de asuntos humanos, señalan brillantemente CFL y LAZ, "resulta crucial mantenerse en la perspectiva en la que no es posible confundir trabajar con funcionar, ni confundir enfermar con estropearse, ni el descanso de los hombres con el barbecho de la tierra, por mucho que se trate de distinciones bastante irrelevantes, por ejemplo, desde el punto de vista de la física e incluso desde el punto de vista del propio proceso productivo".

Desde esta perspectiva, en ningún caso cabrá abandonar la centralidad de la siguiente cuestión: en qué relación se encuentran el *trabajo humano* y la apropiación de la naturaleza. Se genera entonces un espacio teórico en el que ocupará un lugar destacado el análisis de la relación que se establece entre trabajo humano y propiedad sobre los bienes que brinda la naturaleza por mediación de ese trabajo. Marx considera, apuntan de CFL y LAZ, que la economía "no puede desentenderse de esta cuestión sin perder, simplemente, su *objeto de estudio*". Corolario crítico de la esta última consideración: se pueden hacer muchas cosas al margen de esa cuestión pero no una economía que no resulte una estafa. "Esto es algo que resulta muy llamativo hoy en día, cuando vemos llamar economía a tantos trabajos que son puras ensoñaciones matemáticas, a lo mejor muy correctas desde el punto de vista matemático,

pero carentes por completo de sentido económico". Así, comentan CFL y LAZ, resulta inquietante "o criminal, según se mire, la facilidad con la que ciertas mentalidades de economista, pasan de los óptimos de Pareto, que son óptimos desde un punto de vista matemático, a los óptimos económicos, y de estos, a considerar óptimas medidas económicas que generan verdaderas catástrofes humanas".

Así, pues, como en Galileo, como en el autor de *La Geometría*, también en el caso de Marx el objeto de estudio queda determinado por el propio trabajo teórico con anterioridad a que pueda realizarse sobre él alguna experiencia. Para los autores de *El orden de El Capital. Por qué seguir leyendo a Marx*, la Economía, si no quiere dejar de ser Economía, si no quiere dejar de ser ciencia, no puede abandonar la perspectiva en la que el trabajo humano está situado en primer término. "Esto es hasta tal punto así que si se da el caso de que el capitalismo consiste en volver irrelevante, por ejemplo, la distinción entre trabajar y funcionar, no por eso la economía que estudia el capitalismo puede encogerse de hombros frente a esa distinción". La ciencia que estudia el capitalismo, concluyen metódica y éticamente los autores, no tiene derecho a ignorar las cosas que el mismo capitalismo considere oportuno ignorar.

El siguiente apartado del capítulo lleva por título "La pregunta pendiente: una primera presentación del problema de la estructura de *El capital*" La cuestión pendiente es enunciada así por los autores: "¿por qué ese trabajador infatigable y erudito sin igual se adhirió, desde el primer momento, a la teoría del valor-trabajo, introduciendo su investigación por unos cauces teóricos que no iban a tener futuro alguno en la posterior evolución científica de la Economía?". Con ello, en lugar de acumular material empírico, Marx parecía anteponer una disquisición metafísica como condición de las investigaciones económicas, "apartando, al parecer, a esta disciplina del terreno propio de las ciencias positivas". Se ha hablado antes de ello. Reformulando la cuestión desde la inspiración socrática-galileana que los autores defienden y abonan, el problema queda planteado del siguiente modo: "¿por qué era para Marx tan *epistemológicamente* importante que el análisis económico comenzara por asegurarse de que el *valor*, en tanto que *trabajo aglutinado en una mercancía* fuera la referencia respecto a la cual la Economía no podía permitirse, jamás, operar un "cambio de tema"?" En cierto sentido, hablan ahora CFL y LAZ de la finalidad básica de su propia investigación, "los objetivos de este libro podrían darse por satisfechos con la respuesta a esta pregunta, sobre la cual los mejores economistas marxistas jamás terminarán, por lo visto, de discutir". Para que el lector menos iniciado en polémicas marxistas y en la lectura de los libros de *El capital*, pueda hacerse una idea de la magnitud del problema, los autores adelantan "algunos apuntes sobre la estructura de esta obra, unos apuntes que, por supuesto, sólo con el tiempo se irán llenando de contenido".

El itinerario teórico seguido por Marx es presentado así por CFL y LAZ: tras aislar el concepto de valor y enunciar la "ley del valor" como la *ley de intercambio de equivalentes de trabajo*, "parece claro que el concepto de valor deberá en adelante funcionar como la base a partir de la cual explicar el precio al que se vende cada mercancía". La ley de la oferta y la demanda, señalan, puede hacer oscilar el precio, pero siempre lo hará, según la ley del valor, en torno a un nivel marcado por la cantidad de trabajo que se ha invertido en esa mercancía. Al pasar a la sección 2ª del primer Libro, "Marx se empeña en deducir el concepto de plusvalor *sin necesidad de suponer que los capitalistas*

violan la ley de intercambio de equivalentes, es decir, la ley del valor". A partir de ese momento, señalan, nos encontramos con una monumental paradoja: "sin violar la ley del intercambio de equivalentes, el capitalista se apropia continuamente de trabajo ajeno sin aportar como equivalente ningún trabajo propio".

Esta aporía, prosiguen, plantea un problema muy profundo respecto a la estructura del Libro I, una cuestión que también se ha discutido interminablemente en la tradición y en la misma academia. La siguiente: "¿en qué sentido la sección 2ª (y el resto de las secciones del Libro I), se "siguen", o se "deducen" de la sección 1ª?" ¿Cómo se puede deducir de la ley del valor algo que (aparentemente cuanto menos) la contradice?" Esta, anuncian, será una de las preguntas más específicas a las que tendrá que dar respuesta su libro. Otra más. "Si se diera el caso de que la sección 2ª y todo el resto de *El capital*, no se dedujeran de la 1ª, ¿en qué sentido, entonces, podríamos seguir manteniendo, así por la buenas y como lo que nadie ha puesto todavía en duda, que Marx es uno de los seguidores de la teoría del valor? ¿Se podría seguir manteniendo que la teoría del valor es el punto de partida de Marx o incluso la teoría misma de Marx en tanto que economista?"

No cabe dudar, en opinión de CFL y LAZ, de que Marx ha considerado imprescindible exponer antes la teoría del valor para construir, posteriormente, el concepto de plusvalor y desarrollar su teoría sobre la explotación capitalista. "No parece caber duda de que, a partir de ahí, en los tres libros de *El capital*, jamás se perderá este punto de referencia". Empero, una cosa es, remarcan, que esa teoría sea un punto de referencia irrenunciable "y otra cosa muy distinta es pretender que es la premisa a partir de la cual se deduce el edificio teórico de *El Capital*". De que la Economía, insisten, no tenga derecho a perder la perspectiva de la ley del valor, no se infiere inexorablemente que el capitalismo se pueda deducir a partir de ella.

La cosa se vuelve especialmente llamativa, señalan, en un punto culminante del Libro III. Tan llamativa que la discusión al respecto es sin duda de las más extensas y profundas entre los economistas marxistas. En ese libro, editado por Engels, Marx elabora su teoría de la *ganancia capitalista* y su teoría de los *precios de producción*. "¿Cómo se relacionan "valor" y "precio de producción"? ¿En qué sentido la teoría de los precios de producción invalida la teoría del valor de la que ha partido toda la investigación?" Para CFL y LAZ, lo que tiene que llamar ahora nuestra atención es una cuestión de actitudes: "la curiosa actitud que adopta Marx, justo en el momento en que, en el corazón mismo del Libro III, acaba de demostrar incontrovertiblemente que las mercancías de la sociedad capitalista *no se intercambian a su valor, es decir, que su precio no responde a la cantidad de trabajo invertido en ellas, sino, más bien, a su "precio de producción", que a su vez responde a la cantidad de dinero que se ha invertido en ellas, más la ganancia media que se suele obtener con una cantidad semejante de dinero*".

No cabe aquí dar cuenta de la argumentación detallada. Sí, en cambio, remarcar lo más sustantivo: "Se podría pensar que mirando al microscopio los precios de producción, uno terminará por encontrar tarde o temprano, el valor. La mayor parte de los economistas marxistas se ocuparon así de un famoso problema consistente en *transformar los valores en precios de producción*. [...] Independientemente del juicio que nos merezcan estas polémicas, lo que siempre resultará hartamente llamativo es la chocante naturalidad con la que,

en el momento más culminante de todos, Marx se ocupa de plantear el problema como de pasada. Tras algunos millares de páginas que "seguían" supuestamente a la dichosa sección 1ª del Libro I, Marx hace la siguiente declaración sorpresiva: "lo expuesto vale sobre la base que, en general, ha sido hasta ahora el fundamento de nuestro desarrollo: la de que las mercancías se vendan a sus valores".

Lo que de grave, remarcan CFL y LAZ, tiene esta aseveración es que está hecha justo en el momento en que Marx está demostrando que "si en la sociedad capitalista no se formara una tasa de ganancia media entre los distintos sectores (independientemente de que movilicen mucho o poco trabajo o mucha o poca maquinaria), el capitalismo mismo se haría imposible. Y que, por tanto, las mercancías, bajo el capitalismo, no pueden en ningún caso venderse a su valor y que la cantidad de trabajo cristalizada en cada mercancía no es la que determina el precio de las mismas."

Lo más chocante, prosiguen, es la forma en la que Marx zanja el problema en el pasaje del Libro III que están citando. "Puesto que, bajo el capitalismo, las cosas no pueden en ningún caso venderse a su valor, "parecería, por tanto, que la teoría del valor resulta incompatible, en este caso, con el movimiento real, incompatible con los fenómenos efectivos de la producción, y que por ello debe renunciarse en general a comprender estos últimos". Ahora bien, según Marx, remarcan CFL y LAZ, "si resultara que la teoría del valor se mostrara impotente para la comprensión del capitalismo, lo que habría que hacer no sería en ningún caso seguir los consejos de todos los economistas del futuro y apuntarse a una teoría mejor, sino, sencillamente, "renunciar a entender el capitalismo". ¡Ni más (Marx) ni menos!

Resumiendo este importante nudo: al formarse una tasa de ganancia media debida a la competencia entre las distintas ramas de capital, Marx deja muy claro que las mercancías no pueden ya venderse a su valor. Eso no quiere decir que Marx esté a punto de deshacerse de la teoría del valor. Al contrario, "lo que dice es que, si en virtud de esta realidad aparente (y sin embargo, clara como la luz del sol) renunciáramos a la teoría del valor, "desaparecería todo fundamento racional de la economía política".

Visto lo visto, prosiguen CFL y LAZ, ya no podemos estar nada seguros de que Marx defienda "la teoría del valor en tanto que premisa a partir de la cual *deducir* todas las leyes del modo de producción capitalista". De lo que sí podemos estar seguros es que la considera imprescindible para el estudio de la sociedad moderna. "Está, podríamos decir, tan convencido de que la Economía no puede dar ni un paso sin la construcción *clara y distinta* del concepto de valor como Galileo está convencido de que la física no puede seguir adelante sin enunciar el principio de inercia".

Vale la pena insistir: "Al igual que Galileo está convencido de que la inercia es el "tema" sin el cual no hay física que valga, Marx está, por algún motivo convencido de que el asunto del valor-trabajo es el tema respecto al cual la economía política no puede dar marcha atrás, hasta el punto de que sin su perfecta delimitación previa, la economía no tiene ninguna otra posibilidad futura que la de hacer el ridículo acumulando datos y ecuaciones funcionales al servicio de "los espadachines a sueldo" del capitalismo. Algo, después de todo, bastante semejante a lo que es hoy día la economía convencional moderna". A este paso metódico está dedicada la próxima sección.

Enero-febrero de 2011.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

PIERRE BOURDIEU Y JACQUES BOUVERESSE: SABIOS Y CIUDADANOS COMPROMETIDOS

Con traducción de Beatriz Morales Bastos y prólogo de Alfonso Sastre, la editorial Hiru ha publicado recientemente un libro de Jacques Bouveresse, *Bourdieu, sabio y político*. El texto original fue editado en 2004.

Bourdieu, sabio y político está dividido en los siguientes apartados: 1. “Lo que he aprendido de Bourdieu”. 2. “El espíritu del escalador”. 3. “A Pierre Bourdieu, la filosofía agradecida”. 4. “Conformismo y resistencia”. 5. “Los medios de comunicación, los intelectuales y el sociólogo”. 6. “El sabio y el político”, el capítulo que da propiamente título al libro, y 7. “El conocimiento de sí mismo y la ciencia”.

No pretendo escribir una reseña sobre el ensayo sino dar un toque de atención, una llamada entusiasta a su lectura. Diez razones para ello, sucintamente:

1. Bouveresse sorprende no sólo por su exquisita aproximación a la obra y el estar en el mundo de Bourdieu, a quien sitúa en la altura que realmente le corresponde, sino por la modestia filosófica que despliega a lo largo de las páginas de su libro. El elogio del filosofar y hacer de Bourdieu no oculta a un tiempo ligeras discrepancias. Un ejemplo: “Personalmente yo siempre he tenido tendencia a reaccionar espontáneamente de una manera que está más cerca de la Chomsky que de la de Bourdieu y a dudar sistemáticamente de la posibilidad de llegar en el terreno del conocimiento social y político a construcciones teóricas ambiciosas y convincentes a la vez” (p. 13).

2. El libro del gran filósofo analítico francés contiene multitud de ideas de interés para entender, en su justa medida, la relación entre el saber y el compromiso político, entre ciencia y política.

3. No conozco muchos ensayos filosóficos que incluyan una batería tan equilibrada de sólidos argumentos contrarios al relativismo gnoseológico. En la magnífica senda de Paul Boghossian, *El miedo al conocimiento. Contra el relativismo y el constructivismo* (Alianza, Madrid, 2010, traducción de Fabio Morales) y de la no menos excelente reseña crítica de unos de los grandes filósofos actuales: John R. Searle, “¿Por qué creerlo?”. *Revista de Libros*, nº 170, febrero de 2011, pp. 21-24.

4. Si el lector/a tiene dudas de la importancia de las aproximaciones sociológicas, el capítulo que cierra el volumen las disolverá de un plumazo. De este modo, por ejemplo, “[...] no es escandaloso sugerir que el hecho de que se haya optado, por ejemplo, por la lógica y la epistemología antes que por la metafísica y la moral puede tener relación con cierto origen social y también con la posición ocupada en el momento considerado en un campo intelectual que ofrecía al individuo concernido unas posibilidades y más o menos excluía otras, convertía ciertas elecciones en razonables, naturales o prometedoras y otras, por el contrario, en más o menos incongruentes e incluso inconcebibles, etc” (p. 142).

5. *Bourdieu, sabio y político* contiene, en mi opinión, uno de los mejores textos de epistemología informada y argumentada, nada sofisticada ni oscura, ni tampoco ciertamente incomprensible, que yo he leído desde hace mucho tiempo: “El sabio y el político”, el penúltimo capítulo. Una joya

gnoseológica.

6. Bouveresse muestra, una vez más, no sólo su enorme tacto político sino su admirable sensibilidad cultural. Sus referencias a sus conversaciones privadas con Bourdieu, el mimo y la honradez intelectual con las que las presenta y recuerda son, sin exageración, inolvidables.

7. No es él el único caso desde luego, pero la mirada crítica que Jacques Bouveresse muestra de algunas tendencias, mayoritarias en los media, de la filosofía francesa es modélica, un ejemplo a seguir, un punto de referencia para no hablar de oídas y con conocimiento de causa.

8. No es fácil encontrar un nervio, un coraje intelectual (y también político) como el desplegado a lo largo de las páginas del libro por este profundo conocedor de la obra de Robert Musil, Wittgenstein y Karl Kraus.

9. Uno de las perlas del libro: “Por lo demás, tampoco estoy seguro de que a Bourdieu, que desconfiaba más que nadie de la tentación de la cólera, incluida la “justa” o la “cólera santa, le habría gustado verse descrito como encarnación de “un género de genio colérico”. Es algo que seguramente se puede decir de Kraus, pero Bourdieu era precisamente muy diferente de él y concebía tu trabajo de una manera completamente distinta. Sin embargo, me abstendré de toda conclusión definitiva sobre este punto. *Aun cuando, según pude juzgarlo, Bourdieu no lo creyera, después de todo no se excluye que la cólera, que se suele considerar mala consejera, en algunos casos también pudiera conducir a una comprensión mejor incluso de la ciencia*” (p. 25). No es el único regalo. Otro más: “Bourdieu que en un principio era filósofo, pedía precisamente mucho más [que Rousseau]. Y quería comprender por qué incluso en un tipo de investigación que pasa por ser el más puro y desinteresado que existe, *la mentira encontrada por uno mismo cuenta mucho más, como dice Rousseau, que la verdad descubierta por otros*. Lo que constituye una amenaza para la verdad no es el hecho de pensar y de recordar sin cesar –como hizo Bourdieu– que nadie prefiere, de forma natural y constante, la búsqueda de la verdad a la búsqueda de su propio interés, sino la ignorancia de este hecho y de las razones que lo explican” (p. 151) [las cursivas son mías]

10. Y, para finalizar el decálogo, el prólogo de Alfonso Sastre que en absoluto desmerece el libro. Sus palabras finales: “Hoy por hoy, en el pórtico de este libro, sólo deseo ponderar la intensidad y la importancia del pensamiento que se produce en la actividad de intelectuales como Bourdieu y Bouveresse. ¡Bienvenidos sean a nuestro corralito!”

No se lo pierdan, vale la pena.

PS1: En *Bourdieu, sabio y político* se habla de filosofía, de sociología y de otras disciplinas científicas como oficio, como trabajo aprendido y practicado. Bouveresse, sabido es, ha aprendido parte de su excelente hacer filosófico en la lectura y estudio de Wittgenstein y Musil. No es de extrañar por ello que una cuidada selección de las afirmaciones y reflexiones que este ensayo contiene permitirían un espléndido opúsculo de aforismos. Un ejemplo. “Un mejor conocimiento del mundo real puede ser útil a la causa de los más desfavorecidos porque es verdadero (objetivamente). Pero no porque un discurso sobre el mundo social pueda dar (momentáneamente al menos) la impresión de ser útil a la causa que se defiende –aunque sea la mejor– se vuelve verdadero” (p. 147).

PS2: Del coraje político-filosófico de JB esta carta es otra muestra que merece ser recuperada:

“A propósito de una medalla de la Legión de Honor. Una carta de Jacques Bouveresse a Valérie Pécresse, ministra francesa de Enseñanza superior.

Nota de Éditions Agone: Como reacción a la concesión de una Legión de Honor, una distinción que jamás ha solicitado, Jacques Bouveresse nos ha remitido la carta, fechada el de 17 de julio de 2010, mediante la que rechaza este “honor”.

Señora ministra:

A través de rumores públicos y de la prensa acabo de conocer con sorpresa una noticia, confirmada por la lectura del Diario oficial de 14 de julio; a saber, la de que figuro en la lista de personas promovidas a la Legión de honor, bajo la firma de su ministerio, con el grado de “caballero”.

Sin embargo, no solamente jamás he solicitado en forma alguna una distinción de este tipo, sino que, por el contrario, he manifestado claramente, cuando la cuestión me fue propuesta hace ya bastante años (1), y una vez más al poco de haber sido elegido miembro del Colegio de Francia en 1995, que no desearía en ningún caso recibir distinciones de este tipo. Si hubiera sido informado de sus intenciones, fácilmente hubiera podido precisarle a usted que no he cambiado de actitud en este asunto y que deseo más que nunca que mi voluntad sea respetada.

En tales condiciones, de ningún modo me es posible aceptar la distinción que se me ha propuesto y, ciertamente, menos aún -me perdonará, así lo espero, que se lo diga con toda franqueza- de un gobierno como el del que usted forma parte, del que todo me separa radicalmente, y cuya política en relación a la Educación nacional y a los servicios públicos en general me parece especialmente inaceptable.

Por consiguiente, me atrevo a esperar que usted considerará esta carta como la expresión de mi más firme y definitivo rechazo a aceptar el supuesto honor que se me hace con esta iniciativa y que tomará las medidas necesarias para que mi petición sea tenida en cuenta.

Dándole las gracias por anticipado, le ruego, señora ministra, que acepte la expresión de mis más respetuosos sentimientos. JB »

[1] Una proposición surgida del ministro de cultura de un gobierno de Mitterand, Jack Lang (la traducción es de Jordi Torrent Bestit y del firmante de esta nota)

Marzo de 2011

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

PARA QUE NOS DEJEN RESPIRAR

JAVIER MESTRE, *KOMATSU PC-340*. CABALLO DE TROYA, MADRID, 2011.

Komatsu PC-340 no es ninguna escisión tardo-numérica del PC coreano. Podía serlo pero no lo es. “Komatsu PC-340” es el nombre de un prototipo de maquinaria de excavación usada con frecuencia en las obras públicas y es, por este motivo, el nombre de la primera novela de Javier Mestre, un periodista y profesor de lengua y literatura que colabora con frecuencia en medios alternativos de la red. Que se fuera escaldado de la cadena SER o del diario *Levante* son dos importantes entradas de su curriculum. Para enmarcarlas.

Komatsu PC-340 es muchas cosas a la vez. La principal acaso: una magnífica historia de amor entre Victoria, una ingeniera de clase bien situada que salta desde una clase privilegiada, sin apenas protección, como el que lee un razonable manifiesto de jóvenes rebeldes, y Santiago, un obrero, un maquinista que como ella trabaja en las obras infernales de la construcción de la M-30 y que es, en sí mismo y en sus alrededores, un homenaje merecidísimo al Madrid resistente, al PCE, a la ciudadanía que no ha claudicado ni tiene intención alguna de claudicar. Vivieron, viven y quieren seguir viviendo erguidos, de pie, sin arrodillarse a dictados ajenos e interesados.

De las cosas mejores que puede decirse de una novela es que enganche. No la tomamos, de hecho, nos toma. Komatsu lo consigue. Es difícil, muy difícil, dejarla una vez hemos entrado en ella. Advertidos están por si tienen compromisos. También de lo mejor que puede señalarse de una narración es que enseñe. Komatsu lo hace y no sólo sobre los entresijos casi inimaginables de determinados momentos históricos recientes sino educándonos en nuestra sensibilidad y aproximación a los seres menos protegidos y más desfavorecidos de nuestra sociedad. Seres casi transparentes para nosotros que, en ocasiones, si no nos empeñamos, apenas logramos percibir.

Está en *Komatsu*, por otra parte, una crítica documentada al capitalismo realmente existente, a los poderes públicos que le son serviles y a una concepción fáustica de la tecnología que la convierte no en un instrumento afable que permita prolongar nuestras habilidades y facilitar la realización de nuestras tareas más difíciles, sino en un mecanismo casi autónomo, todo poderoso, que, sin más consideraciones, arrasa con todo y con todos, incluidos aquellos que supuestamente controlan la situación. Ningún obstáculo detiene sus ansias de conquista, de transformación y los enormes intereses que la alimentan.

Sin dejar de reconocer la importancia de los dos personajes centrales me permito señalar esos otros personajes laterales que también pueblan la geografía del autor y de la novela que nos ha regalado. Y no sólo, digámoslo así, los personajes a los que podemos sentir próximos sino también algunos que sólo pueden merecer nuestro máximo alejamiento. Germán, el novio inicial de Victoria, es prototipo de ellos. Reales como la vida misma, magníficamente descritos.

Hay, desde luego, y no está cogida por los pelos, una lectura feminista de "Komatsu". No sólo por la grandeza humana de la protagonista sino por los valores poco masculinos que dan vida y ser a su compañero, a Santiago, un militante incansable con cabeza, con rebeldía inagotable... y con corazón tendido al sol y a la vida. También para él, como el mejor Octavio Paz, amar es combatir (como lo sería, seguramente, para Pedro Racionero a quien está dedicada la obra).

Se apunta en la contraportada del libro la propuesta esencial de esta novela que merece nuestra atenta lectura: que se nos deje respirar. Es otra forma de decir, de exigir, que se nos deje vivir. Javier Mestre, a través de sus protagonistas, nos sugiere cómo hacerlo, y cómo conseguirlo sin permiso, sin la aprobación de fuerzas e individuos sin rostro que han promulgado su sentencia, una y mil veces: condena perpetua con abandono de toda esperanza. ¡No lo conseguirán! ¡Respiremos y viviremos con dignidad!

Mayo de 2011.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

DE UN CLÁSICO QUE CRECE Y CRECE CON EL PASO DEL TIEMPO

NICHOLAS GEORGESCU-ROEGEN, ENSAYOS BIOECONÓMICOS. ANTOLOGÍA. LOS LIBROS DE LA CATARATA, MADRID, 2007, 156 PÁGINAS. COLECCIÓN: CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO. EDICIÓN DE ÓSCAR CARPINTERO.

“Clásicos del Pensamiento crítico” es una colección dirigida por Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann. Los títulos que la integran tienen el objetivo de “acercar al lector actual la obra y el pensamiento de aquellos autores y autoras que han destacado en la elaboración de un pensamiento crítico a lo largo de la historia: enseñar qué dimensión histórica tuvieron y qué dimensión política, social y cultural tienen; enseñar cómo se leyeron y cómo se leen hoy”. Si esas son las finalidades, es netamente consistente la incorporación a la colección de esta magnífica selección de escritos de Nicholas Georgescu-Roegen.

Ensayos bioeconómicos está compuesto de una introducción de Óscar Carpintero, el antólogo del volumen –“Nicholas Georgescu-Roegen: un economista transdisciplinar”–, de siete sustantivos ensayos del economista rumano: “Hacia una economía humana”, “La ley de la entropía y el problema económico”, “Bioeconomía: una nueva mirada a la naturaleza de la actividad económica”, “La crisis de los recursos naturales” (un extracto), “Bioeconomía y ética”, “Mitos sobre la energía y la materia” y “Los métodos de la ciencia económica”, y, finalmente, de una cuidada bibliografía.

Óscar Carpintero, reconocido autor de *El metabolismo de la economía española: Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)* y profesor de Economía Aplicada en la Universidad de Valladolid, era sin duda el mejor Virgilio para aproximarnos a la obra del economista rumano. Carpintero no sólo ha presentado magníficamente esta antología sino que ha traducido una buena parte de los textos, ha anotado magníficamente aquello que debe ser anotado para información y ayuda del lector y nos ha regalado un anexo bibliográfico inmejorable para facilitar una mejor aproximación a la obra del autor.

Nacido en Rumania en 1906 y fallecido en Estados Unidos en 1994, matemático, estadístico, Georgescu-Roegen dio el salto a la economía a principios de los años treinta de la mano de Joseph Alois Schumpeter. La insatisfacción con la economía convencional le impulsó a dedicarse a lo que llamó la bioeconomía, lo que hoy conocemos como economía ecológica, en la que combinó creativamente, de forma entonces muy inusual y alejada del paradigma dominante, ciencia económica, termodinámica y biología. Publicó su principal obra de “economía heterodoxa” en 1971: *La ley de la entropía y el proceso económico*.

Es necesario destacar un significativo detalle biográfico del que Carpintero da cuenta en su presentación. Entre 1934 y 1936, Georgescu-Roegen estuvo en la Universidad de Harvard al lado de Schumpeter. Se vivió en aquellos momentos el proceso de matematización generalizada de la

ciencia económica. Para un economista como él, que provenía directamente del ámbito matemático, el futuro se presentaba prometedor. Pero cuando, con apenas 30 años, se le abrían las puertas de una de las principales universidades del mundo y se iniciaba una carrera profesional que no podía ser sino brillantísima, Georgescu-Roegen decidió regresar a su país natal donde permaneció doce años, entre 1936 y 1948, renunciando “a una cómoda y brillante carrera científica en Estados Unidos a cambio de un incierto y duro futuro en su tierra natal” (p. 11). No debió de ser fácil.

La cita de Schumpeter que encabeza el texto de presentación -“Ninguna ciencia podría progresar si no existieran disidentes entre sus adeptos”- ayuda a explicar la mezcla de motivaciones que dan continuidad y rompen a un tiempo el desarrollo intelectual de la obra del autor. “Georgescu-Roegen se comporta como un economista *heterodoxo*[...] cuando tensa la cuerda del paradigma convencional. Y se convierte en un verdadero disidente cuando decide traspasar las fronteras académicas acercándose a otras disciplinas como la termodinámica o la biología” (p. 14).

No cabe aquí resumir las numerosas -y aún novedosas- ideas, sugerencias y argumentos de los artículos incorporados a estos *Ensayos bioeconómicos*, pero sí señalar los siete puntos que componen el programa mínimo bioeconómico defendido por el autor desde una perspectiva ético-económica próxima a la de Hans Jonas y su imperativo ecológico (pp. 81-85): cesar completamente todos los instrumentos de guerra; aspirar a que la población de cualquier país, no sólo de los países superpoblados, pueda ser alimentada sólo con agricultura orgánica; ayudar realmente a que los países subdesarrollados puedan eliminar el hambre y sus terribles consecuencias; mientras esperamos la llegada de una nueva, limpia y abundante fuente de energía, la población, cuando sea el caso, debe cesar su exceso de consumo en calefacción, refrigeración, alumbrado o velocidad; la humanidad debe renunciar a sus ansias de lo más grande y mejor; la moda debe ser orillada al baúl de los disparates culturales y, finalmente, todos debemos curarnos del síndrome de la “maquinilla de afeitar”: producir algo para producir más de ese mismo algo sin tiempo para la vida ni el sosiego.

Sin duda, es destacable que el economista rumano no sólo fue un magnífico científico, uno de los grandes del siglo XX, sino que además fue un singular epistemólogo y un filósofo con todas las letras y con todo el espíritu que la adscripción exige. Me permito sugerir por ello el inicio del estudio de estos ensayos por dos escritos, en mi opinión, filosóficamente deslumbrantes: “Bioeconomía y ética” (pp. 95-105), fragmento de un artículo inédito presentado al tercer congreso mundial de Economía social, y “Los métodos de la ciencia económica” (pp. 129-145). Destacaré a continuación alguna idea metodológica de estos ensayos.

Georgescu-Roegen no pone en cuestión el interés de los modelos analíticos cuya utilidad al representar *símiles* de procesos reales no puede negarse. Sin embargo, lo que importa en la mayoría de los procesos evolutivos es la emergencia de novedades, la irrupción de cambios cualitativos, por usar terminología clásica. El aspecto más importante del proceso económico es precisamente la continua aparición de novedad, desde luego impredecible, y de forma muy distinta a cómo no es predecible el lanzamiento de una moneda: “cada novedad es algo singular y único en el sentido de que, desde el punto de vista del tiempo cronológico, sólo ocurre

una vez” (p. 137). Pues bien, para estos aspectos, en opinión del autor, no hay otra solución de que una aproximación dialéctica, que use palabras en lugar de números, “para aquellos cambios verdaderamente cualitativos que no pueden ser representados por modelos aritmomórficos” (p. 143). Desgraciadamente, escribía en 1979, la profesión comulgaba con el veredicto de W. J. Baumol: los trabajos de Karl Marx y Joseph Schumpeter no deben ser emulados por su vaguedad e imprecisión. En opinión de Georgescu-Roegen, los efectos de este desafortunado enfoque se imponen: los análisis de la inflación o del desempleo de la economía matematizada ortodoxa ignoran los efectos estructurales y las recomendaciones políticas de los economistas son totalmente ineficaces. La sorpresa de esta ineficacia, dado el enfoque asumido, no debería sorprender.

De este modo, la ciencia económica, que quiera comprender realidad y ayudar políticamente de manera efectiva, debería orientarse hacia un mayor número de estudios vagos e impresionistas, ya adelantados, concluye el autor, por Marx, Schumpeter y otros economistas menos conocidos. Simplificando: menos formalización sofisticada e inútil, y más ideas y realidad.

Si el lector es filósofo o aficionado a la filosofía, es deber recomendarle el citado capítulo sobre “Bieconomía y ética”. Allí podrá encontrar no sólo una argumentada defensa de la aproximación ética a la economía, contraria a toda separación con intersección vacía entre ambas disciplinas, sino que encontrará pasajes de tanto valor y coraje intelectual como el siguiente: “La ética y la economía política ya estaban divorciadas desde hacía tiempo. Las protestas ocasionales no tuvieron éxito a la hora de causar algún daño a la economía ortodoxa –algunas como las de Carlyle se perdieron en el barullo del mercantilismo económico, y otras, como las de Karl Marx, se convirtieron en una poderosa llamada de atención al mundo” (p. 102).

Una última recomendación. Si el lector quiere ampliar su aproximación a la obra de este gran científico y filósofo, no debería dejar de leer o releer a la limón un trabajo del propio antólogo del volumen: *La bioeconomía de Georgescu-Roegen* (Montesinos, 2006), en mi opinión uno de los mejores y más hermosos ensayos publicados en castellano en estos últimos años.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

MÊDEN AGAN (DE NADA EN DEMASÍA)

MANFRED LINZ, JORGE RIECHMANN Y JOAQUIM SEMPERE, VIVIR (BIEN) CON MENOS. SOBRE SUFICIENCIA Y SOSTENIBILIDAD. ICARIA, BARCELONA, 2007, 119 PÁGINAS. EDICIÓN AL CUIDADO DE JORGE RIECHMANN

¿Vivimos en el mejor de los mundos posibles? ¿Es inevitable que, como informaba *The Lancet* en 2006, y recuerda Riechmann en su artículo, millones de niños en todo el mundo puedan haber sufrido daños cerebrales por efecto de la contaminación industrial? ¿Es una simple aporía apuntar que podemos vivir bien y mejor con menos bienes? ¿Más con menos?

Probar que no hay aquí ningún desatino, sino más bien un sendero abierto y urgente de temperada racionalidad, es la finalidad de este ensayo.

Vivir (bien) con menos está compuesto por cuatro trabajos: dos de Manfred Linz -“Sobre suficiencia y vida buena” y “¿Y qué pasa con la economía? Sobre suficiencia, crecimiento económico y desempleo”-; un tercero de Joaquim Sempere -“¿Es posible austeridad voluntaria en un mundo que se hunde en la insostenibilidad ecológica?”- y, finalmente, un cuarto artículo de Jorge Riechmann: “Oikos & jaikus. Reflexiones sobre la crisis ecosocial”, quien es además el editor del volumen.

En el primero de sus textos, una comunicación presentada en la sesión de 27 de octubre de 2006 sobre “Los valores de suficiencia y austeridad” dentro del seminario “Ciencia y tecnología para una sociedad sostenible” organizado por ISTAS y el Instituto de Filosofía del CSIC, Linz analiza en la primera parte los tres caminos necesarios, la terrenal trinidad ecológica, para la sostenibilidad intentado demostrar por qué la suficiencia es necesaria. En la segunda parte, Linz da cuenta de la forma en que el Instituto Wuppertal ha organizado su estudio acerca de ella.

La sostenibilidad, señala Linz, puede obtenerse por tres caminos diferentes: eficiencia, coherencia y suficiencia. La eficiencia -hacer más con menos- se orienta al mejor aprovechamiento de los recursos naturales y tiene su telón de Aquiles: los ahorros conducen o seducen hacia un sobreconsumo. La coherencia se orienta al estudio de tecnologías compatibles con la naturaleza, aquellas que aprovechan los ecosistemas sin destruirlos. La suficiencia trata de conseguir un menor consumo de los recursos a través de una demanda de bienes menor. Si queremos preservar la Tierra, los seres humanos -especialmente los mayores consumidores, los habitantes de los países más industrializados- tendremos que aprender a vivir dentro de sus límites, sin causar más impactos que los que soporta la biosfera.

La autolimitación propugnada por Linz no es estrictamente ética, no es sólo asunto de benevolencia. Los países más ricos tendrán que acceder a una reducción de su consumo de materiales y energía. La aceptación voluntaria de límites responde “al interés propio esclarecido de las naciones en las cuales estamos viviendo” (p. 9). La suficiencia, a diferencia de la eficiencia y la coherencia, busca vías y estrategias para ahorrar recursos a través de transformaciones del comportamiento humano.

La segunda parte del trabajo está dedicada, como señalábamos, a dar cuenta de la investigación sobre la suficiencia que se realiza en el instituto

Wuppertal, institución en la que realiza su investigación. Debo reconocer que no he sido capaz de valorar justamente el alcance de una de las líneas de estudio del instituto alemán –“¿De qué manera se pueden convencer a las empresas de que realicen una gestión económica orientada a la suficiencia?”- ni tampoco acabo de estar convencido, a pesar de coincidir con la importancia de la perspectiva defendida, de alguno de los mecanicismos de acción individual propuestos por Linz. El siguiente por ejemplo: “Antes de viajar estos días a Madrid hice una transferencia de 14 euros para contribuir con esta suma al fomento de la energía solar en África y de esa manera compensar el daño climático producido por el vuelo” (p. 15).

En el segundo de sus trabajos, Linz ahonda en algunas de sus posiciones y discute la que sigue siendo corriente principal de la filosofía y de las políticas económicas: crecimiento económico sigue significando incremento cuantitativo, entendido éste como crecimiento exponencial. “Sólo una economía que crezca de tal forma es una economía sana y por ello hay que subordinarlo todo al alcanzar tal crecimiento, que eleva el bienestar monetario” (p. 40). Las razones por las que a pesar de hechos, reflexiones y experiencias se mantiene, tozudamente, en opinión de Linz, esa falsa creencia y esa absurda esperanza son expuestas por el autor en las páginas 44-45. Es destacable el apartado dedicado a refutar la idea de la eliminación del paro a través del crecimiento. La tesis defendida: “Ha de reconocerse que el crecimiento económico sólo de forma muy limitada puede contribuir a una reducción sustancial del paro. Pues con independencia de cuanto crecimiento siga siendo posible en países como Alemania, toda una serie de indicadores apunta a que el crecimiento sólo de manera limitada y no duradera redundará en una mayor ocupación” (p. 48). La crítica y el problema abierto con ella son decisivos.

La reflexión de Joaquim Sempere, profesor de teoría sociológica y sociología medioambiental en la Universidad de Barcelona y autor del libro *La explosión de las necesidades*, parte de la consideración de que la situación histórica en la que se encuentra hoy la humanidad es inédita dado que, por vez primera, el despilfarro colectivo en el aprovechamiento de unos recursos naturales crecientemente escasos pone en peligro su propia supervivencia, “o por lo menos su supervivencia civilizada” (p. 40). Su razonable pregunta se impone: ¿es posible y suficiente una austeridad voluntaria, como la defendida en épocas anteriores por corrientes religiosas y laicas, para evitar esa tragedia final por lo demás reiteradamente anunciada? La tesis de Sempere puede ser resumida en los siguientes términos: no basta con actitudes meramente individuales, sin duda importantes y valiosas, sino que es necesario intervenir con instrumentos colectivos para introducir cambios sustantivos en los hábitos, los valores y las prioridades de la sociedad, cambios que simplifiquen el metabolismo socionatural “y permitan reducir el impacto humano sobre la biosfera tratando de conservar todas las mejoras que sea posible conservar con miras a una vida buena y digna” (p. 32). Para Sempere, y es fácil, y justo, coincidir con él y con su línea argumentativa, construir una voluntad colectiva sobre esas bases es, actualmente, la tarea política más urgente. Es necesario extender la ciudadanía a la esfera del consumo, un ámbito donde el poder de las multinacionales apenas tiene bridas y son muy escasas las resistencias ciudadanas.

“Oikos y jaikus” es el título del magnífico artículo de Jorge Riechmann

que cierra este ensayo. El movimiento ecologista está perdiendo al menos en los países centrales del imperio del Norte. “Lleva más de un tercio de siglo luchando para hacer avanzar la propuesta de paz con la naturaleza. Pero el partido de la guerra está ganando ese combate” (p. 71). Tanto el calentamiento del planeta “como la proliferación nuclear están a punto de escapar a todo posible control” (p. 73) poniendo en entredicho el futuro de la civilización humana. Un ejemplo, entre muchos otros. Desde comienzos de los años setenta, hace apenas cuatro décadas, la demanda europea de recursos naturales, a pesar de los esfuerzos en el ámbito de la ecoeficiencia, ha registrado un aumento cercano al 70%, de tal forma que si desarrollo se entiende al modo convencional, no hay forma de alcanzar un desarrollo que sea sostenible. Afirmarlo es publicidad engañosa o simple ideología, falsa consciencia o consciencia falseada. ¿Se trata, pues, de volver a las cavernas, como dicen los críticos antiecologistas que defienden los movimientos ecologistas? Nada de eso. No se trata de rechazar la técnica, la ciencia ni el progreso sino de reevaluar sus logros sin prejuicios, teniendo en cuenta todas las variables en juego.

El texto de Riechmann finaliza recordando una anécdota de Jean Ziegler. En una entrevista de abril de 2001, el actual y activo comisario de las Naciones Unidas recordaba que cuando el Ché Guevara visitó Ginebra en 1964 para asistir a la Conferencia del Azúcar fue él su chófer durante casi dos semanas. El último día, a las cuatro de la mañana, un jovencísimo Ziegler se atrevió a expresarle a Guevara su deseo de ir con él a Cuba. El líder revolucionario, sin apenas dudarle, le contestó que él, Ziegler, había nacido en el cerebro del monstruo y que era allí donde tenía que trabajar y combatir. Riechmann, Linz y Sempere también han nacido en las cercanías de ese mismo cerebro y desde hace ya largo tiempo también han decidido, como quería Guevara, trabajar y combatir el monstruo aquí, en su centro neurálgico, y ayudarnos a los demás con su ejemplo y sus documentadas aportaciones teórico-políticas. Gracias por ello.

Nota: Esta reseña apareció publicada en la revista *El Viejo Topo*, marzo 2008.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

CRÓNICA DE UNA VIDA EJEMPLAR Y UN ASESINATO DE ESTADO

MARIO AMORÓS, ANTONIO LLIDÓ, UN SACERDOTE REVOLUCIONARIO. PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA, VALENCIA 2007, 360 PÁGINAS. PRESENTACIÓN DE PEPA LLIDÓ, PRÓLOGO DE PEDRO RUIZ TORRES.

Con esta nota del propio biografiado fechada en septiembre de 1974, se abre *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*: “Siguen cayendo compañeros todos los días, pero hasta ahora yo me he podido librar. Ojalá la suerte me siga acompañando (es decir, ojalá siga observado estrictamente las normas de seguridad). No quiero ponerme dramático, pero alguna vez hay que decirlo. Si algo malo me ocurriera, quiero que tengan claro que mi compromiso con esto que hago ha sido libremente contraído, con la alegría de saber que esto es exactamente lo que me corresponde hacer en este momento. Despójelo, en lo posible, de todo signo romántico o heroico”.

Intentémoslo. Despojemos esta aproximación al magnífico ensayo del joven historiador Mario Amorós -uno de los responsables de la sección “Chile” de www.rebelión.org-, resultado de su tesis doctoral presentada en noviembre de 2005 en la Universidad de Barcelona, de todo signo romántico o heroico, absolutamente comprensible por lo demás.

Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario, la cuarta publicación de Amorós dedicada al estudio de la historia reciente de Chile, ofrece una visión novedosa acerca de un periodo histórico densamente estudiado. La mirada sobre aquella tragedia imborrable en la memoria de todo socialista que fue el 11 de septiembre de 1973 no se dirige al Palacio de La Moneda sino a la fábrica textil Rayón Said, en Quillota, donde aquel mismo día Llidó y sus compañeros de lucha se reunieron para estudiar la forma de oponer resistencia a los militares fascistas que cercaban la industria textil y el país. Es la historia desde abajo en la que se sitúa Amorós: “la historia desde abajo (...) no consiste sólo en desplazar la atención de las clases dirigentes a las populares, sino que la investigación de las relaciones y luchas de clases en amplios contextos históricos tiene presente que éstas son siempre políticas. Las clases populares han sido protagonistas del devenir histórico y no meros espectadores y sus luchas han contribuido de manera notable a las experiencias de las generaciones posteriores” (pp. 27-28). Existe un fértil camino para investigar los años de la Unidad Popular, señala Amorós, a través de las fuentes orales, la historia local o la microhistoria, sólo explorado hasta el momento por autores como Franck Gaudichaud, Peter Winn o José del Pozo.

El libro se centra en la lucha de Antonio Llidó, un cura valenciano, un cristiano para el socialismo, que pagó con su propia vida su coherencia política. Una sucinta y sustantiva cronología de su vida puede verse en el apéndice I, páginas 329-332. En dos pueblos de la sierra de Alicante, Llidó realizó un trabajo pedagógico con la ayuda de jóvenes estudiantes de Valencia, algunos de ellos militantes del PCE. Obligado por el obispo de su

diócesis a irse a El Ferrol, entonces del Caudillo, a cumplir el servicio militar, toma contacto con reclutas que eran estudiantes de la resistencia antifranquista. Después, cuando viaja en barco a Chile, ayuda a unos guerrilleros ecuatorianos que habían recibido entrenamiento en Cuba y que le cuentan los logros de la revolución. En sus primeros escritos en Chile, Llidó apunta que la solución para el país y para toda América Latina es una revolución que cambie las estructuras sociales de arriba abajo. Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionario -el MIR fue un partido descalificado por terrorista, presentado como grupúsculo de jóvenes pequeño-burgueses, de revolucionarios demenciados, que influyeron fuertemente en una izquierda comunista europea no menos extraviada, y que boicotearon de forma irresponsable el proceso democrático chileno hacia el socialismo-, Llidó rechazó la posibilidad de salir de Chile y tras la derrota de la Unidad Popular permaneció luchando desde la clandestinidad contra la barbarie golpista, teledirigida por el Premio Nobel Kissinger. La dictadura de Pinochet lo hizo "desaparecer" alrededor de 25 de octubre de 1974, después de haber estado más de tres semanas en manos de la DINA, la BPS chilena.

Si la resolución judicial británica de conceder la extradición de Pinochet a España hubiese sido cumplimentada finalmente, y cuyo incumplimiento debería llenar de oprobio a los gobiernos responsables, dos de ellos socialdemócratas si no ando errado, las pruebas sobre el caso del sacerdote revolucionario hubieran sido seguramente suficientes para que el tribunal condenara al dictador chileno por torturas y desaparición forzada. Sobre este tema y su desarrollo posterior vale la pena detenerse en el apéndice III, páginas 342-351, donde se reproduce el fallo judicial que desaforó a Pinochet por la desaparición de Llidó.

La historia ha sido escrita a partir de la correspondencia del sacerdote mirista, una copiosa documentación de unas 90 cartas, y de fotos y entrevistas, con sus compañeros de lucha. El libro entrelaza los testimonios de 49 amigos, compañeros de lucha y familia -su relación completa en "Testimonios", páginas 353-354- con documentos inéditos y las cartas en las que Llidó expuso su pensamiento político y compromiso social. En tercer lugar, señala Amorós, y éste le parece el aspecto más relevante, "su correspondencia refleja la experiencia de un humilde sacerdote en unos años cruciales de la historia Chile, nos permite conocer cómo "vivió" y "sintió" los hechos que marcaron en aquel período un sencillo militante del movimiento popular" (p. 30).

La investigación de Amorós es la primera historia local del MIR que se publica. El hito fundacional fue la toma de una fábrica en febrero de 1971. El comité local, de cuya dirección formaba parte Llidó, coordinaba el trabajo campesino, estudiantil, obrero y poblacional. En el estudio se analiza el trabajo político-militar que el MIR intentó desarrollar en la zona, la toma fallida de una industria conservera en 1973 y reconstruye con el máximo detalle la forma en que la izquierda quillotana vivió el 11 de septiembre. La tesis político-historiográfica de Amorós es nítida: el trabajo político de Antonio Llidó y sus compañeros impugna la leyenda, la oscura leyenda, del partido revolucionario chileno generada por parte de la historiografía y por la misma prensa pinochetista. Con sus aciertos y errores, el MIR no fue una fuente de locura, sino una organización que contribuyó, que intentó contribuir al triunfo de la revolución socialista chilena.

La historia de Llidó permite conocer también cómo se fue gestando en Chile el proceso de los cristianos de izquierda, cómo se formó Cristianos por el Socialismo. Con este grupo de sacerdotes, Llidó se reunió con Fidel Castro en noviembre del 71. Más tarde, a pesar de ser sancionado por el obispo de Valparaíso en abril de 1972, Llidó continuó ejerciendo como sacerdote en la Comunidad quillotana de "Cristianos por el Socialismo". La dictadura pinochetista, como es sabido, asesinó a seis sacerdotes. Llidó fue el único desaparecido. Tres semanas después de su detención los obispos Fernando Ariztía, católico, y Helmut Frenz, luterano, se entrevistaron con Pinochet y le mostraron una fotografía de Llidó. Fue entonces cuando el dictador pronunció sus conocidas palabras: "Ése no es un cura, es un terrorista, un marxista, hay que torturarlo porque de otra manera no 'cantan'".

Amorós da cuenta en las páginas 31-32 de las fuentes primarias con las que ha trabajado. Diversos archivos y entre la documentación revisada por él están las mil páginas del proceso judicial abierto en Chile por la desaparición de Llidó o el diario *El Observador* de Quillota, que en 1973 publicó numerosas "noticias" sobre el sacerdote valenciano, incluido el bando militar que a finales de septiembre exigía que se entregara a los golpistas.

Cuenta también en esas páginas un intento sin éxito. Los responsables de los archivos de la Conferencia Episcopal Española y del Arzobispado de Valencia rechazaron su petición de consultar la información que conservan sobre Llidó hasta que hayan transcurrido "cien" y "cincuenta años" de los hechos respectivamente. Amorós solicitó también una entrevista a Agustín García-Gasco, el arzobispo de Valencia, con carta fechada el 26 de julio de 2004, para averiguar si la institución católica había intentado ayudar a salvar la vida del cura de Xàbia. Hasta la fecha la única respuesta ha sido el silencio. A los 33 años de la desaparición de Llidó, señala Amorós, la jerarquía católica valenciana no ha tenido ni siquiera una palabra o un gesto de reconocimiento hacia una persona que previamente sirvió a su diócesis durante una década. El nacional-catolicismo-español se sigue vistiendo con esas prendas.

En las primeras horas de la tarde del 11 de septiembre de 1973, Llidó y Jorge Donoso se refugiaron en una casa del cerro Mayaca de Quillota y luego en casa de otra familia del sector. Allí conocieron los bandos militares del coronel Paredes, jefe de zona. Le prometían su repatriación si se entregaba. Llidó decidió no hacerlo. Logró llegar en octubre a Santiago, cobijándose en la casa de Jaime Valencia y Consuelo Campos. En marzo de 1974, la Comisión Política del MIR le sugirió la posibilidad de desarrollar tareas de solidaridad en Europa. Las rechazó, según testimonios, con los ojos aguados por las lágrimas. Pidió y exigió que nunca más le propusieran abandonar Chile. Meses después, rechazó la propuesta de unirse a un grupo de militantes, críticos con la línea política elaborada por la dirección nacional del MIR, que se refugiaron en la Nunciatura apostólica el 26 de julio de 1974.

Se sabe que su detención se produjo en el centro de Santiago de Chile la mañana de 1º de octubre de 1974, cuatro días antes de la caída en combate, del asesinato de Miguel Enríquez, el líder del MIR. De inmediato fue conducido a la casa de José Domingo Cañas y torturado con electricidad y saña por los esbirros de la DINA. El 11 de octubre fue conducido junto con otros prisioneros a Cuatro Álamos, de donde fue sacado con destino desconocido para ser asesinado alrededor del 25 de ese mismo mes.

"No me pidan nunca más que abandone Chile", dijo Llidó a sus

compañeros del MIR. No abandonó. Murió desaparecido. Recordemos las palabras de Pinochet: “No es un sacerdote, es un marxista”. Eso, precisamente eso fue Llidó: un sacerdote marxista, comunista, que aspiraba a que los pueblos avanzasen en el camino del socialismo. Cuando España digne en la forma que debe hacerlo a personas como él los tiempos, definitivamente, y esta vez sí, habrán cambiado. Mientras tanto, lean este deslumbrante relato de Mario Amorós (Luis Cernuda: “Gracias, compañero gracias”) y sientan como por sus venas corre la admiración más sincera y transita despabilada la rabia incontrolable. A un tiempo y sin contradicción.

El Viejo Topo. Marzo de 2008

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

VUELTA DE LO INESPERADO

UTOPIÁS E ILUSIONES NATURALES. FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY. LIBROS DE EL VIEJOTOPO. BARCELONA, 2007 335 PÁGINAS¹.

Cualquier reseña de un clásico de la filosofía política y de la historia de las ideas corre el riesgo de ser injusta, de ser incapaz de apuntar los numerosos senderos que abre. Este es sin duda el caso de este breve comentario porque, sin atisbo de error, *Utopías e ilusiones naturales* se convertirá en un futuro próximo, se está convirtiendo ya, en un destacado clásico de la filosofía española.

Recuerda Fernández Buey en los compases finales de su introducción que Herbert Marcuse, con *El final de la utopía*, nos dejó el tema en herencia y que desde 1990 el asunto se ha planteado en numerosas ocasiones si bien con orientaciones muy diversas de la marcusiana. Unas veces desde la perspectiva popperiana de la ingeniería social fragmentaria; otras, desde la consideración de que utopía y totalitarismo son necesariamente conceptos sinónimos, y que, consiguientemente, el único ámbito libre, y razonable por inocuo, para la expresión de la utopía en nuestra época sea el estético. Para “el autor” -es la expresión que usa el autor para firmar su introducción- ésta es una verdad a medias que oculta una decisiva parte del asunto y que choca, además, con hechos cada vez más sólidos. La reflexión sobre el sentido socio-político de la utopía ha vuelto sin que se le esperara en los comienzos del siglo XXI y lo ha hecho de la mano de lo que hoy llamamos *movimiento de movimientos*.

Por ello, cabe defender razonablemente que a pesar de lo visto y vivido, después de los numerosos desastres del siglo XX, la utopía no ha perdido su vigencia. A desarrollar esa tesis, a argumentar con precisión, detalle y excelente erudición esa posición filosófico-política, está dedicado este último libro del filósofo y profesor de la Universidad Pompeu Fabra Francisco Fernández Buey.

Para el autor de *Leyendo a Gramsci* el moderno concepto de utopía ha nacido de la combinación de la crítica moral del capitalismo incipiente, del propósito de dar una forma moderada alternativa a la reivindicación de la prioridad comunal y de una vaga atracción por la forma de vida existente en el nuevo mundo entonces recién descubierto. Hay en el nacimiento de la utopía moderna una serie de rasgos que se han conservado a lo largo de los tres últimos siglos y que pueden detectarse, por ejemplo, en el Bloch de *El principio esperanza*: el recuerdo de la comunidad que hubo, la crítica abierta a la injusticia y a la desigualdad del presente y la atracción por la novedad que apunta en lo recién descubierto o en lo recién intentado, en la medida en que este apuntar a lo nuevo enlaza con el tiempo pasado acaso idealizado. En todas las utopías modernas, sostiene Fernández Buey, es posible encontrar una idea de dialéctica histórica según la cual la crítica de lo existente hace enlazar el recuerdo del buen tiempo pasado con la armonía, la justicia y la igualdad que se desean para el futuro.

¹ *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, nº 100, invierno 2007-2008, pp. 210-211.

Al estudiar la evolución del concepto de utopía, el autor pretende defender y argumentar tres tesis más: que la utopía no ha muerto, que el destino de las grandes ideas utópicas es hacerse realidad político-social en un lugar diferente al pensado por las propias utopías, y que al final de la modernidad europea, al igual que en sus comienzos, la intención irónico-positiva es clave para poder seguir hablando de utopía en serio.

Utopías e ilusiones naturales se abre con un texto de Leopardi cuyo punto final señala: “Parece un absurdo, pero es exactamente verdadero que, siento todo real una nada, no hay cosa más real ni sustancial en el mundo que las ilusiones”. La paradoja, la aporía que señala contrastes y diferentes perspectivas y permite, esta vez sí, una fructífera mirada dialéctica, es la magnífica atalaya usada por Fernández Buey a lo largo de estas páginas, escritas en una magnífica lengua que consigue que el lector se quede enganchado siempre a esta narración histórico-filosófica, como quedamos fijados y atentos a las imágenes y narrativa de una película clásica.

Contiene *Utopías e ilusiones naturales* una colección de ensayos sobre la historia de esta idea. Como el número de utopías propuestas desde Thomas More es amplísimo, Fernández Buey ha hecho una amplia selección en la que incluye el estudio de la utopía antes de la propia utopía (primera paradoja), de la ciudad ideal y el profetismo, con su tesis anexa: al imaginar la ciudad ideal y profetizar una nueva Jerusalén, la admiración de lo que debe ser y lo que habitualmente se llama realismo no solo andaban reunidos sino que saltaban juntos a la palestra. Sigue el análisis de la propuesta de More mirada desde el estupor del primer encuentro entre Europa y América, pasando a ocuparse a continuación de utopías que surgieron en el tránsito del Renacimiento al Barroco y que conectan con la época de las revoluciones científicas. La paradoja apunta en este caso a que la utopía da la bienvenida a la ciencia moderna, al análisis riguroso, pero lo hace con argumentos religiosos, al mismo tiempo que esa misma utopía que se quiere idealmente republicana se hace realmente monárquica.

El hilo conductor de la parte dedicada a las utopías ilustradas destaca otra aporía, la que representa que la aspiración a la tolerancia y a la paz perpetua nunca fueron pensadas en forma utópica aunque de ambas se dijera que lo eran. A “Utopía y socialismo” dedica Fernández Buey dos apartados que explican cómo la utopía se fue convirtiendo en un concepto deshonesto y hasta qué punto hay que considerar responsable de tal deshonra a la pretensión socialista de pasar, de una vez y por todas, de la utopía a la ciencia, a una ciencia mal pensada en ocasiones como conocimiento firme, seguro y no revisable.

Los dos ensayos siguientes están dedicados a discutir la idea de que desde 1984 y *Un mundo feliz* la utopía ha dejado paso definitivo a la distopía. Ni siquiera en los peores momentos del mundo bipolar ha perdido fuerza la idea utópica. Fernández Buey lo muestra a partir de un detallado estudio, uno de los memorables pasajes de este libro de libros, de las obras de ciencia ficción y futurología, poco o escasamente atendidas en la tradición socialista, de Zamiatin, Huxley, Le Guin, Orwell, Stanislaw Lem y Philip K. Dick. La tesis hermenéutica central en este asunto es que no hay que leer las distopías del siglo en clave anti-socialista sino en clave anti-ideológica, como críticas del mundo bipolar y de las ideologías en confrontación.

Como quedó apuntado, Fernández Buey cierra su introducción

señalando que es sólo media verdad reducir el ámbito de la utopía al campo de lo estético. Lo es sin duda. Pero no es ninguna afirmación utópica afirmar que su ensayo no sólo es excelente en su contenido, sino que, además, su edición ha dado pie a un hermoso libro, a un bello objeto nada superfluo, donde el trabajo de composición de Neus Porta debe ser destacado y donde la invocación final a la petición árabe escrita en libros antiguos -“Oh, Kubéjkag salva mi libro de las termitas”- es oportuna, significativa, pero sin duda innecesaria. No es ninguna utopía, en el mal sentido del concepto, creer que las termitas del XXI serán respetuosas con obras clásicas y bellas como ésta.

En una reciente reseña de *Noticias de ninguna parte* recogida en las páginas de www.rebellion.org, una utopía de William Morris de la que Fernández Buey da cuenta detallada, Constantino Bértolo sostiene que la lectura o relectura de la novela le ha recordado “que para salir de la derrota es tarea prioritaria construir otro horizonte”. El autor de *Utopías e ilusiones naturales* nos ha facilitado con este deslumbrante ensayo los cimientos, la estructura y gran parte de los materiales del nuevo proyecto: un hogar afable, justo y sostenible, que cultive la paradoja y goce de un deseable sentido del humor.

En resumen, no se pierdan este clásico, no cometan ese error. Se lamentarían.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

EL COMPROMISO DE LOS CIENTÍFICOS

ANN FINKBEINER, *LOS JASONES. LA HISTORIA SECRETA DE LOS CIENTÍFICOS DE LA GUERRA FRÍA*. PAIDOS, BARCELONA, 2007, 295 PÁGINAS (TRADUCCIÓN DE ALBINO SANTOS MOSQUERA).

Hace más de 35 años, en 1971, los “papeles del pentágono” de Daniel Ellsberg pusieron al descubierto las maquinaciones del gobierno USA alrededor de la guerra del Vietnam y la existencia de un equipo secreto de científicos, colaboradores de diversos gobiernos usamericanos, llamado JASON. Ignoro si, como se indica en la contraportada, este ensayo es el resultado de la primera investigación sobre los componentes y actividades de este grupo, pero no hay duda que vale la pena reparar en su contenido y en el neto compromiso político de un grupo de científicos que incluye primeras plumas del ámbito de las ciencias físicas y biológicas, algunos de ellos Premios Nobeles de su disciplina. Los jasones son científicos de punta del mundo académico norteamericano que, al mismo tiempo, asesoran nada más ni nada menos que al Departamento de Defensa del gobierno. Si después de esto, alguien teoriza en torno a la separación radical entre ciencia y política en la sociedad contemporánea, recomiéndenle por favor sosiego y estudio.

Es probable que Ann Finkbeiner, escritora, redactora científica y directora del programa de posgrado en redacción científica de la Universidad Johns Hopkins, no se haya distanciado suficientemente de su “objeto” de estudio; es clara su admiración entregada por muchos de los componentes del grupo (“...Freeman Dyson sigue peinando su cabello (de color gris, aunque aún mantiene un cierto tono moreno) a lo duque de Windsor...” (p. 271)); es cuanto menos sesgada la información que usa, basada en una parte no desdeñable en las declaraciones de los propios jasones, algunos de los cuales, curiosamente, se han negado a que su nombre apareciese públicamente; es cierto que el tiempo transcurrido quita hierro (y gritos de rabia e impotencia) a algunas de las actuaciones del grupo; es muy probable que la autora comparta algunos de los valores patriótico-conservadores de este equipo de científicos asesor de políticos de tanta altura moral como Mr. Richard Nixon pero, sea como fuere, vale la pena leersu libro con atención porque su estudio y su objeto de investigación apuntan a una de las grandes cuestiones del siglo XX y de la presente centuria: la imbricación cada día mayor entre determinados miembros de ciertas comunidades científicas y la política gubernamental, en este caso, ni más ni menos, que la política de todo un Imperio. Y, por lo demás, no de cualquier arista de esa política, sino el vértice militar de un Estado que quiso y quiere dominar el mundo mostrando a las claras, para intimidación de los díscolos, su enorme poderío.

Los jasones está estructurado en una Introducción, nueve capítulos – Las bombas; Nace Jasón; Los años de gloria; Héroes; Villanos; Cambios; Correspondencias; Cuellos azules, cuellos blancos, ¿Quo vadis Jasón?-- y un epílogo, más las fuentes y un útil índice analítico y nominal.

Vale la pena nombrar algunos de los grandes científicos que han colaborado en Jason: Eugene Wigner, Charles Townes, Hans Bethe, Luis

Álvarez, Murray Gell-Mann, Steven Weinberg, Val Fitch, Leon Lederman, y Henry Kendall. Obtuvieron el premio Nobel en 1963, 1964, 1967, 1969, 1970, 1980, 1988 y 1990 respectivamente. Cuatro miembros más, que la autora no cita nominalmente, miembros durante un período breve de Jason, también alcanzaron el premio. La relación señala un punto esencial del grupo: su independencia. Los miembros del equipo no tienen en general por qué complacer los criterios del señor que paga sus complementos salariales. Se gana en eficacia con ello, desde el punto de vista de la causa defendida. Les va en ello su prestigio científico, el mito y el áurea de su independencia de criterio, y, sobre todo, iría en contra de su autoconsideración: no casarse con nadie que les diga qué deben pensar. Son muy suyos, muy libres y muy independientes, eso sí, como la mayoría de los hijos de vecinos con posiciones políticas firmes.

Steven Weinberg, por ejemplo, abandonó Jason a principios de la década de 1970 tras los estudios que se realizaron sobre la guerra de Vietnam. No sabía si lo que hacía servía para algo positivo ha declarado, sin especificar por otra parte qué entendía por positivo y, además, tenía ganas de escribir libros tan excelentes como *Los tres primeros minutos del universo*. Empero, a finales de la década de los ochenta, Weinberg volvió a Jason como asesor senior.

Ed Frieman, uno de los jasones que había trabajado con armas nucleares, declaró en una entrevista de 2002 que en su opinión todo había ido bien en el grupo hasta el asunto de Vietnam, “que provocó un tremendo desbarajuste interno en Jason”. ¿Jason y Vietnam? ¿Qué es eso? Un breve relato de lo ocurrido sería el siguiente (No es el guión de alguna película de terror en ciernes).

En 1964, en La Jolla, William Nierenberg, un físico que había colaborado en el proyecto Manhattan y que se había unido a Jason en 1962, dirigió un estudio sobre Vietnam probablemente centrado en los métodos de la guerra de guerrillas de los combatientes vietnamitas. Aquel verano fue un verano de nuevas ideas y de charlas informativas, algunas de las cuales estuvieron promovidas por el gran físico Murray Gell-Mann, el inventor de los quarks. Algunas de ellas, en opinión del propio Nierenberg, repugnantes y estúpidas. Elaboraron dos informes: “Visión nocturna para contrainsurgentes” y “Documento de trabajo sobre guerra interna”

Gell-Mann consiguió que en 1966 Jason volviera a estudiar Vietnam. En la reunión de primavera los jasones ya habían decidido que ellos podían ser de mayor utilidad si hallaban un modo de cortar la ruta de suministros de los norvietnamitas, la ruta Ho Chi Minh. Tiempo después elaboraron un informe que tenía en cuenta la geología y la vegetación, enumeraba las costumbres de los guerrilleros y especificaba tipo de bombas y minas. Sugería, además, los aparatos aéreos apropiados para las operaciones de lanzamiento, sobrevuelo y ataque. Calcularon que costaría unos 800 millones de dólares anuales, invertidos en minas y bombas en su mayor parte, y propusieron un grupo de trabajo de las tres fuerzas armadas para planificar más a fondo la barrera, mejorar sus componentes y llevarla a la práctica. El informe, vale la pena insistir, estaba elaborado por científicos de primera fila, premios Nóbeles muchos de ellos, investigadores en el ámbito de la ciencia básica, supuestos buscadores desinteresados de la verdad.

La posición política de la autora queda reflejada en los compases finales

de su estudio. En materia de política o de moral, señala Finkbeiner, cuyo marido como ella misma señala es un físico muy bien situado académica y socialmente, no haría más caso a un jason que a cualquier persona culta. En materia de política científica, confiaría ciegamente en ellos. “Me fiaría de los jasones porque me darían su criterio científico honesto aunque éste implicase políticas que entrasen en contradicción directa con el fervor (sic) pro-tratados climáticos, anti-defensa antimisiles o pro-prohibiciones de pruebas nucleares de muchos de ellos” (p. 254). La señora Finkbeiner es así o ha evolucionado hacia esas posiciones. Si al estudiar, añade entusiasmada, el posible uso de las armas nucleares tácticas en Vietnam los jasones hubiesen descubierto que estas armas eran realmente útiles probablemente no hubieran redactado el informe crítico que en su día redactaron “pero tampoco habrían mentido al respecto”. Así de claro, ésa es la limitada, desnuda e ideológica verdad a la que aspiran sus héroes jasonicos.

Pero también en las comunidades científicas hay voces críticas que se niegan a arrodillarse y a seguirse sendas científicas de disparate político y social. Charles Schwartz fue nombrado profesor titular de Berkeley y a partir de 1970 empezó a exigir a sus alumnos la firma de una promesa hipocrática por el que se comprometían a no utilizar la física que él les enseñara para hacer daño a alguien. Tuvo que desistir. El departamento de una Universidad puntera, no una institución gubernamental ni una corporación armamentística, le amenazó con retirarle la plaza.

Schwartz dejó de enseñar física. Creía que no hacía más que suministrar carne fresca y cultivada a los contratistas de defensa. Empezó a enseñar asignaturas sobre la relación entre la ciencia, el gobierno y la sociedad. Dejó de recibir incentivos y aumentos de sueldo porque casi no se dedicaba a la investigación científica. Se convirtió en un activista. En 1987, declaró a la Radio Pública Nacional estadounidense que aunque los jasones presumen de decirles a los generales cuándo no funcionan sus armas, en realidad sólo sirven para hacer que el Pentágono sea más eficiente (Puede verse su opúsculo *Science Against the People: The Story of Jason* -La ciencia contra el pueblo: la historia de Jasón- en la red).

Non serviam: ésa es la norma ética esencial de Charles Schwartz, el principio que acompañaba y acompaña a su compromiso ético y científico: la búsqueda de verdades que no estuvieran al servicio de los destructores y dominadores privilegiados de la Tierra. No todos los jasones compartían ni comparten su punto de vista.

Nota: Una versión de esta reseña apareció en la revista *El Viejo topo*, abril de 2008.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

PODERES FRAUDULENTOS

**CARLOS J. ÁLVAREZ, LA PARAPSIKOLOGÍA, ¡VAYA TIMO!
EDICIONES LAETOLI, PAMPLONA, 2007, 132 PÁGINAS.**

El gran escapista e ilusionista Harry Houdini, nacido en Budapest en 1874 y fallecido en Detroit 52 años después, llegó a contratar los servicios de una médium para contactar con su difunda madre. Sin éxito. Rápidamente se dio cuenta de que la levitación de objetos, los ruidos del más allá y las apariciones extraordinarias eran trucos que él mismo podía realizar sin demasiados problemas. Desde entonces empleó sus conocimientos sobre magia para exponer a la luz pública los trucos inconfesados de los espiritistas. Houdini colaboró en una iniciativa que ofrecía dinero a quien demostrara sus poderes sobrenaturales. Nadie consiguió cobrar la recompensa. No ha sido la única vez y eso que, como es sabido y sufrido, el conjunto de seres con poderes “extraordinarios” está densamente poblado: telequinesia, zahoríes feng shui, futurólogos, viajeros astrales, iluminados, personas que contactan con alienígenas, videntes, brujos, espiritistas, mentalistas con grandes poderes, curanderos fideistas, levitadores del propio cuerpo, teletransportación a domicilio, auras, control del dolor de quienes caminan por brasas ardientes, efecto ideomotor.

James Randi, el increíble Randi, nació en Toronto en 1928, dos años después de la muerte de Houdini. Es también un mago, muy conocido en los ambientes escépticos, que se ha empeñado en desenmascarar a charlatanes disfrazados de videntes, curanderos o subespecies afines. Durante un programa de radio en 1964, un parapsicólogo le retó a apostar su propio dinero si tan seguro estaba de su posición incrédula. Randi no se contuvo y ofreció 1.000 \$USA de su propio bolsillo a cualquiera que pudiera demostrar empíricamente, y con fiabilidad controlada, sus poderes sobrenaturales (La revista *Scientific American* había ofrecido una cantidad similar en los años veinte). El premio se incrementó hace apenas diez años. El “desafío paranormal del millón de dólares” se lanzó el 6 de marzo de 1998 con aportaciones de escépticos de todo el mundo.

Las pruebas exigidas parten de una consideración sensata y razonable señalada hace 250 años por el gran David Hume: una teoría o idea extraordinaria requiere también pruebas extraordinarias. Como se imaginan, de esas pruebas demostrativas no se tienen noticias. De los más de mil candidatos que hasta ahora se han presentado para conseguir el escéptico premio millonario, ninguno ha conseguido superar ni siquiera las pruebas preliminares. Insisto: ni las preliminares. El resultado del desafío evidencia de que, bajo condiciones adecuadas de observación y control, cualquier supuesta habilidad extraordinaria se convierte en lo que cabe sospechar de entrada: en un fraude, consciente e inconsciente.

Es plausible creer que una mayoría de las personas que se creen dotadas de poderes especiales ni tan siquiera se hayan parado a pensar que pueden estar engañando con sus afirmaciones y pretensiones. Admitámoslo. En la mayoría de los casos. Pero no siempre. Uri Geller, al que Carlos J. Álvarez dedica páginas informadas en su magnífico y recomendable ensayo, ha rechazado en más de una ocasión ser sometido a ningún tipo de prueba.

No es el único caso. Otros autores, con supuestos poderes especiales y reales ganancias extraordinarias, ni siquiera admiten críticas y echan mano, si les es necesario, del aparato del Estado para defender sus posiciones. Un ejemplo que enseña.

Luis Alfonso Gómez fue condenado , a principios de agosto de 2007, a indemnizar a Juan José Benítez con 6.000 euros. La cantidad demandada inicialmente era de 80.000 euros, además de la retirada de la web de *El Correo digital* de los 13 textos en los que Gómez había examinado con buena arista crítica y envidiable paciencia la verosimilitud de las afirmaciones de Benítez. Gómez había defendido en sus artículos que si alguien se gana a vida con afirmaciones como las vertidas por Juan José Benítez en su programa *Planeta encantado* -una serie emitida por Televisión española, una televisión pública como es sabido- puede afirmarse, sin excesivo riesgo de error ni locura estilística, que su negocio se basa en la mentira, el engaño y la tergiversación. ¿A qué afirmaciones se refería Gómez? Las siguientes: que existían pruebas de que el hombre había convivido con los dinosaurios, que un poder mágico había permitido transportar las estatuas de la isla de Pascua hasta su ubicación definitiva, que seres de Orión levantarán las pirámides de Egipto, que los astronautas del Apolo II encontraron ruinas extraterrestres en la Luna, que Jesús se sentó en el Coliseo romano (70-80 d. C) años después de que el edificio existiera.

Las historias probatorias, sin embargo, no son siempre descartables de entrada. Álvarez cuenta, por ejemplo (pp. 44 y ss), que en la década de 1970, dos físicos del Stanford Research Institut, Russell Targ y Harold Puthoff, publicaron un artículo en *Nature* (ien *Nature* nada menos), donde presentaban pruebas de una capacidad humana llamada VR, visión remota. Se trataba de una habilidad para percibir informaciones de lugares lejanos por medios no sensoriales y no conocidos. Según los autores, esa habilidad estaba al alcance de cualquiera. David Marks, un psicólogo de la City University de Londres, pudo probar años más tarde la debilidad de las pruebas presentadas. De este modo, la parapsicología que investiga supuestos fenómenos como la telepatía, la telequinesia o las psicofonías, sumaría un nuevo fracaso.

Los timadores directos, en todo caso, son otra cosa. Uri Geller es uno de los ejemplos más conocidos. En nuestro país apareció, en 1975, con éxito indudable en un programa televisivo del franquismo. Media España se paralizó contemplando sus extraordinarios poderes: cucharas que se doblaban, relojes parados que se ponían en funcionamiento, etc. El desenmascaramiento de sus falsas capacidades ocurrió al intervenir en un programa de máxima audiencia de la televisión norteamericana, *Tonight Show*. Su director Johnny Carson, ilusionista aficionado, pidió consejo a Randi, quien colaboró sin dudarle. Le dijeron a Geller que lo iban a entrevistar y, sin que lo supiera, ellos mismos prepararon cucharas, relojes y recipientes para que adivinara cuáles estaban llenos de agua y cuáles no. Nadie del equipo del “psíquico” tocó o pudo manipular los objetos esta vez. Geller no salía de su sorpresa. No consiguió superar ninguna de las pruebas que se le pedía. Alegó que se sentía presionado, afirmó que esa noche se sentía débil y que, por tanto, sus poderes no funcionaban. Aquel día se demostró claramente, ante 40 millones de telespectadores, que cuando se controlaba su material, cuando no había posibilidad de “prepararlo” por sus ayudantes, sus poderes

desaparecían. Aunque la estela de Geller declinó durante un tiempo, a pesar de lo visto y conocido volvió a resurgir nuevamente tiempo después. Ustedes pueden sacar sus conclusiones sobre ello.

Álvarez recuerda (p. 65) un artículo crítico de la parapsicología de George R. Price aparecido en 1955 en *Science*. El argumento de Price sigue valiendo. Si los poderes sobrenaturales que defiende la parapsicología fueran reales, se violarían un número considerable de principios asentados que subyacen a todas las ciencias. Así, que las señales se atenúan con la distancia, que se bloquean si se interpone un escudo apropiado, que las causas preceden a los efectos. Si las PES (Percepción Extra Sensorial) existiera realmente, señalaba Price, su explicación debería estar en la magia y no en alguna ley oculta de la naturaleza porque sus mecanismos serían contradictorios con todas las leyes que rigen el resto de las ciencias. Los poderes mentales del tipo de la PES o la telequinesia, por ejemplo, van en dirección contraria de las leyes de la termodinámica y la conservación de la energía. ¿De dónde surgiría sino la energía que provoca el movimiento de objetos o los fenómenos PES?

La parapsicología ivaya timo! está dividido en cuatro capítulos -“Cerebro y mente”, “Ciencia y poderes paranormales”, “La parapsicología, una pseudociencia ‘científica’ y “Parapsicología de la vida cotidiana”- y un breve cierre con conclusiones. Álvarez presenta, discute y refuta en el capítulo 4º algunas de las consideraciones usuales en torno a temas como la telepatía, la intuición y el sexto sentido, la adivinación, del fenómeno del *déjà vu* o al mito del uso del 10% del cerebro.

Vale la pena destacar y resumir las conclusiones alcanzadas por el autor en su recomendable estudio: no existe ningún dato ni ninguna prueba contrastada que avalen la existencia de poderes mentales de tipo paranormal o parapsicológico; todos o casi todos hemos vivido situaciones anómalas a las que tendemos a dar explicaciones extravagantes en ocasiones pero, obviamente, del hecho de que no dispongamos de una explicación racional -esto es, de una *explicación*- de un determinado fenómeno no se infiere que deba existir una “explicación” de marchamo paranormal y, finalmente, las ciencias cognitivas, de la mente, de la conducta y del cerebro ofrecen explicaciones profundas sobre muchos de los supuestos poderes mentales de tipo paranormal. Álvarez apunta que, bien mirado, las pequeñas cosas que hacemos a diario -pensar, memorizar, hablar, escuchar- no tienen nada de mágicas ni paranormales y son, sin duda, fascinantes. Si la astrología es la pseudociencia que acompaña a la astronomía, la parapsicología es una de las pseudociencias que acompañan a la psicología actual. Tras más de 130 años de investigaciones, el número de pruebas contrastadas de la existencia de los llamados poderes mentales extraordinarios son las mismas que en el inicio de este largo período: ninguna, cero absoluto escala Kelvin.

En síntesis: un volumen recomendable que hay que añadir a la magnífica colección -“¡Vaya timo!”- que dirige Javier Armentia y que pretende ni más menos que facilitar argumentos contundentes, y además sabrosos, para pensar críticamente (id est, para *pensar*): la herramienta más útil que tenemos para librarnos de lo timos, si bien, desgraciadamente, no de los timadores.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

OTRO AGUJERO NEGRO DE LA TRANSICIÓN

XAVIER CAÑADAS GASCÓN, *EL CASO SCALA. TERRORISMO DE ESTADO Y ALGO MÁS*. EDITORIAL VIRUS, BARCELONA, 2008, 115 PÁGINAS.

15 de enero de 1978, domingo, siete meses después de las primeras elecciones legislativas tras la muerte del general golpista Francisco Franco, casi un año después del asesinato de los abogados laboristas de CC.OO. Un incendio de grandes proporciones iniciado a las 13:15 destruye una sala de fiestas situada en el Paseo de Sant Joan, una calle céntrica de Barcelona, provocando la muerte de cuatro trabajadoras -Ramón Egea, Bernabé Bravo, Juan López y Diego Montoro- que trabajaban en el local. Cuarenta y ocho horas más tarde, según la prensa, apenas quince horas más tarde en realidad, son localizados y detenidos los presuntos autores. Xavier Cañadas, entonces militante de la CNT, sindicato enfrentado frontalmente a los Pactos de la Moncloa suscritos por las fuerzas políticas parlamentarias con el apoyo de las organizaciones empresariales y de la UGT y CC.OO, fue una de las cinco personas encausadas. Fue condenado a 17 años de cárcel en el llamado "caso Scala", saliendo en libertad condicional tras estar ocho años en prisión.

En esta sucinta crónica en clave autobiográfica de lo sucedido, que no aspira a ser una narración histórica documentada con precisión sino un sucinto relato en primera persona, escrito con dolor, resentimiento y rabia no contenidos, y en ocasiones sin matices imprescindibles, Cañadas defiende y argumenta con pasión a favor de la siguiente tesis: el atentado, montado por los servicios secretos del Estado, y la represión posterior contra el conjunto del movimiento libertario, fueron un hachazo de enormes consecuencias contra el entonces exitoso resurgimiento del movimiento cenetista en Catalunya y España. El gobierno de la UCD y, especialmente, el ministerio del Interior entonces dirigido por Rodolfo Martín Villa, posterior presidente de FECSA-Endesa y actual presidente de Sogecable, persiguieron con este montaje erosionar definitivamente la imagen pública de la CNT, organización que, según Cañadas, contaba entonces con más de 100.000 afiliados sólo en Catalunya. La CNT era un sindicato revolucionario, nada proclive a pactos y acuerdos con la patronal y el gobierno, que entonces aparecía como una amenaza nada marginal para la consolidación de la transición, para el cumplimiento de los acuerdos económicos y sociales de los Pactos de la Moncloa y para el encorsetamiento de las aristas más combativas y revolucionarias de las clases trabajadoras españolas. Toda vía para aproximarse a esa finalidad, incluso la mentira más abyecta, la manipulación más ignominiosa y el más vil terrorismo de Estado, estaban permitidos. Según Cañadas, el caso Scala significó el fin del crecimiento espectacular de la CNT, y de todo el movimiento libertario en su conjunto, y el inicio de su decadencia organizativa, y con él la domesticación o parálisis del movimiento obrero revolucionario en España.

Figura clave en este programado y conseguido intento de liquidación fue Joaquín Gambín Hernández, un confidente de la policía de Murcia, infiltrado en la FAI, de 47 años, conocido en el mundo de la delincuencia como "el Grillo", posteriormente amnistiado tras una condena, quien llegó a

proporcionar al grupo maletas de armas y explosivos. Las armas, descubiertas claro está por la policía, fueron la causa de las 54 detenciones realizadas en Barcelona a finales de enero de 1977, ocho días después de la matanza de Atocha, con motivo de una reunión de la FAI. Todos los detenidos fueron acusados de conspiración terrorista.

La tesis es atendible, la conjetura defendida por Cañadas sobre un caso de terrorismo programado de Estado no es, de entrada, ninguna ensoñación ni ningún intento de apuntar hacia lugares ajenos con extrañas e inverosímiles teorías conspirativas. Se habló de ella en su momento en diferentes ambientes políticos y se debería hablar de ella nuevamente. Los historiadores de aquellos turbulentos años harían bien en sopesarla con cuidado (ignoro si se ha hecho hasta ahora) y tratar de ver su plausibilidad documentadamente. No hay aquí, de entrada, ningún desvarío político. No sólo se puede hablar de los años de plomo en Italia y no sólo en Irlanda han actuado activamente, cuando así lo han considerado, los grupos residentes en las bien remuneradas cloacas del Estado. De hecho, en uno de los anexos, Cañadas reproduce unas declaraciones de Martín Villa, cuyo padre, por cierto, fue militante de la CNT, a *Mundo Diario*, fechadas el 1 de febrero de 1978, en las que el entonces ministro del Interior señalaba, después de recordar cuatro atentados que se habían producido en aquellas fechas en Barcelona, que “de todos ellos a mí el que más me preocupada en este orden de cosas es este último [el caso Scala], porque realmente ahí hay un cierto origen de los movimientos libertarios que circulan en Barcelona desde siempre. Es una amenaza que puede ser importante para la convivencia pacífica en Barcelona” (p. 88).

Lo anterior, la necesidad de sopesar la tesis sobre el papel de los servicios del Estado y sus dirigentes políticos en el caso Scala, incluso del papel de los dueños del local, es independiente del tono y del desacuerdo que pueda tenerse con no pocas de las afirmaciones de Cañadas. Por ejemplo. De que el PSUC, del que padre de Cañadas era militante (nada más y nada menos que el responsable del aparato de distribución de propaganda de Barcelona), fuera una simple correa de transmisión del PCE de Carrillo y Pasionaria (p. 7); de la localización geográfica de Radio España Independiente; de que Cañadas no crea oportuno distinguir nunca entre las diversas corrientes del PSUC y del PCE; de que atribuya a Engels, junto con Marx, la autoría de *El Capital* (p. 8); de que hable de Juan de Borbón como Carlos y le atribuya una más que generosa oposición al franquismo (p. 17); de que dé datos sobre inflación y paro en la España de la transición imprecisos y exagerados (p. 20); de que acaso dote de militancia y fuerzas excesivas a la CNT de aquellos años; que acuse sin matices a toda la izquierda parlamentaria de permitir, con su beneplácito, de que el caso Scala fuera atribuido a la CNT y al movimiento libertario, “cuando tenían plena consciencia de que se trataba de un acto indiscutible de terrorismo de Estado” (p. 27). Etcétera densamente poblado.

Su presencia en el lugar del atentado es explicado por Cañadas en la siguiente secuencia: después de finalizada la manifestación a la que habían acudido con cócteles molotov, Gambín animó a un grupo de jóvenes cenetistas que los lanzaron en algún lugar donde pudieran hacer daño. Discutieron con él pero al final se dejaron convencer. Se dirigieron a la Scala a pie. Llegaron, según Cañadas, a las 13:30. Vieron al llegar que de la parte

de atrás de la sala de fiestas salía un fuego enorme. A pesar de ello lanzaron los seis cócteles en la puerta de entrada. Después de salir corriendo, se giraron y pudieron ver que en el lugar donde ellos habían lanzado los cócteles no había ya ningún fuego mientras que en la otra parte del local el fuego y el humo se hacían cada vez más espesos.

El incendio, en todo caso, como anunció toda la prensa del día siguiente, se inició a las 13:15, quince minutos antes de que ellos llegaran a la Scala, según recuerda Xavier Cañadas.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

AUGE Y CAÍDA DE TEORÍA DE LA CAPA

FRANS DE WAAL, PRIMATES Y FILÓSOFOS. LA EVOLUCIÓN DE LA MORAL DEL SIMIO AL HOMBRE. PIADOS, BARCELONA, 2007, PÁGINAS 256 (TRADUCCIÓN DE VANESA CASANOVA FERNÁNDEZ)

Primates y filósofos recoge las conferencias Tanner que Frans de Waal, catedrático C. H. Candler de conducta de primates en el Departamento de Psicología y director del Living Links Center del Centro Nacional de primates de Emory (Atlanta, Georgia), impartió en el Centro de valores humanos de la Universidad de Princeton en noviembre de 2003, los comentarios a su intervención de Peter Singer, Christine M. Korsgaard, Philip Kitcher y Robert Wright -los tres primeros filósofos reconocidos y, el último, un estudioso de la psicología de la evolución- y, finalmente, la respuesta a sus críticos -“La torre de la moralidad”- del propio De Waal, amén de una magnífica introducción de Josiah Ober y Stephen Macedo.

Como señalan estos últimos, De Waal y sus críticos comparten puntos en la discusión. Aceptan la explicación científica tradicional de la evolución biológica basada en la selección natural. Ninguno sugiere, o apunta de forma escondida, que el ser humano sea diferente de otros animales al poseer una esencia metafísica de extraña determinación. Tampoco ninguno de ellos basa su argumentación en la idea de que los humanos seamos seres únicos por contar en exclusiva con un alma trascendente. Finalmente, De Waal y sus interlocutores creen que la bondad moral “es algo real sobre lo que podemos establecer premisas ciertas” (p. 12). No participarán, pues, en la discusión o lo harán de forma sesgada y con fuertes discrepancias epistémicas e ideológicas por no aceptar las anteriores premisas, los creyentes religiosos, cuanto menos los comprometidos con la singular idea, por lo demás nada igualitaria, de que los seres humanos estamos dotados de determinados atributos (el sentido de la moral) exclusivamente a partir de la lotería metafísica-teológica de la gracia divina, ni tampoco aquellos científicos sociales, conjunto densamente poblado hasta la fecha, que consideren casi indiscutible una teoría del agente racional que considera esencial a nuestra naturaleza “una tendencia irreductible a preferir el egoísmo (hacer trampas, u obtener beneficios sin esfuerzo alguno) a la cooperación voluntaria” (p. 12) ni, finalmente, aquellos relativistas morales extremos que consideren que una acción puede ser juzgada como correcta o incorrecta *únicamente* en un ámbito local, referida básicamente a consideraciones contingentes y contextuales.

La pregunta que intenta responder De Waal en su intervención, al igual que sus interlocutores en sus comentarios, puede ser resumida así: si existen razones científicas para suponer que el “egoísmo” es un mecanismo primario de selección natural, por qué entonces los seres humanos hemos desarrollado un vínculo tan fuerte con el valor moral de la bondad. Dicho de otra manera, ¿por qué, cuando es el caso, y el caso es frecuente, no consideramos bueno ser malos? O en palabras del malogrado Stephen Jay Gould, que el mismo autor recoge (pág. 25), ¿por qué habría de ser nuestra maldad el bagaje de un pasado simiesco y nuestra bondad únicamente humana? ¿Por qué, en

definitiva, no habríamos de ver continuidad con otros animales también en nuestros rasgos más nobles?

De Waal da en su respuesta argumentos contra lo que él mismo denomina teoría de la capa. La moralidad, no adquirida gracias a la gracia divina, sería únicamente una fina capa que recubre un núcleo amoral o inmoral. Como Hobbes y sus partidarios (*homo homini lupus*), que inician sus reflexiones y construcciones sociopolíticas a partir de una concepción de los humanos como seres asociales o antisociales al mismo tiempo que cometen injusticia con los cánidos, uno de los animales más gregarios y cooperativos del planeta, y en contra por lo demás del clásico y razonable *zoon politikon* aristotélico, también Thomas Huxley, el llamado “bulldog de Darwin” por su defensa de la teoría de la evolución darwiniana, es objeto de las críticas de De Waal al traicionar sus propias ideas darwinianas y defender una visión de la moralidad construida a partir de la metáfora al uso: la moralidad es como un jardín en el que batallan constantemente las malas hierbas de la inmoralidad que constantemente amenazan la psique humana. La visión de la moralidad sostenida por los biólogos durante el último cuarto de siglo la resume De Waal con una cita de Ghiselin: “Arañe un altruista y verá como sangra un hipócrita”. En síntesis: los humanos, como el resto de los animales, somos seres completamente egoístas y competitivos, y la moralidad no es sino una ocurrencia tardía y por ello poco natural, poco compartida.

Curiosa y destacadamente, De Waal recuerda que ya en la época de Huxley existía una feroz oposición a sus ideas por parte de biólogos como Petr Kropotkin, a quien presenta como verdadero seguidor del legado darwinista. A los biólogos rusos les impresionaba más la lucha de los animales contra los elementos inhóspitos que sus luchas internas. *El apoyo mutuo* de Kropotkin, con su énfasis en la cooperación y la solidaridad que contrasta con la perspectiva competitiva y despiadada defendida por Huxley, es una crítica contra éste escrita con enorme respeto por la obra y las ideas de Darwin en opinión de De Waal.

En contra de teorías extendidas, y no siempre bien comprendidas, que argumentan que los seres humanos somos esencialmente egoístas porque nuestros genes son “egoístas”, olvidándose de que estos son simples moléculas y por ello no pueden tener intencionalidad –el egoísmo implica la intención de servirse ante nada a uno mismo–, De Waal señala que no pasa nada por describir a los animales (y a los humanos) como producto de fuerzas evolutivas “que promueven el interés propio, siempre que se admita que esto en modo alguno excluye el desarrollo de tendencias altruistas y compasivas” (p. 38). Es del mismísimo Darwin la siguiente consideración: “Cualquier animal dotado de unos instintos sociales bien marcados, incluido el cariño paternal y filial, inevitablemente adquirirá un sentido moral o conciencia tan pronto como sus facultades intelectuales hayan logrado un desarrollo tan elevado, o casi tan desarrollado, como en el hombre”. El mismo Adam Smith, citado por De Waal, señala que más allá de las consideraciones usuales sobre el egoísmo del ser humano, debe admitirse igualmente la existencia de algunos principios en nuestra naturaleza que nos hacen interesarnos por el bienestar de los otros, de forma tal que la felicidad de estos nos sea necesaria aunque no obtengamos nada a cambio con ello más allá del placer de verla.

Un interesante balance de la comparación entre la teoría de la capa y

una visión de la moralidad como resultado de instintos sociales es expuesta por De Waal en la página 47 del volumen. La teoría de la capa, cuyo origen atribuye a Huxley y entre cuyos defensores, no sé si con toda justicia, cita a Richard Dawkins y George Williams, es una teoría dualista que sitúa a los humanos en contra de los animales, que cree en el dualismo cultura versus naturaleza y que defiende que la moralidad es algo que se elige, aceptando la transición de un animal amoral a un hombre moral, sin evidencia empírica a favor de su posición y sin una teoría que explique por qué los seres humanos son mejores de lo que es conveniente para sus egoístas genes. La teoría evolucionista de la ética, en cambio, que toma en Darwin su punto de referencia (y acaso en el mismo Kaou Tsze, Mencio), y entre cuyos defensores De Waal sitúa a Edward Westermarck, Edward Wilson, Jonathan Haidt, es una concepción unitaria que postula la existencia de una continuidad entre la moralidad humana y las tendencias sociales de los animales, señalando que las tendencias morales son producto de la evolución, que hay una transición entre el animal social y el animal moral, apuntando que las teorías de la selección de parientes, altruismo recíproco y sus derivados (justicia, resolución de conflictos) sugieren cómo pudo darse esa transición, y cuya evidencia empírica bebe de las fuentes de la psicología, la neurociencia (los dilemas morales activan áreas del cerebro emocionalmente implicadas) y la ciencia del comportamiento en primates.

La tesis de De Waal puede ser expuesta de forma resumida con sus propias palabras: “La evolución ha dado lugar a especie que siguen impulsos genuinamente cooperativos. Desconozco si en el fondo la gente es buena o mala, pero creer que todas nuestras acciones están calculadas de forma egoísta –a escondidas de los demás y a menudo de nosotros mismos– equivale a sobreestimar de forma exagerada los poderes mentales del ser humano por no hablar de otros animales” (p. 80). Más allá de los ejemplos conocidos sobre la práctica animal del consuelo de individuos afligidos y la protección frente a agresiones, existe una amplia literatura científica que concuerda con la clásica estimación de Mencio: en este ámbito los impulsos preceden a la racionalidad.

Singer, en su intervención, señala una interesante distinción entre la tesis de que la moralidad humana es inherentemente social y que las raíces de la ética se encuentran en los rasgos y patrones del comportamiento que compartimos con otros mamíferos sociales, primates especialmente, y la consideración de que *toda* la ética humana derive de nuestra naturaleza evolucionada en tanto que mamíferos sociales (p. 179), apuntando la siguiente tesis: la idea de una moralidad imparcial es contraria a nuestra naturaleza evolucionada si por tal naturaleza entendemos la que compartimos con otros mamíferos sociales a partir de los que hemos evolucionado. ¿Por qué? Porque ningún animal no humano, ni tan siquiera los grandes simios, se aproximan a nuestra capacidad para razonar, por lo que, si esta capacidad de razonar se sitúa necesariamente detrás del elemento imparcial de nuestra moralidad, entonces ésta constituye una novedad, una discontinuidad, una ruptura, como quiera decirse, en la historia evolutiva, aunque, sin duda, nuestra capacidad de razonar sea parte de nuestra naturaleza y, por tanto, como cualquier otro aspecto de la misma, sea también producto de la evolución.

En la respuesta a sus críticos, De Waal apunta por su parte que

olvidarnos de las características que compartimos con el resto de primates y negar las raíces evolutivas de nuestra moralidad equivaldría a llegar a lo más alto de un rascacielos y afirmar que el resto del edificio es irrelevante. ¿Son, pues, los animales seres morales? Más bien ocupan varios pisos en la torre de la moralidad que no es un valle alargado. El rechazar esta modesta propuesta, concluye razonablemente el autor de *El simio y el aprendiz de sushi*, “únicamente puede dar lugar a una visión muy pobre de todo el conjunto” (p. 224) del escalonado edificio moral.

El Viejo Topo. Mayo de 2008.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

UNA BIOGRAFÍA POLÍTICO-INTELLECTUAL IMPRESCINDIBLE

MARIO AMORÓS, COMPAÑERO PRESIDENTE. SALVADOR ALLENDE, UNA VIDA POR LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO. PUV, VALENCIA 2008, PRÓLOGO DE ÓSCAR SOTO GUZMÁN, 372 PÁGINAS².

Lo esencial de esta reseña puede ser dicho de forma breve: lean este magnífico volumen y pásenlo. Pocas biografías pueden emocionar e interesar tanto al lector comunista, socialista no meramente nominal, al lector en general, como la que ha escrito el joven y prolífico historiador Mario Amorós. Todo en este ensayo, incluido su título, destilan atención, cuidado, aproximación rigurosa, interés real por el biografiado, equilibrio, documentación, análisis contruidos desde diferentes atalayas y también, y no en menor importancia, excelente escritura. El volumen, si de mí dependiera, sería motivo de estudio y disfrute voluntario en todos los centros de educación preuniversitaria y universitaria, además, por supuesto, de material de análisis de las organizaciones sindicales, políticas y asociaciones vecinales de inspiración crítica. También, desde luego, de todos los movimientos altermundistas que quieran atender a la historia reciente de la tradición emancipatoria.

Explicándome con mayor detalle. Recuerdo las palabras que una y otra vez han sonado en el corazón y la mente de todo socialista no entregado en estos últimos treinta y cinco años: "Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre parta construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición"

El hombre que las pronunció, el centenario de cuyo nacimiento hemos celebrado este 26 de junio, otra víctima del fascismo, murió pocos momentos después. Su ejemplo, su trayectoria, su compromiso, sus palabras, su hacer, su combatividad, se levantan cada día que pasa, con mayor fuerza y claridad si cabe, como una referencia para todas las tradiciones que aspiren a romper con el yugo del Capital, con sus corporaciones y sus grandes instrumentos políticos. Nuestro joven y versado historiador ha escogido muy bien, con cuidado extremo y acierto pleno, su materia de estudio.

Como ya demostrara en *Chile, la herida abierta; Después de la lluvia. Chile la memoria herida; Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario, y La memoria rebelde*, Amorós es un gran conocedor de la historia reciente de Chile que suele indagar sobre aspectos poco transitados, con excelentes instrumentos historiográficos, con sensibilidad y con una documentación apabullante. Las diez páginas de bibliografía anexas a *Compañero presidente* contienen, además de algunos detalles dados en notas a pie de página, más

² El Viejo Topo, junio 2008.

de doscientas referencias. Años de esfuerzo, de dedicación, de estudio, con resultados excelentes.

Además del prólogo de Óscar Soto Guzmán y de una interesante y útil cronología de la vida de Salvador Allende (pp. 355-359), el volumen se divide en tres partes que el mismo autor ha resumido en su introducción. En la primera parte se analiza la etapa anterior a la investidura de Allende como presidente de la República (1908-1970). La segunda se centra en los dos primeros años de su gobierno, etapa en la que se aplicó de inmediato el programa de la Unidad Popular y se procedió a la construcción del Área Social, el embrión de la futura economía socialista. La tercera parte analiza el último año de su gobernación. Desde comienzos de 1972, recuerda Amorós, se apreció una crisis en la Unidad Popular originada por las contradicciones y disensos ante la construcción del socialismo. La polémica no enfrentó solo, como es sabido, al Partido Comunista con el MIR, no integrado en la UP, sino que desde junio de 1972, desde el cónclave de Lo Curro, “se expresaron con claridad las dos visiones de la política económica, y del proceso revolucionario en general, que se articulaban en torno a Salvador Allende y el Partido Comunista, por una parte, y el Partido Socialista, por otra” (p. 23).

Todos los interrogantes que surgieron en el proceso chileno son tratados con documentación y equilibrio en el estudio que comentamos: el apoyo ciudadano a la apuesta de Allende y la Unidad Popular; la actitud del ejército chileno; los apoyos internacionales; las críticas razonable (o no tanto en ocasiones) del MIR; las posibilidades reales de una mayor intervención popular y obrera, incluyendo la entrega de armas a la ciudadanía resistente; el proceso de nacionalizaciones; la lucha contra los latifundios; los disensos interiores; la actitud del Partido Comunista chileno; el control obrero; el realismo político de algunas fuerzas y la ensoñación no controlada de otras; la firmeza y realismo de Allende; la supuesta inevitabilidad del golpe fascista de 1973; las otras intentonas militares; el viaje de Fidel Castro a Chile; el claro compromiso revolucionario de Allende siendo miembro de un Partido Socialista que no había renunciado en absoluto al combate contra el capitalismo; la posición del general Prats y otros militares constitucionalistas; los últimos momentos de Allende; las resistencias ciudadanas al golpe. Ninguno de los grandes temas ha sido olvidados por el autor.

Óscar Soto Guzmán, cardiólogo, el médico personal de Allende, cierra la semblanza (pp. 13-17) que ha escrito para el volumen con estas palabras:

Su suicidio, tan incomprendido por algunos sectores, fue un ejemplo de consecuencia política y personal, fue su entrega a la libertad, a la defensa de la Constitución, y el postrer homenaje al cargo de Presidente de la República que el pueblo chileno, democráticamente, le había otorgado.

Muchos sectores del pueblo chileno, muchos ciudadanos del mundo, no han olvidado, no hemos olvidado su entrega y su ejemplo. Mario Amorós, que nació precisamente el año en el que se produjo uno de los actos de ignominia más abyectos que podemos recordar y que difícilmente olvidaremos, ha escrito una biografía que sin duda será un clásico de la historia de Chile y lectura obligada de todo ciudadano que se identifique con la tradición socialista republicana y revolucionaria y que piense, con Allende, que la historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. En una entrevista con Kenneth Whyte -“Entrevista a la escritora Naomi Klein. Por qué el capitalismo necesita del terror” (www.rebellion.org, 2007), la autor de *No*

logo lo expresaba con total claridad:

El libro [La doctrina del choque] concluye con una cita de una carta desclasificada de Kissinger a Nixon donde le dice que la amenaza de Allende no era sobre nada de lo que decían públicamente en esa época (que se estaba arrimando demasiado a la Unión Soviética, que sólo hacía ver que era un demócrata y que iba a convertir a Chile en un sistema totalitario). Según escribe Kissinger la verdadera amenaza era que se propagase la democracia social. La Unión Soviética fue el hombre del saco oportuno. Era fácil odiar a Stalin, pero lo que siempre fue una amenaza era la idea del socialismo democrático...

Compañero presidente se abre con unas palabras que Salvador Allende pronunció el 5 de setiembre de 1970, con motivo de su victoria en las elecciones presidenciales que se habían celebrado en Chile: “[...] Gracias, gracias, compañeros. Ya lo dije un día. Lo mejor que tengo me lo odio mi partido, la unidad de los trabajadores y la Unidad Popular. A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobierno del pueblo, con la lealtad del compañero Presidente”. Cumplió, simplemente, cumplió.

En la mañana de un 11 de septiembre, de otro 11 de septiembre, Salvador Allende, la izquierda no entregada, perdieron la batalla, una batalla. La traición, la violencia feroz y guiada de unas Fuerzas Armadas, con resistencia interna de soldados en algunos regimientos, teledirigidas o apoyadas por los insistentes y conocidos servicios de inteligencia, acabaron con un proceso de transición democrática al socialismo. Sin embargo, apunta Amorós, hoy renace la esperanza en América Latina y las grandes alamedas del socialismo vuelven a surgir en el horizonte: se trata de la lucha por una profunda y radical democratización de la sociedad, en todas las esferas, incluida la económica. En este camino nos acompañará “el metal tranquilo” de su voz, el ejemplo inolvidable del Compañero Presidente” (p. 27).

Que así sea y que tampoco en esto yerre el buen sentido y la intuición histórica del autor de esta biografía imprescindible.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

SOBRE EL ESTADO (URBANO) DE NATURALEZA Y EL AUTÉNTICO CHOQUE DE CIVILIZACIONES

MIKE DAVIS, PLANETA DE CIUDADES MISERIA. EDITORIAL FOCA, MADRID, 2007, 283 PÁGINAS (TRADUCCIÓN DE JOSÉ MARÍA AMOROTO SALIDO; EDICIÓN ORIGINAL 2006).

La producción teórica de Mike Davis -analista social, geógrafo y teórico urbano, historiador, activista política norteamericano, miembro del consejo editorial de varias revistas de primera línea- empieza a ser inabarcable, es inabarcable. *Planet of slums*, el libro que ahora comentamos, tuvo su edición original en 2006. Desde entonces, si no ando errado, tres ensayos más pueblan su dilatado currículum. A pesar de ello, el autor de *Late Victorian Holocausts* no decepciona, no se repite, no cansa nunca, interesa siempre.

Una cita de Patrick Geddes, tomada del ensayo de Lewis Mumford, *La ciudad en la historia*, resume la temática central de *Planeta de ciudades miseria (o Planeta de áreas urbanas hiperdegradadas)*: “Degradación, semidegradación y superdegradación urbana... en esto se ha convertido la evolución de las ciudades”. Dos datos sintetizan los vértices más salvajes de la situación: entre 1989 y 1999 el 85% del crecimiento de la población de Kenia se ha producido en las fétidas y asfixiantes chabolas de Nairobi y Mombasa (las áreas hiperdegradadas de África negra acogerán 322 millones de habitantes: la cifra seguirá doblándose cada 50 años). Por otra parte, 1.000 millones de trabajadores, un tercio de la fuerza de trabajo mundial, están subempleados o carecen por completo de empleo. La fuente de este segundo dato no permite la duda: un informe -*The World Factbook*- de la Central Intelligence Agency de 2002 citado por Davis..

Planeta de ciudades miseria, escrito con la fuerza y vigor a la que nos tiene acostumbrados su autor, está compuesto por ocho capítulos y un magnífico epílogo que lleva por título “Bajando por Vietnam Street”, el nombre de la calle principal de uno de los mayores barrios degradados de Bagdad. Vivimos, en opinión de Davis, en el marco de un acontecimiento histórico comparable a la revolución industrial o a la revolución neolítica: por primera vez en la historia la población urbana del planeta será superior a la rural. Si en 1950 había en la tierra 86 ciudades con más de 1 millón de habitantes, en 2015 la cifra se elevará a 550. Las ciudades han absorbido hasta la fecha cerca de los dos tercios de la explosión demográfica global producida desde mediados del siglo pasado y esta enorme concentración se ha producido, básicamente, en las megaciudades (por designarlas de un modo netamente impreciso) del Tercer Mundo: si Ciudad México tenía en 1950 2,9 millones de habitantes, en 2004 alcanzaba la cifra de los 22,1 millones, más de la totalidad de la población urbana del planeta en tiempos de la revolución francesa. Si Bogotá tenía 0,7 millones en 1950, en 2004 superaba los 8 millones de habitantes.

El resultado es fácil de deducir: la capacidad económica de una ciudad tiene, en general, poca relación con su tamaño. La inversa también es cierta. Si Tokio es la ciudad más poblada y con mayor PIB del mundo, París es la quinta ciudad del mundo por su PIB, mientras que por población ocupa el lugar 25º. Dusseldorf es la 9ª por su PIB, en cambio es la 46ª por su

población.

La teoría social clásica de Marx a Weber, apunta Davis, ha sostenido que las grandes ciudades del futuro sufrirían el mismo proceso de industrialización que Manchester, Berlín o Chicago. La evolución de algunas ciudades -Ciudad Juárez, Sao Paulo o Los Ángeles, por ejemplo- ha seguido esa evolución teorizada, sin embargo la gran mayoría de las ciudades del sur global se parecen más bien al Dublín victoriano: sus barrios pobres no son consecuencia de la industrialización. Kinshasa, Luanda, Lima, Guayaquil o Dar-es-Salaam crecen de manera prodigiosa pese a las ruinas de sus industrias de sustitución de importancias, de la reducción de los sectores públicos y de la enorme caída del poder adquisitivo y del número de las clases medias de estos países. ¿Qué fuerzas impulsan a las gentes a abandonar el campo? Son conocidas: la mecanización acelerada de la agricultura en algunos casos, las importaciones de alimentos subvencionados de países del Primer Mundo que imponen al mismo tiempo tratados de "libre" comercio, guerras civiles, cambios climáticos y sequías en numerosos países africanos, y la concentración de pequeñas parcelas en grandes propiedades junto con la competencia desleal y netamente desigual con las grandes corporaciones de la agroindustria. Consecuencia: degradación acumulada a una preexistente degradación impensable e insoportable. Davis cita a A. S. Oberay, un investigador de la OIT, que ha calculado que en el Tercer Mundo el mercado formal de la vivienda apenas cubre el 20% de las necesidades, "por lo que la gente se construye sus propios chamizos, se refugia en alquileres informales y divisiones piratas del espacio", o simplemente se instala en aceras, calles o, si hay suerte, en cajeros o entradas de instalaciones públicas en el caso de las poblaciones pobres de metrópolis del primer mundo. No es necesario señalar, pero no sería bueno olvidarlo, que la parte más débil de la población, las mujeres y los niños, reciben los peores efectos. En síntesis, señala Davis, el crecimiento acelerado de las áreas urbanas hiperdegradadas desde 1970 ha dejado atrás la idea misma de urbanización.

Las mismas diferencias de salud han perdido su ámbito tradicional. Ya no son la ciudad y el campo como principales espacios, sino las diferencias, las enormes diferencias, entre las burguesías urbanas y los pobres urbanos. La mortalidad infantil de los niños menores de 5 años en las áreas urbanas hiperdegradadas de Nairobi es de 15,1%, entre 2 y 3 veces superior a la ciudad en su conjunto, e igual a la que puede registrarse en las zonas rurales más pobres. En Quito, la mortalidad infantil es 30 veces más alta en las áreas degradadas que en los barrios más acomodados. En Bombay, el índice de mortalidad en las áreas urbanas degradadas es superior en un 50% a los distritos rurales adyacentes.

¿Habrán entonces revuelta de los pobres, de los pobladores de estas zonas hiperdegradadas? ¿La pobreza acumulada generará revoluciones de multitudes? ¿Son las zonas hiperdegradadas volcanes sociales de erupción potencial? ¿O bien, por el contrario, la cruda y desnuda competencia darwiniana provocada por el aumento acelerado de personas empobrecidas y sin recursos que luchan por la mismas cosas, provocará la violencia y autoliquidación? En opinión de Davis estas son cuestiones "complejas que necesitan del estudio comparativo de casos concretos antes de poder responderlas de forma general" (pág. 267). Davis apunta que las mejores

cabezas del Pentágono se están ya adentrando por un camino, al que han renunciado las Naciones Unidas, el Banco Mundial o mismísimo departamento de Estado, intentado hallar la lógica que se impone tras la renuncia a la reforma urbana. Los estrategas militares aseguran -desde luego, sin atisbo de piedad en el horizonte- que las salvajes y malogradas ciudades del Tercer Mundo, sus áreas superdegradadas especialmente, serán el principal campo de batalla del siglo XXI. La doctrina del Pentágono, apunta plausiblemente Davis, “se está rediseñando para soportar una guerra de baja intensidad y de duración ilimitada contra segmentos criminalizados de los pobres urbanos”. Este es, concluye Davis, el auténtico choque de civilizaciones.

Cuenta Davis en el apartado de “Agradecimientos” que fueron Tariq Alí y Susan Watkins quienes le convencieron para que convirtiera “Planet of Sums” un artículo de 2004 publicado en *New Left Review* en un ensayo. Nunca un consejo fue mejor aprovechado.

Por lo demás, una idea, apuntada sabiamente por Mike Davis (p. 33), que rompe toda concepción ingenua de progreso, merece destacarse: los 1.000 millones de habitantes que ocupan las áreas urbanas hiperdegradadas actualmente en nuestro planeta podrían mirar con envidia las ruinas de las sólidas viviendas de barro de Çatal Hüyük. Fueron levantadas en Anatolia, en el alba de la vida urbana. Hace, aproximadamente, 9.000 años.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

UNA APROXIMACIÓN METAFÍSICA

TERRY EAGLETON, *TERROR SANTO*. DEBATE, MADRID, 2008, 174 PÁGINAS (TRADUCCIÓN DE RICARDO GARCÍA PÉREZ)

TERRY EAGLETON, *TERROR SAGRADO*. LA CULTURA DEL TERROR EN LA HISTORIA. EDITORIAL COMPLUTENSE, MADRID, 2007, 51 PÁGINAS (TRADUCCIÓN DE MARÍA JIMÉNEZ BLANCO)

Terror sagrado recoge la transcripción de una conferencia que Eagleton impartió en la Universidad Complutense, probablemente durante el primer trimestre de 2007. Las tesis y argumentación central de esta intervención quedan recogidas en el segundo libro que comentamos. Empero, una breve síntesis de su contenido podría ser expuesta en los siguientes términos: el terrorismo es el resultado de la desesperación respecto al ámbito de la política, en el sentido usual de la expresión. Es el tipo de fenómeno que se da cuando la política ya no funciona, el acontecimiento que irrumpe cuando el orden simbólico deja de funcionar o amenaza con hacerlo. Mártir y suicida entregan sus vidas voluntariamente pero existen entre ellos diferencias notables. Al no tener nada que perder, se puede ser extremadamente peligroso y “el terrorista suicida transforma esa condición en una especie de teatro del poder” (p. 49).

El lector encontrará, por lo demás, en el coloquio de este breve volumen (páginas 38-51) más de un paso de interés. Este por ejemplo (vale la pena tomar nota de la razón aducida por Eagleton):

Así, igual que con muchos otros fenómenos modernos, hay que contemplarlo de manera dialéctica, con su lado bueno y su lado malo. Marx pensaba que la modernidad era una excitante historia de emancipación humana y desastre total. Si hay una buena razón para ser marxista, es precisamente porque no muchas otras personas hoy en día cuentan estas dos historias al mismo tiempo; o cuentan una o cuentan la otra.

Otros pasos del debate sobre la tradición judaica y el Dios no representable, sobre Nietzsche, la identidad, la diferencia entre mártires y terroristas suicidas (Rosa Luxemburg o Lutero King murieron para que los demás pudieran vivir; los terroristas suicidas mueren para que otros mueran con el fin de que otros terceros puedan vivir) o singularidades destacables de la sociedad norteamericana en esta temática no tienen menor altura que el apunte anterior.

Terror santo, el segundo volumen, está estructurado en un prefacio y seis capítulos. La finalidad del estudio es anunciada por el autor en los términos siguientes: su ensayo no pretende sumarse a los numerosos estudios políticos sobre el terrorismo, sino que intenta situar la idea del terror en un contexto más original, “un contexto que podría calificarse en términos generales como ‘metafísico” (p. 11). La política que lleva implícita este discurso sobre Satán, Dionisio, los chivos expiatorios y los demonios, añade Eagleton, es más radical que lo que podemos encontrar en los discursos ortodoxos del izquierdismo actual. Se trata, al mismo tiempo, de ampliar el

lenguaje de la izquierda y desafiar al de la derecha.

Las conclusiones que cierran el ensayo: en el estudio se ha indagado en torno a dos figuras contrapuestas de muertos vivientes: hay mártires que abrazan el no ser en nombre de una existencia más próspera, otros se afianzan en el no ser como una forma de vida sucedánea. Cuando los hombres y mujeres legan a ansiar este tipo de negatividad puede hablarse del mal con toda legitimidad.

La tragedia más perspicaz es un recordatorio de que aquellas formas de vida que sienten en lo más íntimo de su corazón el miedo ante la monstruosa ausencia de ser, acabarán por descubrir una imagen de este horrendo Real en alguna criatura espantosa y deforme que deberá ser desterrada al otro lado de las puertas de su ciudad. En nuestro mundo, una consecuencia de esa negación se denomina terrorismo. El terrorista no es el *pharmakos*, pero es fruto de él y solo puede ser derrotado cuando se le haga justicia.

Sacrificio, nos recuerda Eagleton, significa “convertir en sagrado” y los sacrificios rituales, también los políticos, pueden significar convertir vidas humildes o despreciables en algo especial y poderoso. Quienes han proclamado, vencedores, el fin de la Historia, o al menos tenían esa costumbre antes del 11 de septiembre de 2001, olvidan que al anunciar de forma grosera el triunfo definitivo del capitalismo ese mismo triunfalismo grosero “ha promovido la revuelta de las masas en el mundo musulmán, inaugurando con ello toda una etapa histórica nueva. El cierre de la historia sólo ha conseguido reabirla” (p. 125). De hecho, el terrorista suicida es un ejercicio de voluntad supremo que forma parte de lo que lo vincula a la civilización que se opone “Para esta forma de vida hay pocas facultades más esenciales que la facultad suprema de la libre elección” (pp. 118-119).

En medio de ambos extremos, entre la finalidad del estudio y las conclusiones, otra magnífica demostración del hacer de Eagleton: una erudición literaria deslumbrante, un conocimiento apabullante de la historia de la filosofía, un magnífico estilo literario propio, una ironía contagiosa, una lectura singular de mitos, textos y creencias, una sensible inteligencia para apuntar permanentemente hacia temas y aspectos esenciales y una fina capacidad analítica generadora de argumentaciones del siguiente tenor: en la guerra contra el terror, el “mal” y sus ejes se utilizan para impedir, dificultar u ocultar la explicación histórica. Con el menosprecio del análisis racional que evoca, esa aproximación “refleja en parte el fundamentalismo al que hace frente”. Se considera que explicar es exculpar y que las razones siempre se convierten en excusas. De este modo, los ataques terroristas se convierten en “una variedad surrealista de locura”, con una flagrante contradicción anexa: al mismo tiempo que se rechaza toda tentativa de comprensión, de atribuir alguna causa al terrorismo, se afirma a renglón seguido que los terroristas y sus movimientos surgen, en última instancia, de la envidia al bienestar, riqueza y libertades de las sociedades occidentales. Según esta singular y autocontradictoria filosofía política, explicar por qué alguien se comporta de una manera determinada equivale a “demostrar que no podía comportarse de otro modo y, por tanto, a absorberle de su responsabilidad” (p. 136).

Poco cabe añadir. Esforzándose en tensar el espíritu crítico acaso quepa apuntar que, en su escritura, clara en general, Eagleton coquetea a

veces con formas de expresión un tanto arriesgadas en el ámbito del significado compartible. En este caso, por ejemplo

A igual que Dios, según el pensamiento lacaniano, lo Real es la cuña inimaginable de la otredad que reside en el corazón de la identidad que nos convierte en lo que somos, la cual no obstante nos impide también -porque conlleva deseo- ser auténticamente idénticos a nosotros mismos.

Y en segundo lugar, en nota a pie de página (p. 164), Eagleton construye una argumentación contra el igualitarismo -o contra cierto tipo de igualitarismo- impropia de él. Criticando la afirmación postmoderna de que toda jerarquía es cuestionable, Eagleton toma asiento en la Arendt de *Los orígenes del totalitarismo* y señala que nazismo y antiestalinismo fueron sistemas radicalmente antijerárquicos. “El poder no adoptaba gradaciones escrupulosas, sino que se depositaba por entero en el líder, con el que todos los demás ciudadanos guardan una relación formalmente idéntica” (p. 164). Pero, si no ando errado o no interpreto mal la posición del autor, no es el caso. Si Eagleton relee, por ejemplo, *Autobiografía de un marxista alemán* de Robert Havemann verá con facilidad que entre la primera opción -sistema con gradaciones escrupulosas- y la segunda -sistema con un líder respecto al cual *todos* los demás guardan una relación formalmente idéntica- existen y han existido otras organizaciones políticas, algunas de las cuales llevan la etiqueta de sociedades estalinistas o neoestalinistas, en absoluto cercanas a una idea temperada de igualitarismo. Beria no mantenía la misma relación formal respecto a Stalin que Bujarin o tantos otros. Havemann, sobre el que Ulbricht había intervenido a su favor en varias ocasiones, o Wolfgang Harich no fueron tratados del mismo modo que algunos privilegiados por el sistema, los cuales, en algún caso, paradoja de paradojas, no sólo habían coqueteado con el nazismo sino que habían colaborado con él..

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

UNA ATENTA Y DOCUMENTADA MIRADA A LAS DESIGUALDADES SOCIALES EN ESPAÑA

COLECTIVO IOÉ, *BARÓMETRO SOCIAL DE ESPAÑA. ANÁLISIS DEL PERÍODO 1994-2006. TRAFICANTES DE SUEÑOS, CIP- ECOSOCIAL, MADRID, 2008, 469 PÁGINAS.*

El Colectivo Ioé es un equipo de investigación social independiente formado por Carlos Pereda, Walter Actis y Miguel Ángel de Prada. Desde los '80 ha mantenido una constante actividad de observación y estudio sobre las principales transformaciones sociales ocurridas en España durante estas últimas décadas. Fruto de ese esfuerzo de investigación son sus publicaciones *Discursos de los españoles sobre los extranjeros* (1995), *Mujer, inmigración y trabajo* (2001), *Saludos y estilos de vida en España* (2004) e *Inmigración, género y escuela* (2007). Este barómetro social, su último trabajo hasta la fecha, ha contado con la colaboración de Emma Mateos.

Miguel Ángel de Prada, uno de los miembros del colectivo que ha elaborado el índice a partir de 180 indicadores extraídos de las estadísticas oficiales, afirmó en la presentación del volumen y de la página barometrosocial.es que con su ensayo han querido contribuir a retomar (¡por fin!) la cuestión social en España. Este *Barómetro social* se presenta como una herramienta para el combate ideológico-político. Walter Actis, otro de sus autores, ha señalado que se trata de polemizar “con el discurso dominante, en el mismo terreno y con las mismas armas”. Eso sí, con mirada muy distinta, con finalidades muy otras.

El Barómetro Social de España reúne la evolución de 11 grandes campos (y 34 dimensiones de lo social) como la renta y patrimonio, el género, el medio ambiente, la seguridad y justicia, la salud, la vivienda, el empleo, la protección social, la educación o la política internacional entre los años 1994 y 2006. Cada uno de estos ámbitos se estudia a partir de series específicas de 180 indicadores cuantitativos y 45 índices sintéticos. Una encuesta telefónica, realizada en marzo de 2006, constató la importancia que otorga la ciudadanía a estos ámbitos en tanto cuestiones centrales para el bienestar social y la calidad de vida de la población. Todos los índices alcanzaron una puntuación alta, con desviación estándar baja: de los 9,6 sobre 10 puntos de salud hasta los 7,8 puntos de participación ciudadana, pasando por el 8,8 del cuidado del medio ambiente, el 8,7 del trabajo y el 8,4 de vivienda. Un anexo metodológico, un cuidada bibliografía y un detallado índice de gráficos, tablas y mapas complementan el volumen.

Como era previsible, la imagen que devuelve resulta tan poco favorable para corroborar la veracidad de la pueril hipótesis de que “España va bien” como la de cualquier mirada crítica ante falsedades publicitarias de ese tenor y de esa desvergüenza e insensibilidad.

En la presentación del volumen, que firman los autores junto a Traficantes de Sueños y el Centro de Investigación para la Paz, los editores del volumen, se señalan los dos aspectos que han movido la investigación realizada: el vaciamiento del mito que sugiere la objetividad, sin ningún asomo de subjetividad, de las medidas económicas, una falsa creencia basada en suponer que la expresión monetaria del valor de las cosas no es

resultado de continuas decisiones subjetivas individuales y colectivas, de juegos de fuerzas y ejercicios abiertos de prácticas de poder, y, en segundo lugar, la opción teórico-estratégica de los autores por la construcción de “termómetros de lo social” que permitan evaluar, discutir e intervenir socialmente, “garantizando criterios de solidez y también de transparencia, sin necesidad de apelar a sofisticados y oscuros procedimientos; ofreciendo un instrumento que pueda ser utilizado, analizado y criticado por una pluralidad de agentes sociales” (p. 20). Ciencia del ágora y para el ágora llaman algunos a esa finalidad.

Los criterios seguidos en la elaboración de la propuesta quedan expuestos en la introducción: “Propuesta para un sistema de indicadores”. El desarrollo realizado se ajusta a los siguientes principios: 1. Selección de ámbitos, dimensiones e indicadores sociales a partir de criterios analíticos y normativos: no usar sólo lo que ya hay; 2. Incluir variables objetivas y subjetivas; así, la opinión de la ciudadanía. 3. Asegurar una secuencia temporal suficiente, 12 años en este caso. 4. Centrar la información en el marco global de España, sin olvidar aportar datos sobre las comunidades autónomas y el marco europeo. 5. Combinar la elaboración de índices sintéticos, cuyas características se exponen al inicio de cada apartado, con las reflexiones generales y la interpretación contextual. 6. Permitir el acceso público a las bases de datos y a la operatoria utilizada para la construcción de índices para su uso social colectivo.

El avance de resultados queda expuesto en el capítulo 0 del volumen. Vale la pena intentar aquí una apretada (y parcial) síntesis: el período 1994-2006 en España ha estado marcado por un crecimiento económico desigual que posee un fuerte vértice especulativo y es percibido por la propia ciudadanía como socialmente injusto. Si la renta y el patrimonio han aumentado considerablemente, los ingresos salariales se han estancado, perdiendo incluso poder adquisitivo. Mientras tanto el gasto en políticas sociales decrecía en relación al PIB. Algunos datos básicos.

España ha atravesado una coyuntura macroeconómica positiva entre 1994 y 2006 que se ha expresado en un incremento de la renta del 62%, medida en euros constantes, y de 54% si consideramos la renta disponible en los hogares únicamente. A su vez, el patrimonio acumulado por los hogares ha incrementado su valor monetario en un 148% entre 1994 y 2006, gracia s a la revalorización de inmuebles y de los activos financieros (los dos principales componentes de la riqueza de las familias). Tomando base 100 para 1994, la renta ha mantenido un ritmo anual constante del 3,7%, y el patrimonio ha crecido el 8% de media anual. Por el contrario, el salario, en cómputo anual, ha perdido en este mismo período un 2,4% de poder adquisitivo, la prestación media de desempleo ha caído un 16%, si bien la pensión media se ha revalorizado un 18% (“una evolución positiva en esta caso, pero -advierten los autores- muy moderada a la vista del crecimiento del PIB y de los principales componentes de la riqueza: el patrimonio inmobiliario y el valor patrimonial de los activos financieros de los hogares”). La ratio entre los salarios más altos(cinco veces por encima del SMI) y los más bajos (inferiores al SMI) se ha mantenido constante: entre 18 y 19 puntos entre 1994 y 2006: una élite asalariada de 1,4 millones de personas contaba con 4.925 euros medios mensuales mientras que otros 5,5 millones percibían una media de 270 euros al mes .

La desigualdad de género en materia de salarios y pensiones se ha incrementado en la última década: en 1994 el salario medio de las mujeres era un 28% inferior al de los hombres y en 2006 la diferencia se amplió hasta un 30% (la pensión media que era de un 29% inferior ha pasado a un 33%). Por lo demás, el salario medio de los trabajadores extranjeros no comunitarios era un 31% inferior al salario medio percibido en España, y el trabajo medio de los trabajadores jóvenes (menos de 26 años) es un 64% más bajo que el de los adultos (mayores de 35 años), diferencia que ha permanecido constante a lo largo del período analizado. Por otra parte, las personas en situación o riesgo de pobreza, en número absolutos, ha pasado de 7,6 millones en 1994 a 8,9 millones en 2006. En este lapso de tiempo se ha mantenido constante la tasa de pobreza severa (el 8% de la población) y ha aumentado en un punto el riesgo de pobreza, del 11 al 12% (en la UE-15 estas proporciones se situaban, con tendencia a aumentar, en el 5% y en el 12% respectivamente). Si comparamos, por lo demás, la evolución del salario indirecto con otras fuentes de ingresos de los hogares (salarios directos, rentabilidad financiera) se puede comprobar que el peso de los servicios y prestaciones públicas es cada vez menor, aunque se observa una ligera mejoría en los años más recientes.

En síntesis: 17 millones de personas viven en España con desahogo y capacidad de ahorro; 15 millones se organizan para sobrevivir en el día a día, sin apenas capacidad ahorrativa pero sin sentirse agobiados a fin de mes, y 12 millones (27% de la población) llegan con dificultades a fin de mes y no pueden ahorrar. Este último sector coincide con la cuarta parte de hogares españoles más pobres, cuyo patrimonio total en 2005 era 41 veces inferior al de la cuarta parte de los hogares más ricos.

El libro, editado con la licencia creative commons, se complementa con una base de datos interactiva y de libre acceso que recoge los indicadores e índices sintéticos del barómetro social de España, que será actualizados anualmente, y que puede consultarse en www.cip-ecosocial.fuhem.es/temas, www.colectivoioe.org (y creo que también en www.traficantes.net).

Una de las primeras adquisiciones del libro, según ha contado Walter Actis, fue hecha por el palacio de la Moncloa. Quisieron saber, tomar alguna nota. No es éste, en absoluto, el destinatario natural del volumen sino los movimientos sociales alternativos que deseen poner lo social y a los sectores desfavorecidos en la arista central de la discusión y atención sociales. Los activistas, los investigadores, las personas interesadas en mirar las realidades sociales desde ópticas alejadas del triunfalismo y la sesgada mirada oficiales tiene en este ensayo, y en sus bases complementarios, un instrumento imprescindible (Celaya: “como el aire que inspiramos trece veces por minuto”) para la reflexión, la discusión y la praxis transformadora. En el principio, recordemos nuevamente, fueron al unísono el Verbo y la Acción.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

DOS DÍAS ININTERRUMPIDOS DE FELICIDAD Y CONOCIMIENTO.

Simon Singh, *Big Bang. El descubrimiento científico más importante de todos los tiempos y todo lo que hay que saber acerca del mismo*. Biblioteca Buridán, Barcelona, 2008, 459 páginas. Traducción de Josep Sarret Grau.

Biblioteca Buridán es una nueva colección de libros de divulgación científica y filosófica que, según señala su director, Josep Sarret Grau, sólo excluye los enfoques puramente académicos y reservados a los especialistas. Los seis primeros títulos publicados hasta la fecha son *El hereje y el cortesano (Spinoza, Leibniz y el destino de Dios en el mundo moderno)* de Matthew Stewart; *La melodía secreta* de Trinh Xuan Thuan; *El arte de los genes (Cómo los organismos se construyen a sí mismos)*, de Enrico Coen; *Mano derecha, mano izquierda (Los orígenes de la asimetría en cerebros, cuerpos, átomos y culturas)*, de Chris McManus; *¿Por qué persisten los dioses? (Una aproximación científica a la religión)*, de Robert A. Hinde, más este *Big Bang* que comentamos.

Su autor, Simon Singh, doctor en física de partículas por la Universidad de Cambridge con estancia en el Centro europeo para la investigación nuclear (CERN), es periodista, escritor y productor de televisión. Ha dirigido para la British Academy of Film and Televisión Arts el documental “El enigma de Fermat”, basado en un libro suyo de título homónimo que fue traducido a más de veinte idiomas y que sigue siendo un modelo difícilmente superable de divulgación histórica y matemática. *Big Bang* transita por la misma senda, esta vez en el ámbito de las ciencias físicas. Justificaré mi afirmación pero antes permítanme que despeje el horizonte.

Es posible que el subtítulo del volumen no sea de su agrado y le parezca lema publicitario muy usado. Es razonable que la afirmación “el descubrimiento científico más importante de todos los tiempos” le parezca un pelín exagerada y, en el fondo, insustantiva. Es probable que algunos (aunque pocos, muy pocos) comentarios biográficos sobre científicos introducidos por Singh en su narración le parezcan innecesarios y, a veces, totalmente marginales. Es plausible pensar que el autor no siempre presenta una sensibilidad política a la altura de la narración que va construyendo. Es aceptable que si usted es un estudioso o aficionado muy competente a la historia de la ciencia crea que en algunos momentos el autor simplifica y esquematiza en exceso y se olvida de variables determinantes y nada secundarias. Estoy con usted en que el autor abusa del término “paradigma”, que sus reflexiones epistemológicas no siempre son novedosas y acaso sean excesivamente generosas con el pensador de la derecha conservadora más importante del siglo XX, sir Karl Popper. Quizá pueda pensarse que la introducción del tema del creacionismo como inferencia anexa, o muy próxima, la teoría cosmológica que nos ha sido presentada le parezca muy, pero que muy peligrosa.

Es igual, tanto da, ninguno de los comentarios señalados es un argumento de peso. Pelillos a la mar. Nada, nada que pueda sumar un

infinitésimo en detrimento de la grandeza literaria y didáctica de este libro de formación y divulgación científica y filosófica que, como mínimo, esta vez sí, simplificando en exceso, tiene las siguientes virtudes:

Una composición excelente que consigue un recorrido histórico admirable donde está lo que tiene que estar, donde apenas hay nada que sobre, y que, tarea nada fácil, interesa siempre, sin apenas espacio para la cabezada, el aburrimiento o el “esto ya me lo sé”, incluso en momentos en que la narración, por necesidad, transcurre por paisajes visitados. También allí, como querías Heráclito, hay interés científico y filosófico.

Una capacidad didáctica, fruto del conocimiento real de la materia expuesta, que roza la perfección. Las páginas dedicadas a la teoría de la relatividad especial y general son, entre muchos otros, un ejemplo de ello. Si conocer nada de la teoría, la lectura de las páginas que Singh dedica a la teoría einsteiniana permiten un conocimiento cabal de ella.

Una presentación matemática de algunos resultados que nunca abruma pero que no acepta la tesis, por higiene teórica y confianza en el lector, de que usar una fórmula o una expresión numérica implica el abandono o la desconsideración hacia un millar de potenciales lectores.

Un saber hacer literario, un estilo de escritura que se disfruta desde la primera línea del ensayo. Los ejemplos se agolpan pero si se me exige una ilustración el capítulo “El cambio de Paradigma” es un firme candidato

Una capacidad de síntesis envidiable que se manifiesta en toda su altura en el epílogo, en el magnífico epílogo que cierra el volumen, y que merece más de una relectura.

Los complementos epistémicos que el autor pretende y alcanza. Como Singh señala, el libro es una historia del surgimiento y aceptación del modelo cosmológico del Big Bang pero es también un intento de explicar qué es la ciencia y cómo funciona.. No es cualquiera cosa la tarea perseguida pero el resultado está a la altura de la finalidad. Aún más, si yo tuviese que introducir a alguien, joven o no, en la cultura científica contemporánea este volumen sería un fuerte candidato para figurar como bibliografía esencial, incluso única si fuera el caso.

Es posible que el lector crítico eche a faltar un tratamiento de aspectos relacionados con la política y la sociología de la ciencia. No es ésta, desde luego, la pretensión del autor. Aún más, es probable que la forma de presentar la colaboración de la NASA en algunos experimentos y aventuras espaciales científicas deje mucho que desear desde un punto de vista político, pero también aquí, entre líneas, el lector puede vislumbrar un panorama con aristas de interés.

La pulsión didáctica con que el autor construye el volumen no es algo obvia. Los gráficos, las representaciones, las tablas comparativas nunca están de más, son informativas y son siempre comprensibles. Por lo demás, los apuntes que el autor introduce, de forma manuscrita, para cerrar capítulos o temas son una delicia, una exquisitez y una magnífica forma de aclarar y sintetizar nociones, temas y argumentos.

La lejanía de cualquier cientificismo. El autor es consciente, como no podría ser de otro modo, que una teoría cosmológica como la de Big Bang toca o es tangencial a temas filosófico-metafísicos de alta tensión. Se estará o no de acuerdo con algunas de las reflexiones o referencias de Singh, pero éstas siempre se presentan de forma ecuánime e informada.

Una generosidad intelectual que es capaz de reconocer deudas e influencias sin soberbia, ocultamientos o recelos. Por ejemplo, el autor no tiene ningún reparo en dedicar un comentario en el glosario, el de mayor extensión, a una obra del gran historiador Helge Kragh, *Cosmology and Controversy*, observación en la que apunta: “Ese libro es un relato definitivo, si bien muy accesible, del debate entre el Big Bang y el estado estacionario.. Este es el libro más importante acerca del desarrollo del modelo del Big Bang”.

Los complementos del libro están situados, todos ellos, con cuidado y mimo. Desde los agradecimientos finales, pasando por los índices nominal y analítico, hasta el glosario, la selección de textos sobre ciencia y la bibliografía comentada. El volumen, por cierto, está dedicado, entre otros, a Carl Sagan, otro enorme divulgador científico, además de científico reconocido.

Por lo demás, y esto está en el haber de los editores, la edición es perfecta o casi perfecta. No hay erratas, no hay símbolos matemáticos mal entendidos, la claridad de la exposición es divisiva permanente. La traducción, sin duda, está a la altura del ensayo. Mejor imposible

James Gleick, el autor de *Caos*, ha señalado que el libro es una pasada, que no sabía que un libro sobre una teoría cosmológica pudiera ser tan divertido. En *Physics World* se ha apuntado que el interés del tema tratado no es el único argumento a favor de este libro. Hay otro más potente: “la claridad con que está escrito. Sería difícil encontrar un libro de ciencia de lectura tan fácil como éste”. Aunque acaso habría que añadir “y de lectura tan provechosa”, no logro construir argumento crítico alguno ante estas afirmaciones..

Anímense. Les garantizado horas, muchas horas de goce y de deslumbramiento. Quizá puedan pensar que los tiempos no están para divertimentos, que la edad de la codicia exige otras lecturas y otras acciones. Recuerden, si ése fuere el caso, que dos grandes clásicos de una tradición política revolucionaria solían estudiar libros de esta naturaleza. Seguro que les suenan sus nombres: Karl Marx y Friedrich Engels.

El autor finaliza su relato con un paso de las *Confesiones* agustinianas: “¿Qué hacía Dios antes de crear el universo? Antes de crear el cielo y la Tierra, Dios creó el infierno para echar en él a la gente que hace este tipo de preguntas”. Simon Singh las hace pero sería una injusticia que un lugar así figurase, por ese motivo, en el lejano horizonte de un científico, periodista y escritor de su categoría.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

NOVELAS QUE ROMPAN LAS VITRINAS DEL LUGAR DONDE TODO SE VENDE

Belén Gopegui, *Un pistoletazo en medio de un concierto. Acerca de escribir de política en una novela*. UCM-Editorial Complutense Madrid, 2008, 62 páginas. Presentación de Luis Martín-Cabrera.

Como se señala en la presentación del volumen, en septiembre de 2006, se encargó al director del Departamento de Literatura de la Universidad de California, San Diego, y a la sección de castellano hacer una lista de candidatos entre escritores, cineastas y críticos a fin de seleccionar al representante español que iba a intervenir en la celebración de la serie de conferencias financiadas por el legado de James K. Binder. Como queda estipulado en la donación de este hombre de negocios, que estudió su doctorado con uno de los fundadores del departamento, Roy Harvey Pearce, los conferenciantes deben alterarse por orden riguroso entre ciudadanos de Francia, Alemania, Italia y España. Hasta el momento habían intervenido Tzvetan Todorov, Klaus Scherpe y Gianni Celati. La candidatura de Belén Gopegui fue aceptada de manera unánime. Las razones que esgrime uno de los responsables de la decisión, autor del prólogo del ensayo, apuntan que el comité quiso reconocer el singular modo en que Gopegui “aborda las complejas relaciones de la literatura con su tiempo, insólito en las letras españolas porque se aleja del voluntarismo al uso sin renunciar, por ello, a que la novela sea algo más que un objeto de consumo y entretenimiento”, y porque la autora de *El padre de Blancanieves* parece hacerse de modo continuado una pregunta esencial en la narrativa contemporánea: *qué significa escribir una novela hoy*, desechando en su respuesta el costumbrismo, el bestseller y las variantes “de la novela realista que establecen una relación ingenua o malintencionadamente transparente con una realidad que a Gopegui le parece inverosímil”. Los narradores de sus novelas buscan los “pliegues epistemológicos de la realidad, para cuestionar aquello que se acepta como lógico y natural, siendo las más de las veces irracional y, sobre todo, injusto” (p. 8). El comité, además, quiso poner de relieve no sólo la imaginación emancipadora del trabajo literario de Gopegui sino “el coraje y la exigencia intelectual de las posiciones que defiende”.

Tomando pie en Coetzee, la autora de *Lo real* habla a través de Diego, “un militante político de alguno de los grupos de izquierda que hay en España”. ¿Por qué? Porque “ (...) desconfiaba un poco de mi misma, pensaba que si tomaba la palabra directamente podría acabar, casi sin darme cuenta, queriendo complacer a un Mr. Binder imaginario que se encontrase entre los dueños del discurso dominante” (p. 51). Así, pues, a través de la voz de Diego, “un joven revolucionario de nuestros días”, Gopegui construye su conferencia a partir de un fragmento del capítulo 22 de la segunda parte de *Rojo y negro* de Stendhal –“La política [...] es una piedra atada al cuello de la literatura y que la sumerge en menos de seis meses. Cuando sobreviene la política en medio de los asuntos de la imaginación, es como un pistoletazo en un concierto(...)”-, reflexión que se reproduce, casi en su literalidad, en el

capítulo 23 de la segunda parte de *La cartuja de Parma*. De ahí, de una sesgada lectura, por lo demás parcial, del texto de Stendhal, y de otras causas complementarias, una consecuencia cultural no desdeñable que suele tomarse por “lógica y natural”: “Existen, por supuesto -señala Diego-Gopegui-, numerosas novelas que abordan la política. Sin embargo, casi todas lo hacen tras haber asumido esa prohibición. Disculpándose, incluyendo, como se dice a veces, la política en el subtexto y no en el texto, o bien incluyendo sólo cierta política”. Analizar críticamente la naturalidad de esta situación, el trasfondo ideológico de esta poética, es el objetivo de la conferencia y de los debates que la acompañaron.

Pero, de hecho, es sorprendente la afirmación anterior. ¿Hay prohibición de la política en la literatura? No. Más bien, casi siempre, existe prohibición, no enunciada con claridad, de una política determinada, una prohibición que impide escribir acerca de individuos que pretendan instaurar un nuevo orden de cosas sin ser tachados de enfermos, ingenuos o totalitarios. Es eso, precisamente eso, lo que suena como un pistoletazo en un auditorio donde se está interpretando el concierto para clarinete de Mozart. Gopegui expone, además, un argumento de interés para explicar la generación de novelas políticas que desdeñen registros amplios y terminen por considerar novela política la que se ocupe sobre todo de la política: “Este problema pendular no se ha debido, creo yo, a la torpeza de los novelistas políticos, sino a cómo están distribuidas las posiciones. Cuando más débil es una posición, menos capacidad tiene para elegir el campo de batalla: el campo se lo impone el canon dominante” (p. 23).

Gopegui-Diego no sólo teoriza sobre tendencias y perspectivas sino que realiza un ejercicio de crítica literaria, siempre difícil, en general oscuro, de difícil comprensión, retórico, poco preciso, muy dado a multitud de interpretaciones, un ejercicio magistral de crítica literaria -cultural, filosófica, ideológica, estaba a punto de escribir- a propósito de una novela de Philip Roth, *Me casé con un comunista*, publicada por primera vez en 1998. Su conclusión final es tan sensata como infrecuente: “Lo que quiero decir es que en esta novela, como en todas, pienso yo, pero en ésta con más motivo, el concierto no debería ser propiedad exclusiva de los dueños del discurso dominante. En esta novela al menos uno de los dueños del concierto soy yo, y lo que escucho es un relato inverosímil”. (p. 27).

La tesis de fondo: la novela del siglo XX, casi toda ella matizan Diego-Gopegui, es de una gran inverosimilitud (o, si lo prefieren, dialécticamente, de una gran verosimilitud a partir de las dos reglas indiscutidas del discurso dominante: la obligada preponderancia de los personajes negativos, distintos claro está del antihéroe -“al antihéroe no le salen las cosas., pero todavía quiere, o querría en algún momento, que le salgan” (p. 35)- y, segunda norma, del prestigio del destino frente a la desprestigiada voluntad en la novelística reciente.

No se trata, pues, de que la novelística del siglo XX haya generado novelas siempre malas, sino que en cualquier caso han sido insuficientes. Con excepciones, desde luego, apunta matizadamente Diego-Gopegui. *Juntacadáveres* y *El astillero* de Juan Carlos Onetti son ejemplos de ello. ¿Por qué insuficientes? *Por la prohibición de la política*. Falta en ellas, casi siempre, la otra mitad: “(...) Claro que me importa, claro que me interesa que las novelas me hablen de la mitad de la mirada y del medio corazón y de copas

que flotan en el aire. Lo que reclamo es la otra mitad” (p. 28). Ese esa mitad complementaria, normalmente olvidada, la que Gopegui y Diego reclaman con admirable sensatez.

De la claridad y profundidad político-filosóficas de Belén Gopegui (“... saben que mis posiciones políticas son claras o, mejor dicho, rojas”) son muestras nítidas sus respuestas en el debate aquí recogido, así como su breve e interesante reflexión sobre el concepto de totalitarismo. Por lo demás, la historia que cuenta en la penúltima de sus respuestas, la resistencia de Pamela Lyndon Travers (Helen Lyndon Goff en realidad) a que *Mary Poppins* cayera en las manos y miradas abductoras de Disney, merece ser incorporada a la historia universal de la dignidad y el coraje, aunque, con esperancismo no sólo teórico sino práctico, activista, apunta Gopegui: “La novela construye, en efecto, espacios de resistencia. Pero no siempre la resistencia es un lugar deseable ni útil. Resiste el organismo, aplaza o soporta la fatiga y un día ya no resiste más y muere. Quizá ya no nos quede mucho tiempo. Por eso, además de seguir resistiendo, tratamos a veces de exigir que la presión disminuya” (p. 57).

Luis Martín-Cabrera afirma en su presentación que Belén Gopegui escribe para que nos sintamos más acompañados en la lucha, menos solos, que la poética de su narrativa da cuenta de “una lucha de clases que no termina todavía y recuerda que la cultura es más un campo de batalla que un jardín francés”. Suena, lo admito, a marxismo clásico, a Lukács, a Althusser, a Manuel Sacristán incluso, pero, además, suena a verdadero, porque, como Gopegui señala, cada día deberán escribirse más novelas que rompan “no sólo el hielo del alma, sino también las vitrinas del lugar donde todo se vende, novelas del otro lado, de allí donde se admite que las reglas podrían ser distintas: novelas que no ocurran en la urna de cristal de los sentimientos protegidos, los valores aceptados, la sumisión sin resto de melancolía” (p. 59). Esas novelas, escritas para las individualidades colectivas y para las colectividades individuales, no forman parte de la historia de la literatura. Están fuera.

Por ahora.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

Utopías y sugerencias científico-realistas

Joaquim Sempere y Enric Tello (coords). *El final de la era del petróleo barato*. Icaria, Barcelona, 2008, 23 páginas.

Por debajo de las diversas aportaciones que contiene *El final de la era del petróleo barato* vale la pena destacar una motivación compartida: la necesidad de generar utopías realistas, sin oxímoron insalvable, en un ámbito tan central para el futuro no lejano de la Humanidad como es el de las nuevas fuentes energéticas y la transición energética hacia ellas. No se trata de construir cuadros detallados ni modelos de dudosa potencia predictiva, pero sí sugerir, como señala Ernest García, “la apertura de novedosos horizontes culturales”. *El final de la era del petróleo barato* contienen valiosos testimonios de ello.

Componen este ensayo editado por Joaquim Sempere y Enric Tello, una presentación de los propios coordinadores, nueve capítulos escritos por Ernest García, Sempere, Jordi Roca Jusmet, Josep Puig i Boix, Mariano Marzo Carpio, Óscar Carpintero, Jorge Riechmann, José Manuel Naredo y Eduardo Giordano, y dos anexos, el primero de los cuales presenta datos básicos de la crisis del petróleo y el segundo es un excelente apunte, digno de sosegada reflexión, de Josep Puig i Boix sobre “Las estadísticas de la energía y sus trampas”, con un apunte crítico sobre los factores de conversión usados en el tratamiento del cómputo de la energía de origen nuclear y la proveniente de energías renovables.

Las temáticas discutidas son, pues, de actualidad urgente. La viabilidad de los agrocombustibles, por ejemplo, el asunto discutido por Óscar Carpintero en su contribución –“una polémica que conviene resolver de manera sosegada y racional”–, ha formado parte de la reciente agenda de la Cumbre de la FAO sobre seguridad alimentaria celebrada en Roma. Mientras el secretario general de la ONU, Ban Ki Moon, ha pedido un consenso mundial sobre su utilización, como una de las medidas para paliar el hambre en el mundo, Luiz Inácio Lula da Silva, presidente de Brasil, uno de los principales países productores, ha defendido su uso sin demasiados matices críticos: ‘Veo con indignación que muchos de los dedos que apuntan contra la energía limpia de los biocombustibles están sucios de aceite y carbón... Los biocombustibles no son el villano’. En cambio, Óscar Carpintero, señala en su aportación que uno, no el único desde luego, de los efectos nocivos de la proliferación en el consumo de bicombustibles es el creciente desarrollo de proyectos en países de Latinoamérica, Asia y África para que destinen una parte importante de su superficie agrícola a la plantación de cultivos energéticos para satisfacer no sus propias necesidades sino el consumo de los países ricos, “poniendo así en mayor riesgo su seguridad alimentaria y aumentando sus servidumbres ambientales con los países desarrollados”.

Este es uno de los temas discutidos en el volumen. No es el único. Doy breve cuenta de algunas de las problemáticas tratadas. Ernest García, en el último apartado de su aportación –“Del pico del petróleo a las visiones de una sociedad post-fosilista”–, presenta y discute algunas de las visiones sobre las nuevas sociedades post-fosilistas. Una de sus preferidas es la defendida por Howard y Elisabeth Odum: los ecosistemas y las civilizaciones tienen en

común un ciclo de cuatro fases -crecimiento, clímax, descenso, lenta recuperación de los recursos-. La aplicación de recursos adecuados a una situación de recursos limitados -escala reducida, eficiencia y cooperación- puede hacer que el descenso, inevitable por demás, sea benigno y compatible con el mantenimiento de un nivel suficiente de bienestar.

Joaquim Sempere advierte en su contribución -“Los riesgos y el potencial político de la transición a la era post-petróleo”- que la necesaria transición energética no va a ser ocasión para que se pongan en marcha las utopías ecologistas de los ‘60 y ‘70 de “pequeñas unidades territoriales relativamente autosuficientes en la captación de energía”. El gran capital, nuevamente, está ocupando el terreno energético y gestionándolo como una ocasión para relanzar la economía de los negocios con su dinámica de acumulación y crecimiento indefinidos. Advierte Sempere que si no prevalecen principios democrático-igualitarios, podemos vernos abocados a ecofascismos o ecoautoritarismos asociados a formas de imperialismo que “exporten” al Sur, que sí existe para estas “externalidades”, los efectos más destructivos de la crisis ecológica.

Jordi Roca i Jusmet apunta en su comunicación sobre el cambio climático que tanto el protocolo de Kyoto como el mercado de derechos de CO2 pueden considerarse importantes pasos internacionales para dar respuesta al exceso de emisiones, pero que el mercado europeo es un instrumento interesante pero parcial cuyo potencial se ha visto limitado “por la generosa distribución de derechos (que ha llevado a unos precios bajísimos) y por la posibilidad de cubrir los compromisos acudiendo a los mecanismos de flexibilización de Kyoto”. La situación española, advierte, es la más problemática.

Josep Puig i Boix señala en su contribución los derechos energéticos básicos necesarios para consolidar un sistema energético descentralizado o distribuido, eficiente, seguro, limpio y renovable. Entre ellos: el derecho a saber el origen de la energía que cada uno utiliza, el derecho a saber los efectos ecológicos y sociales de los sistemas energéticos que hacen posible el suministro de energía a cada usuario final de servicios energéticos o el derecho a introducir a las redes la energía generada in-situ. Estos derechos deben ir acompañados de las correspondientes responsabilidades ciudadanas. Entre ellas, la responsabilidad de autolimitarse en el uso de cualquier forma de energía y la de utilizar la energía generada con sentido común y evitando derroches de todo tipo.

Mariano Marzo Carpio, después de argüir que nos acercamos inexorablemente al fin de la era del petróleo abundante y barato, con su consiguiente repercusión negativa sobre la economía, y la irrupción de una nueva situación que requerirá una reestructuración en profundidad del sistema energético global, finaliza su aportación sobre “El hombre del hidrocarburo y el ocaso de la era del petróleo” con una disyuntiva realista y nada marginal: ha llegado el momento de plantear sin tapujos a la sociedad si desea optar por considerar el crecimiento económico como un fin en sí mismo o bien como un medio para alcanzar una cierta calidad de vida, no sólo material desde luego. No hay que llamarse a engaño: si se escoge la primera opción, no tiene sentido alguno hablar más tarde de sostenibilidad. Es un autoengaño interesado, retórica vacía.

Óscar Carpintero, en una de las aportaciones más políticas del

volumen, después de hacer un balance crítico de los agrocombustibles, presenta un ajustado balance de los argumentos esgrimidos para dudar también del uso de la biomasa con fines principalmente energéticos. En sus conclusiones, señala la necesidad de redoblar esfuerzos en promover una nueva cultura energética de la gestión de la demanda (ahorro, eficiencia, movilidad), un decisivo apoyo a la energía solar en sus diferentes modalidades y conectar la política de residuos con la biomasa y con el principio de cerrar los ciclos de materiales en los procesos productivos, la agricultura ecológica y la lucha contra la erosión.

La aportación de Jorge Riechmann -“Chocando contra los límites: veinte tesis sobre biomasa y agrocombustibles”- es un texto magníficamente documentado, lleno de propuesta y matices. No cabe aquí resumirlo pero sí dar cuenta de una de sus tesis centrales: sustituir el petróleo y gasóleo que mueve los motores de nuestro vehículos por carburantes elaborados a partir de biomasa sólo sería una buena idea con muchos menos vehículos de motor en el planeta y mucho menor uso de los mismos. Es necesario, pues, otro modelo de transporte que logre una movilidad suficiente a través del transporte colectivo, el transporte sobre raíles y bicicletas. Suficiente, remarca Riechmann, es noción esencial: “nuestro sobreconsumo de energía en general y de combustibles fósiles en particular ha de abordarse con decididas políticas de suficiencia, de autocontención, de gestión de demanda”.

José Manuel Naredo sostiene en su contribución, en línea con lo defendido con J. M. Valero en *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, que la sostenibilidad o viabilidad ecológica de un sistema económico debe enjuiciarse atendiendo no tanto a la intensidad en el uso “que hace de los stocks de recursos no renovables como a su capacidad para cerrar los ciclos de materiales mediante la recuperación o el reciclaje, con ayuda de fuentes renovables”. La aplicación de la metodología propuesta permitiría comparar el conjunto de la exergía almacenada en la corteza terrestre con la origen solar, “expresando en términos meridianamente cuantitativos el conflicto que plantea en términos físicos la sostenibilidad global de la civilización que nos ha tocado vivir”.

Eduardo Giordano, en “Economía política del petróleo y militarismo”, en línea con anteriores contribuciones, afirma argumentadamente que la economía del petróleo es sector no regulado por las leyes de la oferta y la demanda sino por el poder cuasi-monopólico de las grandes corporaciones y por la especulación, y “que esta última se alimenta de los conflictos bélicos promovidos por los países de origen de los mayores corporaciones petroleras, beneficiarias a su vez de los aumentos de precios así inducidos”. De este modo, Giordano argumenta que los guerras del petróleo pueden tener efectos positivos notables para la economía sin necesidad de que llegue a concretarse una ocupación operativamente rentable de un determinado país. En determinados contextos económicos, sostiene, “los países que controlan los flujos internacionales del mercado del petróleo pueden obtener más provecho “dejando fuera de servicio” a algunos grandes productores que estimulando su producción petrolífera”.

Los coordinadores señalan en su presentación que el horizonte no lejano de una era post-fosilista obliga a reconsiderar el modo de producir, comerciar, residir y consumir de la especie humana. No es obvio que a largo

plazo pueda mantenerse, y muchos menos generalizarse, sean cuales sean las fuentes energéticas alternativas, el elevadísimo consumo energético exosomático de los países enriquecidos. La situación obliga a representar medio y finalidades. El fin de la era del petróleo plantea nuevamente la necesidad de un cambio radical del modelo de sociedad y la derivada política anexa: el renacimiento de un izquierda ecologista capaz de recuperar la idea de una planificación democrática de la economía. *El final de la era del petróleo barato* puede ayudar a ello de la mejor forma concebible: con datos, con argumentaciones, con críticas, despejando falsedades y senderos irresponsables y señalando finalidades alcanzables que intentan responder documentadamente al reto, ya centenario y tan actual por otra parte, del gran científico, activista y filósofo Otto Neurath: “si el mundo aprendió en 1914 a planificar una economía de guerra, ¿por qué no aprendemos a panificar la economía para la paz y la libertad?”.

VOLVER AL ÍNDICE

UNA PRIMAVERA QUE CONMOVIÓ AL MUNDO

Giaime Pala y Tommaso Nencioni (editores), *El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*. El Viejo Topo, Barcelona, 2008. Prólogo de José Luis Martín Ramos, 201 páginas (traducciones de Carles Mercadal y Marcia Gasca Hernández).

El Viejo Topo, Septiembre de 2010

Forman *El inicio del fin del mito soviético* una breve introducción de los editores, un sustantivo prólogo de José Luis Martín Ramos, un estudio de Alexander Höbel sobre el papel del PCI en el movimiento comunista, un ensayo de Maud Bracke sobre el PCF y la crisis checoslovaca de 1968 y, finalmente, un documentado trabajo de Giaime Pala y Tommaso Nencioni sobre las posiciones del PCE y el PSUC ante la primavera de Praga y la invasión de Checoslovaquia por las tropas de algunos países del Pacto de Varsovia. Cabe destacar la edad de los historiadores que componen el volumen: el mayor 38 años, el más joven 29. Ninguno de ellos (tampoco la doctora y profesora de historia contemporánea en Glasgow Maud Bracke) había nacido cuando irrumpió a principios de enero de 1968 el intento de renovación comunista encabezado por Alexandr Dubcek.

La perspectiva de los editores, y seguramente del volumen, queda reflejada en esta cita de Aldo Agosti que acompaña su introducción: el comunismo histórico ha sido un fenómeno poliédrico y problemático que en ningún caso puede reducirse al estudio de las numerosas atrocidades que se cometieron en su nombre. El comunismo no ha sido solamente una ‘ilusión’ aplastada por el fracaso del sistema social de la URSS y de sistemas políticos, económicos y sociales con ella relacionados. El comunismo histórico, señala Agosti, “ha sido un movimiento colectivo que ha implicado la vida de millones de personas y que ha asumido con los años un carácter cada vez más diferenciado y menos unitario; que ha marcado en profundidad la historia de las relaciones internacionales y la de distintos países, imbricándose –de varias maneras– con la especificidad de sus tradiciones nacionales y sus conformaciones sociales; que ha plasmado en forma directa o indirecta la organización económica, los sistemas políticos, las coordenadas culturales del mundo contemporáneo y, sobre todo, de Europa”.

Dejemos ahora este “sobre todo” las coordenadas culturales contemporáneas europeas. *El inicio del fin del mito soviético* se inscribe, señala los editores, en esa necesidad de evitar el fácil recurso de la *reductio ad unum* cuando se habla del comunismo (o comunismos) y de su historia (y de sus historias). De ahí que el subtítulo del volumen sea “*Los comunistas occidentales* (en plural) ante la primavera de Praga”.

¿Por qué analizar precisamente estos cuatro partidos: PCI, PCF, PSUC y PCE? No es simple casualidad obviamente. Los editores señalan que se trata de los partidos que en marzo de 1977 se reunieron en Madrid para discutir el llamado “eurocomunismo” (el PSUC estuvo representado por el entonces

secretario general del PCE, Santiago Carrillo, mostrando, una vez más, una proximidad político-organizativa no siempre recordada por interpretaciones historiográficas de sabor nacionalista), una propuesta estratégica patrocinada por el PCI, dirigida -en opinión de alta tensión y riesgo de los editores- “a crear un socialismo europeo no alienado con los dictámenes de Moscú y compatible con la democracia parlamentaria y el pluralismo político”. No está obvio que ése fuera el significado político del eurocomunismo, cuya distinción con la socialdemocracia no alternativa no fue siempre fácil, y tampoco es obvio, como señala uno de los autores (la autora para ser más preciso), que esa fuera la posición de fondo de uno de los partidos participantes en el encuentro.

No es posible dar cuenta aquí de los documentados estudios incorporados. Baste dar aquí unos breves apuntes sobre ellos.

Martín Ramos, en su magnífico y comprometido prólogo, mantiene la tesis que la intervención soviética de agosto y la frustración del programa de la primavera de Praga dejaron airado el comunismo occidental y truncaron la expectativa de renovación en el marco de las sociedades socialistas de Europa del Este. La invasión demostraba que no era posible una transformación de signo democrático del socialismo comunista (p. 21). Los efectos de la invasión fueron muy amplios: taponaron la vía de la renovación política y de la reforma eficiente del sistema de economía planificada en el bloque socialista.

Alexander Höbel analiza en su contribución las posiciones del PCI frente a la primavera y la invasión pero, más allá de ello, traza una historia nada especulativa de las posiciones del PCI en el movimiento comunista internacional. En su opinión, el examen del debate interno en el PCI confirma que la postura adoptada en relación a la primavera y la invasión de agosto “marcó no sólo un momento de crisis aguda, sino también un punto de no retorno en la relación entre el PCI y el PCUS” (p. 89). A partir de ese momento, el PCI asumió paulatinamente un perfil más claramente autónomo respecto a la URSS y al PCUS. Los dos puntos de referencia más significativos, en opinión de Höbel, de esa autonomía bascularían en torno a la voluntad de crear un polo comunista occidental y el apoyo a la Ostpolitik, esto es, al intento de la RFA, con Willy Brandt a su cabeza, de normalizar la relación con los países de Europa oriental sobre nuevas bases. No sólo Occidente existía. La Europa oriental debía figurar en la geopolítica europea.

La historiadora Maud Bracke ha estudiado el caso del PCF, un partido tradicionalmente prosoviético. El propósito de su texto es evaluar la respuesta del Partido de la resistencia a la crisis checoslovaca de 1968. En su opinión, las repercusiones a largo plazo de la crisis checoslovaca en el PCF fueron limitadas: no fueron tan devastadoras como hubiera cabido esperar y no fueron tan positivas como muchos esperaron que fueran. La normalización del PCF, es decir, su vuelta a la tutela soviética, supusieron el punto y final de un debate crítico sobre el marxismo entre intelectuales próximos al PCF, la finalización de la “ilustrada” dirección de W. Rochet y “la conclusión de una serie de tentativas cuatelosas de poner al descubierto las limitaciones de la estrategia soviética en Europa” (p. 137). En opinión de Bracke, los sucesos de 1968, tanto la primavera praguense como el Mayo francés, demostraron la falta de voluntad y la incapacidad del PCF para repensar la revolución y el socialismo, aun cuando era precisamente eso “lo que era preciso hacer”.

He de confesar que no acabo de entender -ni incluso he sabido ver- la demostración a la que hace referencia la autora quien, por lo demás, señala que a su juicio para el PCF el eurocomunismo fue en todo momento sólo un instrumento, no una estrategia realmente asumida a pesar del Programa Común de las izquierdas. El eurocomunismo fue, pues, en su opinión, “un instrumento a través del cual presionar a los soviéticos a fin de que adoptaran varias de sus posturas” (p. 136). Método de presión política, en ningún momento una nueva estrategia creativa de renovación socialista de carácter democrática. Por lo demás, tampoco hay concreción sobre las posturas a las que hace referencia la autora.

Los editores del volumen, por su parte, han escrito un documentado ensayo sobre la nueva orientación del PCE y el PSUC, que tratan correctamente como dos partidos muy hermanados pero en cualquier caso distintos, ante la primavera de Praga. Nencioni ha estudiado el PCE y Pala ha analiza las posiciones del PSUC, los partidos que probablemente, se señala, llegaron más lejos en sus críticas al modelo del denominado “socialismo real”.

La perspectiva del análisis, muy en la línea de algunos planteamientos de Josep Fontana, merece ser destacada: el estudio de la posición de las direcciones del PCE y el PSUC respecto a los acontecimientos no agota la cuestión. “Para ofrecer un cuadro exhaustivo de las repercusiones de la crisis checoslovaca en los comunistas españoles es oportuno también ofrecer una perspectiva desde debajo de lo que significó la invasión de Checoslovaquia, es decir, para su militancia” (p. 182). Precisamente, lo realmente importante de la crisis de 1968 para los autores reside no sólo en el inicio de ruptura o de distanciamiento de la URSS sino también “en la percepción de la necesidad de modificar el papel del militante de base: de hacerle más “crítico”, “democráticamente disciplinado”, es decir, que pudiera actuar de forma más autónoma.. No se podía seguir adoctrinando, sino que había que formar, educar políticamente a los activistas” (p. 199). No sólo Guevara sino el mismo Marx, en uno de sus prólogos a *El Capital*, ya habló de pensar con la propia cabeza.

En sus conclusiones, los autores apuntan que el alto grado de improvisación que caracterizó el distanciamiento de lo comunistas españoles del aliado soviético, el posterior y decisivo propósito de Santiago Carrillo de cortar todo vínculo con el PCUS, pero también las ambigüedades con las que la operación se llevó a cabo “tuvieron unas consecuencias de notable alcance que condicionarán los duros conflictos internos que protagonizó el PCE-PSUC durante el período 1977 a 1982” (p. 201). Conflictos que, en su opinión, estuvieron motivados por una visión distinta de las relaciones con el partido soviético. Los autores, historiadores competentes y prudentes, se cuidan mucho de afirmar que la crisis política que asoló el PSUC y el PCE tuviera única o básicamente esa causa.

Debo confesar que no acabo de entender totalmente la afirmación de ruptura de *todo* vínculo con el PCUS y que acaso sea excesivo el espacio dispensando a las divergencias prosoviéticas encabezadas por Eduardo García y Agustín Gómez, por una parte, y por Líster en el segundo caso. No se acaba de ver la importancia política de ambas divergencias en el PCE de finales de los años sesenta, a pesar de la vindicación soviética ambas y del amplio reconocimiento del referente soviético en sectores de la militancia.

Si nos forzamos en ponemos quisquillosos (excesivamente puntillosos

acaso) habría que apuntar que los comunistas occidentales aquí presentados no son todos los comunistas de Occidente (no hay referencia alguna, por ejemplo, al PC de Portugal ni a uno de los Partidos Comunistas de Grecia cuya realidad e influencia sociales eran innegables), no está probado que el eurocomunismo, que incluía por lo demás a partidos como el PC de Japón y el PSU de México, fuera realmente, como ya se apuntó, una estrategia efectiva (y original) de transformación socialista, ni que el inicio del fin del mito soviético esté fechado para todos en 1968: para algunos la fecha fue muy anterior (persecuciones estalinistas, Mayo del 37, Berlín, Hungría); para muchos otros, y no siempre para mentes ofuscadas, la URSS, muchos años después, seguía siendo la Patria (real) del socialismo, el único gran país que intentaba construir algo nuevo y oponerse, de hecho, a la política internacional asesina del Imperio nixoniano.

Un cantautor alemán de la República Democrática, Wolf Biermann, compuso una canción mucho antes del agosto de 1968 con título esperanzado: "En Praga está la Comuna de París". Decía así:

*El comunismo vuelve a tomar en sus brazos
a la libertad y le hace un hijo que ríe.
Sin los elefantes de la burocracia, la vida
se libera de la explotación y del poder de los déspotas.
Volemos a respirar, camaradas. Nos reímos
desterrando la podrida tristeza de nuestro pecho.
¡Amigo, somos más fuertes que las ratas y los dragones!
Y lo habíamos olvidado y lo supimos siempre.*

No fue probablemente ninguna exageración artística. William Morris ya señaló que la Comuna de París no era "*más que un eslabón en la cadena de una lucha, prolongada a lo largo de toda la historia, de los oprimidos contra los opresores; y sin todas las derrotas del pasado no tendríamos hoy esperanzas de victoria*".

También la primavera de Praga fue un levantamiento de ciudadanos oprimidos que, sea dicho en su honor y memoria, el Partido Comunista Checoslovaco de Dubcek fue capaz de apoyar y conducir. También la derrota de ese intento de renovación comunista enseña para nuestro futuro. El volumen que comentamos da cuenta, documentadamente, de muchas de estas enseñanzas.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

Y OTRA MANO QUE TÚ NO CONOCISTE ENTONCES VIENE TAMBIÉN, BOLÍVAR, A ESTRECHAR A LA TUYA.

Richard Gott, Hugo Chávez y la revolución bolivariana. Editorial Foca, Madrid, 2006. Traducción de Juan María López de Sa y de Madariaga; 351 páginas.

Una observación inicial debe ser tenida en cuenta por el lector. La edición original del volumen que comentamos, editada por Verso, apareció en 2005, y la edición castellana en 2006. No encontrará, por tanto, el lector o lectora opinión ni análisis de las exitosas elecciones presidenciales de 2006 ni de los más recientes acontecimientos que han sucedido en la República Bolivariana de Venezuela. Ello no resta ningún átomo de interés al ensayo de Richard Gott.

Un comentario sin firma de *Financial Times* aparece en la contraportada de *Hugo Chávez y la revolución bolivariana*: “Un colorido y ameno relato sobre la procedencia y creencias de Chávez”. Los del *Financial*, sin duda, son muy suyos. Se mire como se quiera mirar, *Hugo Chávez y la revolución bolivariana* no es sólo eso, no es sólo “un colorido y ameno relato”. Es algo muy distinto.

Richard Gott, antiguo corresponsal en América Latina del *Guardian*, trabajó en la década de los '60 en la Universidad de Chile. Allí escribió *Guerrilla Moviments in Latin American*, un estudio que algunos han considerado definitivo sobre los grupos revolucionarios que surgieron en los años posteriores a la revolución cubana. Por razones obvias, el volumen que comentamos no puede ser definitivo pero está a su altura en documentación, análisis y comprensión del proceso histórico estudiado.

Hugo Chávez y la revolución bolivariana aspira a explicar y argumentar la tesis esencial defendida por el autor, que explicita, por lo demás, en la misma introducción del volumen: “(...) Pero dejando aparte eventuales desastres, el rumbo revolucionario de Venezuela está ahora bien establecido, y *Latinoamérica contempla el proceso político más extraordinario e insólito desde la revolución cubana hace medio siglo*” (p. 11). El autor no oculta su posición ni su compromiso político con el proceso histórico estudiado y con su máximo dirigente: “Los periodistas siempre se han mostrado receptivos hacia los encantos de los fuertes líderes latinoamericanos de izquierdas y yo no soy una excepción” (p. 318). El presidente Chávez, en opinión de Gott, tiene el mismo carisma magnético que sus predecesores (Omar Torrijos, Fidel Castro, Juan Velasco Alvarado), con una diferencia remarcable: “A finales de 2004 Chávez había pasado por la prueba electoral ocho veces en seis años, un récord sin precedentes en Latinoamérica” (p. 318).

Gott ha estructurado su estudio en seis apartados -1. Retrato de un presidente. 2. La preparación de una rebelión bolivariana. 3. La recuperación de las tradiciones revolucionarias del siglo XIX. 4. La organización de la derrota del Ancien Régime por medios pacíficos, 1992-1998. 5. Chávez en el poder: los primeros años. 6. Los tres intentos de la oposición de poner fin a la revolución bolivariana-, un epílogo, un poema de Pablo Neruda, tres apéndices (en uno de ellos, en el B, se reproducen los artículos de la Constitución bolivariana dedicados a los derechos de los pueblos indígenas) y

una interesante (y acaso demasiado entregada en algún fotograma) selección de fotografías.

En mi opinión, de estos seis apartados, los que ofrecen más novedades de interés para el lector o lectora no expertos son el 2º, el 3º y el 4º, además, claro está, del retrato del presidente que Gott construye en la primera sección, especialmente en los capítulos III y IV: “En una entrevista, Chávez se convierte en un híbrido entre un narrador locuaz tras una agradable cena y un profesor universitario a cargo de un seminario, contando a veces largas historias sobre acontecimientos distantes, y a veces analizando pormenorizadamente problemas actuales” (p. 38). Sin olvidar, sería injusto hacerlo, la descripción de la falsa guerra de clases dirigida por los medios de comunicación venezolanos, los cuatro jinetes del Apocalipsis los llama Chávez con razón, y la detallada y documentada descripción del “primer intento de la oposición: golpe y contragolpe en abril de 2002” (pp. 261-275). Si el lector o lectora tiene tiempo vale la pena comparar lo aquí señalado con los editoriales de *El País* sobre el golpe militar a los que recientemente hacía referencia Carlos Fernández Liria (coautor, junto a Luis Alegre Zahonero, del magnífico *Comprender Venezuela, pensar la democracia. El colapso moral de los intelectuales occidentales*). El editorial de 13 de abril, por ejemplo, pedía, exigía más bien, que el presidente Hugo Chávez diera “cuenta de sus desmanes (sic) ante los tribunales”

“Maisanta y Ezequiel Zamora, soldados-revolucionarios arquetípicos han permanecido hasta la fecha junto a Bolívar como sus principales héroes” (p. 36), señala Gott. A ellos, y a otros nombres esenciales más como Simón Bolívar, está dedicada la tercera sección, en la que destaca en mi opinión la exposición de la filosofía de Simón Rodríguez (1769-1854), profesor y gran amigo de Simón Bolívar, joven alumno suyo y más tarde su pupilo. La filosofía radical que ambos compartían está en el núcleo, señala Gott, del proyecto chavista para Venezuela y América Latina. Simón Rodríguez, quien se sintió tan afectado por la historia y el personaje de Robinson Crusoe que cambió su nombre por el de Samuel Robinson, tenía la gran pasión de integrar a todos los pueblos indígenas de Latinoamérica “y a los esclavos negros traídos de ultramar en las sociedades de los futuros países independientes” (p. 114). Robinson-Rodríguez, que visitó Europa, estaba convencido que las cosas debían seguir otros senderos en América Latina. Lo argumentaba del modo siguiente: “La América Española es Orijinal = Orijinales han de ser sus instrumentos i su gobierno = I Orijinales sus medios de fundar uno i otro. O Inventamos o Erramos”. Esta es una de las claves, recuerda Gott, del pensamiento político de Hugo Chávez.

Apurando el espíritu crítico, y para no dar sensación de crónica totalmente entregada, señalaré a continuación dos desacuerdos marginales.

En la introducción a su ensayo, Gott sostiene que debemos olvidar Chile y Nicaragua. “Salvador Allende, en los años setenta, era en el fondo un hábil político burgués, no un revolucionario” (p. 11). Yo no creo que haya que olvidar ni Chile ni Nicaragua, y no creo desde luego que Allende fuera ni en el fondo ni en las formas un “hábil político burgués” y sí en cambio un revolucionario, que por cierto tomó el fusil para defender la Constitución democrática chilena, que probó procedimientos acaso imposibles para generar una sociedad socialista (aunque, desde luego, el ex embajador usamericano en Chile, Edward Korry, haya puesto el dedo en la llaga al

señalar, en lenguaje leninista, que es absurdo pensar que la burguesía se suicide pacíficamente como clase dominante ante el “mero” clamor democrático ciudadano. El señor ex embajador conoce el tema y el percal de su clase). Por lo demás, el sarcasmo de Gott sobre los Andes, las ambulancias y el frío es totalmente impropio de un hombre de su inteligencia y sensibilidad. De hecho, la consideración, que Gott describe en el epílogo del volumen, sobre la pretensión de Chávez de integrar a los militares de la sociedad civil, “de forma que como ciudadanos y como institución se puedan incorporar a los proyectos de desarrollo democrático del país” (p. 317), coincide con el espíritu, acaso demasiado confiado, del gobierno de la Unidad Popular.

El segundo ligero desacuerdo. Al narrar los trabajos de la Asamblea Constituyente, tras el triunfo electoral de Chávez en diciembre de 1998 (recordemos una vez más: ¡una revolución con apenas diez años de existencia!), Gott recuerda el discurso de Chávez de 5 de agosto de 1999. El presidente les pidió que redactaran una nueva Constitución en el plazo más breve posible, les llevó un borrador redactado por él mismo para animarles en su tarea y les recordó las palabras de Bolívar dirigidas al Primer Congreso venezolano en Angostura, en 1819: “Nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos; que este edificio monstruoso se derribe, caiga y apartando hasta sus ruinas, elevamos un templo a la justicia...”. Gott recuerda que las sesiones plenarias de la Asamblea comenzaron a la mañana siguiente, “turnándose en la palabra los hábiles portavoces de la oposición: Alberto Franceschi, un viejo demagogo trotskista...” (p. 160). No es posible, no se puede ser, al mismo tiempo y sin contradicción, demagogo y troskista: si lo primero, no lo segundo; si lo segundo, jamás lo primero.

Como el lector o lectora conoce, los versos que he usado para titular esta reseña pertenecen a un poema de Pablo Neruda, “Un canto para Bolívar”, que el propio Gott ha reproducido en el volumen (pp. 321-323). El verso que cierra el canto dice así: “Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo”. El pueblo venezolano, los pueblos de Ecuador, Bolivia, Paraguay, Cuba, Uruguay, Brasil y tantos otros ya han despertado y anuncian que un mundo de paz, igualdad y justicia que nació en los brazos del Libertador puede extenderse por todo el planeta. La cita de José Martí que abre el volumen recoge esa idea esencial.

Gott, que conoce muy bien la historia de América Latina y las voluntades imperiales, finaliza el epílogo del volumen con estas palabras: “Puede que esta gran experiencia revolucionaria se vea interrumpida pronto y quizá todo termine en lágrimas. Muchos proyectos radicales en Latinoamérica han quedado colgados como cadáveres al viento. Los propósitos del comandante Chávez y su revolución bolivariana merecen mejor suerte”. Que la tengan, como diría Brecht, también depende de nosotros. Recordemos sobre ello la exhortación del maestro-filósofo Simón Rodríguez, muy del gusto de Chávez y del mismo Gott: “Venzan la repugnancia a asociarse para emprender y el temor de aconsejarse para proceder. El que no hace, nunca yerra: [pero] más vale errar que dormir”. No hay pueblo vencido, se afirma en una pintada en un muro recogida en una de las fotografías del volumen.

Finalmente, el castellano de Juan María López de Sa y de Madariaga,

traductor del volumen, y sus precisas notas a pie de páginas, son excelentes y están a la altura de este excelente libro de Richard Gott.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

LA EXQUISITEZ Y ECUANIMIDAD DE UN DIPLOMÁTICO

Alfredo Toro Hardy, *Hegemonía e Imperio*. Villegas editores, Bogotá 2007, prólogo de Robert Harvey, 439 páginas.

Como ha señalado Richard Gott, *Hegemonía e Imperio* es una excelente guía acerca del esperado declive de una potencia mundial fundamental enfrentada a serios desafíos “una vez perdida la oportunidad de definir el futuro en sus propios términos”, guía en la que Alfredo Toro Hardy “nos muestra cómo los movimientos sociales han emergido con fuerza y energía inusitadas en diferentes rincones del globo, mientras que nuevos centros de poder e influencia han hecho aparición”. Vale la pena apuntar, antes de entrar en materia, algunos datos básicos sobre el autor del volumen que comentamos.

Alfredo Toro Hardy (ATH) es un diplomático y académico venezolano, licenciado por la Universidad Central de Venezuela con estudios de maestría y postgrado en las Universidades de Pennsylvania, Central de Venezuela y ENA de París. Representante de Venezuela ante la CEPAL, director del instituto de altos estudios diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores, coordinador del Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar, ha sido embajador en Reino Unido, Estados Unidos, Brasil, Chile, Irlanda, Bahamas y actualmente es el embajador de Venezuela en España. ATH Es igualmente autor de quince libros y coautor de doce más. *La era de las aldeas*, editada también por Villegas editores, ganó el Latino Book Award en la categoría de mejor libro de historia en Book Expo America 2003.

ATH fue designado profesor de la cátedra Simón Bolívar por el consejo de Facultades de la Universidad de Cambridge para el período 2006-2007, tarea a la que, según parece, “tuvo que renunciar por razones de servicio”. Entre los anteriores ocupantes de esa cátedra cabe citar a Octavio Paz, Mario Vargas Llosa y Fernando Enrique Cardoso. Quiero creer por ello que “esas razones de servicio” son acaso una elegante excusa diplomática y que otras conjeturas alternativas son concebibles.

Además de todo ello, ATH es autor de cartas no publicadas, como ésta que dirigió recientemente al director de ABC Ángel Expósito:

Sr. Director:

En su “El foco del Director” de fecha 27 de julio de los corrientes [2008], titulado “Ojalá ahora sí que cumpla Chávez”, señalaba usted, refiriéndose a la anterior visita del Presidente venezolano: “Durante aquella visita se habló de las prospecciones de REPSOL en el Caribe venezolano, de aviones y patrulleras. El problema fue que, al final, nada de nada. Ahora parece que la historia se repite... Ojalá que a partir de hoy Chávez cumpla lo prometido, y no como entonces”.

Como de costumbre usted y su diario evidencian un craso desconocimiento de la situación venezolana. El 28 de noviembre del 2005 se firmaron sendos contratos para la construcción de 8 patrulleras y 12 aviones (C-295 y CN-235). Se acordó también la ampliación de la participación de REPSOL en Venezuela. Las 8 patrulleras están actualmente en proceso de

construcción en los astilleros de Navantia, Cádiz, mientras que el contrato de los 12 aviones se tornó inviable ante el veto, en materia tecnológica, impuesto por Washington a EADS-CASA. Por su parte, REPSOL participa en mi país en el desarrollo del Pozo Junín 7, así como en los proyectos Mene Grande, Barrancas, Termo Barrancas, Bloque Cardón IV, Yucal Placer, Quiriquire y Quiriquire Profundo.

Parafraseándole, ojalá que a partir de hoy se informe usted mejor de lo que ocurre en Venezuela antes de desinformar a sus lectores.

Atentamente,

Alfredo Toro Hardy, Embajador de la República Bolivariana de Venezuela

Hegemonía e imperio está estructurado en una introducción –“La breve historia del fin de la historia”-, cinco densos y documentados capítulos –I. El derrumbe de la hegemonía norteamericana. II. El viraje hacia la derecha. III. La rebelión de los débiles. IV. El emerger de Chiindia. 5. Energía y medio ambiente: las dos caras de la misma moneda-, una argumentada conclusión –“De vuelta al comienzo de la historia”- y unos gráficos relativos a la influencia de Estados Unidos en el mundo (si en el primero de ellos se muestra que en el caso de Estados Unidos e Israel la consideración sobre su influencia internacional es mayoritariamente negativa, respectivamente, en el 51 y 56% de los casos, en el tercer gráfico se indica que el 68% considera que Estados Unidos provoca más conflictos que resuelve y sólo un 17% lo considera una fuerza estabilizadora).

En el análisis de ATH, aunque hegemonía y dominio entrañen la idea de control, la hegemonía -tomando pie para el uso de esta categoría en las reflexiones de Gramsci- tiene elementos de legitimidad y consentimiento que hacen que el control que se ejerce no necesariamente se traduzca en una orientación contraria a los procesos históricos de los pueblos, mientras que el Imperio pivota en torno al eje de la fuerza, significando actualmente no sólo la imposición violenta de los intereses dominantes en contraposición a los derechos más esenciales y elementales de los ciudadanos del mundo, sino atentando directamente contra las bases mismas de la vida en la tierra, aspecto, este último, que ATH trata con enorme atención (y documentación) a lo largo del volumen.

El estilo del autor es tan exquisito como su argumentación: claro, conciso, documentado, bien razonado siempre, alejado de todo atisbo de oscuridad pretenciosa y profundidad asignificativa, sin estridencias y polémicas innecesarias como señala Robert Harvey en el prólogo del volumen, esgrimiendo además una constante generosidad intelectual que es, en mi opinión, una de las grandes virtudes del volumen. Baste citar las numerosas páginas que Toro Hardy ha incluido para dar cuenta detallada de las razones esgrimidas por los críticos a la conjetura científica del cambio climático para verificar lo aquí apuntado.

En apretada síntesis, el contenido de *Hegemonía e Imperio* puede ser resumido así. En el primer capítulo, Toro Hardy argumenta que Estados Unidos ha malbaratado totalmente la hegemonía que ostentaba tras la desintegración de la URSS, pero no su propensión imperialista. En tesis, sin duda discutible, el autor diferencia netamente entre hegemonía (expresión de influencia que puede ser benigna) e imperialismo (control coercitivo). Se

incluyen aquí precisos y preciosos apuntes como el dedicado a las relaciones entre Estados Unidos e Israel (pp. 112-117), las informadas y argumentadas críticas a los neocon usamericanos y una magnífica síntesis de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, “una historia en siete capítulos” (pp. 131-134). En el segundo capítulo, ATH se adentra en el análisis de la sociedad norteamericana, un país adicto al darwinismo social y cada vez más propenso al creacionismo literal y/o al diseño inteligente (“Sólo uno de cada cuatro estadounidenses cree que la vida sobre la Tierra es producto de un proceso de evolución natural” (p. 163)), con páginas excelentes dedicadas al fundamentalismo cristiano usamericano, una predicción exitosa en su consideración de la candidatura de Obama (p. 220; el libro está publicado en 2007)) y una interesante reflexión sobre la democracia norteamericana realmente existente: “Su dinámica social se encuentra anclada en los “padres fundadores” así como en Locke y los liberales del siglo XVIII. Ello se manifiesta a partir de su temor a la “dictadura de las mayorías”, con la consiguiente necesidad de promover una sociedad compuesta por grupos e intereses contrapuestos...El resultado de ello es la primacía del interés de los grupos de presión por sobre del interés general, en un entorno en el cual la satisfacción de los más diversos intereses grupales termina sin dejar espacio a los del conjunto social” (p. 160). El tercer capítulo es un análisis detallado del fracaso del denominado consenso de Washington no sólo en América Latina sino en el mundo. El cuarto capítulo se centra en la emergencia de China e India (construyendo el oportuno neologismo Chiindia). ATH, que duda de la eficacia del modelo económico indio, sostiene que China ha logrado construir un modelo, sin tener suficientemente en cuenta en mi opinión los daños sociales y ambientales del proyecto, original y muy eficaz económicamente. El quinto capítulo se centra en la competencia entre China y Estados Unidos, con especial atención a la lucha de ambos países por las fuentes de energía y con aristas muy críticas hacia la obsesión por los biocombustibles, así como una interesante consideración sobre Venezuela que podía transformarse en una baza geopolítica importante: “Si para ese momento la correlación actual de suministro hacia Estados Unidos hubiese variado significativamente y China fuese un importador relevante del petróleo venezolano, así ocurriría sin duda” (p. 401). La pesimista tesis mantenida por ATH en este apartado: China y Estados Unidos transitan hacia una colisión directa en sus ansias de acceso al petróleo y en la protección de rutas marítimas para su transporte.

En la conclusión, después de argüir con rotundidad que el ordenamiento internacional de la postguerra así como las reglas de juego consensuadas y la arquitectura institucional más reciente, que cubrían la hegemonía norteamericana, estén en crisis profunda, ATH señala que la correlación existente entre oferta y demanda petrolera y la concentración de reservas en un número cada vez menor de países, otorga a estos últimos un poder de interlocución muy especial. “Estos países pasan a constituirse en factores de poder relativo que se tendrán en cuenta dentro de cualquier ecuación emergente de poder mundial” (p. 439). Para el autor, la forma en que se combinen todos estos elementos determinará el nuevo rumbo de la historia de la humanidad. Su tesis de fondo, ya explicitada en las páginas de la introducción, puede ser resumida del modo siguiente: no existiendo un modelo hegemónico predominante, ni reglas universales, “cualquier opinión

es válida, cualquier experimento posible, cualquier visión de futuro plausible” (p. 40). Eso sí, su pensamiento desiderativo apunta a un orden multipolar, democrático y cabalmente multicultural, “en el que encontrasen protagonismo y espacio las naciones en desarrollo y los movimientos de base, los países pequeños y el hombre común” (p. 40).

Como es deber de todo reseñador apurar el jugo crítico del texto comentado, señalo telegráficamente algunas afirmaciones de ATH que me parecen inexactas o necesitadas acaso de argumentación complementaria. No está claro, en mi opinión, como ATH sostiene, que “El primero [Clinton] supo evidenciar *siempre* mesura y sobriedad en sus percepciones de riesgo, mientras que el segundo [Bush II] ve osos por doquier” (p. 125). Es excesivamente generoso que un intelectual como ATH se ampare, en un determinado momento (p. 157), en una banal afirmación de un americanista acrítico como Benard-Henry Levy (referencia reiterada en la página 177). Es algo impreciso, o necesita un matiz destacado, apuntar como hace ATH que el psicoanálisis “colocó las motivaciones humanas fuera del ámbito de la razón” (p. 162). No está claro por lo demás que la línea de la llamada “Banda de los cuatro” significara una estrategia de izquierda *radical* (p. 313), y no fuera más bien una línea de izquierda resistente, ni que Deng, con su política de cazar ratones al precio que sea, no sólo apostara como prioridad por la necesidad del desarrollo económico sino “la exigencia de hacerlo en términos endógenos” (p. 311). Es, en mi opinión, excesivamente generoso el tratamiento dado por ATH a las voces disidentes del cambio climático, sobre todo amparándose en los estudios de un periodista científico español como es el caso de Manuel Tohaira (pp. 350-354) al que cita más que profusamente. Puntos sin importancia, pelillos a la mar.

En la declaración final del IV Foro Internacional de Filosofía de Venezuela celebrado en Maracaibo en julio de 2008, se señalaba la necesidad de que la filosofía no se limitara a interpretar el mundo sino que también se esforzara en transformarlo, añadiendo que esa interpretación sólo era realmente transformadora si surgía y enmarcaba en procesos revolucionarios emancipatorios.

Ambas condiciones las cumple con creces y nota este magnífico volumen del embajador y académico bolivariano. Alfredo Toro Hardy nos ha regalado generosamente un excelente volumen de historia, filosofía política y reflexión moral. Tres saberes sabiamente unidos en una síntesis que ayuda, como anuncia la declaración filosófica de Maracaibo, a desalambrar territorios y pensamientos. “La filosofía se hace con y desde los pueblos en lucha” y con la ayuda de intelectuales comprometidos en causas libertadoras como es el caso del embajador venezolano en España.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

UN LEIBNIZ ENTUSIASMADO Y FEBRIL COPIA UN CUADERNO CODIFICADO DE DESCARTES

Amir D. Aczel, *El cuaderno secreto de Descartes. Una historia verdadera sobre matemáticas, misticismo y el esfuerzo por entender el Universo*. Montesinos (Biblioteca Buridán), Barcelona 2008, 246 páginas (traducción de Josep Sarret Grau) (edición original 2005).

Componen *El cuaderno secreto de Descartes* una introducción, un prólogo, veintiún breves capítulos y un epílogo, amén de notas, bibliografía y un excelente índice. El autor, Amir D. Aczel, se ha basado para escribirlo en documentación y estudios recientes. Así, en la renovadora investigación de 2001 de Edouard Mehl, de la Universidad de Estrasburgo, sobre la influencias de las ideas de los rosacrucianos en la filosofía de Descartes.

Aczel ha tenido acceso, y no habrán sido muchos estudiosos quienes lo hayan podido conseguir, a un manuscrito de Leibniz, una copia de un cuaderno secreto de Descartes realizada en París en junio de 1676, veintiseis años después del fallecimiento del filósofo del cogito y *La Geometría*. En el preámbulo del cuaderno copiado por el autor de la *Monadología*, Descartes había apuntado “Al asistir, cuando era joven, a algún ingenioso descubrimiento me preguntaba si algún día yo mismo sería capaz de inventar algo nuevo sin apoyarme en la obra de otros. Desde entonces, y poco a poco, me fui haciendo consciente de que estaba procediendo de acuerdo con una serie de reglas muy determinadas... 1 de noviembre de 1620: He empezado a concebir los fundamentos de un descubrimiento admirable”.

Aczel ha podido documentarse muy bien para escribir su narración histórico-filosófica sobre este cuaderno de Descartes codificado que, desde luego, no fue publicado en vida del autor. Aczel viajó en los primeros años del siglo XXI a todos los lugares de Europa en los que Descartes vivió o estuvo, pasó los días de su estancia en París -donde vivió según cuenta él mismo en un apartamento de un edificio construido en 1629- en archivos y bibliotecas investigando materiales y documentos sobre Descartes, tuvo en sus manos los originales de las cartas que Descartes escribió a Mersenne, leyó detenidamente manuscritos y, además, compró “un libro original de Descartes (sic) escrito en 1644” (p. 17) que a partir de ahora estará probablemente en su biblioteca personal o habrá sido cedido a alguna universidad usamericana.

La historia del cuaderno, el núcleo central de la narración, es la siguiente. Leibniz pudo saber, tras el fallecimiento de Descartes, que Claude Clerselier, un amigo del autor de *Le monde* que había editado y traducido algunas de sus obras, había recibido como regalo unos manuscritos de Descartes que le fueron enviados por Pierre Chanut, el embajador de Francia en Suecia en la época en que Descartes había sido profesor de filosofía de la reina Cristiana. Después de la muerte de Descartes, Chanut envió una caja que contenía manuscritos de Descartes ocultos, no publicados, en un barco que partió rumbo a Francia. El cargamento desembarcó en el puerto de Rouen en 1653. La caja con los escritos cartesianos fue cargada

posteriormente en una embarcación que tenía que llevarla a París a través del Sena. Justo cuando alcanzaba la altura del Louvre, el barco volcó y se hundió. La caja, con los manuscritos, permaneció hundida durante tres días, hasta que pudo zafarse del resto del naufragio y fue a parar a la orilla del río, un poco más abajo de su curso, donde fue finalmente encontrada. Clerselier, al saberlo, corrió “con sus criados y les ordenó que recogieran los papeles rápidamente” (p. 20). Fueron también ellos quienes secaron las hojas de pergamino de los manuscritos cartesianos. Clerselier dedicó muchos años a leer una y otra vez los manuscritos, a ponerlos en orden y a estudiarlos. Pero entre estos manuscritos hubo un cuaderno cuyo contenido no pudo entender.

Veintitrés años después de la recuperación, Leibniz se presentó en casa de Clerselier con una carta de recomendación del mismísimo duque de Hanover. Aczel nos cuenta así el encuentro. Después de escuchar las explicaciones de Leibniz, después de entender que “el futuro y la reputación de aquel joven que había llamado a su puerta podían tal vez depender del contenido de los escritos ocultos de Descartes” (p. 20), Clerselier, a regañadientes, accedió a dejar que Leibniz leyera los manuscritos e incluso que pudiera copiarlos. Al hacerlo, Leibniz comprendió que Descartes había planeado escribir un libro acerca de un descubrimiento matemático importante usando un seudónimo: Polibio el cosmopolita, escrito que contenía una dedicatoria: “Dedicado, una vez más, a los estudiosos eruditos de todo el mundo, y especialmente a G. F. R. C.”. En su copia, Leibniz añadió: “G. (Germania)”. Leibniz sabía el significado de aquellas iniciales: un lazo secreto, una de las claves que Aczel logra desvelar, le unía con Descartes. El gran lógico llulliano pasó cinco días copiando el manuscrito sin parar. Comprendió que los Preámbulos y la Olympica eran solo fragmentos introductorios a la obra en la que Descartes exponía su descubrimiento. Preguntó a Clerselier si había algo más. Lo había, un cuaderno de notas de dieciséis páginas que no había visto nadie hasta entonces aparte del propio Clerselier, quien añadió: “No creo que pueda entenderlo. He estado trabajando en él durante años, pero nada de lo que aparece en ese cuaderno, símbolos, dibujos, fórmulas, parece tener ningún sentido. Está escrito totalmente en clave” (p. 22).

Clerselier permitió que Leibniz pudiera acceder a ese cuaderno codificado imponiéndole severas restricciones. El cuaderno contenía símbolos usados en alquimia y astrología, extrañas y crípticas figuras y secuencias aparentemente incomprensibles de números. Leibniz sólo pudo copiar una página y media del manuscrito (una fotografía de una de las páginas de la copia leibniziana aparece en la página 23). Poco tiempo después de que Leibniz hiciera su copia, el manuscrito de Descartes desapareció para siempre y durante más de tres siglos, hasta el estudio de Pierre Costabel en 1987, nadie pudo entender el significado de la copia (parcial) que había hecho Leibniz de aquel cuaderno secreto. El significado de los símbolos y de series de números como 4 6 8 12 20 y 4 8 6 20 12 siguió siendo un misterio.

La narración de Aczel intenta responder a estos interrogantes: ¿por qué escribió Descartes el cuaderno? ¿Cuál fue su contenido? ¿Por qué Leibniz se sintió impelido a viajar a París, buscar a Clerselier y copiar páginas del cuaderno? ¿Qué clave usó Descartes en sus anotaciones? No se trata de responder aquí a estos interrogantes. Son la sal de este interesante plato histórico-filosófico presentado en ocasiones more novela policíaca. Sí, en cambio, de apuntar que aunque en ocasiones la narración de Aczel se

detenga en exceso o cuente con detalle innecesario asuntos muy conocidos y caiga en algún tópico sobre los amores carnales e intelectuales del autor del *Discurso*, Aczel narra excelentemente asuntos tan transitados como el encuentro de Descartes con Beeckman, los sueños cartesianos junto a una estufa en el Danubio, y, además, explica con detalle asuntos menos sabidos como la importancia filosófica del encuentro de Descartes con Faulhaber, y responde bien a los interrogantes básicos de la historia, que remiten a su vez a asuntos de innegable interés filosófico y cultural: las consecuencias psicológicas y sociales que para Leibniz significó su polémica con Newton sobre la invención del cálculo infinitesimal y sus temores a un nuevo desencuentro; las propiedades matemáticas de los sólidos platónicos y la geometrización del universo en las cosmovisiones de los partidarios de la revolución copernicana, y el papel de las asociaciones secretas en esta época histórica, una de las claves que permiten entender la vinculación entre Leibniz y Descartes.

No hay, por lo demás, disquisiciones matemáticas sofisticadas en el ensayo de Aczel pero cuando éste ve necesario mostrar resultados básicos o explicitar códigos su presentación es correcta y muy comprensible (por ejemplo, la resolución con regla y compás de la ecuación de segundo grado (pp. 152-153)), con algún pequeño desliz (así, la nota 113, página 227, sobre la resolución de Tartaglia y Cardano de un tipo de ecuaciones de tercer grado yerra en dos signos) y algún innecesario exceso didáctico en las representaciones gráficas de la página 69 o en un muy prescindible eje de coordenadas, impropio del libro, que ocupa casi un tercio de la página 148.

Alguna afirmación filosófico-valorativo del autor merecería sin duda ser discutida -cuando sostiene, por ejemplo, que el *Discurso del método* no sólo que fue el primer libro que publicó Descartes sino que fue el más importante (p. 128) o su obra maestra (p. 135)-, acaso habría que señalar que se echa en falta una mayor aproximación a otras obras "maestras" cartesianas como las *Meditaciones cartesianas*; en mi opinión la fotografía de la calavera de Descartes que aparece en la página 185 era perfectamente obvia y, finalmente, las referencias a la propuesta de matrimonio de Leibniz y la muerte por impresión dineraria de la mujer de su sobrino son detalles que nada aportan a la historia y acaso cierran mal la narración.

Pelillos a la mar. La magnífica exposición de los capítulos XX y XXI, incluso la presentación místico-especulativa de un artículo matemático muy reciente -junio 2004- sobre la estructura geométrica del cosmos que, digámoslo así, cuadra bien con las anotaciones y conjeturas del cuaderno oculto cartesiano, hacen recomendable la lectura de esta historia filosófica que mantiene bien el pulso e interés de la narración.

Eso sí, Aczel debe ser un aristócrata o un burgués ilustrado de muy buena fortuna. Se le nota no sólo cuando comenta que ha comprado un original de Descartes como el que dice que ha adquirido la biografía de Samir Amn editada por el topo sino cuando afirma, de forma totalmente natural, que los criados de Clerselier "eran analfabetos y para ellos era muy difícil reordenar los manuscritos" recuperados tras el naufragio del Sena. No es, además, el único caso.

Por lo demás, el subtítulo del volumen -"Una historia verdadera sobre matemáticas, misticismo y el esfuerzo por entender el Universo"- acaso haya sido elegido con ojos mercantilmente sesgados.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

DECLARACIÓN (POLÍTICA Y RAZONADA) DE AMOR

Manuel Talens, *Cuba en el corazón. Comentarios apasionados sobre las imágenes cinematográficas de la revolución cubana*. Alcalá editores, Alcalá la Real (Jaén), 2008, prólogo de Diana Paladino, 132 páginas.

Como reza el subtítulo del último libro del escritor, científico, traductor y ensayista Manuel Talens, *Cuba en el corazón* -un libro dedicado a los cubanos que decidieron apoyar la revolución- está formado por un conjunto de “comentarios apasionados” a imágenes sobre la revolución cubana. La pasión política no está reñida con la racionalidad y Talens cultiva magníficamente ese jardín revolucionario, al igual que el recuerdo sentido y debido. *Cuba en el corazón* es también un homenaje a los poemas que Pablo Neruda dedicó a la lucha republicana antifascista en *España en el corazón*.

Cuba en el corazón está compuesto por siete capítulos, siete comentarios cinematográficos dedicados cada uno de ellos a los DVD reunidos bajo el título “Cuba: caminos de revolución”, una serie dirigida por prestigiosos directores cubanos y preparada por el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos que recoge la historia de la revolución cubana y que fue distribuida en España en quioscos en entregas semanales a lo largo de 2004. Los DVD fueron coproducidos por Juan Luis Galiardo, Camilo Vives y Alberto Segura; la discográfica “Impulso Records” fue la encargada de su comercialización mundial.

Cada capítulo del libro, como decíamos, contiene la descripción y valoración de un documental y sus complementos, y se abre con una ficha técnica y una nota del propio director. Los títulos de los principales documentales recogidos son los siguientes: “Che Guevara, donde nunca jamás se lo imaginan”, “Antes del 59”, “Los cuatro años que estremecieron al mundo”, “Una isla en la corriente”, “Entre el arte y la cultura”, “La solidaridad internacional” y “Momentos con Fidel”. Los textos de Talens, que aparecieron por entregas anteriormente en páginas de www.rebellion.org entre el 20 de diciembre de 2004 y el 24 enero de 2005, sirvieron para la presentación en sociedad de la serie en el Foro Social Mundial de Porto Alegre.

Señala en su prólogo la profesora e investigadora del cine latinoamericano en la Universidad de Buenos Aires Diana Paladino, la imposibilidad de pensar de forma aislada la revolución cubana y el cine documental, “revolución y documentales se nutrieron mutuamente y se amasaron juntos” (p. 11). El documental cubano surgió a la luz de la revolución y fueron los noticieros y documentales los que ayudaron a consolidar la revolución socialista en cada rincón de la isla. Pero el documental se convirtió en el portavoz privilegiado de la revolución no sólo en el interior del país sino que fue a través de esos films, señala Paladino, como el mundo fue visualizando a la Cuba socialista. Los cineastas cubanos, como otros numerosos intelectuales de los ‘60, sintieron la responsabilidad de involucrase políticamente y contribuir con su arte a las grandes causas revolucionarias, a la gran causa de la revolución socialista cubana cuyo alcance quizá aún no seamos capaces de vislumbrar totalmente. A esa toma

de posición se le llamaba en tiempos el compromiso del intelectual y del artista.

Manuel Talens, acaso contracorriente pero a favor de la corriente del sentido común ilustrado y socialista, pertenece a ese grupo de artistas e intelectuales que no han abandonado ni quieren abandonar el compromiso político. Va de suyo, es parte sustantiva de su forma de estar en el modo. Y, claro está, eso se nota, como no puede ser de otro modo, en la sabia y apasionada forma en que comenta estos documentales sin ocultar en ningún momento su posición de fondo: "incluso si en algunas momentos me aparto del aplauso para expresar detalles que me hubiera gustado ver resueltos de otra manera, mi impresión del conjunto es de absoluto entusiasmo" (pp. 16-17).

Estrictamente hablando, los textos recogidos no son escritos de crítica del lenguaje cinematográfico sino que transmiten a un tiempo, y nunca de forma anodina, la información necesaria para situarse en los contextos políticos e históricos donde se enmarcan las imágenes tratadas ("Mi análisis de *Caminos de revolución* sólo pretende alimentar el debate sobre las inmensas virtudes del proceso revolucionario cubano, traducir con palabras las sensaciones que he experimentado al ver en imágenes las luchas de todo un pueblo" (p. 17)), pero a diferencia de una concepción sociológica excesivamente externalista muy presente en ocasiones en la crítica cultural de orientación marxista, y más en concreto en la crítica cinematográfica, Talens desciende al detalle estrictamente artístico, al comentario cinematográfico interno, a todo aquello que nos ayuda a mirar la narración cinematográfica con ojos más críticos, más sabios, menos entregados, menos complacientes, buscando y deseando hallar lenguajes no trillados ni lugares serviles. Daré dos ejemplos de estas aproximaciones, digamos, técnicas. El primero de ellos:

La escena de *El primer delegado* [un cortometraje del último DVD] a que me refiero, tomada con cámara fija en ligerísimo contrapicado, muestra al líder cubano detrás un simple pupitre con cinco micrófonos y, a sus espaldas, los pliegues oscuros de unos cortinajes. El encuadre no puede ser más despojado y, sin embargo, de él se desprende uno de esos momentos fílmicos inolvidables de júbilo revolucionario, de reafirmación y de victoria, además de la quitaesencia del castro orador..." (p. 129).

El segundo comentario es, en este caso, netamente crítico, sin ocultar maduraciones no satisfactorias :

Ese DVD [el sexto] consta asimismo de dos cortos, y un largometraje extra. *Solidaridad Cuba-Vietnam*, de Santiago Álvarez, está narrado con un candor propio de los años sesenta y, a mi parecer, ha envejecido muy mal, pues pierde toda la eficacia política a causa de su factura panfletaria y del tono enfático de la voz narradora, que glosa los intercambios de flores entre cubanos y vietnamitas, los cantos revolucionarios al uso y los aplausos felices con exabruptos..." (p. 112).

Por otra parte, cuando es el caso, las anotaciones críticas de Manuel Talens no están ocultadas ni transfiguradas en términos críticos e incomprensibles. Observaciones, por lo demás, no sólo de crítica del lenguaje usado sino de la misma perspectiva perspectiva, de acotación de los límites de la aproximación. Así, al comentar el primero de los documentales, "Ché Guevara, donde nunca jamás se lo imaginan", un film dirigido por Manuel

Pérez Paredes, Talens concluye señalando que es “un documento fílmico imprescindible y fundamental para el acercamiento a la figura histórica de uno de los personajes más emblemáticos del pasado siglo como figura revolucionaria” (p. 32) pero no en cambio *como individuo privado*, aproximación que, sin duda, Talens ve necesaria y alienta a un tiempo. El documental no se adentra por esos caminos, acota. Quienes deseen conocer al Che Guevara hijo, marido o padre, remarca el autor de *Venganzas*, “sin la boina de comandante, y las razones personales que lo impulsaron a tanta grandeza -ancladas en la primera infancia, puesto que a los tres años de vida ya “todo” ha sucedido- deberán esperar otra ocasión” (el lector no debería pasar por alto la radicalidad psicoanalítica del comentario, netamente consistente con su consideración del asma como enfermedad psicosomática con fuerte componente emocional de tendencia familiar).

Como a Talens en su visión de los documentales, también mi impresión general de sus textos es de “absoluto entusiasmo”. Puedo confirmar por propia experiencia la riqueza cinematográfica y política que representa la visión de los documentales tras la lectura de sus escritos. Pero, también como a él, en alguna ocasión me hubiera gustado ver resuelto de otra manera alguno de sus comentarios. Este por ejemplo: “la imparcialidad es un mito burgués” (pág. 16), hubiera exigido alguna matiz, alguna nota aclaratoria que el autor, por cierto, ha hecho en otras oportunidades. Por ejemplo, en una entrevista en las páginas de www.rebellion.org que me permito recomendar al lector como ampliación de este comentario.

Igualmente, la presentación del caso de Padilla en el capítulo V es, en mi opinión, demasiado enérgica y segura, sin apenas atisbo de incertidumbre, y su contraposición con el caso de Antón Arrufat, un dramaturgo también perseguido, rehabilitado posteriormente y más tarde Premio Nacional de Literatura, bordea en mi opinión un maniqueísmo impropio de la sensibilidad y sabiduría de Talens. No hace bien a los gobiernos revolucionarios cubanos escribir, como escribe el autor a propósito de Arrufat, que su caso es “prueba *más que suficiente* de que el gobierno cubano ha sabido reconocer sus yerros anteriores, cuando los hubo, y corregir el tipo” (p. 95). La cursiva es mía y la crítica por su inclusión en el comentario también.

La ilustración, la magnífica ilustración de la portada es de Abbé Nozal, pintor, escritor y cineasta español que se expresa en múltiples disciplinas: obra gráfica, arte digital, infografía, ilustración, murales cerámicos, esculturas vitrales, y la indicación final de impresión del volumen señala que la primera edición del libro se imprimió el 16 de febrero de 2008, “49 años después -día por día- de que el comandante Fidel Castro asumiese el cargo de primer Ministro del gobierno revolucionario de Cuba”. Recordemos esa fecha y recordemos también las palabras de Castro de 2008, que abren *Cuba en el corazón*: “Tuve el privilegio de llegar a la Revolución a través de las ideas, escaparme del aburrido destino por el que me conducía la vida”.

Pasen, pues, lean... y vean más tarde. Sin riesgo de error, es una predicción trivial, apuesto por su entusiasmo.

Octubre de 2008

VOLVER AL ÍNDICE

FIGURAS RESISTENTES

Anna Lárina, *Lo que no puedo olvidar*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007, traducción de María García. Prólogo de Antonio Muñoz Molina e introducción de Steohen F Cohen

Si tienen alguna duda de lo que fue el estalinismo, si tienen alguna duda sobre aquella infamia ilimitada (y aún no comprendida totalmente) contra los trabajadores, contra el propio partido bolchevique, contra la URSS, contra la causa del socialismo en el mundo, si tienen algún sombra de duda sobre la altura humana de aquel criminal que llegó Jefe del Estado soviético, lean *Lo que no puedo olvidar*. Si lo saben y no tienen duda alguna sobre aquel inmenso error y horror, léanlas también. Nada les decepcionará, ni la introducción de Stephen F. Cohen, ni el prólogo de la autora, ni sus relatos sobre los campos, ni su historia de amor con Bujarin, ni lo que la autora sabe y explica del proceso contra él (y sus camaradas), ni la atmósfera irrespirable de aquellos años, ni la impiedad institucionalizada, ni el servilismo ruin de burócratas y cuadros del Partido, ni la carta de Bujarin, que Lárina aprendió de memoria, a las futuras generaciones comunistas (y de que Muñoz Molina comenta en su prólogo que “era una carta de petición de auxilio a los que no habían nacido aún” (p. 10)³. Si tienen estómago, lean para empezar la carta que Bujarin, despojado de todos sus cargos directivos en el Partido desde finales de 1929, escribió antes de su asesinato a Anna Mijáilovna Lárina que ha permanecido oculta en los archivos del Kremlin hasta inicios de los noventa.

Algunas de las afirmaciones de Muñoz Molina despliega en su prólogo son del siguiente tenor:

1. “Pero las vidas humanas son demasiado cortas, y una espera muy larga sólo puede acabar en fraude: en 1988 Bujárin fue rehabilitado, cincuenta años justos después de su ejecución, pero muy pronto esa recobrada dignidad no significaría nada, porque la Unión Soviética estaba a punto de hundirse, y en 1991 su nombre ya formaba parte de un mundo abolido que nadie quería rescatar: a nadie (sic) le interesaba ya la carta que Anna Lárina había conservado en la memoria durante medio siglo” (p. 10).

2. “Para saber algo de lo que ella no dice hay que adentrarse en un libro imprescindible, *La corte del Zar Rojo*, de Simon Sebag Montefori, en el que se muestra cómo era la vida cotidiana de la casta de conspiradores profesionales que después del triunfo de la Revolución se convirtieron velozmente en los dueños de un país destrozado e inmenso, sobre el que aplicaron sin ningún escrúpulo, con una mezcla mortífera de alta fiebre ideológica y desdén por la realidad y por las personas comunes, especialmente los campesinos, las doctrinas abstractas del marxismo” (pp. 11-12).

3. “Pero en los primeros años de la Revolución Bujarin fue tan sectario

³ La carta se publicó en el *Die ZEIT* de Hamburgo el 21 de mayo de 1965. Lárina la incluye en las páginas 412-413 (“El testamento de Bujárin”). Otra versión del texto de Bujarin, traducido por Sacristán a partir de la edición alemana, puede verse en A. G. Löwy, *El comunismo de Bujárin*. Grijalbo, Barcelona, 1973, pp. 15-16 (“Pórtico”).

y tan cruel como cualquiera de sus colegas en la dirección bolchevique, y si es verdad que protegió durante años al poeta Osip Mandelstam también lo es que no mostró compasión cuando era purgados los partidarios de Trotski... Anna Lárina lo retrata digno, estoico, pasivo hasta casi el suicidio cuando los signos de su futura desgracia se acercan, cuando los que fueron amigos dejan de saludarle, cuando otros que ya han sido detenidos e interrogados formulan contra él acusaciones delirantes: lo que no cuenta es que en ese tiempo Bujarin escribía a Stalin cartas adulatorias y serviles que no tenían respuesta” (pp. 13-14)

Vale comparar esos comentarios con esta reflexión de la introducción (“Vivir en la memoria”) de S. F. Cohen: [...] Frente a eso, Bujarin abogaba por políticas conciliadoras y evolutivas que alentaran tanto al sector privado como al estatal para “crecer en el socialismo”, en condiciones mutuamente beneficiosas de relaciones mercantiles y paz civil.

Bujarin denominó a su programa “humanismo socialista”. Como todos los bolcheviques, creía en la necesidad de una planificación e industrialización estatales, así como de algún tipo de agricultura colectiva a gran escala, pero insistía en que “nuestra economía existe para el consumidor, y no el consumidor para la economía”, o, como señaló en alguna otra ocasión, “el burócrata para el pueblo, y no el pueblo para el burócrata”. Continuó defendiendo la política dictatorial del partido, pero quería que ésta se basara en “la ley soviética, y no en una arbitrariedad soviética moderada por un “departamento de quejas” que nadie sabe dónde se encuentra”. Como líder teórico del Partido Comunista, esperaba que el marxismo prevaleciera en la esfera intelectual y cultural, pero basándose únicamente en el “principio de competición libre y anarquista” en lugar de “exprimir a la gente con el puño” (pp. 24-25).

¿Qué fue, pues, el bujarinismo? En palabras del propio S. F. Cohen: [...] el bujarinismo no era solo una alternativa para el desarrollo de la Rusia soviética después de la revolución, sino una premonición del estalinismo, que durante las dos décadas siguientes intentó exprimir a todos y a todo con un puño controlado por el Estado. Cuando Stalin rompió con la NEP a finales de los años veinte en aras de una industrialización draconiana que obligó a los 125 millones de campesinos del país a adherirse a granjas colectivas regidas por el estado, las protestas de Bujarin le colocaron a la cabeza de la llamada oposición de derechas dentro del mismo partido. Aun antes de que las medidas del secretario general entre 1929 y 1933 acabaran con tal vez diez millones de campesinos muertos o encarcelados en gulags atestados, Bujarin comprendió su “monstruoso propósito unilateral”, así como sus consecuencias. “La política de Stalin nos conduce a una guerra civil. Tendrá que ahogar las revueltas con sangre”. El resultado, advirtió, “será un Estado policial” (p. 25).

Pero, del mismo modo que la paleoarqueología no es la ciencia de animales y vegetales que murieron hace muchos años, *sino de animales y vegetales que vivieron hace años*, la historia trágica del socialismo no debería ser solo -aunque también- la narración de infamias y traiciones sino también la de ciudadanos, militantes, cuadros, dirigentes que supieron estar, en circunstancias nada fáciles, a la altura de aquellas en tiempos sombríos cuando no completamente oscuros.

El libro biográfico de Anna Lárina, la que fuera compañera de Bujarin,

ella misma una resistente admirable, da ocasión para ello.

De la infamia, lo sustantivo puede ser dicho en pocas palabras: tras el asesinato de Bujarin, Stalin –que ya había escrito en una nota encontrada por el propio Bujarin, a finales de 1928 o principios de 1929 en una reunión del Politburó, que “Hay que destruir a todos los discípulos de Bujarin”- ordenó a Vyshinski, fiscal general de la URSS, que comprobase él mismo la autenticidad del cadáver. Vyshinski obtuvo en 1947, con su *Teoría de las pruebas judiciales en el Derecho soviético*, el premio Stalin. Que a pesar de lo sabido haya ciudadanos de izquierda, algunos de ellos admirables combatientes anticapitalistas, que crean o disculpen la figura de un Jefe de Estado asesino que “liquidó”, entre otras grandes hazañas, a todos los dirigentes del partido bolchevique y expandió el terror, la infamia y la delación en toda la sociedad soviética, es motivo de estudio por parte de la sociología de izquierdas. Pensar a estas alturas de la vida y de nuestra historia que algo que tenga que ver con procesos de emancipación de clase y humanos pueda venir de ese legado de traición, represión e ignominia es equivalente a llamar bien idílico al mal en su máxima expresión.

(Lo cual, dicho sea entre paréntesis, no es forzosa o totalmente contradictorio con la siguiente apreciación de Sacristán de 1972, de su introducción al estudio de Löwy, inspirada en un comentario de Togliatti de 1956, en que se hace énfasis en aspectos sociales de la degeneración estalinista y en la que acaso se construya una inducción generalizada a partir de dos casos muy singulares :

[...] la conocida afirmación de Togliatti, de 1956, cuando dijo que lo que había ocurrido en la URSS era una degeneración social, no una serie de estrambóticas violencias de un tirano enloquecido, pues él, Togliatti, había comprobado por propia experiencia la posibilidad de discutir objetiva y críticamente con Stalin cualquier cosa: no se conoce dato alguno indiciario de que Stalin haya intentado “vengarse” de la rotunda crítica de que le hace objeto Mao Tse-tung en esa *Resolución* histórica de 1945.)

Otro apunte más para ahondar en el corazón de esas tinieblas. En febrero de 1937, Bujarin inició una huelga de hambre y escribió una nota dirigida al Politburó del Partido: “En protesta contra las monstruosas acusaciones de traición y espionaje, me declaro en huelga de hambre absoluta y no la interrumpiré hasta ser rehabilitado. En caso contrario, mi última petición es que se me deje tranquilo y se me permita morir donde estoy” (Anna Linara recuerda también que en aquellos días, un Bujarin trágicamente optimista le había comentado que en aquel piso donde vivían, y donde había vivido Stalin, había muerto Nadezhda Serguéyevna Alliluyeva, la esposa de Stalin. Bujarin pensaba o quería pensar que en ese mismo piso abandonaría la vida). Dos días después de iniciar la huelga de hambre se sintió mal: Bujarin “empalideció, las mejillas se hundieron, le aparecieron unas enormes ojeras y bajo los ojos y estaba muy delgado. Finalmente no lo soportó más y pidió un trago de agua, lo que para él representó una derrota moral...” (p. 393). Bujarin no aceptó finalmente el agua que Larina le acercó; ella había exprimido naranja en él para aumentar sus fuerzas. Bujarin le espetó que no estaba dispuesto a engañar al pleno del Partido.

El pleno del Politburó tras la muerte (asesinato) de Ordzhonikidze se pospuso hasta el 23 de febrero. El nuevo comunicado que llegó a Bujarin contenía no dos sino tres puntos en el orden del día: primero, la cuestión

sobre la actitud contraria al partido de N.I.Bujarin en relación con su declaración de huelga de hambre ante el pleno; segundo, la cuestión de N. I. Bujarin y A. I. Ríkov; tercero, cuestiones de organización. El punto añadido -el primero- le indignó rectificando su anterior decisión: acudiría al pleno pero sin interrumpir la huelga de hambre. El 23 de febrero, el día de la convocatoria, Bujarin llevaba siete días en huelga de hambre y “estaba tan débil que se entrenaba por la habitación para acudir al pleno” (p. 397).

A la entrada de la sala de reuniones, en presencia de Stalin, sólo dos personas estrecharon la mano de Bujarin. Una de ellas, Akulov, llegó a darle ánimos. Todos los demás miembros del Politburó simulaban no verle. Llegado a la sala, Bujarin desfalleció, le fallaron las piernas. Sin poder sostenerse en pie, mareado, se quedó sentado en el pasillo que llevaba al Presidium. Koba-Stalin se le acercó y le dijo estas palabras imborrables:

-¿A quién te has declarado en huelga de hambre, Nikólai? ¿Ante el Comité Central del partido? Mírate, te has quedado demacrado para nada. Pido disculpas al pleno por la huelga de hambre

-¿Qué falta hace -preguntó Bujarin- si os disponéis a excluirme del Partido?

- Nadie te excluirá del partido. Vamos, Nicolai, pide perdón, no te has comportado correctamente

Cuatro días más tarde Bujárin era arrestado. Bujarin, el día del pleno, había subido a la tribuna como pudo y había pedido perdón por la huelga de hambre. “Declaro que interrumpía la huelga con la esperanza de que se retirasen los monstruosos cargos que se le imputaban y exigió de nuevo la creación de una comisión que investigara las actividades del NKVD” (p. 398).

Las figuras resistentes, en ellas quiero insistir, abundan en la narración de Lárina. Daré algunos ejemplos.

Ella, como decía, es una de ellas, acaso la más esencial. El mismo Beria le comentó en 1939 que si quería vivir, dejase de hablar de Bujárin. Toda su narración es testimonio de ello. Esta carta de 1992, no recogida en el volumen, explica bien las motivaciones de su larga lucha.

Poco antes de ser asesinado en 1938, Bujarin escribió dos cartas. La primera estaba dirigida a las futuras generaciones del partido, la segunda a su compañera Larina. Esta carta, rescatada del archivo del Kremlin, le fue entregada a Anna Larina extraoficialmente en junio de 1992, cincuenta y cuatro años después de que Bujarin la escribiera en prisión mientras esperaba su muerte. Durante todo este tiempo estuvo secuestrada en los archivos privados de Stalin sin que sus sucesores la desempolvaren.

Mi querida y dulce Annushka, amor mío:

Te escribo en la víspera del proceso, y lo hago con un objetivo concreto que no me cansaré de subrayar: lees lo que lees y oigas lo que oigas, por terribles que sean las acusaciones que se levanten en mi contra o a lo que yo diga, sopórtalo todo con calma y valor. Prepara a la familia. Ayúdales. Temo por ti y por los demás⁴, pero especialmente por ti. No guardes rencor por nada. Recuerda que la gran causa de la URSS sigue viva y que esto es lo principal. Los destinos personales son transitorios y miserables en

⁴ Bujarin se refiere a su pequeño hijo Yuri, su primera esposa inválida Nadia (Nadezhda Lukina), su anciano padre (que vivía con Anna Lárina y con él), así como por su joven hija Svetlana.

comparación con eso. Te espera una dura prueba. Te ruego, amor mío, que reúnas todas tus fuerzas y que tenses las cuerdas de tu alma, pero no permitas que se rompan.

No hables con nadie de nada. Comprenderás mi posición. Eres la persona más cercana a mí, la más querida, la única, y te pido por lo mejor que hubo entre nosotros que utilices toda tu fuerza y tu ánimo para ayudarte a ti misma y a nuestros seres queridos a sobrellevar esta época terrible con almas acorazadas. No creo que sea una buena idea que leas los periódicos a tu padre o a Nadia en estos días [los del juicio], déjales vivir como si fuera en un sueño durante un tiempo. Pero tú sabes mejor que yo lo que hay que hacer y decir para que no resulte un sobresalto terrible e inesperado. Si te pido esto, créeme, es porque he sufrido mucho antes de esta petición, y todo lo que ha de ocurrir es por un interés supremo. Ya sabes cómo me cuesta escribirte una carta como ésta, pero la escribo con el profundo convencimiento de que es el único modo en que puedo actuar. Éste es el factor principal, básico y decisivo. ¡Tú misma comprendes cuánto dicen estas pocas líneas!. Haz lo que te digo y mantente firme: sé de piedra, como una estatua.

Estoy muy preocupado por ti, y si te permiten escribirme o mandarme algunas palabras tranquilizadoras sobre lo que acabo de decir, esta carga desaparecería de mi ánimo. Te pido que lo hagas, mi más querida amiga, te lo ruego.

Tengo otro deseo, mucho más pequeño, pero muy importante para mí personalmente. Te entregarán tres manuscritos: a) una gran obra filosófica de 310 páginas: *Filosofskiye arabeski* [*Arabescos filosóficos*] b) un pequeño libro de poemas; c) los siete primeros capítulos de una novela*.

Hay que volverlos a mecanografiar en tres copias. Mi padre te ayudará a pulir los poemas y la novela (hay un anexo a los poemas, que en apariencia son caóticos, pero aun así es posible orientarse; hay que escribir cada poema en una hoja aparte).

Lo más importante es que no se pierda el texto filosófico al que tanto tiempo y esfuerzo he dedicado: es una obra muy madura en comparación con mis escritos anteriores y, a diferencia de ellos, dialéctica desde el principio al fin.

Hay además otro libro (*Krizis kapitalisticheskoi kulturi i sotsializm* [*La crisis de la cultura capitalista y del socialismo*]), cuya primera parte escribí cuando todavía estaba en casa. Procura rescatarla: no lo tengo aquí y sería una lástima que se perdiera.

Si recibes los manuscritos (tú apareces en muchos de los poemas, y a través de ellos te darás cuenta de lo unido que me siento a ti) y si te permiten hacerme llegar algunas líneas o palabras, no olvides mencionarlos.

No es el momento ahora de extenderme más sobre mis sentimientos. Pero por estas líneas comprenderás que te amo infinitamente. Ayúdame cumpliendo mi primera petición en estas horas tan duras para mí.

Ocurra lo que ocurra y se cual sea el resultado del proceso, sé que después te veré y podré besarte la mano.

* El libro de poemas, o parte de él cuanto menos, está incorporado a las memorias de Anna Lárina. *Arabescos filosóficos* y la novela incompleta –*Cómo empezó todo*–, si no ando errada, han sido publicadas recientemente en castellano por Pre-Textos.

Adiós, amor mío
Tu Kolka
15 de enero de 1938.

P. S. Tengo tu foto con el pequeño. Dale un beso a Yuri de mi parte. Es una bendición que no sepa leer. También temo por mi hija*. Hazme saber cosas de nuestro hijo**, seguramente ha crecido mucho y ya no me conoce. Dale un abrazo y un beso de mi parte.

La carta respuesta de Anna Larina fechada en 1992 dice así:

¿Qué se puede decir, querido Kolka [Bujarin], después de que hayan pasado tantos años desde tu muerte, ahora que nuestros hijos son mayores de lo que tú eras entonces? Quizás sólo que has sido tan ingenuo y tan bobo durante toda tu vida (que ahora me parece tan corta). Para mí, "la gran causa de la URSS" por la que sacrificaste tu vida, si no murió ya en esos años, está muerta en cualquier caso. Pero no dices con completa sinceridad lo que acabó contigo al final. No obstante, antes del arresto, luchaste contra la calumnia con extraña perseverancia. Me puedo imaginar con cuántos falsos testimonios te hicieron frente. Ante el creciente fascismo, no quisiste comprometer al "Padre del Pueblo"⁵.

Sé que no has olvidado lo que tuvimos que aguantar juntos durante aquel medio año⁶, cuando todavía no te habían arrestado pero ya te estaban investigando.

La campana que marcaba las horas que escuchamos desde la Torre Spasskaya del Kremlin medía las horas de vida. Los nervios estaban tan tensos que cada día parecía durar un siglo. Era una ingenuidad pensar que me hubieran dejado recibir tu carta entonces: en ese momento ya llevaba bajo arresto seis meses. No sé por qué motivos humanitarios "Koba" [Stalin] no hizo que me fusilaran, aunque se estaba preparando para hacerlo, y me dictó una sentencia de sólo 25 años de vagar por prisiones, gulags y exilios. Una vez se dictó la sentencia y, *mit der deutschen Ordnung*⁷, llegó la nueva sentencia de la enésima resolución de la Asamblea General. Sólo en 1959 fui rehabilitada totalmente, tras una apelación personal a Nikita Jruschov. Volví a ver a nuestro hijo a la edad de 20 años, cuando vino a visitarme a Siberia. Tras mi arresto, él pasó de ser pilar a ser poste. Primero vivió con mi madre, después con tu hermano Volodya, luego con la hermana de mi madre y su marido. Cuando arrestaron a todos, le metieron en un orfanato. Ahora tu hijo es un artista y tu hija una historiadora.

El juicio contra ti comenzó cuando yo estaba en un gulag en la prisión de Tomsk. Normalmente no nos daban periódicos, y de repente un guardia me trajo un periódico con tu interrogatorio. Gritó: "¡Lee, mira quién eres!".

Al principio, cuando dictaron sentencia, se me partió el espíritu. Entonces era más fácil. Entendí que tus tormentos habían terminado mientras

* Se refiere Bujarin a Svetlana, nacida de su segundo matrimonio.

** El hijo de Bujarin y Lárina estuvo viviendo durante veinte años en hogares de acogida y orfanatos.

⁵ Stalin obviamente.

⁶ Agosto 1936-febrero 1937.

⁷ Con minuciosidad alemana.

que yo tendría que seguir llevando esa pesada cruz hasta el final. Una vez volví a Moscú conseguí hacerme con el acta taquigráfica completa del juicio contra el así llamado "bloque antisoviético de la derecha trotskista". Revelaste honradamente tu concepto programático:

Si define mi postura programática en el campo económico, se encontrará con un capitalismo de Estado, una clase campesina individual fuerte, la reducción de granjas colectivas, concesiones al extranjero, un compromiso en el monopolio del comercio exterior y, como resultado, la vuelta del país al capitalismo (Acta del juicio del caso contra el bloque antisoviético de la derecha antitrotskista, Moscú 1938, página 341).

Esto no es menos que la continuación de la nueva política económica (NEP), según Bujarin, el camino hacia el socialismo. Solicité repetidamente a distintas altas autoridades tu rehabilitación. En 1961 presenté por primera vez tu carta "A la futura generación de líderes del partido"⁸ ante el Comité para el Control del Partido. Tuve que esperar cincuenta años para conseguir la rehabilitación tras el horrible juicio. Pero lo conseguí, Kolka, ¿lo entiendes?

Todos tus libros fueron prohibidos. Por miedo a ser arrestadas, muchas personas los destruyeron. Ahora, todas tus obras más importantes han sido traducidas. No he sido capaz de cumplir dos de tus deseos.

1) No pude hacerte llegar mi fotografía con el niño. El juez encargado de tu investigación me evitaba a toda costa y no conseguí ponerme en contacto con él ni siquiera por teléfono.

Me llevé la fotografía conmigo (a la prisión) pero durante el enésimo registro un guardia la rompió, escupió sobre ella, la pisoteó con sus sucias botas y gritó: "¡Y todavía llevas uno de los hijos de Bujarin contigo!". El fotógrafo del que hablabas probablemente llegó hasta ti después de que la casa de Nadia⁹ fuera registrada.

2) Me pides que tome precauciones, sabiendo perfectamente bien que eso no va con mi carácter, y en cualquier caso la vida dio tal viraje que no tenía nada que perder. Me quitaron a ti y al niño y me robaron la libertad. Con la ayuda de confidentes reunieron un archivo completo de "material comprometedor" y me enviaron a Novosibirsk para "la investigación". Allí viví en un sótano húmedo y lleno de ratas: una celda de aislamiento. Poco después de tu juicio comencé a tener alucinaciones. Te me aparecías crucificado

Es la hora de terminar. La carta es más larga de lo que yo esperaba, pero no hemos hablado desde el 27 de febrero de 1937, durante más de 55 años. Y antes de terminar me queda contarte algo importante. ¿Te acuerdas que durante los difíciles días de la investigación recibiste dos cartas de Leonid Pasternak? En una de ellas venía el comunicado de la Oficina del Fiscal según el cual "durante la investigación no se han descubierto hechos de naturaleza jurídica que justifiquen la apertura de una causa criminal contra Bujarin y Rykov, por lo que este caso es desestimado".

Luego, cuando comenzaron de nuevo los ataques venenosos en los periódicos, Pasternak envió otra carta que decía más o menos lo siguiente: "Es igual, porque no creo que seas culpable, y, en cualquier caso, no entiendo lo que está ocurriendo".

⁸ Publicada en la revista *El Viejo Topo*, junio de 2008.

⁹ Nadezhda M [Mijáilovna]. Bujarina-Lukina, la primera esposa de Bujarin.

Alrededor del 10 de diciembre, Romain Rolland¹⁰ envió un telegrama de felicitación, pero luego ya no volviste a saber de él. Estabas apesadumbrado y creías que Rolland, aparentemente, había dejado de creer en ti. Pero eso no es lo que ocurrió. Rolland habló dos veces con Stalin en favor tuyo. Te cito un párrafo de su última carta: '

Durante el juicio de Bujarin, y sin mostrarme en absoluto de acuerdo con las acusaciones que se le hacían, apelé a su gran humanidad ya su comprensión de los más altos intereses de la URSS. Un intelecto como el de Bujarin es un recurso para este país, debe perdonársele la vida para beneficio de la ciencia soviética y el desarrollo del pensamiento teórico.

Pero mejor termino aquí. No te escribiré sobre lo que está ocurriendo hoy en nuestro país, o, mejor aún, "en nuestros países" (tú, de hecho, no te puedes imaginar que la URSS se haya derrumbado) pero no pierdo las esperanzas de un futuro mejor. No condeno cómo te comportaste en el juicio: era la única salida posible dada la situación. ¡Adiós, Kolka! Debo decirte que jamás me he arrepentido de haber unido mi vida a la tuya. ¡Es imposible olvidarte!

La carta está firmada el 20 de julio de 1992.

Alguien que tuvo que ver directamente con la vida de Larina también transitó por ese sendero. Fue su segundo esposo, se llamaba Fiódor Dmítrievich Fadeyev. Se conocieron en un campo de trabajo. Antes de ser arrestado, Fadeyev dirigía la sección de producción agrícola del Comisariado de Sovjuz de la RSS de Kazajstán. Era agrónomo, tenía las carreras de Agronomía y Zootecnia, y funcionario agrícola. También él había sido acusado de cargos fraudulentos en 1937.

Después de pasar tres años en una celda subterránea de Lubianka, en el invierno de 1941, Lárina fue enviada a un campo de trabajo siberiano para terminar de cumplir su condena de ocho años. Técnicamente libre en septiembre de 1945, fue desterrada a Siberia. Allí estuvo viviendo en pueblos y ciudades con sus dos hijos menores, vigilada siempre, acosada continuamente.

Fadeyev terminó de cumplir su condena pero se negó a abandonar a Larina. Fue arrestado por ello en tres ocasiones. Fadeyev buscaba y encontraba trabajo cerca del lugar donde Larina había sido deportada. Cuando empezaba a trabajar, lo arrestaban o bien enviaban a Larina a un nuevo destino.

Durante la mayor parte de la vida que compartieron, Fiódor Dmítrievich estuvo en la cárcel o trabajando fuera de casa. Entonces, sólo podía ver a Larina durante las vacaciones. Así narra Larina (p. 385) sus últimos momentos:

Aquelllos años forman un capítulo aparte de mi vida, también muy dramático, pero estas memorias no son el lugar adecuado para dedicarles la atención que merecen. Hacia 1956, cuando el clima político se relajó un poco, Fiódor Dmítrievich y yo creíamos que podríamos establecernos juntos definitivamente, pero lo impidió su muerte prematura. Agotado tras ocho años de reclusión, además de una instrucción durante la cual le torturaron hasta conseguir que se autoinculpara, fue incapaz de soportar las dificultades

¹⁰ Nikólai Bujarin admiraba la novela de R. Rolland, *Colas Breugnon* y coincidía con la divisa del autor: "a la alegría a través del sufrimiento".

posteriores de una vida ligada a la mía. Como ya he dicho, esta historia exige su propio relato...

El tercer ejemplo ejemplo. En 1936, cuando el mismo Bujarín ya preveía su próxima detención, se le envió a un amplio viaje por toda Europa (Checoslovaquia, Austria, Francia, Holanda, Dinamarca, Noruega) para negociar con Nikolaievski la compra del archivo del Partido socialdemócrata alemán, archivo en el que se guardaba numerosos manuscritos de Marx y Engels. En mayo o junio de ese año volvió a Moscú. Poco después, el 6 de julio apareció el último de sus artículos en *Izvestia* (hasta el 16 de enero de 1937 apareció su nombre como redactor-jefe): era un duro alegato contra el fascismo alemán. El 10 de septiembre de 1936 apareció en la prensa soviética una nota de la fiscalía de la URSS. Su contenido era algo distinto del que había reclamado Bujarin anteriormente. Se decía en ella que la investigación del caso Bujarin y Ríkov se había interrumpido pero no porque faltara el cuerpo del delito sino porque no había evidencias jurídicas de culpabilidad criminal. Bujarin pensó que eso significaba que no era culpable hasta que no se demostrase lo contrario. Sea como sea, empezaron a respirar algo más tranquilos: el proceso se había detenido (Lárina que es muy probable que la nota fuera dictada por el propio Stalin, que así los indican los acontecimientos posteriores: era una forma de hacer creer a la población soviética en la “objetividad y veracidad” de la investigación). El 16 de septiembre se le comunicó su puesta en libertad junto con la noticia del suicidio, el 25 de agosto, de su amigo Tomski.

Nicolai Ivanóvich, Bujarin, llamó a la redacción de *Izvestia*, de la cual seguía siendo redactor, anunció que se presentaría al cabo de pocos días y fue a descansar unos días con su esposa en su dacha. Antes de partir recibió un telegrama de Romain Rolland felicitándole por la rehabilitación y una carta de Borís Leonídovich Pasternak que le emocionó profundamente.

Más tarde, cuando en la segunda quincena de enero de 1937 fue eliminada la firma de Bujarin como redactor jefe de *Izvestia* y cuando durante el proceso contra Radek y Piatakov quedó claro que las cosas pintaban de nuevo muy mal para Bujarin, Boris Leonídovich le envió otra carta breve que no fue interceptada. Decía en ella, después de expresar sus dudas por los acontecimientos que tenían lugar entonces en la URSS, que “nada en el mundo podrá hacerme creer en su traición”. Bujarin se conmovió profundamente y quedó preocupado por su futuro.

*

Manuel Sacristán tradujo para la colección “Teoría y realidad” dirigida por Jacobo Muñoz una aproximación a la figura de Bujarin de A. G. Löwy, *El comunismo de Bujarin. La historia universal es el juicio final*. De la historia. En la p. 121, Löwy cuenta que en 1965 fue recibido por Lukács, “uno de los principales teóricos marxistas del presente”, para hablar de Bujarin y se encontró con una de las estimaciones más duras de su personaje como teórico. Así recordaba Löwy las palabras de Lukács:

En realidad, Bujarín no tuvo nunca una línea propia en el terreno político-teórico: oscilaba sin freno entre la extrema izquierda y la extrema derecha. Recordaré como ejemplos, primero, su absurda posición contra la

colectivización. Bujárin revelaba una forma particular de falta de solidez interior. Trotski tenía, desde luego, muchas ideas falsas, pero durante toda su vida ha tenido criterios precisos. Bujárin, en cambio, era el típico intelectual sin columna vertebral, arrastrado por las corrientes que pasan.

Sacristán, el supuestamente lukácsiano ortodoxo, escribió una presentación del ensayo en el que se manifestaba del modo siguiente sobre este comentario:

(...) En estos años de crisis civilizatoria y cultural del imperialismo, que mueve por todas partes a las oligarquías dominantes a resucitar o reinventar formas fascistas de poder, serán muchos los socialistas que, por prisa de eficacia o por salvar lo antes posible su alma, reaccionan la ruptura de tabúes con la “viril” pobreza con que Lukács edificó a Löwy en 1965, declarándole que...

Sacristán citaba a continuación algunos pasos de la declaración anteriormente reproducida.

Por lo demás, esa presentación fechada en 1972, finalizaba con estas palabras cuya falta de actualidad no logro percibir:

El libro de Löwy puede, y éste es su valor principal, contribuir a que no todo el pensamiento socialista se enquistase en la teológica certeza de las “líneas” arquitecturadas en iglesias, sino que al menos parte de él –aun sabiendo perfectamente que el intelectual burgués llamado de izquierda pierde la columna vertebral cada vez que el movimiento obrero atraviesa una crisis y que hasta se venga entonces de su enconado sentimiento de culpa magnificando teóricamente su interesada obediencia a las brisas (o modas) que él mismo sopla con narcisismo- no ignore, sin embargo, que hay que dejarse arrastrar por las corrientes históricas que desencadenan las masas. Lukács mismo habría reconocido esta utilidad del libro de Löwy, él que, cumplidos los 80 años, supo registrar finalmente la corriente que salió a la superficie entre 1966 y 1968.

El subtítulo del volumen –“La historia universal es el juicio final”- no es una simple ocurrencia del autor. Löwy apunta que no dispone de los documentos auténticos para analizar el proceso sobre la “Causa del bloque antisoviético de los derechistas y trotskistas” que se vio del 2 al 13 de marzo de 1938 (el 6 de marzo de 1937 *Pravda* anunciaba su expulsión del Partido). Las últimas palabras de Bujárin ante los jueces, la tarde del 12 de marzo de 1938 (recuérdese que fue fusilado al día siguiente, 13 de marzo), constituyen una declaración en la que Bujarin reconoce ser autor intelectual de la oposición a Stalin pero rechazando a un tiempo categóricamente todas las acusaciones de crímenes. Coincide en este punto con la narrado por Lárina en sus memorias.

Pero, apunta Löwy, en el conocido “lenguaje de esclavo” se insertan varias acusaciones contra el estalinismo –“Y así queda otra vez probado que el desviarse de la posición del bolchevismo conduce al bandidismo contrarrevolucionario”- y el momento culminante del alegato bujarinista es “aquel en que cita a su enemigo ante el tribunal más alto que el ateo y lector de Hegl podía imaginar”:

Casualmente he recibido [Bujarin] de la biblioteca de la cárcel el librito de Feuchtwanger en que habla del proceso de los troskistas. Me ha impresionado mucho. Pero he de decir que Feuchtwanger no ha llegado hasta

el fondo del asunto; se queda a medio camino, diciendo que para él no está todo claro. Pues, en realidad, todo está claro: la historia universal es el juicio final.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

EL DESAFÍO DE CONSERVAR LA BIODIVERSIDAD

Vandana Shiva, Los monocultivos de la mente. Perspectivas sobre la biodiversidad y la biotecnología. Fineo editorial, Monterrey (México), 2008. Traducción de Ana Elena Guyer. 245 páginas

Acaso no sea inadecuado iniciar esta reseña dando cuenta de cuatro historias directamente relacionadas con las tesis defendidas en este ensayo de la física teórica, filósofa de la ciencia y fundadora de *Navdaya*, un movimiento de mujeres a favor de la diversidad y la integridad de los medios de vida, amén de directora de la Fundación de Investigaciones para políticas de Ciencia, Tecnología y Recursos Naturales de la India, Vandana Shiva

La primera habla de la soja y apunta críticamente a publicidades engañosas y a desinformaciones básicas. Los chinos de antaño consideraban a la soja como un tesoro nacional, no como un alimento. De hecho, la consideraban incomible: sabían que la ingestión de soja hacía enfermar de diferentes maneras, y que era casi imposible de digerir produciendo aventamiento intestinal. Sabemos hoy que la soja está repleta de antitripsinas, moléculas que no permiten la digestión más elemental de la proteína en la dieta, y de ácido fítico, un ácido que interfiere con la absorción de los minerales esenciales del alimento. Ambas sustancias son consideradas por ello antinutrientes. ¿De dónde entonces el aprecio por la soja? Los chinos habían descubierto que sus raíces capturaban nutrientes del aire, fijaban el nitrógeno, que usaban como "estiércol verde" para enriquecer la tierra (el símbolo escrito chino para referirse a la soja es una raíz). Hasta que descubrieron que la fermentación prolongada podía neutralizar la mayoría de sus potentes toxinas, no lo comenzaron a usar como el condimento *chiang*. El *natto* aparece en 1.000 a.n.e. y el *tempeh* en los mil seiscientos años siguientes. Poco de ello se cuenta en las historias occidentales sobre el papel de la soja en la cultura china. La publicidad y el consumo no permiten límites epistémicos, no admite el matiz y la diversidad.

La segunda historia apunta a la justicia histórica. Boaventura de Sousa Santos -"Bifurcación en la Justicia"- señalaba recientemente que desde hace veinte años sopla en el continente americano un viento favorable a la justicia histórica. Desde la primera Nicaragua sandinista, a mediados de los años ochenta del siglo pasado, hasta la discusión de la nueva Constitución de Ecuador, habían venido consolidándose las siguientes ideas: 1. La unidad del país se refuerza cuando se reconoce la diversidad de culturas de los pueblos y naciones que lo constituyen. 2. Los pueblos indígenas nunca fueron separatistas. En las guerras fronterizas del siglo XIX dieron pruebas de un patriotismo que la historia oficial nunca dio muestras de reconocer. De hecho, sabido es, quien amenaza la integridad nacional -Bolivia es el ejemplo que todos tenemos en mente en estos momentos trágicos- no son los pueblos indígenas: son las empresas transnacionales, con su sed insaciable de acceso incontrolado a los recursos naturales, y las oligarquías respectivas, (con ayudas y direcciones imperiales, cuando pierden el control del gobierno central. 3. Dado el peso de ese pasado -la formulación de De Sousa es magnífica- "no es posible, por lo menos por algún tiempo, reconocer la

igualdad de las diferencias (interculturalidad) sin reconocer a un tiempo la diferencia de las igualdades (reconocimientos territoriales y acciones afirmativas)". 4. No es por casualidad que el 75% de la biodiversidad del planeta, y esto enlaza nuevamente con las tesis de Shiva, se encuentre en territorios indígenas o de afrodescendientes. ¿Por qué?

La relación de estos pueblos con la naturaleza permitió crear formas de sostenibilidad que hoy se consideran decisivas para la supervivencia del planeta. La preservación de estas formas de manejo del territorio trasciende hoy el interés de esos pueblos. Interesa al país en su conjunto y a todo el mundo. Por la misma razón, el reconocimiento de los territorios tiene que hacerse de manera continuada, ya que de otro modo desaparecen las reservas y, con ellas, la identidad cultural de los indígenas y la propia biodiversidad.

La tercera historia versa sobre las relaciones entre la tecnología y el poder y está en el haber de Enrique Martínez, el que fuera presidente del Instituto Nacional de Tecnología de Argentina. Desconozco si sigue siéndolo. La siembra sin un laboreo previo o mínimo ha sido pensada y practicada por agricultores, con variada base científica, desde hace muchísimos años con objetivos conservacionistas: puede reducir hasta eliminar la erosión, puede preservar los procesos naturales de nitrificación y formación de humus del suelo, ahorra energía, permite llevar adelante cultivos de manera armoniosa con el hábitat, "adaptándose a aquello que la naturaleza viene haciendo hace centenares de miles de años en superficies a escala humana y sin aplicación de grandes máquinas ni arsenales químicos". De hecho, en la primera mitad del siglo XX, la labranza mínima era una de las banderas contra el uso de fertilizantes artificiales en gran escala.

Esta, la mirada tradicional, conservacionista si se quiere, ya era una mirada tecnológica, no era en absoluto una perspectiva antirracional o desinformada. Llegó otra. Una gran corporación americana advirtió que podía tomar a su favor el valor cultural -vale la pena remarcarlo: *valor cultural*- de la conservación del suelo, pero rediseñó por completo la otra idea, la noción de labranza cero. Para la tecnología "Monsanto" el suelo es sólo soporte para los cultivos, todo lo demás es externo: se aplica un herbicida total de contacto (que, inicialmente, cuando se lo diseñó eliminaba toda vegetación a la que alcanzara); se utiliza una semilla resistente a ese herbicida obtenida por transgénesis¹¹; se aplican fertilizantes nitrogenados o fosfatados como para cubrir la totalidad de la demanda del cultivo. Falta solo el sol y la lluvia. Esta última se reemplaza por sistema de riego en gran escala.

El resultado tiene sólo algunos puntos en común con la tecnología tradicional: el herbicida total afecta la microfauna, las abejas y los pájaros, además de las personas, en los cada día más frecuentes casos de uso desaprensivo; el exceso de fertilizantes no procesados migra hacia los cauces de agua y los contamina con vegetación no deseada; aparecen plagas resistentes al cóctel químico que hace que las dosis se vayan incrementando.

Los rendimientos por hectárea aumentan, pero lo hacen casi como sucedería en un cultivo hidropónico, donde sin tierra se agregan todos los

¹¹ Es decir, por modificación genética consistente en insertar genes de otra especie para obtener una característica determinada. En este caso, la resistencia al herbicida glifosato

nutrientes necesarios. ¿Es éste el modelo que el mundo realmente necesita?

Existe otra derivada de la nueva tecnología, generalmente considerada la *única* tecnología que vale la pena considerar. Al reducirse la potencia necesaria por hectárea -no se mueve la tierra- se produce la paradoja que el tamaño de los equipos aumentó con el objetivo de trabajar superficies mucho mayores superficies que las tradicionales en igual tiempo. Con ese paquete" tecnológico -maquinaria, herbicidas, semillas modificadas para resistir al herbicida- se posibilitó que muy poca gente trabaje grandes extensiones; el empleo productivo disminuye, su costo también.

En cambio, el costo y la dependencia con respecto a este paquete tecnológico, patentado y controlado de modo concentrado por grandes corporaciones, aumentó. El efecto inmediato fue el gran aumento del capital necesario para ser contratista de labranza y la posibilidad de que grandes capitales financieros accedieran a cultivar la tierra, ocupando a esos contratistas y arrendando predios. Cultivar es un decir: accedieron a hacer negocios con la tierra, de forma tal que los inversores normalmente no saben ni en qué provincias están los campos que se siembran. Como sucede en cualquier "fondo de inversión", los dueños del capital (en muchos casos pequeños ahorristas, jubilados), quedan completamente desvinculados e ignorantes de la aplicación productiva de sus dineros; sólo deben preocuparse por la seguridad de su inversión y la maximización de su renta.

El efecto en cascada es conocido: la compra de insumos y la comercialización centralizadas de los productos finales quebró el tejido comercial e industrial de cada pueblo, amplificando el efecto negativo de la menor ocupación directa sobre la tierra. Aquí la diversidad de métodos y propiedades es arrancada de raíz en base a una concepción de la tecnología conducida únicamente hacia la productividad inmediata.

Un último ejemplo. Lo recordaba Gustavo Duch Guillot, presidente de Veterinarios sin fronteras. En las riberas de los ríos se emplazaron los primeros asentamientos humanos. Junto a las aguas frías y nítidas de ríos de montaña o junto a las aguas calmadas y de color marrón de ríos de selva han crecido numerosas comunidades sabiéndose cercanas al agua potable y a variados alimentos. En las selvas amazónicas los ríos proporcionan agua para una agricultura diversificada -de nuevo la biodiversidad- que garantizaba todo lo que necesitaban las familias: árboles frutales y maderables, cacao, maíz, frijoles, yuca, La pesca sumaba las proteínas a su dieta con decenas de variedades de peces con nombres que recuerdan el origen de las cosas: pirarucú, tucunaré, jaraquí, tambaquí. En los márgenes de los ríos se pueden recolectar plantas medicinales para prevenir infecciones de útero o para aliviar la tos.

Los cursos fluviales han sido territorios de biodiversidad garantes de la soberanía alimentaria. Están amenazados.

Cuando se hiere a un río se matan a muchos seres humanos. Las industrias extractivas y mineras y las fumigaciones de los monocultivos contaminan los ríos, que son las aguas que beberán las familias. La expansión de los cultivos de exportación, como la soja y los nuevos agrocombustibles, lleva consigo la tala de la masa forestal hasta los mismos márgenes de los ríos, eliminando la protección natural que ofrecían frente a las crecidas de las aguas. Pueblos enteros se los llevan las aguas sin esa protección. Todas estas consecuencias afectan a miles de familias indígenas, a poblaciones rurales

marginadas, hijas y hermanas del río, y se verán multiplicadas con la próxima construcción de una hidrovía de 4.200 km sobre el río Madera, afluente del Amazonas, con cuatro represas hidroeléctricas con esclusas para la navegación, dos situadas en Brasil, la tercera en aguas binacionales y una cuarta en Bolivia. Las represas provocarán la inundación de las tierras de cultivo provocando la expulsión de las comunidades campesinas e indígenas ribereñas, la pérdida de fauna acuática, así como el aumento de enfermedades infecciosas.

Estos resultados, nunca contemplados, deberían sumarse a la casilla del debe en las cuentas finales del Banco de Santander. Este gran banco financia -es parte de la Iniciativa para la Integración de infraestructura de América del Sur- las obras de la primera represa, la de San Antonio en Brasil, previstas para agosto de 2008.

Pues bien, en esta misma senda, este ensayo de Vandana Shiva “sobre las causas de la desaparición [de la biodiversidad] y el desafío de conservarla” es recomendable por multitud de razones. Apuntaré algunas de ellas.

Shiva nunca olvida en sus análisis la importancia de las resistencias ciudadanas ante los atropellos de gobiernos y corporaciones. La entrega, por inútil e incluso por inmoral, no está en su agenda. Un ejemplo. En las zonas semiáridas del estado de Karnataka un programa de silvicultura social del Banco Mundial promovía la destrucción de la diversidad agrícola del lugar y con ella la erosión del suelo y pérdida del agua, medios de vida y abastecimiento de biomasa para el uso local. En 1983, “el movimiento de agricultores Raitha Sangha empezó a arrancar árboles de eucaliptos de los viveros y a sustituirlos por diversas especies como mango, tamarindo y yaca” (p. 10).

Los ensayos agrupados en el segundo y tercer capítulos, en torno a diversidad biológica y biotecnología, argumentan por qué no debe llevarse por separado las negociaciones sobre diversidad biológica y biotecnológica. “Quienes consideran la diversidad biológica como simple materia prima hablan desde un punto de vista antinatural y racista, ya que conciben carentes de valor a la propia naturaleza y al trabajo de los pueblos del Tercer Mundo” (p. 12). La biodiversidad tiene una riqueza intrínseca, además de un gran valor de uso para las comunidades locales. Por lo demás, Shiva arguye sosegadamente sobre la biotecnología que podría “desatar problemas ecológicos peores de los que dice resolver”, sin olvidar una importante derivada política: cuando la diversidad biológica y sus productos provienen de países tercermundistas se ven como una herencia gratuita y común de la humanidad; cuando son ligeramente modificados en laboratorios del Norte, entonces “son considerados propiedad privada patentada”.

El cuarto ensayo incorporado es un alegato contra la noción distorsionada de la “obsolescencia de la diversidad biológica viviente, inherente al paradigma de los monocultivos, que va unida al monopolio del control de la diversidad biológica y nos pone en peligro de desastre imprevisibles” (p. 13). La diversidad como modo de pensar y de vivir, sostiene Shiva, es aquello que necesitamos para superar los empobrecidos monocultivos de la mente.

El quinto y último capítulo es una crítica al Convenio sobre Diversidad Biológica, el texto se reproduce al final del volumen (páginas 193 y

siguientes), cuya aprobación definitiva se dio en Nairobi. Shiva señala en él varios importantes errores que pueden “hacer que el Convenio tenga efectos negativos sobre el Tercer Mundo” (p. 13).

Hay, además, complementos de interés (por ejemplo, la declaración de 1975 de un grupo de científicos, James D. Watson entre ellos, sobre los peligros biológicos potenciales de la recombinación de moléculas de ADN”) y Shiva, como buena científica, no sólo escribe y argumenta con precisión sino que da datos, construye cuadros y presenta esquemas que sintetizan sus posiciones. El cuadro de la página 143 presenta los vínculos entre la diversidad biológica y la biotecnológica que, señala reiteradamente la autora, deben ser visto desde otra perspectiva.

He dejado para el final el comentario del primer capítulo del ensayo, el que da título al volumen: “Los monocultivos de la mente”. Shiva pretende demostrar en él que los monocultivos aparecen primero en la mente para posteriormente filtrarse al suelo: “debido a que la mente forja modelos de producción que legitiman la decadencia de la diversidad, pero situándolos bajo el nombre del progreso, crecimiento o mejoramiento” (p. 11). En su opinión, los monocultivos se han desarrollado no porque incrementen la producción sino porque controlan más. Su expansión guarda mayor relación con la política y el poder que con el enriquecimiento y la mejora de los sistemas de producción biológica. La tesis de Shiva se extiende desde la revolución verde y la genética hasta las nuevas biotecnologías.

Las argumentaciones presentadas recuerdan antiguas, y acaso inextinguibles, discusiones en torno a ideología, posición de clase y conocimiento científico pero es bueno recordar, sin que pretenda ser un argumento conclusivo ni una cita de autoridad indiscutida, que Shiva no ignora el terreno que pisa: es una física teórica, una destacada bióloga y, además, una reconocida y competente filósofa de la ciencia.

Daré algunos ejemplos de sus posiciones y razonamientos. Este por ejemplo de la página 15:

La desaparición del conocimiento local, en la interacción con el conocimiento occidental dominante, ocurre a varios niveles y en varias etapas. Primero, se hace desaparecer el conocimiento local simplemente no viéndolo, negando su existencia. Esto es muy fácil de hacer, con la mirada distante del sistema dominante globalizador, luego de que consideren universales los sistemas de conocimiento occidental. No obstante, el sistema dominante también es un conocimiento local, ya que tiene su base social en una cultura, una clase y un género determinado. *No es universal en sentido epistemológico. Es simplemente la versión globalizada de una tradición muy local y pueblerina* [la cursiva es mía]

No queda claro qué conocimiento consideraría Shiva epistémicamente universal. Sea como sea, para la autora no cabe aplicar la dicotomía entre lo universal y lo local al caso de las tradiciones de conocimiento occidental y autóctono ya que “el occidental es una tradición que se difundió por el mundo a través de la colonización intelectual” (p. 16). Conocimiento y poder, pues; esa es nuevamente la cuestión.

No sólo eso. Según Shiva, la colonización no sólo es un adjetivo, semánticamente adecuado, de los sistemas económicos o políticos. Resultado de una cultura dominante y colonizadora, *los sistemas de conocimiento moderno son ellos mismos colonizadores* (p. 15)

La relación entre conocimiento y poder es inherente a sistema dominante (página 16):

Como marco conceptual , está asociado a un conjunto de valores basados en el poder que surgió con el auge del capitalismo. *Genera desigualdades y dominación por la manera en que dicho conocimiento se genera y estructura*; por la manera en que recibe la legitimidad extraída a los otros sistemas y por la manera en que dicho conocimiento transforma la naturaleza y la sociedad.

No sólo por la manera en que transforma naturaleza y sociedad o por la forma en que recibe su legitimidad, sino también, y en primer lugar, por la forma en que ese conocimiento “se genera y estructura”. No se habla, pues, de aspectos externos o de sus aplicaciones tecnológicas y productivas, sino de las propias teorías, del conocimiento en sí, de su génesis, de sus finalidades, de sus nociones y leyes.

Shiva, por lo demás, critica a R. Horton y a su distinción (sin duda, extendida hasta el punto de ser un lugar común gnoseológico) entre la abertura del conocimiento científico moderno y la cerrazón del conocimiento tradicional. Todo lo contrario en su opinión. Según la autora:

[...] la experiencia histórica de la cultura no occidental indica que son los sistemas occidentales de conocimiento los que se niegan a las alternativas (p. 18).

Vandana Shiva observa, no sin razones muy atendibles, que la etiqueta científico confiere a veces un carácter sagrado o una inmunidad social al sistema occidental, acaso sin distinguir, en mi opinión, ente el uso político de esa etiqueta y las pretensiones reales de las comunidades científicas (o destacadas partes de ellas) no extraviadas. Los sistemas más abiertos, paradójicamente, son los más cerrados al examen y la evaluación. ¿Cómo? Elevándose a sí mismo por encima de la sociedad y otros sistemas de conocimiento, excluyendo simultáneamente otros sistemas del ámbito del conocimiento fiable y sistemático, el sistema dominante crea su monopolio (p. 18).

De este modo, la ciencia occidental no debe evaluarse sino que debe simplemente aceptarse subraya críticamente Shiva acaso sin matizar adecuadamente, con algún cuantificador no universal, la atalaya que pretende criticar

Un esquema sobre el conocimiento que Shiva llama dominante y la desaparición de alternativas puede verse en la página 20. Un ejemplo de lo criticado por la autora sería el siguiente:

1. En el sistema científico, que Shiva significativamente entrecomilla, que separa la silvicultura de la agricultura y reduce aquella al abastecimiento de madera, la alimentación ya no es una categoría relacionada con la silvicultura.

2. El espacio cognoscitivo que relaciona la silvicultura con la producción de alimentos ya sea directamente o mediante los vínculos de la fertilidad, queda eliminado con la anterior división.

3. De esta forma, los sistemas de conocimiento, que surgieron de la capacidad que tienen los bosques de proporcionar alimentos, quedaron ocultos y luego fueron destruidos tanto por a negligencia como por la agresión.

Ergo: el ocultamiento de otros conocimientos es una consecuencia de

la dominancia de un conocimiento que se presenta como el único saber racionalmente admisible.

Es posible, eso sí, que en algunas consideraciones la información de Vandana Shiva no sea de primera mano ni esté totalmente actualizada. Así, en su lectura de las tesis de Kuhn (p. 17), en su reflexión sobre conceptos teóricos y conceptos observacionales (p. 17) y, especialmente, en una curiosa afirmación sobre el método científico:

Según un método científico abstracto, se cree que los científicos hacen afirmaciones que corresponden a realidades de un mundo directamente observable.

No parece que sea el caso ni creo que haya sido nunca el caso. Sea como sea, las aristas críticas de Shiva a la ciencia y las filosofías de la ciencia anexas merecen atención, estudio y reflexión y no permiten un pasar página con una mera y prepotente nota al margen: “escrito por una diletante desinformada”.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

Del enfrentamiento contra leyes injustas y prácticas políticas inadmisibles.

Daniel Berrigan, *El juicio de los nueve de Catonsville*. Editorial Hiru, Hondarribia, 2008. Introducción de Andrés García Inda; traducción de Bárbara Aritzi Martín, 165 páginas.

Se trata de hacer cosas concretas, no basta con adoptar posturas abstractas. Se trata de decir no, porque, como ha señalado Jorge Riechmann y recuerda Andrés García Inda en su documentada introducción, en ese NO está precisamente el principio generador del ámbito ético y de la resistencia política bien entendida.

El juicio de los nueve de Catonsville es una obra de teatro, una obra de teatro político que toma pie en una acción de resistencia y denuncia contra la guerra de EE. UU. contra Vietnam. La posición política que vertebra todo su desarrollo se resume en unas palabras del autor que García Inda ha escogido para encabezar su introducción: “A los juristas les complace creer -o creerse- que el hombre es la suma de sus leyes (...) Para llegar a acatar profunda e inteligentemente la ley, es necesario enfrentarse a ella.”

La acción que describe, y que fue llamada la de “la banda de los Berrigan”, la reflexión que construye, se convirtió rápidamente en un punto de referencia y de discusión del movimiento pacifista usamericano, y de la comunidad cristiana en particular, que acabaría desencadenando un movimiento de resistencia civil llamado “la nueva izquierda católica”. Con antecedentes sin duda en la propia tradición americana de desobediencia civil: Paine, Henry David Thoreau y Jefferson, de quien precisamente se recuerdan en el capítulo “El día del juicio”, estas palabras: “Que Dios nos libre de que pasen veinte años sin una rebelión. ¿Qué país puede preservar sus libertades si no se advierte de vez en cuando a sus gobernantes que su pueblo conserva el espíritu de resistencia?”.

El juicio de los nueve... está compuesta por una introducción y cinco capítulos-actos: el día de la selección del jurado, el día de los hechos del caso, el día de los nueve encausados, el día de las conclusiones, el día del veredicto. Finaliza con un poema del autor, Daniel Berrigan, uno de los encausados: “[...] Imagine. ¡Imagine! Todo lo anterior / Fue una gran mentira./ Philip; tu libertad, estatura / Sencillez, el gueto donde los niños/ Se hacen los enfermos, mueren. / El juez Thomsen, golpea con un martillo al rojo vivo / La hora, la verdad. La verdad ha nacido. / Toda verdad anterior debe morir. Todo /Lo anterior -la fe, la esperanza, el amor mismo-/ Fue una gran mentira”.

Los hechos base de la obra remiten al año, a otro que también conmocionó al mundo. Revueltas estudiantiles anticapitalistas; primaveras de renovación socialista aniquiladas por tanques rusianos; un México nuevamente insurgente; una Guatemala en la que un cruel estado de emergencia intenta parar revueltas populares; Martín Luther King asesinado el 4 de abril de 1968. Mientras tanto, en Vietnam las tropas norteamericanas desplegaban una nueva ofensiva. La criminal guerra imperial parecía

prolongarse indefinidamente. El 17 de mayo de ese mismo año, siete hombres y dos mujeres irrumpieron en una oficina del servicio de reclutamiento militar de Catonsville, condado de Baltimore (Maryland, USA). Vacieron el contenido de algunos archivos en una papeleras de metal, salieron corriendo al aparcamiento que había en el exterior, rociaron con napalm casero los expedientes de movilización militar que contenían los archivos, les prendieron fuego y luego se santiguaron y se pusieron a rezar mientras esperaban la llegada de la policía. Ningún golpe hasta entonces, ningún herido, ninguna situación dramática, sólo los expedientes quemados y los pequeños destrozados anexos inevitables.

Los nueve activistas antibélicos mantenían creencias religiosas católicas y algunos de ellos, no todos, había sido sacerdotes o monjas. Thomas Lewis era un artista joven de 27 años, que trabajaba como profesor en Baltimore; George Mische, de 30 años, habían trabajado como cooperante internacional en América Latina; John Hogan, Thomas Melville y Marjorie Melville habían abandonado sus correspondientes órdenes religiosas; Mary Moylan era una enfermera de 32 años que había trabajado en Uganda en una orden católica. El autor, Daniel Berrigan, hermano de Philip Berrigan, un sacerdote que también participó en la acción, que había destacado en el movimiento de defensa de los derechos civiles, tenía entonces 47 años, era jesuita y probablemente fuera el más conocido de todos: era miembro de la prestigiosa Universidad de Cornell.

Algunos de ellos llevaron atuendos clericales en su acción. Probablemente fuera una forma de dejar constancia del enfrentamiento y distanciamiento entre la base eclesial y la jerarquía católica. Su máximo representante en Estados Unidos, el cardenal Francis Spellman, había bendecido la guerra de anexión imperial contra el pueblo vietnamita. Y un añadido: uno de los activistas, hermano del autor, Philip Berrigan, era un sacerdote católico, el primero que fue condenado por un delito político.

El movimiento pacifista de los sesenta, el movimiento de los derechos civiles, había apostado por violar la ley como método de cambio y en la repercusión de sus acciones a través de medios de comunicación no siempre entonces totalmente entregados a los dictados del Capital y afines. La acción de Catonsville buscaba, precisamente, impactar socialmente y, a un tiempo, la eficacia simbólica. La acción estaba enmarcada en ese marco del movimiento, si bien surgió en un lugar inesperado y perturbaba en cierto modo los vértices de lo comúnmente aceptado en las opciones políticas e ideológicas del momento. De hecho, unos críticos pensaron que era una deriva hacia acciones violentas; otros rechazaron la presencia de liturgias religiosas en la acción; un tercer grupo pensó que la acción era ineficaz por su aceptación del castigo y promovieron formas más pragmáticas de lucha y resistencia. La acción, sin duda, supuso un revulsivo: como señala el introductor del volumen, los nueve ponían en cuestión el carácter sagrado de algunas formas de propiedad, afirmaron que algún tipo de propiedad no tenía derecho a existir y que, como manifestó Berrigan en el juicio para justificar su acción, era preferible quemar papeles -lo que ellos habían hecho- que quemar niños -lo que el ejército estadounidense estaba haciendo en Vietnam.

El proceso por los sucesos de 17 de mayo tuvo lugar en Baltimore, bajo la presidencia del juez Roszel Thomsen, entre el 8 y el 10 de octubre de 1968. La defensa de los encausados estuvo dirigida por William Kunstler un letrado

radical que se convertiría más tarde en el abogado de las Panteras Negras. Los cargos fueron: mutilar documentos del gobierno, destruir propiedad gubernamental e interferir en la administración del sistema de reclutamiento. Los encausados interpretaron el juicio desde el primer momento como otra fase de la resistencia. Philip Berrigan lo expresó así en su diario: “En el tribunal, oponemos valores contra la legalidad, de acuerdo con las reglas legales y con poca oportunidad de éxito legal. No hay que hacerse ilusiones con la justicia: no debemos esperar sino un foro en el que comunicar un ideal, una convicción y una angustia”. El propio autor, Daniel Berrigan, hace decirse a sí mismo en el juicio su posición de fondo: “Se ha excluido nuestra pasión moral. Es como si nos hubieran sometido a una autopsia, como si hubiéramos sido desmembrados por gente que se preguntaba si teníamos o no alma. Nosotros estamos convencidos de tener alma. Es nuestra alma la que nos trajo aquí. Es nuestra alma la que nos metió en problemas. Es nuestra concepción del hombre. Pero nuestra posición moral se ha proscrito en esta sala. Es como si el proceso legal fuera una autopsia” (p. 154).

No andaba errado Berrigan: los nueve acusados fueron encontrados culpables de los cargos que les imputaban. El proceso fue una autopsia, hecha, como suele ocurrir, al dictado de otros intereses y valores no estrictamente jurídicos. Cuatro semanas después del juicio volvieron a la sala para ser sentenciados: cuatro de ellos a dos años de prisión; tres ellos de ellos, incluido el autor, a tres años de cárcel, y finalmente, Philip Berrigan y Thomas Lewis a 3 años y medio. El recurso no tuvo éxito y la corte de apelación confirmó el 15 de octubre de 1969 la sentencia anterior con argumentos similares a los que la acusación y el juez habían mantenido durante el proceso.

Dar cuenta de ese ideal, de esa convicción y de esa angustia, es el eje de esta obra de teatro que está dedicada, por lo demás, al más joven de los encausados, David Darst, fallecido en 1969, “porque la obra se acabó con esa llamada”.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

¡Viva la Ilustración!

Carlos Fernández Liria, Pedro Fernández Liria, Luis Alegre Zahonero, *Educación ético-cívica. 4º ESO. Akal, Madrid 2008, 272 páginas (Ilustrado por Miguel Brieva).*

Uno de los mejores chistes filosóficos que yo he visto y leído hasta la fecha aparece en las páginas 208 y 209 de *Educación ético-cívica. 4º ESO*. Un coche alargado, rojo-rosado, grande, usual en las películas americanas de los setenta, ocupa prácticamente toda la viñeta. A poca distancia del morro delantero, una calavera; cerca de la rueda derecha trasera, un libro abierto tirado; en letras negras destacadas: “Y, POR ÚLTIMO: UN COCHE FILÓSOFO”. Dos bocadillos para completar: el primero, que apunta al portaequipajes, dice cartesianamente: “Consumo petróleo, ‘luego existo!’”. El segundo, dirigido a la parte delantera del coche, tiene aspiraciones tan o más metafísicas: “Lo que a menudo me pregunto es: ¿existirán los seres humanos... o son sólo fruto de mi imaginación?”.

El autor es Miguel Brieva. ¿Les ha gustado? ¡Cómo no iba a gustarles! Es excelente, estamos de acuerdo. Prosigamos entonces.

Educación ético-cívica es un libro de filosofía para 4ª de ESO con todas las características que solemos exigir, cuando nos ponemos (casi) imposibles y exquisitos, a un manual para un último curso de la enseñanza secundaria obligatoria: un lenguaje adecuado para estudiantes de esas edades, una apropiada guía de lectura, conceptos destacados definidos de forma comprensible para los potenciales lectores (el dedicado al liberalismo económico en la página 114 es un buen ejemplo), sucintas biografías de los autores citados y comentados cuando la situación lo requiere, complementos imprescindibles de teoría económica y jurídica, referencias históricas resumidas, cartas o fragmentos seleccionados con criterio (la de Günther Anders, en página 199, es un ejemplo), citas destacadas que muevan y den pie a la reflexión individual o en clase, sugerencias de investigación asequibles para estas edades, breves notas resaltadas (“¿Sabías que...?”), recomendaciones bibliográficas y cinematográficas bien buscadas, desarrollos ampliados al final del capítulo o en los márgenes cuando es el caso, interesantes temas de reflexión (el ejercicio socrático que cierra el primer capítulo: “La aventura de la ciudadanía” y el magnífico, informativo y emocionante texto sobre “Cuando lo permite la democracia” que cierra la unidad XIV del bloque III, de lectura imprescindible para cualquier joven estudiante, son dos ejemplos destacados), debates filosóficos que puedan estimular a estudiantes de 4º de ESO, excelentes aforismos filosóficos (el recogido de Santiago Alba Rico es de cita obligada: “¿Cuánto hay que dejar de querer para seguir creyendo que podemos seguir queriendo lo que queremos?”), un glosario indexado, una bibliografía final que no apabulla y, por si faltara algo, unas ilustraciones –“magníficas” es un adjetivo que se queda corto- de Miguel Brieva, consistentemente complementarias del texto ilustrado pero que en sí mismas representan otro excelente libro filosófico anexo (vean, para abrir boca, la portada y contraportada del volumen y las dos penúltimas ilustraciones y la inolvidable guinda final que cierra el libro y pongan toda su alma en la atenta mirada y lectura de la ilustración dedicada

a Claude R. Eatherly (pág. 47), en la inolvidable portada de “¡Mola!” de la página 67, en la viñeta dedicada al único ejecutivo aceptable: el ejecutivo dedicado a la pereza, o en la que acompaña un fragmento nada insustantivo del *Manifiesto Comunista* en la página 172).

Estamos, pues, ante un libro del que quizá podría pensarse en una primera aproximación que interesa ante todo a alumnos de secundaria, tal vez a madres, padres y tutores de esos alumnos y acaso a profesores de filosofía, ciencias sociales y asignaturas afines o no afines que imparten la asignatura en institutos y en otros centros de enseñanza de secundaria. Es razonable extraer esa inferencia, pero cabe añadir un apunte no menos veraz: *Educación ético-cívica* interesará, formará e ilustrará también a ciudadanos, enseñantes o no, filósofos o no, que tengan simplemente aprecio o amor por el saber y que seguramente ya se sintieron subyugados por *Educación para la ciudadanía. Democracia, capitalismo y Estado de Derecho*, un libro editado por Akal y que los autores han puesto a disposición ciudadana en el apartado “Libros libres” de la página de www.rebellion.org: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=73335>.

He escrito formar y creo no exagerar. Un ejemplo personal. Yo fui durante unos veinte años profesor de filosofía en bachillerato y COU y he impartido clases de Ética durante unos quince cursos. Tengo consciencia de haber cometido algunos disparates pero no creo haber estado totalmente desinformado de las temáticas que se desarrollan en *Educación ético-cívica*. Puedo asegurar sin exageración y con veracidad no impostada que mientras leía atentamente, y con entusiasmo creciente, el libro de Carlos Fernández Liria, Pedro Fernández Liria, Luis Alegre Zahonero y Miguel Brieva, no sólo pensaba en la enorme batería de propuestas que en él se sugerían para el alumnado y profesorado, no sólo reparaba en la calidad de la argumentación del texto central del ensayo y de los comentarios complementarios, no sólo admiraba la ausencia de sectarismo en las aproximaciones filosóficas incorporadas (por ejemplo, la columna dedicada a Karl Popper en la página 84, o el desarrollo dedicado a la doctrina social de la Iglesia católica y a la teología de la liberación, páginas 176-186), no sólo me conmovía la forma en que los autores se acercaban a la época clásica y a la mitología griega, no sólo leía complacido sus reflexiones sobre la racionalidad humana, y sobre la racionalidad matemática en particular, sino que no dejaba de aprender una y otra vez sobre temas, posiciones, autores y razonamientos político-morales. Las numerosas páginas dedicadas a Kant, en este ensayo tan kantiano, son ejemplo de exquisitez y sabiduría filosóficas; las “teorías éticas” presentadas en la unidad 20 incrementan o generan el gusto por el filosofar; la destacable explicación de una de las ideas centrales del ensayo –“Nadie debe ocupar el lugar de la ley”–, núcleo filosófico esencial del libro, es de cita necesaria; las unidades dedicadas a la igualdad entre hombres y mujeres de todo el sexto bloque (en especial, la unidad 24, “La desigualdad de hecho entre el hombre y la mujer”) enseñan más que mil campañas publicitarias bienintencionadas. En fin, *Educación ético-cívica. 4º ESO* no sólo puede enseñar al alumnado de enseñanza obligatoria sino que también enseña, y no es frecuente, al lector adulto que conoce o aspira a conocer los temas desarrollados por dedicación intelectual, profesional o simplemente por gusto.

Además de todo ello, *Educación ético-cívica*, como todo libro de filosofía que se precie, tiene una tesis destacada que jamás se presenta de

forma doctrinaria y sin argumentación. Podemos enunciarla así: entre los numerosos proyectos que ha emprendido la Humanidad a lo largo de su historia, la aventura de la ciudadanía ha sido la más arriesgada y la más sorprendente, y esa aventura, desde luego inacabada, es incompatible con un sistema económico-social y civilizatorio que los autores no dudan en designar con su verdadero nombre, capitalismo, un sistema que coloca el beneficio económico y las relaciones mercantiles, y las mentiras adyacentes y sus falsarios administradores, en el puesto de mando de todo el conjunto de relaciones sociales, un modo de producción en el que, como ha recordado Boaventura de Sousa Santos, el capital siempre tiene el Estado a su disposición y, en consonancia con los ciclos, “ora por la vía de la regulación, ora por la vía de la desregulación”.

Por lo demás, los autores no renuncian a criticar de forma ajustada y comprensible para lectores no versados las deformaciones supuestamente ilustradas, los varios estalinismos, las aventuras “izquierdistas” tristemente célebres “por el número de represaliados y muertos que produjeron”.

En síntesis: no hay duda concebible ni puede haber excusa. *Educación ético-cívica* es el manual que todo profesor de secundaria ha aspirado a escribir alguna vez o cuanto menos a poder usar en clase. Ahora tiene la ocasión de aprovecharse del logro, sabiendo además que el libro está magníficamente escrito y huye, como se huye de la simplificación pueril, de esquemas repetitivos e ininterrumpidos sin apenas texto central y de aquellos manuales con una escritura tan plana que apenas recuerdan remotamente la riqueza de una lengua con historia, sintaxis y tradición.

Si queremos introducirnos en temáticas de filosofía política, si deseamos recordar (y renovar) viejas lecturas, si aspiramos a ahondar en nuestros conocimientos, *Educación ético-cívica. 4º ESO* es un magnífico instrumento que permite y abona además discusiones en clase, y también familiares, en grupos ampliados en los Institutos, que nos pueden hacer más críticos, más informados, menos manipulables y con la piel erizada ante los continuos desmanes de eso que suele llamarse la “civilización” capitalista.

Eso, si no ando errado, es generar ciudadanía no servil. Una de las razonables finalidades que acaso se hayan propuesto los autores.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

CONTRA LA FILOSOFÍA COMO TEORÍA PURA

Juan Pedro García del Campo y Manuel Montalbán García, *Atlas histórico de Filosofía (Del mundo griego al inicio de la Ilustración)*. Tierradenadie Ediciones, Madrid, 2008, 703 páginas

Existen numerosas razones para recomendar la lectura y estudio de este atlas histórico de la filosofía. Las siguientes son muestra de ese denso y poblado conjunto:

La editorial Tierradenadie publica libros que no son mercancías. No lo son porque Tierradenadie ediciones es un instrumento editorial que incluso en su propia organización impide su “conversión en maquinaria de producción de capital”. En tierradenadie, consistentemente con su elección nominal, no existen beneficios privados. Los libros que publica tienen una finalidad manifiesta: criticar la dominación y ser instrumentos para la transformación social. Este volumen de Juan Pedro García del Campo y Manuel Montalbán García no sólo no refuta sino que corrobora la anterior declaración editorial de principios.

Este *Atlas histórico de Filosofía (Del mundo griego al inicio de la Ilustración)* es un atlas filosófico contracorriente: se niega a tomar los acontecimientos históricos como mero decorado desdibujado o como simple, simplificado y olvidado contexto, como elemento prescindible no determinante, de los contenidos teóricos de las diversas filosofías considerados siempre, en general, de manera autónoma, separada y muy independiente del transcurrir histórico. La filosofía es la filosofía, se dice, y la historia es la historia.

La singularidad de este atlas reside, pues, en el esencial papel otorgado, no sólo en su declaración de intenciones sino en su propia realización, a las circunstancias históricas desde y en las que se construyen, formulan y defienden las diversas posiciones filosóficas, las diversas teorías o cosmovisiones filosóficas. De este modo, algunos autores aparecen varias veces en el atlas en función de las cambiantes circunstancias político-históricas anteriormente descritas, porque se procuran presentar “las diversas obras y concepciones de cada autor insertas en las problemáticas de su propio tiempo”.

Los objetivos del atlas son básicamente tres: presentar elementos de referencia desde los que sea posible una contextualización de la actividad filosófica; defender, desde ese material, la tesis de que la filosofía no es una actividad teórica que se cierre sobre sí misma autocomplacida y contenta de haberse conocido en un mundo transuránico de ideas eternas, y poner a disposición del lector o estudioso un material que le permita tomar en consideración las líneas básicas por las que se mueve los asuntos prácticos en el momento en que un determinado autor elabora su obra filosófica o defiende determinadas posiciones teórico-filosóficas.

Se presupone aquí, pues, que la filosofía no es una actividad que tiene como objeto de estudio una serie de problemas eternos que le son propios y que constituirían su objeto específico de investigación, sin que ello signifique anulación de la especificidad de su discurso ni menosprecio de su propio

transcurrir. La historia, se insiste, no sólo es el escenario en el que se suceden los abstrusos debates filosóficos. Así, por ejemplo, la crisis de la polis ateniense es el marco sustantivo y alimento político básico en el que se elaboran teorías filosófico-políticas como las de Aristóteles, Antístenes o Jenócrates.

La filosofía sería, así, una reflexión sobre el mundo, históricamente determinado como no podía ser de otro modo, un intento de objetivación de la realidad. Un mundo, señalan los autores, que recreándolo conceptualmente “lo signa con las marcas de la razón y lo somete a unas categorías explicativas cuyas modulaciones diversas no son ajenas al transcurrir del tiempo y al cambio de las circunstancias que lo conforman”. La filosofía se sitúa siempre en un contexto histórico, con aristas políticas, científicas, artísticas, económicas, tecnológicas, y desde él trabaja y se configura.

Como todo suceso que acaece en el mundo, también la filosofía cuenta como una de las causas que pueden modificar la realidad que tematizan, transformando o deconstruyendo cosmovisiones arraigadas o apuntando senderos que serán transitados en otros momentos históricos. Pensar en el tiempo significa también pensar contra él. Para los autores, la filosofía es, de este modo, una disciplina que produce efectos en lo teórico “ofreciendo un sentido para el mundo desde el que (y para el que) elabora su propia práctica”. Estamos ante la visión joven-marxiana de la filosofía: importa comprender el mundo e importa también transformarlo.

Por lo demás, el volumen se abre con una cita del Hegel de la *Filosofía del derecho*: “Es tan insensato abrigar la quimera de que alguna filosofía supera los límites de su presente histórico como pretender que un individuo pueda saltar por encima de su tiempo”. Sea así, no puede ser de otro modo. Pero de la misma forma que, para nuestra fortuna, hay individuos que quieren y laboran para abrir caminos que permitan la irrupción de tiempos históricos más afables, más razonables, más armoniosos, más “filosóficos”, hay igualmente filósofos que desean y laboran para que sus filosofías rompan, en la medida de lo posible, marcos encorsetados de presentes históricos no siempre aceptables.

Hay filósofos historiadores que tampoco están dispuestos a repetir eternamente la misma canción historiográfica. Nos sabemos, como quería León Felipe, todos los cuentos. García del Campo y Montalbán García son dos de estos filósofos que ven la historia de la filosofía en términos no desgastados. Aquí lo han demostrado, el futuro y deseable atlas histórico de la filosofía que arrancará de los inicios de la Ilustración con seguridad corroborará su posición y la excelencia de su trabajo.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

UNA VOZ DOCUMENTADA

José M^a Azpíroz Pascual *La voz del olvido. La guerra civil en Huesca y la Hoya. Diputación Provincial de Huesca, Área de cultura; Huesca, 2008, páginas 535.*

Lo ha señalado recientemente Francisco Fernández Buey para el ámbito de la historia de las ideas pero puede ser generalizado sin riesgo a todo el ámbito de la historiografía: “[...] Lo que hay que hacer es enunciar con precisión el problema que uno quiere resolver; arbitrar conjeturas fundadas y contrastables con la experiencia para contestar a las preguntas; tratar de derivar consecuencias lógicas de las conjeturas; inventar técnicas para someter las conjeturas a contrastación; someter a contrastación estas técnicas para comprobar su relevancia y la confianza que merecen; llevar a cabo la contrastación e interpretación de los resultados; discutir la pretensión de verdad de las conjeturas; determinar en qué dominios valen las conjeturas y las técnicas; y volver a empezar en función de los resultados obtenidos”. Este ir y volver, este conjeturar, deducir y comprobar para seguir reflexionando, esta sensata y razonable metodología ha estado sin duda muy presente en este magnífico ensayo, de tan cernudiano título, de José M^a Azpíroz sobre la guerra civil en la provincia de Huesca, y más concretamente en Huesca capital y en la comarca de la Hoya.

Componen *La voz del olvido* una introducción; primera parte: “Huesca durante la guerra civil”; segunda parte: “La zona de la Hoya ocupada por los sublevados”; tercera parte: “La zona que permaneció leal a la República”; conclusiones, fuentes y bibliografía. Se analizan en él aspectos de la violencia ejercida en la retaguardia así como la cotidianidad oscense en tiempos de sublevación fascista y resistencia. Las dificultades y penurias que padecieron los ciudadanos de aquellas tierras maltratadas por escasez de casi todo y “los destrozos materiales que produjeron los bombardeos de la aviación y de la artillería de ambos ejércitos, la evolución de las posiciones militares a lo largo de los veinte meses que duró el frente de Huesca” (p. 517). El fundamento concreto del volumen es el análisis de la violencia en la zona de la Hoya ocupada por los “rebeldes” a partir del 19 de julio de 1936 y de la violencia antifascista que se practicó en la zona que se mantuvo fiel a la legalidad republicana. El autor señala que hasta el 11 de agosto de 1937, fecha en que se disolvió el consejo de Defensa de Aragón, “esta región, y por supuesto la parte centro-oriental de la Hoya, más pareció un cantón independiente muy distante de las resoluciones que se adoptaban por el Gobierno de la República, que a duras penas fueron acatadas” (p. 517). La presencia de milicianos de la CNT y el POUM dejó su huella en este territorio aragonés.

Para el autor, ésta es una de sus conclusiones básicas, la represión antifascista fue puntual y se circunscribió al período del “terror caliente”, al verano y principios del otoño de 1936. Por el contrario, la violencia fascista sobre los opositores perduró muchos años y tuvo diferentes etapas, y fue, diferencia muy notable, producto de la planificación y sistematización, siempre desde la cúpula militar y política del incipiente Estado autoritario” (p. 518). Consecuencias de esta planificación: 756 fusilados comprobados y documentados por el bando insurgente en la retaguardia; 170 asesinados por

los milicianos. “La diferencia es sustancial: se mató 4,5 veces más en una zona que en la otra” (p. 518). Al terminar la guerra, empezó la victoria sangrienta de los sublevados, que no la paz (perversa y engañosa palabra donde las haya): 60.000 republicanos fueron condenados a muerte en todo España, 51 de ellos en la comarca de la Hoya.

De lo que fue la infamia del franquismo desde sus primeros compases militares, retratada con detalle pero *sine ira* y con enorme contención en el volumen comentado, quizá valgan estos dos apuntes. El primero está narrado en las páginas 192-193 de *La voz del olvido*.

Miguel Saura Serveto trabajaba de barrendero en Cerler, en el Pirineo oscense, durante la II República española. Acudía frecuentemente a Huesca capital. Estaba muy integrado en la organización provincial de la CNT. Saura había sido encarcelado en tres ocasiones: 1931, 1932 y 1934. Era muy conocido por las denominadas “fuerzas de seguridad”. El 18 de julio de 1936, tenía entonces 45 años, bajó a la ciudad con su hija de 8 años para informarse directamente de la situación que se había creado en la ciudad y en la provincia oscense tras el intento de golpe fascista. Fue detenido el 21 de julio. Su mujer, Pilar, que no conocía la situación, que sólo la barruntaba, tuvo que esperar a que finalizara la guerra y fue andando con sus hijos desde Cerler a Huesca para averiguar qué había sido de su marido, cuando todavía no se habían restablecido las comunicaciones por carretera y las carreteras estaban ya llenas de fosas. Sólo pudo obtener una información, machaconamente repetida: su marido, Miguel Saura, había desaparecido. Pilar tuvo que regresar a Cerler con sus cinco hijos. Ni ella ni sus descendientes supieron más de Saura hasta que el Ayuntamiento de Huesca puso una lápida en su tumba... el 23 de abril de 2003!, ¡67 años después!, que es también la de los ediles con él enterrados: Mariano Carderera, Mariano Santamaría y Manuel Sender.

Al informar de ello la prensa local, los descendientes, tres de sus hijos que aún viven, leyeron el nombre de su padre entre las personas que figuraban en la lápida. Se pusieron en contacto con José Santamaría Bellosa, hijo de Mariano Carderera, quien les entregó la partida de defunción de su padre. Figuraban en ella las circunstancias del fusilamiento de Miguel Saura: 13 de agosto de 1936, sin juicio, 22 días después de su detención.

El segundo ejemplo ostenta el mismo grado de abyección. José Sarasa Juan era un joven maestro de la FETE que ejercía en Peralta de Alcofea, un pueblecito de la comarca del Somontano, pegado a Los Monegros. Francisco Calvo Solana, uno de los alcaldes fascistas que ha tenido este castigado pueblo, hizo estas declaraciones refiriéndose a las lecturas del maestro asesinado: “[...] las que más leía eran revistas pornográficas. Dicho lo anterior se comprenderá qué clase de individuo era. La disciplina y el respeto que tenían los niños para con él era tan bajo que incluso lo tuteaban. Hacía alarde en público de tener enfermedades venéreas. Era un libertino, un juerguista que se ausentaba mucho de clase, que llevaba un tren de vida superior al que podía permitirse”.

Azpíroz Pascual señala el sonrojo que produce reproducir esas declaraciones. No se ve por qué. Eran así, algunos siguen siendo así y es bueno recordarlo. No es improbable que alguna calle del pueblo haya llevado el nombre del alcalde. Ninguna calle recuerda el maestro asesinado y en la Iglesia del pueblo, un románico tardío, hasta inicios del siglo XXI figuraba una

ostentosa placa, renovada en época muy reciente, con la consabida relación de los caídos por Dios, la Patria y la Falange. Un paseo por el cementerio del pueblo amplía el radio de acción de la ignominia.

Ecuanimidad en el juicio; estudio de fuentes; numerosas entrevistas, más incluso entre personas de la denominada “zona nacional”; énfasis en la importancia de la represión sobre maestros y profesores; historia local que no pierde visión global; documentación contrastada; mirada historiográfica inspirada en estudiosos de la altura de P. Preston, por ejemplo; mirada no cegada ante algunos desmanes desatados en el ámbito republicano; detalladas y comprensibles listas, ordenadas alfabéticamente por pueblos, de los asesinatos conocidos, con búsqueda minuciosa en los juzgados de Burgos y Salamanca,... Además de todo ello, *La voz del olvido* es un volumen magníficamente editado y sus fotos no son simples adornos. Pueden comprobarlo con la fotografía de un acto religioso en la Iglesia del Colegio de Santa Rosa de Huesca, con ostensibles símbolos nazis y fascistas (página 184), y con la entrada, magnífica sin duda, del ensayo: la fotografía que abre el volumen y que seguramente no es sólo un detalle de edición: un miliciano escribe concentrado una carta en el frente, apoyándose en un panel de madera en Montearagón¹².

En síntesis: *La voz del olvido* debería estar muy cercano a la mesa de trabajo de los historiadores y profesores de Historia de Universidad y secundaria de esa tierra de polvo, niebla y sol que llamamos Aragón.

(Por lo demás, ¿por qué seguimos llamando fuerzas nacionales, soldados nacionales, bando nacional, a los sublevados fascistas? ¿Por qué llamamos rebeldes a esos mismos sublevados? ¿Por qué hablamos del “incipiente Estado autoritario” para referirnos a un Estado amigo y colaborador durante años del fascismo y nazismo europeos, modelo de referencia de dictaduras militares como la encabezada por el fascista Pinochet en Chile?).

El autor finaliza con una palabras que es fácil hacer nuestras: “La auténtica recuperación de la memoria, entre otras cosas, pasa por la anulación de las sentencias franquistas dictadas a partir de 1938 y sobre todo una vez terminada la guerra: que los condenados por tribunales parciales o sus familiares se sientan reconfortados” (p. 520). No sólo por ello desde luego: es una cuestión de justicia básica. Elemental, querido Watson, diría el sagaz y no menos querido Holmes.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

¹² No sabemos quien es el miliciano escritor. Quiero pensar que representa al hermano de mi padre, Salvador López Campo, muerto, asesinado, como tantos otros soldados-milicianos aragoneses y españoles en la batalla del Ebro, defendiendo la legalidad republicana.

¡Pequeño gran libro!

Santiago Álvarez Cantalapiedra y Óscar Carpintero (eds), *Economía ecológica: Reflexiones y perspectivas*. Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2009, 215 páginas.

Recuerda Joaquim Sempere en la introducción de *Mejor con menos* (Crítica, Barcelona, 2009, pp. 24-25) que la economía neoclásica, en un alarde de trasnochado, criticado, superado y, a un tiempo, malentendido neopositivismo, sostiene que necesidad es un concepto metafísico, dado que no responde a ninguna realidad empíricamente observable. Sólo se pueden observar las preferencias que se manifiestan, claramente, como demandas en el mercado. Esta cosmovisión cegada y cegadora, defendida por poner un ejemplo ampliamente conocido por el Nobel consejero de Pinochet Milton Friedman y sus (numerosos y entusiastas) discípulos, sostiene que la ciencia económica no debe atender a un concepto tan borroso como el de necesidades sino al de preferencias y a sus demandas efectivas. Consecuencia, denuncia Sempere: expulsa del universo del discurso de la economía realidades que no sólo son innegables, sino que constituyen tragedias humanas que no debería ignorar de ningún modo una disciplina que pretende ser ciencia de los asuntos económicos, una teoría que sea digna de ese nombre. El hambriento, recuerda el filósofo y sociólogo barcelonés, que no tiene dinero para comprar alimento no presenta su demanda al mercado y no obstante, como es obvio, tiene una necesidad imperiosa y claramente observable.

Pues bien, el enfoque de todos los trabajos recogidos en *Economía ecológica: Reflexiones y perspectivas*, en este pequeño gran libro que comentemos, reside en un ámbito muy alejado, distante de toda reducción de la ciencia económica a modelos matemáticos sofisticados, por lo demás imprescindibles, a metodologías y perspectivas superadas y a cosmovisiones antropológicas anclada en el homo economicus maximizador de beneficios generalmente insustantivos. Como señala Jordi Roca Jusmet en su conferencia, una de las limitaciones más importantes de la perspectiva neoclásica, y del rango de políticas que plantea, es su negativa a indagar sobre el origen y la dinámica de esas preferencias. ¿Por qué? Por una mezcla, apunta Roca Jusmet, de desinterés metodológicamente inadmisibles por otras disciplinas “y de una injustificada posición normativa: se considera que las preferencias individuales –en la práctica ponderadas según el nivel de renta y expresadas poniendo precio a todo- deben respetarse tal como son actualmente” (p. 131). Ni el desinterés por otras disciplinas anexas (termodinámica, ecología) ni la naturalización (interesada) de las preferencias artificialmente construidas están presentes en el enfoque de los trabajos recogidos en este volumen cuyo origen es el siguiente:

El 11 y 12 de febrero de 2008 el Círculo de Bellas Artes (CBA) de Madrid, asociación que recuerda por sus ideas y actividades, no forzosamente por su enfoque, célebres círculos como el de Viena o Berlín, acogió simultáneamente una doble cita: la del III Encuentro de la Red de Economía Ecológica en España y el dedicado al seminario “Necesidades, economía alternativa y autocontención”, este último encuentro organizado

conjuntamente por el CIP-Ecosocial, el CSIC e ISTAS de CC.OO. De hecho, la coincidencia de conferenciantes en ambas citas, permitió organizar una sesión conjunta en la que se impartieron tres conferencias –Aguilera Klink, Roberto Bermejo y Jordi Roca- y una mesa redonda. El volumen comentado recoge estas tres conferencias, más una magnífica introducción de Oscar Carpintero y un epílogo de Jorge Riechmann.

Óscar Carpintero abre su introducción dado cuenta crítica del enfoque económico convencional y resumiendo las características básicas de un enfoque alternativo, el de la economía ecológica, que parte de un supuesto abiertamente opuesto al del enfoque convencional: el sistema económico constituye un subsistema dentro del sistema más amplio de la biosfera y no es el caso, como sostiene el enfoque criticado, que los ecosistemas se conviertan en subsistemas dentro de un sistema más amplio que sería el económico. La dinámica de los sistemas económicos está restringida y debería ser compatible, debe ser compatible de hecho y de forma cada vez más urgente, con las leyes que gobiernan nuestra biosfera, legalidades estudiadas por disciplinas como la termodinámica y la ecología.

Federico Aguilera Klink muestra en su aportación cómo aplicar un enfoque crítico y global a la gestión de los recursos naturales y al deterioro ecológico. Su tesis puede ser resumida así: el deterioro ambiental es también consecuencia directa de la bajísima calidad de la democracia que se practica en los países occidentales. Cuando el debate público argumentado es casi nulo, cuando la participación ciudadana es baja o muy baja, cuando la aplicación de las leyes ambientales es más ceremonial que otra cosa, estamos inmersos en un escenario de decisiones autoritarias y “poco ambientalistas”, eso sí cubiertas (o encubiertas) de abrigos falsamente democráticos. Mejorar la calidad de la democracia es, pues, también un requisito para ampliar la base de los grupos sociales que apuesten por nuevas formas de vida.

Jordi Roca Jusmet dedica su texto a reflexionar en torno a los instrumentos de política ambiental desde una perspectiva de economía ecológica. Señalando las limitaciones del enfoque neoclásico que apuesta, básicamente, por “internalizar las externalidades” definiendo claramente los derechos de propiedad en la esfera ambiental y mercantil, o través de una política pública basada en alcanzar supuestos niveles y precios óptimos de contaminación, el comentario final que acompaña su conferencia (p.162) resume el cuerpo central de su posición: la economía neoclásica ha idealizado, hasta el desenfoco, el papel del cálculo económico y también de los incentivos económicos en el diseño de la política ambiental. Roca Jusmet, en su trabajo, y también las otras contribuciones, argumenta que la crítica de este enfoque permite el rechazo del ideal de nivel de protección óptimo sin que en el conjunto de instrumentos de política ambiental queda descartar en absoluto el uso de incentivos económicos.

Ricardo Bermejo, el tercer participante, escribe en torno a “La política de transporte española”. Lo que aparentemente podría ser una aportación muy técnica, de escaso interés para la ciudadanía no puesta en materia, se transforma gracias a su excelente hacer en un texto magnífico, deslumbrante, magníficamente escrito, que interesa al lector desde la primera de sus líneas. Por si fuera poco, Bermejo rompe, con datos y argumentos, varios de los mitos que suelen airearse sobre la economía

española. Por ejemplo, el escaso desarrollo del AVE o similares y el déficit en infraestructuras. La economía española, apunta Bermejo, se encuentra en la cabeza europea en pocos ámbitos. Sí lo está, en cambio, en la extensión de autovías y autopistas así como en la red ferroviaria de Alta Velocidad (España, de hecho, es el segundo país del mundo tras Japón en kilómetros de alta velocidad). El Reino de España, en cambio, recuerda Bermejo, tiene un porcentaje de gasto social que oscila en torno al 20% del PIB mientras que en el conjunto de la UE25 sobrepasa el 27,3% (Suecia alcanza casi el 33%).

Jorge Riechmann cierra el volumen con una aportación en la línea de su último ensayo sobre *La habitación de Pascal: ¿qué tipo de racionalidad debe guiar el comportamiento de la especie humana en un contexto de crisis socioecológica, una racionalidad vinculada con las características biofísicas reales de nuestro mundo y más realista, por tanto, que las abstractas y sesgadas idealizaciones de la economía neoclásica? Una racionalidad no maximizadora es su respuesta, una racionalidad acotada, prudente y autolimitada que debe operar en sistemas complejos y adaptativos como son las sociedades humanas y los ecosistemas. Autocontención, quiere decir para Riechmann, “autoorganización de personas, grupos sociales, estados y “comunidad internacional” para vivir bien sin sobrepasar los límites biosféricos (las capacidades regenerativas de la Tierra). Sostenibilidad es esencialmente suficiencia y autocontención”* (p. 206).

Aguilera Klink abre su contribución con una cita de *Una sociedad a la deriva* de Cornelius Castoriadis: “Para participar, la gente debe tener la certeza, verificada constantemente, de que entre su participación y su abstención hay una diferencia. Y eso sólo es posible si se trata de participar en la toma de decisiones efectivas, que afectan a sus vidas”. De ello de habla, de eso se trata: de participar activamente en decisiones que afectan –y cómo- a nuestras vidas.

Los trabajos recogidos en este excelente ensayo ayudan a que esa participación pueda llenarse de buenos argumentos e informaciones contrastadas, requisitos que necesariamente deben acompañar a las finalidades ansiadas.

Marzo de 2009

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

POR UN HUMANISMO NO ANTROPOCÉNTRICO DEL SER HUMANO INCOMPLETO

Jorge Riechmann, La habitación de Pascal. Ensayos para fundamentar éticas de suficiencia y políticas de autocontención. Los libros de la Catarata, Madrid, 2009, 317 páginas.

El autor resume lo esencial de la situación abordada en esta, su última publicación, en el haiku 29 del Epílogo. En 2006, *The Lancet* publicó un estudio de investigadores norteamericanos y daneses. Algunas de sus conclusiones: millones de niños en todo el mundo podrían haber sufrido, pueden seguir sufriendo, daños cerebrales por efecto de la contaminación industrial. El artículo denunciaba la existencia de una pandemia silenciosa de trastornos en el desarrollo neurológico –autismo, retraso mental, parálisis cerebral, déficits de atención- causados por productos químicos tóxicos vertidos en el ambiente. El efecto es real aunque muy difícil de calibrar, de medir con exactitud. Los autores del estudio identificaron unos 200 productos químicos industriales potencialmente perjudiciales para el cerebro humano. Eran, por otra parte, sólo la punta del iceberg. Se sabe actualmente que hay más de 1.000 productos químicos que son neurotóxicos en animales. Los investigadores en cuestión alertaban que era probable que también lo fueran para los seres humanos. Funciones tan básicas para los seres humanos como la respiración, la reproducción, el normal funcionamiento cerebral se ven crecientemente amenazados. Y a eso, aun que generalmente se oculte, se le suele llamar progreso, desarrollo industrial, y se entonan marchas triunfales para celebrar nuestros éxitos. Es la visión fáustica de la tecnociencia contemporánea y de nuestra civilización imprudente. Aquilatar y denunciar esta cosmovisión es uno de los motivos para recomendar, esta vez sin contención, la lectura y estudio del nuevo libro de Jorge Riechmann.

Las razones se agolpan para ello: el propio título, la temática, las citas elegidas, las referencias poliéticas del autor (Pasolini, Castoriadis, Russell, Jungk), la argumentación desplegada, la enorme erudición, las fuentes de documentación, el saber científico acumulado por el autor, la filosofía y belleza que inspiran su escritura, la esencialidad del tema investigado, la prudente relación entre conocimiento, análisis y posición poliética. Estamos ante un nuevo y excelente libro del poeta, traductor, ensayista, profesor y destacado activista Jorge Riechmann. Su temática básica es apuntada en la contraportada del volumen: la dimensión de la crisis ecológico-social, la gradación de la cual no deja aumentar día tras otro, nos obliga a pensar nuevamente, a repensar si queremos en circunstancias muy distintas de las tradicionales, la condición humana y el encuentro con los otros, en circunstancias, las nuestras, de un “mundo lleno”.

La habitación de Pascal, este es el hermoso título del libro comentado, es la última pieza del Pentateuco ecosocial del autor (la broma-ocurrencia es del librero Francisco Puche). La inicial trilogía de la autocontención se ha acabado convirtiendo, señala Riechmann, en una pentalogía. Por ahora. añadido. Esta sería su ordenación ideal: *Un mundo vulnerable*, *Biomímesis*,

Gente que o quiere ir a Marte, La habitación de Pascal y Todos los animales somos hermanos. En el libro que comentamos se reflexiona sobre cómo encauzar, modelar o ralentizar el ímpetu de autotrascendencia del ser humano, peligrosa e interesadamente magnificado se señala, por una tecnociencia ciertamente prometeica. Componen *La habitación de Pascal* una introducción (que no deberían dejar de leer), once capítulos (especialmente destacable es, en mi opinión, el segundo, el dedicado a la racionalidad ecológica, un final y un epílogo poético: “Oikos & Jaikus. Penúltimas reflexiones sobre la crisis ecosocial”. Un ejemplo de estas reflexiones que cierran el volumen.

Desde comienzos de los '70 del siglo XX y a pesar de todos los esfuerzos de ecoeficiencia, la demanda europea de recursos naturales ha aumentado en un 70%. Cada europeo precisa de promedio 4,9 Ha de tierra productiva para mantener su estilo de vida. El promedio mundial es de 2,2 Ha. El estilo de vida chino exige 1,5 Ha y el norteamericano 9,5 Ha, casi cinco veces el promedio mundial. Conclusión: el desarrollo sostenible, tal como apuntan Ernest García y Lovelock, señala Riechmann, hubiera sido una excelente idea hace doscientos años, o incluso hace menos tiempo. Hoy, en cambio, de lo que se trata realmente, apunta el autor, es de organizar una retirada sostenible. Retirarnos, pues, de un camino que, según todos los indicios contrastados, conduce a nuestra autodestrucción. Modelar, pues, prudentemente nuestro ímpetu de trascendencia.

Y para ello, en ocasiones, para señalar tareas y apuntar caminos, el humor es buen compañero. Estos tres ejemplos que Jorge Riechmann anuncia con serio sentido del humor son un ejemplo: *principio de las proporciones mandelianas*: por cada Mandela hay doscientos Bus (I o II, como prefieran); de acuerdo, pero Mandela existe; *principio de las probabilidades improbables*: si Grecia pudo ganar la Eurocopa de 2004, o incluso España, si me apuran, la de 2008 (excusen los ejemplos fultoblísticos), entonces podemos colmar el abismo Norte/Sur y detener el desastre ecológico. Finalmente, *el principio de la autocontención*: rechazar el fanatismo, reconocer la ignorancia, los límites del mundo y del ser humano, el rostro amado...Esta es la cuestión. Camus dixit.

Riechmann argumenta y alerta a lo largo del volumen sobre la gravedad de nuestro momento histórico: ante nosotros se despliega, señala (p. 101), una disyuntiva excluyente: o bien adaptamos la tecnoesfera al medio natural (la técnica biomimética que él defiende y sobre la que ya ha escrito documentadamente) o bien adaptamos el organismo humano, los organismos vivientes en general, y el medio natural a la tecnoesfera, la tecnociencia sintética. Riechmann despliega multitud de razones que abonan la primera vivía, aunque, sin duda, por miedo, por pereza, por intereses creados y alimentados, seguimos transitando por el segundo camino suicida. Urge cambiar nuestro rumbo.

La tarea señalada por el autor, siendo, como es, la tarea de la hora, una de las grandes tareas de nuestro tiempo, no es en ningún caso tarea fácil. Una cita de Berger, que encabeza el Epílogo, pone el dedo en la llaga, que diría el malogrado maestro Javier Ortiz: no sólo se están extinguiendo actualmente especies vegetales y animales sino necesidades humanas, prioridades humanas que se ven diaria y sistemáticamente rociadas de eticidas: agentes que matan cualquier idea de historia y de justicia.

Especialmente atacadas, recuerda Berger y apunta Riechmann, son aquellas de nuestras prioridades que proceden de la necesidad humana de compartir, legar, consolar, condolerse y tener esperanza.

Vale la pena remarcarlo: prioridades que proceden de necesidades. Porque, como señala Riechmann, una de las mayores dificultades para hacer frente a la crisis ecológico-social reside en que no conseguimos hacernos cargo colectivamente en serio de la gravedad de la misma, de su terrible excepcionalidad.

Pero la gravedad y la excepcionalidad de la situación no son simples quimeras, no son ensoñaciones alarmistas de cuatro irresponsables. Reconocer lo que somos, lo que tenemos que ser, como señaló Camus, basta para llenar nuestras vidas y ocupar nuestros esfuerzos.

Es un magnífico plan de trabajo para superar todo nihilismo paralizador.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

LAS SÓLIDAS Y PODEROSAS RAZONES DE UN MOVIMIENTO UNIVERSITARIO Y CIUDADANO.

Carlos Fernández Liria y Clara Serrano García, El Plan Bolonia. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009, 104 páginas.

Lo contaba recientemente Michael D. Yates, editor asociado a la *Monthly Review* –“El trabajo es un infierno. Historias de la clase obrera de nuestros días” <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2595->. Beverly Peterson es una profesora de universidad que tras pasar gran parte de su vida intentando obtener su doctorado, se convirtió en una "profesora gitana", enseñando aquí y allí y en cualquier lugar, bajo condiciones terribles y por muy poco dinero. Cerca del 40% de los profesores universitarios usamericanos lo son hoy a tiempo parcial y ganan alrededor de 2.000 dólares por curso y sin beneficios, como suele decirse allí, de bienestar social. Desde que aprobó unos exigentes exámenes en la Universidad William and Mary en 1992, Peterson estuvo buscando un puesto de trabajo a tiempo completo en algún departamento de “Estudios Americanos”. Tres años más tarde, tras 121 cartas y dos entrevistas prosigue su búsqueda. Para poder subsistir suma dos puestos de profesora interina. Viaja regularmente en su coche desde su casa en Smithfield, Virginia, hasta sus puestos de trabajo en la Universidad Thomas Nelson Community en Hampton, a 40 minutos de su casa, y luego hacia la Universidad William and Mary, a otros 40 minutos. En el barco con el que debe cruzar el río James para colmar este último trecho de su via crucis, trabaja con notas y materiales para la enseñanza. El cuentakilómetros de su Chevrolet de cuatro años marca 97.000 millas, unos 156 mil kilómetros, 40 mil anuales. “Me gusta mi trabajo, pero deseo poder hacerlo en circunstancias menos complicadas”, ha señalado Beverly Peterson.

El Plan Bolonia, documentado, útil y magnífico libro de intervención político-cultural, está estructurado en un prólogo, tres capítulos, la conclusión (“La vida con y sin Bolonia”), una muy interesante cronología donde justamente se destaca la importancia del movimiento estudiantil en todo el proceso (un movimiento, apuntan los autores, “valiente, heroico, riguroso y ejemplar”) y una bibliografía sucinta. *El Plan Bolonia* presenta y critica tenebrosas aristas de la situación, muy similares a la anteriormente señalada. El pragmático y mercantil espíritu pro-bolonés (y concepciones afines) es resumido con las siguientes palabras: “La universidad debe dejarse de pamplinas inútiles, como la búsqueda de la verdad, y poner los pies en el suelo; o lo que es lo mismo, la Universidad debe dejar de ser un paréntesis para el tiempo libre de la razón y el pensamiento y empezar sin más a ser rentable” (p. 91).

Los autores del volumen, Carlos Fernández Liria (CFL) y Clara Serrano García (CSG), inician su exposición con la conocida cita aristotélica: “Todos los seres humanos por naturaleza desean saber”. De eso se trata, de saber y de saber de forma documentada, sin manipulaciones. CFL y CSG señalan con nitidez lo que se esconde detrás de tanta confusión. No es poco: la destrucción de la Universidad pública europea, su mercantilización y su puesta al servicio de las grandes corporaciones. No es un interpretación

exagerada fruto de ningún izquierdismo incorregible. Es, señalan los autores, “una declaración de intenciones explícitamente recogida en todos los documentos oficiales que están en la base de la reforma” (p. 9). No están solos en su valoración. Como se señala en el prólogo del libro, treinta universidades francesas “se han declarado en huelga indefinida contra la mercantilización de la enseñanza” y trece rectores han hecho un llamamiento a las universidades europeas para combatir esta reconversión empresarial de los estudios superiores. También en España el combate es cada día más mayoritario. En el principio han sido la acción y la protesta.

En el primer capítulo del libro se defiende una tesis tan simple como ocultada: Bolonia no existe. La creación de un espacio europeo de educación superior (EEES) es una tapadera de un proceso más profundo decidido a puerta cerrada en las cumbres de la OMC y en el marco del Acuerdo General de Comercio de Servicio (GATS). Se trata de reconvertir la universidad pública europea en una institución rentable al servicio del mundo empresarial. La propia declaración de Bolonia de 1999 no fue más que “propaganda que intentaba enmascarar lo que realmente iba a ocurrir” (pp. 12-13). La propaganda ha continuado sin tregua desde entonces: una campaña descomunal de desprestigio se emprendió contra la Universidad pública. Los mitos que rodean al proyecto boloñés -homologación, movilidad y cambio del modelo educativo- son deconstruidos en las páginas 17-24 de este primer capítulo.

El capítulo 2 -“Una universidad basura para un mercado laboral basura”- critica el interesado desenfoque con el que es abordada la superación de las insuficiencias de la institución (que no se niegan desde luego, como por otra parte ocurre en muchas otras instituciones públicas o privadas, empezando por aquellas mismas que señalan la necesidad de eficacia y rentabilidad): “El problema es que Bolonia soluciona los males de la Universidad pública como la guillotina se podría decirse que cura los dolores de cabeza” (p. 33). Los autores desmontan la posición defendida por las autoridades del Ministerio y de las Universidades: hay que defender el proceso de Bolonia porque no se trata de mercantilizar los estudios superiores sino de poner la Universidad al servicio de la ciudadanía. Los críticos, señalan las autoridades, ven empresas por todas partes, son alarmistas, catastrofistas y apocalípticos. También aquí los autores muestran su posición con meridiana y documentada claridad: “Dónde se ve la mano de los empresarios en todo este proceso? Muy sencillo: en todos y cada uno de los documentos oficiales que están en la base de la creación el EEES” (p. 39). Así, en un informe de la OCDE de 1996, se marcaba la siguiente estrategia: “Las familias reaccionarán violentamente si no se matricula a sus hijos, pero no lo harán frente a una bajada gradual de la calidad de la enseñanza y la escuela puede progresiva y puntualmente obtener una contribución económica de las familias o suprimir alguna actividad. Esto se hace primero en una escuela, luego en otra, pero no en la de al lado, de tal manera que se evita el descontento generalizado de la población” (p. 48). El apartado 4 de este capítulo -“La mercantilización en las facultades científicas”- es ilustrado magníficamente a partir de un estudio, recomendable sin sombra de duda, de Teresa Forcades i Villa intitulado “Los crímenes de las grandes compañías farmacéuticas”

El capítulo 3 -“El mito de ‘aprender a aprender’- es una argumentación

crítica contra la idea, igualmente extendida, que Bolonia representa una auténtica revolución educativa que pretende poner la universidad al servicio de las nuevas demandas sociales. Nada de eso. En opinión de los autores “se trata del equivalente a una reconversión industrial del mundo académico” (p. 76). Toda la geografía del mundo académico, señalan, se verá forzada a amoldarse a los intereses profesionales y a las prioridades de investigación empresarial. Las páginas dedicadas al master de formación del profesorado (páginas 80-82 y 85-88) son de lectura obligada. No se las pierden.

En la conclusión los autores extraen punta cívico-política del análisis anterior: en lugar de ciudadanos y ciudadanas libres con autonomía de acción y de pensamiento, en lugar de ciudadanía crítica con el mundo en que vivimos, lo que se demanda y pretende de la Universidad tras esta estrategia de reconversión es la “producción” de trabajadores-autómatas “capaces de ser muy productivos y de adaptarse servilmente al mundo empresarial” (p. 91). La Universidad buscada no va a ayudar a forjar caracteres libres, con capacidad para cuestionar el destino al que se les quiere someter. “Se pretende producir sujetos flexibles, fácilmente amoldables, dispuestos a vender su vida a cambio de un salario, no personas capaces de tener juicio propio” (p. 91).

Cabe señalar, por otra parte, que este movimiento universitario y ciudadano, sustancia del volumen comentando, del que los autores forman parte destacada, ha conseguido, una vez más, probar que las erróneamente denominadas causas imposibles suelen ser, por el contrario, muy posibles y que alzar la voz, y moverse en direcciones razonables y justas, suele dar resultados fructíferos. No es poco lo que se ha conseguido hasta ahora: levantar en pie de resistencia el mayor movimiento universitario de los últimos veinte (o más) años con una arista anticapitalista, o cuanto menos antimercantilista, nada ocultada.

El libro, apuntan los autores, “alberga un agradecimiento infinito hacia los estudiantes que tanto han trabajado estos años por defender la Universidad” (p. 10). Vale la pena resaltarlo y es obligado sumarse al agradecimiento.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

CARGADO DE ERUDICIÓN Y PERSPECTIVA FEMINISTA

Emily Wilson, *La muerte de Sócrates. Héroe, villano, charlatán, santo*. Montesinos-Biblioteca Buridán Barcelona, 2008, 202 páginas. Traducción de Josep Sarret Grau.

Varios estudiosos de finales del siglo XX han sostenido que el relato que hace Platón de la muerte de Sócrates no es fiel, es demasiado bueno y bello para ser verdad. La ingestión de cicuta produce babas, hace que sudes profundamente, provoca dolor de estómago y de cabeza, vómitos, aceleración del ritmo cardíaco, convulsiones, sequedad bucal y estremecimientos. El cuadro no se asemeja en absoluto a la descripción de la muerte que hace Platón en el *Fedón*. La visión platónica, tan alejada de los verdaderos síntomas, tan puesta en escena, sugiere que su versión es netamente ficcional si bien basada en un hecho real. Ergo...

No hay, no debería haber consecuencias precipitadas. Enid Bloch ha puesto en entredicho esa visión más realista, menos ficcional, muy antiplatónica. Bloch -acaso el nombre no sea casual en este caso- ha probado que Platón nos ofrece una descripción fiel de los probables síntomas médicos de Sócrates durante los últimos instantes de su vida: la cicuta venenosa, una de las tres variantes de la cicuta, no afecta al sistema nervioso central, sino sólo al sistema periférico, de ahí que los que la ingieren se vean afectados exactamente en la forma descrita por Platón: su cuerpo se agarrota poco a poco hasta que mueren indoloramente una vez que la parálisis afecta al sistema respiratorio o al corazón.

Esta es una disquisición, de las magníficas e informadas disquisiciones, que nos ofrece la autora de *La muerte de Sócrates*. Emily Wilson, filósofa por el Balliol College de Oxford y doctora en Literatura Inglesa del Renacimiento por el Corpus Christi College de Oxford y doctora igualmente en Literatura Clásica y Comparativa por la Universidad de Yale, responde con *La muerte de Sócrates* a una pregunta que de formas diversas vuelve a aparecer, una y otra vez, en los estudios culturales y en las historias de la filosofía no estrictamente académicas: ¿por qué hemos de seguir ocupándonos de un hombre, de un filósofo, el padre de la filosofía occidental según la mayoría, que durante su vida hizo poca cosa más que hablar y hablar y que se suicidó -dice Wilson, más bien lo suicidaron- bebiendo cicuta en una cárcel ateniense en -399, hace más de 2.400 años?

La muerte de Sócrates, no es ninguna exageración narrativa, ha ejercido un impacto en la cultura occidental comparable al de la muerte de Jesús. Ese es precisamente el propósito central del ensayo: explicar por qué esa muerte ha sido tan importante, durante tanto tiempo y para tantas personas.

La autora responde a la pregunta con erudición admirable, con una exquisitez y elegancia poco comunes y, desde una perspectiva, la que se quiere resaltar en esta nota, que es justo denominar mirada feminista sobre la historia de la filosofía. Las palabras finales que cierran el relato, cuando Wilson describe la aproximación a Sócrates de Dürrenmatt, son claro y neto indicio de ello: "(...) Jantipa nos cuenta que la muerte de su esposo por medio de la cicuta fue simplemente "la consecuencia natural de ser tan buen

bebedor". 'Sócrates murió como Sócrates', declara. Jantipa, que tantas veces ha sido excluida de la historia de la muerte de su esposo, es la que tiene finalmente la última palabra" (p. 181). También la autora se la otorga.

Como ella misma señala, Wilson hace arqueología de las ideas: muestra de dónde viene nuestra moderna visión de Sócrates como mártir de la libertad y hasta qué punto difiere nuestra visión de otras historias que se han contado sobre él, su vida y su muerte, a lo largo de la historia. ¿Desde qué punto de vista construye su relato? Desde la convicción declarada de que "la presencia de una multiplicidad de voces, incluidas las que disienten, incluidas las voces de los muertos, no pueden sino reforzar intelectualmente nuestra comunidad. Si los tábanos han de ser beneficiosos, tenemos que ser capaces de sentir de verdad el dolor de su picadura" (p. 14). Apunta también, desde luego, que a veces Nietzsche tenía razón cuando echaba las culpas al decadente Sócrates de la posterior decadencia de la civilización occidental. Aún más, todavía vivimos a la sombra de lo que Nietzsche llamaba el 'racionalismo ingenuo' socrático.

En cuanto al tema central, la muerte de Sócrates, su posición es clara: "me siento desgarrada entre una enorme admiración y una sensación igualmente abrumadora de rabia" (p. 14) (La sombra de Nietzsche, nuevamente, es alargada: también él tuvo una relación de amor-odio con Sócrates motivada por los sentimientos encontrados que tuvo respecto al valor de la razón humana a lo largo de su vida). Veneración de Wilson por un hombre que fue capaz de decir la verdad al poder, que creyó en una vida dedicada a la búsqueda de esa verdad, pero, al mismo tiempo, reservas frente a un hombre que siempre parece estar más allá de sus propias investigaciones, que nunca pone realmente sus propias creencias en entredicho. Por lo demás, la autora señala, y remarca, que encuentra la vida familiar de Sócrates o la falta de ella particularmente difícil de admirar. "Cuando Sócrates optó por arriesgarse la vida con la práctica de la filosofía, y cuando aceptó acatar la sentencia de muerte, estaba condenando a su mujer y a sus hijos a una vida de pobreza y humillación social. Desde esta perspectiva, su disposición a morir empieza a parecer, no un acto de valentía, sino una irresponsabilidad" (p. 15). Aún más, apunta la autora, Sócrates murió por la verdad pero también por obediencia a su propia deidad religiosa personal. Murió también, pues, por fe, incluso por superstición. Wilson desconfía de un autor que creía en un espíritu invisible, su daimonion, que le susurraba palabras al oído y que le permite morir "con esa tranquilidad, con esa ausencia de dolor y, por encima de todo, con esa locuacidad" (p. 15).

Wilson, por lo demás, trata a veces a Sócrates como un coetáneo, como un coleguilla de su Universidad. Se pregunta por ejemplo si Sócrates fue realmente un buen maestro. Su respuesta: depende cómo consideremos la educación humanística: si se trata de inducir a los estudiantes exclusivamente a examinar sus propias vidas o tenemos obligación de enseñar también cosas concretas como hechos o habilidades. La posición socrática de que él nunca enseñaba nada porque nada sabía que tuviera valor realmente o porque el verdadero conocimiento siempre surge de nuestro interior nos deja algo insatisfechos: "...si un estudiante solicita una información objetiva, no sirve para nada decirle: "¿Y tú qué piensas?". Me temo que una floja versión del método socrático se ha convertido en algo habitual en muchas aulas universitarias" (p. 16).

La descripción del contenido de esta ensayo nos es ofrecido en las páginas 22-24 de su introducción. He aquí un resumen de la descripción de la autora:

En el primer capítulo se describen las enseñanzas filosóficas de Sócrates. Muestra la autora por qué sus ideas parecían tan peligrosas a sus contemporáneas, al mismo tiempo que sugiere “que los atenienses pueden haber tenido buenas razones para lacerar con la vida de este pensador extraño y radical” (p. 22).

En el segundo capítulo, nos adentramos en el contexto social del juicio. Tal elemental como lo siguiente: “Para poder entender bien la muerte de Sócrates, hemos de conocer la historia de su tiempo, a sus amigos, su familia, sus enemigos y sus amantes” (p. 22). Sócrates, recuerda la autora, no sólo fue condenado a muerte por sus ideas sino por las personas con las que se relacionó.

Las fuentes son el tema del tercer capítulo. No tenemos forma de acceder directamente a los hechos. Sabemos lo que sucedió a través de la mirada de sus discípulos, de Platón y Jenofonte principalmente. Es con ellos con los que se inicia la leyenda socrática.

Los cuatro capítulos siguientes dan cuenta de la recepción posterior que tuvo la muerte y cómo ese hecho cultural ha sido relacionado con otros muchos problemas diferentes en diversos momentos de nuestra historia. El siglo XVIII, por ejemplo, es un momento culminante en la historia tal como es narrada en el libro. Fue ése un período de un interés particularmente intenso en la muerte de Sócrates. “La muerte de Sócrates se convirtió en una imagen representativa de la vida de la mente compartida, y proporcionó un locus para los debates acerca del poder y las limitaciones de la razón” (p. 23).

Después de la Ilustración, es el último capítulo del libro, se produjo una mutación radical en la percepción de la muerte de Sócrates: de representar los placeres de la amistad intelectual paso a representar la soledad del intelectual que se opone al conformismo social. Durante el siglo XX, sostiene la autora sin excesivos matices y en tesis muy discutible, “el enfrentamiento de Sócrates con sus jueces fue visto a través de las lentes del totalitarismo moderno” (p. 24). Otras lecturas son posibles, otras lecturas han sido realizadas. Seguramente la autora haya tenido en su juicio una excesiva consideración de la influencia y legado del ensayo de I. F. Stone, *El juicio de Sócrates*, un libro de 1988 que inspiró, cuatro años más tarde, una obra para televisión del mismo título del dramaturgo Peter Barnes.

Por lo demás, la inclusión de reproducciones no es accesoria en el volumen y los comentarios de la autora sobre ellas, parte sustantiva del relato, no mero adorno, no son sólo prueba de su erudición y conocimientos sino de su destacada sensibilidad artística.

Señala la autora que como maestra, académica, aspirante a intelectual y a vivir una vida plena, está interesada en saber si puede tomar a Sócrates como referente, como modelo. ¿Debemos anteponer la búsqueda de la verdad a todo lo demás: la familia, el bienestar material, las finalidades de nuestra comunidad, por ejemplo? La pregunta sigue teniendo vigencia para todos y las respuestas no tienen por qué elegir entre dos términos extremos de una disyunción sin duda conciliable.

Diciembre de 2008.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

RAZONABLE Y ADMIRABLE CRÓNICA DE UN MIRISTA QUE FUE RESPONSABLE DE LA SEGURIDAD DE SALVADOR ALLENDE

**MAX MARAMBIO, LAS ARMAS DE AYER. DEBATE, MADRID,
2008,. 239 PÁGINAS. PRÓLOGO DE GABRIEL GARCÍA
MÁRQUEZ.**

El Viejo Topo, julio-agosto de 2009.

Lo confieso: no había leído hasta la fecha muchos libros como éste. No hay referencia alguna a Walter Benjamin a lo largo de sus más de 200 páginas, que se leen como una excelente y nada insustantiva novela de aventuras y/o acción, pero *Las armas de ayer* está impregnado de arriba abajo, de izquierda a derecha, de unas de las tesis sobre la historia más esenciales del autor de *Iluminaciones*: la necesidad de contar la historia desde abajo, desde la perspectiva de los perdedores, de los desposeídos, desde el punto de vista de los que han sido orillados usualmente por la Historia, o incluso por la historia.

Las armas de ayer -¡qué hermoso título!- es la autobiografía político-intelectual de un revolucionario, de alguien que recibió instrucción militar en Cuba durante un tiempo, y regresó a Chile para formar parte activa en el proceso de construcción del socialismo, un proceso que sigue causando admiración, dolor y rabia en todos los lugares del mundo donde la dignidad no ha quedado reducida a una palabra vendida al peor postor del mercado central de la ciudad.

Guardaespaldas de Allende durante unos años, militante crítico del MIR, distanciado durante un tiempo de la organización aunque no desvinculado, su actuación después del golpe, su permanencia en la embajada cubana con el firme apoyo del embajador sueco (un socialdemócrata que no había renunciado a la socialdemocracia), su capacidad de combate, su compromiso firme por entregar las armas que allí se guardaban con el objetivo de cuidar las venas abiertas, enrabetadas y aún no vencidas de la resistencia mirista, merecen un lugar destacado en la historia universal de la dignidad y el coraje. Nos les cuento nada, no sería justo, pero no pierdan detalle. Y no se pierdan el detalle de la hondura con que Marambio se aproxima a un personaje grande, enorme, que sigue creciendo como "La Payita" (con quien, por cierto, compartió una exitosa noche en casinos).

Es posible que algún lector piense y sienta que sus aproximaciones a Castro y a Allende son exageradas, acrílicas, entregadas, cegadas, excesivas. No lo creo, no logro compartir esa valoración. Los grandes, que como casi todos los demás cometen errores y en ocasiones meten la pata hasta lo más profundo de nuestro ser y nuestras finalidades básicas, merecen relatos tan cercanos, tan próximos, tan entusiastas como el que les dedica el autor.

Uno de los pocos episodios que aparecen en el libro y que no contaron con la participación de Marambio -"El camino hacia la muerte de Salvador Allende"- narra los últimos momentos del compañero Presidente. No se lo pierdan. Dice

mucho del autor y de su ética y filosofía política. Tenía razón García Márquez cuando le sugirió su inclusión. Cuenta algo, por ejemplo, que yo desconocía: el ofrecimiento, la llamada de Miguel Enríquez al presidente Allende para sacarle del Palacio de la Moneda y proseguir la resistencia en barrios obreros.

Ahora le toca usted, ahora es su hora, parece que le respondió Allende. *Las armas de ayer* libro tiene, desde luego, varias enseñanzas políticas. El autor es crítico del MIR sin alejarse de su historia ni de sus actuaciones. Pero esa crítica no es obstáculo para reconocer la grandeza de un proyecto y la sinceridad de una generación de militantes (universitarios, obreros, campesinos, profesionales) que quiso, con razón y razones, asaltar los cielos y no lo hizo, como es sabido, para su propio beneficio. Los admirables saltos de clase, no hacia arriba, sino hacia abajo, fueron frecuentes en aquel Chile que no puede olvidarse.

Hay otra arista que Marambio señala en el libro y que ha destacado en conversaciones o entrevistas para documentales y películas y que, en mi opinión, no sólo apunta al MIR y a su trayectoria política durante esos años, sino a otras historias y a reflexiones actuales. Uno de los grandes problemas, acaso el decisivo, de la izquierda que en verdad quiera transformar el mundo es construir las condiciones que permitan poder hacer realidad sus palabras. No basta con tener espíritu crítico, no basta con señalar las insuficiencias de un proyecto político-constitucional que estaba condenado a ser lanzado a un abismo criminal por un golpismo siempre activo y activado desde centros oligarcas y nudos imperiales por individuos de la bajeza moral de Nixon y Kissinger, no basta con insistir en postulados básicos de la tradición, no basta con señalar nominalmente los caminos que han de recorrerse si se quiere vencer. No basta desde luego. Es necesario, por si alguna vez lo hemos dudado, organizar y concretar política y materialmente los senderos que razonablemente se señalan. Si no es así, si esta esencial operación complementaria no se construye, los proyectos políticos se convierten en una interesante charla vecinal, académica o de camaradas entusiastas que dura lo que duran los caramelos afables antes que las garras del golpistas, oligarcas, extremas derechas y gentes de muy mal vivir, y peor compañía, arrojen sus tanques, pistolas y municiones sobre la mejor y más noble de nuestras ensoñaciones, en un día o una noche hermosa, llena de dignidad y coraje... pero acompañada, eso sí, de miles y miles de muertos que pierden todo y a todos. Hablar y señalar es prepararse para la acción. No puede haber muros infranqueables entre Palabra y Acción.

El autor, Max Marambio, nació en Santa Cruz en 1947. Cursó estudios universitarios en Cuba desde 1966, que interrumpió poco tiempo después para formarse como guerrillero, regresando a Chile en 1968. Se vinculó entonces al MIR, al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, pasó a la clandestinidad y de allí salió a la luz en 1970 para asumir la máxima responsabilidad de la escolta del presidente Allende. Tras el golpe de Pinochet viajó a Suecia y de allí a Cuba donde formó parte de las tropas especiales, cumpliendo misiones internacionalistas en varios lugares del mundo. Angola y Mozambique entre ellos seguramente. Con estas palabras precisamente cierra *Las armas del ayer*:

Piñeiro sólo me preguntó si estaba seguro de esta determinación y, cuando recibí mi respuesta afirmativa, se despidió cariñoso, diciéndome que trasladaría mi solicitud y me transmitiría la respuesta. Después de unos días

se aparecieron a verme unos amigos de Tropas Especiales y, como la cosa más natural del mundo, me dijeron, “prepárate que vienes con nosotros”. Fue una decisión que transformó mi vida y consumió mis energías durante varios años. También cambió mi nombre y nunca más volví a llamarme Ariel Fontana.

Posteriormente Marambio regresó a Europa y creó una productora de cine y televisión que ha producido largometrajes y series en apoyo a la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano. Reside en Chile desde 1993, presidiendo el directorio de la Universidad de las Artes y las Ciencias Sociales (ARCIS). En los últimos tiempos ha dado públicamente su apoyo a la candidatura presidencial del hijo de Miguel Enríquez. No conozco bien, admito, su papel político-social en el Chile actual. No es importante para valorar la grandeza y veracidad de su ensayo biográfico.

García Márquez señala en el prólogo que desde aquel martes 11 de septiembre de 1973 tenía ganas de leer un libro como éste. Sus páginas son, señala, “una crónica austera de la epifanía de una bandera en alto en medio de la derrota de aquel 1973”. Yo también tenía ganas de leer un libro como éste y coincido con el autor de aquella impecable y precisa *Crónica de una muerte anunciada* que estamos ante una bandera erguida, insumida, no entregada, que no está dispuesta a admitir que el olvido, la revisión y la falsedad dominen en una página admirable de la historia del socialismo y el comunismo del siglo XX, y en su reverso: otra ignominia más de la reacción capitalistas, sus gorilas fascistas y sus amos imperiales.

Por cierto, si complementan su lectura con “Compañero presidente” de Mario Amorós, el dueto será perfecto. Se lo aseguro por experiencia propia. Quien lo probó, lo sabe.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

LAS PRETENSIONES POLÍTICO-FILOSÓFICAS DE LA SOCIOBIOLOGÍA

David N. Stamos, Evolución: los grandes temas. Sexo, raza, religión y otras cuestiones. Barcelona, Biblioteca Buridán, 2009, 391 páginas (ed original 2008); traducción de Josep Sarret Grau.

Permítaseme un breve preámbulo: este no es un libro socialista, éste no es un libro afable con el marxismo, éste es un libro que en ocasiones no infrecuentes provoca irritación justificada. No es tampoco un ensayo que combata el cientificismo. Es sin duda un libro que se acerca con alguna frecuencia a las peligrosas aguas del combate contra lo políticamente correcto a través de una heterodoxia algo histriónica y en ocasiones chulesca. Es ciertamente un ensayo que da una visión injusta, una mera caricatura, de la tradición marxista y de otras tradiciones políticas de izquierda (el feminismo, por ejemplo), pero es, mirado como se quiera mirar, un excelente material para un seminario en 10 u 11 sesiones en el que los ciudadanos/as y activistas de izquierda, no importa la orientación concreta, mucho podríamos debatir y aprender. De hecho, me atrevo a sugerir una recomendación así a quien pueda corresponder.

Excelentemente escrito (el traductor juega aquí su importante papel como es sabido), ampliamente documentado, rigurosa y brillantemente argumentado en general (por ejemplo, en su aproximación a la idea de razón suficiente de Leibniz (p. 308)), pletórico de debates científico-filosóficos de interés, con humor muy british y visión cinematográfica muy a lo Hollywood, epistemológicamente algo tradicional (véase su acercamiento a la filosofía de la ciencia de Popper y a la distinción entre los contextos de descubrimiento y justificación), *Evolución: los grandes temas* está compuesto de una Introducción sustantiva, de nueve capítulos -1. La evolución y el conocimiento. 2. La evolución y la conciencia. 3. La evolución y el lenguaje 4. La evolución y el sexo. 5. La evolución y el feminismo. 6. La evolución y la raza. 7. La evolución y la ética. 8. La evolución y la religión. 9. La evolución y el significado de la vida-, de un apéndice sobre errores comunes en la comprensión de la evolución y de un informativo glosario. Su autor, David N. Stamos enseña filosofía en la York University de Toronto y es colaborador usual de las principales revistas académicas centradas en temáticas de filosofía de la biología, además de autor de otros dos ensayos sobre el legado de Darwin: *The Species Problem* (2003) y *Darwin and the Nature of Species* (2007).

Con *Evolución* Stamos no pretende realizar una defensa *per se* de la ciencia de la biología evolutiva. Es innecesario: ese es, en su razonable opinión, un debate superado entre los científicos y entre las personas informadas, algo ya hecho en numerosas ocasiones y que no es necesario repetir. La ciencia evolucionista, la biología evolutiva “es uno de los mayores y más sólidos logros del conocimiento humano” (p. 15), posiblemente, señala Stamos, “el más importante de todos los tiempos”. Negar la evolución es negar la naturaleza y el valor de la propia evidencia empírica.

El objetivo del autor es, pues, otro muy distinto: “se trata de averiguar si, y en qué medida, la biología evolutiva puede contribuir a esclarecer las grandes cuestiones que se debaten en el campo de las humanidades y de las ciencias sociales” (p. 16). Dichas así las cosas es difícil, por no decir imposible, responder negativamente: la biología evolutiva puede contribuir a esclarecer numerosas cuestiones que se debaten en los ámbitos señalados por el autor. El tema principal, como Stamos reconoce a continuación, presente en todos los capítulos del volumen, es otro. Se trata de intervenir – no es necesario que les señale la posición del autor- en el debate entre las explicaciones evolucionistas y lo que, según Stamos se ha dado en llamar el modelo estándar de las ciencias sociales (SSSM, por sus siglas en inglés) y que él presenta en los términos siguientes: “el SSSM es una forma de considerar la naturaleza humana que puede encontrarse en diversos campos, en la sociología, en la psicología evolutiva, en la antropología cultural, en el marxismo y en los estudios de género, feministas u homosexuales” (p. 17). Aunque una dicotomía excluyente no sería admisible, apunta Stamos, el debate no ha cambiado tanto “como para que ya no sea posible establecer una clara distinción entre los dos modelos en conflicto” (p. 17). El debate, apunta, no es entre naturaleza versus crianza, sino entre naturaleza-crianza contra crianza. Los biólogos afirman rutinariamente que una exposición completa de un rasgo determinado, físico o conductual, requiere una explicación genética y en última instancia evolutiva además de una explicación medioambiental (crianza). Por el contrario, el SSSM, hace todo lo posible para “minimizar el papel de la biología y maximizar el papel del entorno, concretamente, el de la cultura y el condicionamiento” (p. 18). La SSSM, señala, considera en última instancia a la naturaleza como algo enormemente plástico, muy moldeable. Lo erróneo del modelo estándar no es que sea completamente erróneo sino que “es una forma de pensar que produce resistencia, incluso fobia o rechazo, ante el hecho de que los humanos somos una especie biológica” (p. 21). De ahí una de las conclusiones políticas del autor: “... es posible afirmar que el experimento comunista ha fracasado en muchos países del mundo, igual que fracasó la experiencia de las comunas hippies de los años sesenta, no porque detrás de estos experimentos hubiese gente estúpida o malvada, sino porque partían de una teoría errónea de la naturaleza humana” (p. 24).

Este es, pues, el eje básico en discusión en todos los capítulos del ensayo. No es posible trazar aquí un resumen de estas aproximaciones. Me limitaré a señalar algunos puntos debatibles de la posición y argumentación del autor, un profesor de la York University que ha dictado y dirigido seminarios, como él mismo señala en el volumen, sobre teoría de la argumentación.

Alguna maldad, no siempre inocente, y algún error argumentativo se escapan de su pluma. Ejemplos de lo primero, “Empezaremos por un artículo muy popular escrito en colaboración por el ya fallecido paleontólogo Stephen Jay Gould (famoso por sus populares ensayos y libros sobre la evolución)...”, señala. Stephen J. Gould no es sólo famoso por esos ensayos y libros de divulgación. Tampoco esta anotación merece ser olvidada: comentando elogiosamente la reseña de Dawkins al *Not in our Genes* de Rose, Kamin y Lewontin, al que líneas más adelante llama “fervoroso marxista” (p. 67), Stamos escribe complacido: “Dawkins lleva a cabo un rápido pero excelente trabajo poniendo al descubierto el fondo ideológico y las falacias comunes en

los críticos de un punto de vista evolucionista de la naturaleza humana. El fondo ideológico es el antirreduccionismo izquierdista, la negación de que la sociología y la psicología puedan reducirse de algún modo a la biología” (p. 63). ¿Esa conjetura, esa posición metodológica, es forzosamente antirreduccionismo izquierdista? Igualmente, la referencia a que “*muchos de nosotros* vivimos actualmente en una especie de tierra de la abundancia” al hacer referencia en nota (p. 67) a una explicación biológica (poco afinada) de la obesidad, apuntan a una cosmovisión poliética muy satisfecha y algo conservadora del autor, eso sí, con varias homenajes y reconocimientos a la figura de Martin Luther King (“..quien decía que lo importante no es el color de la piel de un hombre sino el contenido de su carácter. Nunca se han pronunciado unas palabras más verdaderas que estas, ni siquiera repitiéndolas desde una perspectiva evolucionista” (p. 227)). La expresión “estudiantes-reclutas” (p. 178) para referirse a las militantes feministas universitarias norteamericana va en la misma línea poco afable políticamente, al igual que la conclusión que extrae Stamos al referirse a leyes “que establezcan por la fuerza la igualdad de sexos” (p. 181): la única esperanza de conseguir una sociedad plenamente igualitaria, una sociedad que minimice el género, dado que hay que combatir la biología desarrollada a lo largo de millones de años de evolución, sería “la práctica a fondo de la ingeniería genética, una esperanza emparentada con el sueño convertido en pesadilla del *Parque Jurásico*” (p. 181). Sin olvidar este paso sobre el racismo de las minorías y la naturaleza humana que parece sentar cátedra en tierra abierta: “Las minorías también dan frecuentemente muestras de racismo, y no solamente respecto a la mayoría, sino hacia otros grupos minoritarios, un rasgo de la naturaleza humana que pone muy acertadamente de relieve la película *Crash*” (p. 227).

En cuanto a argumentaciones poco afinadas, doy también sólo unos ejemplos. Refiriéndose a Gould y a su artículo “Argumentos racistas y CI”, señala Stamos que “Gould era marxista y, como todos los marxistas, creía en la ideología de la plasticidad humana” (p. 225). Tanto da que Gould fuera o no marxista, como él señala, tiembla uno cuando Stamos habla de “buenos marxistas” pensando en quienes y en qué opinión tienen de los “malos marxistas”, pero es absolutamente inadmisibles que Stamos haga referencia a que todos los marxistas acepten, sean buenos o malos, la plasticidad de la naturaleza humana en el sentido al que Stamos parece aquí apuntar: todo es posible si nos empeñamos social y políticamente en ello (Ni que decir tiene que Lewontin también es un marxista “motivado por la ideología de la plasticidad de la naturaleza humana” (p. 226)). En el último capítulo del volumen Stamos apunta que la mejor definición de filosofía que conoce es la que afirma que la filosofía intenta responder de una forma sistemática y rigurosa a la pregunta “¿qué es x?”, donde x es una variable que se sustituye por diversos conceptos fundamentales (así, conocimiento, ciencia, especie, ley de la naturaleza). Ni que decir tiene que una definición así, sin delimitación de la noción “conceptos fundamentales”, tarea que Stamos no realiza, no es una ninguna definición; por consiguiente, la mejor definición de filosofía que Stamos conoce no es de hecho ni siquiera una definición (por favor, tengan la gentileza de no preguntarme cuál es mi candidata a mejor definición). De la misma forma cuando en el glosario define Stamos el modelo estándar de las ciencias sociales (p. 354), señala que es un modelo

explicativo, común nada más y nada menos que al conductismo, a la antropología cultural, al marxismo, al feminismo y a los estudios sobre la sexualidad, que niega efectivamente la existencia de una naturaleza humana para centrarse en el entorno para una explicación completa de aspectos de la conducta humana como la homosexualidad, la violación o el racismo, apuntando inmediatamente, como definición equivalente (“en otras palabras”, según sus palabras) algo que no es en absoluto una definición equivalente: “en la medida en que el modelo estándar tiene en cuenta a la naturaleza humana, lo hace no como algo innato sino como algo totalmente plástico (moldeable)”.

Carlos López-Fanjul, profesor de genética de la Universidad Complutense, comentando la obra *Charles Darwin* de Michael Ruse, valoraba la prudencia intelectual de este filósofo canadiense de la biología: Ruse era plenamente consciente de que al proyectar el neodarwinismo sobre fenómenos como las teorías sobre el conocimiento humano, la moral o la religión, se estaba haciendo uso de unos mecanismos selectivos que se han aplicado con indudable éxito en el estudio de la forma, la función y el comportamiento de organismos no humanos, pero a los que ahora se les obligaba a operar en frecuentes ocasiones sobre el sustrato genético de la conducta humana en líneas generales aún desconocido. La cautela de Ruse, por cierto uno de los autores más citados y comentados por Stamos, acaso no siempre haya sido cultivada por este último.

Por lo demás, y en cuanto a la tradición marxista y a su total lejanía de las explicaciones de base naturalista, reiteradamente apuntada críticamente por el autor, vale la pena recordar este pasaje de una comunicación que un filósofo hispánico, expulsado de la Universidad en 1965 y trasterrado por presiones del arzobispado barcelonés a la Facultad de Económicas desde la Facultad de Filosofía por explicar Kant y la ilustración años antes, presentaba a un congreso de filosofía celebrado en Guanajuato, México, en 1981, hace ya más de un cuarto de siglo: “Una cosa es estar de acuerdo en que las ciencias biológicas –y, en particular, con la sociobiología si llega a mayoría de edad– son el fundamento inmediato de la investigación social, su “antidisciplina” según el término de Wilson, y otra muy distinta aceptar que, como escribe éste en el último y más popular libro de su “trilogía”, la sensualidad y el claroscuro del mundo emocional religioso o artístico no se pueden estudiar dignamente más que desde el punto de vista biológico... Una posición así, indistinguible del clásico imperialismo de ciertas disciplinas científicas en épocas cuya ingenuidad se suponía superada, implica la negación de la autonomía categorial de las ciencias sociales. Cuando los sociobiólogos mantienen posiciones así... llegan a observaciones y afirmaciones que, con independencia de su verdad material, tienen mucho de *ignorationis elenchi*”. Probablemente sea innecesario apuntar el autor de la comunicación: Manuel Sacristán Luzón (1925-1985).

PS: Señalaba Gustavo Duch (“UNA VACA Y UN CAMINO”, *El Correo Vasco*, 31 de Agosto de 2009), que según un reciente estudio chileno, aun en los caracoles, el estereotipo de la lentitud, los individuos que no se estresan viven más años. La lógica es conocida, el saber popular hace siglos que insiste sobre ello, la experiencia de todos nosotros lo confirma una y mil veces más. Pero ya se sabe que en las cosas de la ciencia hay que esperar a

tener demostraciones que prueban que la selección natural escoge la calma y la favorece. Los caracoles con metabolismos más lentos viven más años puesto que cuentan con mayores reservas de energía para gastar en otras actividades, como el crecimiento o la reproducción. ¿No era Paul Lafargue, yerno de Marx por cierto, quien ya elogiaba a la pereza hace más de un siglo? ¿No hay, una vez más, una forma razonable de conciliar las enseñanzas de la tradición marxista con los argumentos y conclusiones de los estudios evolutivos? ¿No fue Singer quien ya sugirió hace una década que la izquierda debía ser darwinista aunque sea verdad, o parcialmente verdadero cuanto menos, como sugiere Maximo Sandín, profesor de Antropología Biológica de la Universidad Autónoma de Madrid, que las enseñanzas de Darwin son frecuentemente utilizadas por los poderosos contemporáneos para intentar mantener el control social?

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

DESDE UNA DOCUMENTADA REBELDÍA

Clara Valverde, Pues tienes buena cara. Síndrome de Fatiga Crónica. Una enfermedad políticamente incorrecta, Editorial Martínez Roca, Barcelona, 2009, 191 páginas

El Viejo Topo, noviembre de 2009.

El Síndrome de la Fatiga Crónica (SFC) es una enfermedad neuroinmunológica que afecta también a los sistemas endocrinológico y cardiovascular. Junto con la fibromialgia (FM) y el Síndrome de Sensibilidades Químicas Múltiples (SQM), es una de las tres enfermedades relativamente nuevas de la llamada “sensibilización central”. Las tres son enfermedades multisistémicas. Los estudios más recientes prueban que la mayoría de las personas que tienen una de estas enfermedades tienen también las otras dos con mayor o menos afectación. En España, por razones mediáticas y cultivados protagonismos políticos, se conoce más la fibromialgia, que usualmente causa más dolor que las otras dos. El SFC, aunque varía de persona a persona, es como una gran gripe permanente que afecta también a los vértices cognitivos del organismo (memoria, procesamiento de información, ubicación) y a otros sistemas del cuerpo.

Uno de los principales problemas que encuentran los enfermos de estas patologías emergentes y silenciadas que no “raras”, ha señalado Miguel Jara, es que cada una de ellas recibe un tratamiento diferente desde una especialidad distinta y en ocasiones se producen incompatibilidades. Un enfermo de SQM presenta generalmente intolerancia farmacológica, por lo que tratarle de FM y de SFC es aún más dificultoso: existe una gran superposición de trastornos entre los afectados de las tres enfermedades, son ramas de un mismo árbol. ¿Qué árbol?

El de la contaminación ambiental con productos químicos nocivos y sus repercusiones en la salud humana. Como suele ocurrir con las enfermedades ambientales existe sinergia entre todas.

Àngels Martínez ha señalado que *Pues tienes buena cara* -de subtítulo: “Síndrome de Fatiga Crónica. Una enfermedad políticamente incorrecta”- es también, y afortunadamente, un libro tan políticamente incorrecto como necesario. Alguien, prosigue la economista marxista, “tenía que poner negro sobre blanco la narrativa personal de una enfermedad como el Síndrome de Fatiga Crónica”. Pocas personas podrían hacerlo mejor que Clara Valverde: *[...] que sabe escoger las palabras que mejor capturan y proyectan la incomprensión y el sufrimiento de las personas con SFC, pero que sólo llegan a oír y entender quienes escuchan desde la ausencia de dogmas, preconcepciones y mediocridades tan al uso. Clara habla desde su experiencia y su dolor, pero en su libro se reconocerán muchas Claras --demasiadas-- todas pacientes e impacientes, todas perplejas e insumisas.*

En 1984, precisamente en 1984, Clara Valverde enfermó repentinamente de una dolencia severa que los médicos no sabía nombrar. Enfermó con un virus muy común, el citomegalovirus, parecido al de la mononucleosis, el conocido virus Epstein-Barr. Cualquiera otra persona, ha contado la autora, hubiera estado enferma unos meses y se hubiera repuesto.

Ella nunca se ha podido recuperar de esa “gripe”. Desconocía que tenía la predisposición genética que hacía que su sistema inmunológico y su bioquímica no pudieran enfrentarse a los virus de una manera normal. Durante más de seis años tuvo fiebres, infecciones y desmayos constantes. No sabía por qué. Su historia, la historia de la enfermera y profesora Clara Valverde, es muy parecida a la de la mayoría de la gente con SFC. Pasan años antes de que se diagnostique su enfermedad, aunque, según señala ella misma, es bastante fácil el diagnóstico si el especialista ya tiene experiencia con el SFC. Durante esos años de incertidumbre, la vida es un infierno, se duda de uno mismo. “Te dicen que lo que tienes es “nervios”, etc. Una pesadilla, un secuestro”.

Con esa sensación de desconcierto, Clara comenzó una búsqueda interminable que, según sus propias palabras, cambió el rumbo de su vida. En ese largo viaje, Valverde se encontró con la incompreensión de la sociedad, con las insuficiencias superables del sistema sanitario, con los comportamientos no siempre afables ni a la altura de las circunstancias de su entorno, con el ego, inaccesible en ocasiones, de los médicos y con las inconsistencias de la clase política bien establecida en las instituciones. Contó, eso sí, con la solidaridad de otros enfermos y enfermas que, como ella, estaban dispuestos a transformar su realidad y la misma realidad, y a luchar sin claudicaciones por sus derechos más básicos que, innecesario es decirlo, son derechos de todos y todas.

Componen *Pues tienes buena cara* una introducción, un epílogo y ocho capítulos: 1. Buscando la palabra. 2. Las palabras, entonces, ¿no sirven? 3. El síndrome de la incompreensión crónica. 4. Aun así, amor. 5. Y a ti, ¿quién te lleva? El poder de las batas blancas. 6. En el mundo de los otros. 7. Hacer visible lo invisible. 8. Perdonar las molécula confundidas.

¿Qué es entonces básicamente este ensayo, este sentido libro de Clara Valverde? Ella misma lo cuenta así en el epílogo:

No, no es una historia de héroes ni un final feliz. Es un viaje por la geografía del miedo y por la libertad de lo no definido, un viaje para ir amando un oasis en el que la poesía quiere vivir en silencio para dejar espacio a la palabra. Intento juntar los extremos: palabra y silencio, palabra y eco de palabra. No estoy curada. Estoy sanada.

Y existo queriendo, existo conciliando las partículas heridas, existo perdonando las moléculas afligidas, existo conviviendo con la memoria errónea de mi sistema inmunológico, existo oyendo en tu voz las palabras que invocan el eco de lo posible.

El doble registro –personal más informaciones científicas o comentarios político-científicos- con el que la autora ha construido su narración se complementan magnífica e ilustrativamente. Dos ejemplos entre otros muchos: Candance West, “*Cuando el paciente habla de lo que está ocurriendo en su vida, el médico le interrumpe y guía la conversación hacia cuestiones técnicas*” (p. 107) y Howard Waitzkin, “*Los médicos en sus consultas con los pacientes, animan comportamientos individuales que son consistentes con los patrones dominantes de la sociedad*” (p. 106).

El SFC, del que en realidad se sabe mucho, más que de la mayoría de las enfermedades que se suponen son “conocidas” -en el Reino Unido, Canadá y los EEUU hay campañas de publicidad para que la población

general sepa que existe esta enfermedad invisible y cómo afecta a la persona y a su familia- no es rentable para la farmaindustria por dos razones básicas: 1. Afecta a varios sistemas del cuerpo de diferentes maneras. Con lo cual no hay una, dos o tres medicaciones que puedan servir a todos los afectados. Se necesitan 40 ó 50 diferentes tratamientos porque cada persona con el SFC tiene afectada una parte más que otra. Una persona puede tener muy afectada su sistema inmunológico, pero otra persona con SFC quizás tenga más afectado el sistema neurológico. Cada persona necesita, pues, un tratamiento específico. No es “rentable”. 2. La mayoría de las personas con el SFC no toleran los productos químicos porque el desarreglo que tienen es como la Sensibilidad Química Múltiple. Los tratamientos que toleran son los llamados tratamientos “naturales”. Ni la farmaindustria ni los gobiernos, que van de la mano de la farmaindustria ha señalado la propia autora, quieren saber nada de la medicina “suave”.

No está en los genes, decía Lewontin. No, no lo está, pero acaso ayuden en ocasiones. Clara Valverde es hija de aquel inolvidable poeta revolucionario, José M^a Valverde -“Al ejemplo que dejó mi padre, que tanto me ayuda a vivir con intensidad y rebeldía”-: la insumisión, el deseo, siempre insatisfecho, de un mundo más justo, más razonable, más humano, corre por sus venas y se plasma en una hermosa escritura que apunta al corazón de nuestras vidas y a la rebeldía permanente como una forma de estar y vivir en el mundo. Clara Valverde suele afirmar: «¿Esperanza? No. Lo que me mueve es la PASIÓN.» Lean y entenderán sus razones. No es casualidad que una cita de Alice Walker, una líder indigenista australiana, haya sido escogida por la autora para ilustrar uno de los apartados del ensayo: “No se puede dismantelar la casa del Amo con las herramientas del Amo”. José María Valverde lo dijo de otro modo no menos certero: “No queremos abandonar ante el llamado nuevo orden nuestra conciencia de la dignidad de todos y la esperanza en algún futuro de rebeldía”.

PS: Un documental, el primer documental en castellano, sobre el SFC se llama “Amapola y los aviones”. Consiste en la narrativa de las personas con el SFC, sus voces, sus historias, y las observaciones de dos médicos con mucha experiencia en esta enfermedad. Una joven cineasta, Ana de Quadras, que nunca había oído hablar del SFC, después de una corta conversación con Clara Valverde, decidió que las injusticias que vive la gente con SFC tenían que ser plasmadas en una película. El documental está co-dirigido por De Quadras y Clara Valverde. Sin ella, ha señalado esta última, “no hubiera sido posible”.

VOLVER AL ÍNDICE

JUSTICIA CON LAS TRADICIONES OLVIDADAS

Raúl Fornet-Betancourt, Modelos de teoría liberadora en la historia de la filosofía europea. Editorial Hiru, Hondarribia, 2009, 367 páginas. Traducción de Juan José Vélez.

El Viejo Topo, febrero de 2010.

Modelos de teoría liberadora en la historia de la filosofía europea está dividido en una introducción y tres capítulos: la concepción de la filosofía que mueve el estudio, la teoría de la filosofía que sustenta la investigación, con un destacado apartado crítico sobre la concepción hegeliana de la historia de la filosofía, y algunos ejemplos de teoría liberadora en la historia de la filosofía europea. Los siguientes: Aspacia de Mileto o la tradición desacreditada; el cinismo o la tradición “ex céntrica”; Pedro Abelardo o la tradición fracasada; Johann Benjamin Erhard o la tradición olvidada; la filosofía popular o una tradición que hay que rehabilitar, y María Zambrano o la “otra” tradición española.

Una afirmación que muestra la atalaya desde que el autor realiza su propuesta: “...me parece importante observar que con mi planteamiento no sólo contradijo la teoría hegeliana de la historia de la filosofía, sino también la concepción marxista-leninista, sobre todo cuando intenta reducir la historia de la filosofía a la lucha entre materialismo e idealismo y consecuentemente se eleva esa lucha la categoría de hilo conductor de la totalidad del desarrollo filosófico” (p. 312) y un preciso apunte sobre su noción de filosofía propia, que sigue la línea de la concepción kantiana del filosofar como un pensar por sí mismo: “Quien filosofa, debe en realidad procurar darle a su reflexión la categoría de un presente de la filosofía” (p. 33).

La finalidad del libro del profesor Raúl Fornet-Betancourt es ofrecer una contribución, no el paisaje definitivo, a la reconstrucción, que el autor estima necesaria y urgente, de la historia de la filosofía europea. Intento de reconstrucción alejado de disputas escolásticas interminables, visto como lugar dialéctico “de un proceso de pensamiento y acción que es a su vez expresión del esfuerzo constatare por articular y realizar esas otras tradiciones que se generan desde la preocupación central de fundamentar y hacer realidad la liberación teórica y práctica de los seres humanos” (p. 7), tradiciones estas últimas que en su opinión son malinterpretadas, marginadas, cuando no desacreditadas con sarcasmos e injustificada prepotencia teórica, desde instancias acomodadas y seguras de sí mismas, que reflejan por otra parte la versión dominante y “normalizada”, sin atisbo de duda y cuestionamiento, de la historia de la filosofía.

Cabe centrarse en esta reseña en la concepción de la filosofía que sustenta el trabajo, temática del primer capítulo del libro. Tres notas esenciales la singularizan:

1. Contra Platón, contra Aristóteles, y sus conjeturas excluyentes sobre el origen admirativo del filosofar, Raúl Fornet-Betancourt sostiene que los seres humanos comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos no sólo por la admiración sino también por la afección: el momento fundacional de las tradiciones filosóficas europeas no se debe con exclusividad a la

capacidad humana de asombro teórico y epistemológico; en el origen de la reflexión filosófica europea están también muy presentes problemas sociales y políticos (libertad, justicia, igualdad, vida buena).

2. La filosofía, sin pretender con esta consideración una reducción sociopolítica, no es mera crítica de textos, no es simple y autoalimentada hermenéutica textual, sino que es también crítica de la época y de la realidad circundante. Es, en síntesis, confrontación crítica con la historia y con la realidad, y con y por ello los textos filosóficos deben ser vistos como reacciones a contextos. Las propuestas y teorías filosóficas no son en absoluto, ni deben ser, especulaciones aisladas, autocentradas y autosuficientes.

3. Consecuencia lógica, en palabras del propio autor, de los dos rasgos anteriores: la orientación crítico-práctica, praxeológica acaso hubiera escrito Sacristán, es parte fundamental de la reflexión filosófica y con ello la filosofía debe “ser crítica activa y efectiva de la situación existente” (p. 22). Contra Hegel, señala el autor, la filosofía no es el propio tiempo aprendido con el pensamiento, no consiste sólo en pensar el mundo, puesto que con ello podría delimitarse su papel a colaboradora de la realidad y no, por el contrario, a observadora ilustrada y expectante en el proceso de formación de esa misma realidad. La filosofía debe mancharse las manos, no sólo construir registros coherentes del mundo.

En las observaciones finales que cierran el volumen, Raúl Fonet-Betancourt delimita los contornos de su propuesta e investigación: su libro no ha sido concebido como un trabajo cuya intención primaria fuese contribuir a la ampliación de la historia de la filosofía en Europa recordando nombres olvidados o corrientes marginalizadas que no marginales, sino que, señala con énfasis, el sentido de su trabajo “supera el interés de la historiografía filosófica tradicional en cuanto que dicha tarea se comprende aquí como una condición indispensable para que la filosofía europea, justo mediante ese diálogo autocrítico con su propio desarrollo histórico, haga justicia a sus tradiciones oprimidas y tome conciencia de la pluralidad de su historia” (p. 299).

No se ha alcanzado con este estudio ninguna meta. Se ha apuntado y argumentado la necesidad de un proceso de autocrítica por el que la filosofía asuma su pluralidad y corrija, con ello, su forma de concebirse y presentarse. Y con ello, esté en mejores condiciones de establecer un diálogo intercultural, otra de las tareas de la hora señaladas por Raúl Fonet-Betancourt, con las filosofías de otras tradiciones.

No es baladí, desde luego, la tarea que este doctor en filosofía, catedrático honorario de la Universidad de Aachen y profesor de filosofía de la Universidad de Bremen, nacido en Cuba, nos propone. Como señala en la introducción de estos modelos liberadores, el desafío implícito en el tercer rasgo esencial de su concepción de la filosofía y el filosofar no es otro “que el de la ‘continuación’ creativa de la tradición que, recurriendo a Marx, potenciaron “pensadores de aurora”, como Ernst Bloch, José Carlos Mariátegui o Sartre, por nombrar solo a algunos” (p. 25). Su concepción de la filosofía apuesta por contribuir a desarrollar un programa para la formación de una filosofía verdaderamente universal: un movimiento filosófico de búsqueda que, partiendo de la contextualidad del pensar, inicie la comunicación entre las distintas perspectivas locales buscando su equilibrio

para superar las unilateralidades regionales y ayudar a desmontar las ambiciones de dominación de perspectivas parciales no siempre reconocidas ni vividas como tales.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

EN LA SENDA DE *DESPERTARES Y DE EL SISTEMA PERIÓDICO*

Adam Zeman, Retrato del cerebro, Montesinos (Biblioteca Buridán), Barcelona, 2009, 236 páginas, traducción de Josep Sarret i Grau

El Viejo Topo, enero de 2010

Me permito avanzar de inicio lo que debería ser conclusión de esta reseña: *Retrato del cerebro* es un libro apasionante, un modélico libro de divulgación científica, un ensayo que informa, entretiene, y conmueve en ocasiones, y que permite ser leído por cualquier ciudadano o ciudadana, aunque éste desconozca -o se mueva con dificultad, como es el caso de este reseñador, en el ámbito de las ciencias cognitivas- la mayor parte de las nociones, hipótesis y teorías científicas aquí presentadas.

Item mas: en el breve epílogo que cierra el ensayo (páginas 187-189), Zeman señala que algunas composiciones musicales es preferible escucharlas en soledad: “son tan embriagadoramente hermosas que su disfrute exige un ensimismamiento absoluto”. El autor nos cuenta que oyó por vez primera la versión de Morten Lauridsen de *O magnum mysterium* en la radio de su coche mientras iba a trabajar. La emoción se apoderó de él, estuvo a punto de tener un accidente. ¿Cómo es posible, se pregunta Zeman, que grupo de voces humanas pueda crear una música tan maravillosa? ¿Cómo es posible, podemos preguntarnos nosotros, que alguien sea capaz de explicar en la forma en que él lo hace temas aparentemente tan áridos y tan, digamos, para especialistas?

Adam Zeman, profesor de neurología cognitiva y del comportamiento en la Escuela de Medicina del Peninsula College de Gran Bretaña, ha elegido una hermosísima estrategia explicativa para su ensayo. Lo hace, capítulo tras capítulo, contando la historia clínica de unas cuantas personas aquejadas de diversos trastornos neurológicos (epilepsia, fatiga crónica, pérdida de memoria, narcolepsia, enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, etc) y desvelando a partir de ello el funcionamiento de los diferentes niveles del cerebro. Cada capítulo responde a uno de ellos: átomo, gen, proteína, organela, neurona, sinapsis, red neural, lóbulo, psique y alma.

Así, el primer capítulo -“Estoy cansado”- cuenta la historia de Alison, un caso de desorden neurológico confundido con la fatiga crónica. Su fatiga y las complicaciones subsiguientes resultaron tener una causa muy sencilla, elemental. Su caso es aprovechado por Zeman para introducirnos en el nivel inferior del análisis, el de los átomos y las moléculas, “los ladrillos microscópicos de los que está nuestro mundo -incluyendo, por supuesto, nuestros cuerpos” (p. 19). El autor, además, presenta estos constituyentes microscópicos mediante la historia de su descubrimiento, porque cree “que conocer los orígenes de una idea de es una excelente ayuda para entenderla”. La historia de la ciencia es la ciencia, señala con indudable riesgo metodológico.

Con algo más de detalle. El capítulo cuarto, uno de los mejores del libro

en mi opinión, está dedicado a un tema de transición entre las proteínas y las células, segundo y cuarto capítulo respectivamente, las organelas “una especie de robots bioquímicos hechos básicamente de proteínas que residen en el interior de nuestras células” (p. 69). El capítulo relata dos historias de transformación: la primera se centra en un trastorno o familia de trastornos cuyas manifestaciones son muy variadas; la segunda está relacionada con la causa microscópica del trastorno, “ella misma objeto de una metamorfosis extraordinaria, a la que debemos ni más ni menos que nuestras vidas”.

La historia de Lorna, el caso que despliega el capítulo. Lorna era la más pequeña de una familia de siete hermanos. Una diferencia la distinguía de sus tres hermanas y hermanos: era menuda, ellos eran grandes. Se casó a los veintitantos años. Deseaba ser madre pronto. La suerte parecía darles la espalda a ella y a su marido. Ocho años después de su matrimonio, Lorna había tenido tres abortos y había dado a luz prematuramente a dos bebés que no habían logrado sobrevivir. Además de ello, otra cosa, imperceptible, le había ocurrido a Lorna desde el día de su boda, ni ella ni su marido se habían dado cuenta de ello. Fue su hermana, que regresó de Estados Unidos después de muchos años, quien lo percibió. Los párpados de Lorna habían empezado a cerrarse, cubriendo apenas la parte superior de sus pupilas. La situación llamó la atención de su tocóloga que averiguó que Lorna era ligeramente diabética. La diabetes puede intervenir en el embarazo pero normalmente no de forma desastrosa si la enfermedad es leve, como era el caso. La doctora estaba desconcertada. ¿Tenía Lorna algún síndrome que no eran capaces de reconocer? Lo tenía.

Zeman explica a continuación otra historia, aparentemente muy alejada de la situación de Lorna: la transformación de las células procariotas en eucariotas, el tipo de célula de los que están hechos todos los organismos multicelulares, nosotros incluidos. Los detalles son oscuros pero hay un acuerdo acerca de un desarrollo, “una de las metamorfosis más espectaculares y trascendentales de la biología”: el antepasado de las células que forman nuestros cuerpos devoró a una bacteria; esta bacteria no sólo se desarrolló y reprodujo dentro de la célula que la había engullido sino que la ayudó a desarrollarse; los descendientes de aquella bacteria sobreviven actualmente en forma de rickettsias, un tipo de bacterias que causan un tipo de tifus; dentro de la célula que la engulló, la bacteria se transformó gradualmente hasta convertirse en aliado indispensable, atrapado por una interdependencia química mutua con su anfitrión, convirtiéndose en la central eléctrica de la célula, la fuente de la mayor parte de la energía que produce y consume cuando abunda el oxígeno; a cambio de ello, la bacteria encontró un hogar acogedor donde reproducirse. Los caminos evolutivos de anfitrión y parásito convergieron en una misma senda. Los descendientes de esta bacteria, trascendental en nuestras vidas, son las mitocondrias, que se encuentran en todos los animales y plantas vivos, con varios cientos de copias en cada una de nuestras células. Es la historia de otra transformación imperceptible; esta de miles de millones de generaciones. Dejo en suspenso, la explicación de la relación, magníficamente contada por Zeman, de ambas transformaciones.

Retrato del cerebro refuta, además, aquellas rancias y desinformadas consideraciones sobre la divulgación científica. Ni está al alcance de pocos, ni es pesada, ni se lee mal y con dificultades insuperables, ni cuesta finalizar

capítulos, ni ansias desde la segunda línea leer la palabra “fin”. Nada de nada. *Retrato* engancha, y conmueve, como pueden enganchar las grandes novelas o los cuentos imprescindibles, sin que ello quiera implicar que su lectura sea siempre fácil o no exija esfuerzo o concentración. En absoluto. Allí donde está la dificultad superable, allí está el crecimiento teórico del lector.

En síntesis, un libro imprescindible que no deberíamos dejar de leer y que cuenta además con un excelente glosario (un ejemplo, la definición de núcleo), una bibliografía comentada que es todo un regalo (véase, por ejemplo, la del capítulo 10, páginas 198-199), unas magníficas ilustraciones que, esta vez sí, intentan enseñar con mimo y paciencia al lector (así, las dedicadas a las organelas, p. 75, o a las neuronas, p. 93), unas citas siempre bien buscadas que adornan y mueven a la reflexión, y un apéndice de una sola página (p. 229) sobre las dimensiones de los niveles estudiados (con alguna ironía incorporada) que es, nuevamente, un magnífico regalo de aniversario por su sencillez, información y belleza.

Por si faltara algo la traducción de Josep Sarret i Grau, director y alma de la colección, está a la altura del ensayo traducido: su cuidado, rigor y competencia, una vez más, es marca de la casa.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

CON ESCASA, CON NULA EMPATÍA

Reseña de: Dirk Kruijt, *Guerrillas. Guerra y paz en Centroamérica*. Icaria, Barcelona, 2009, 271 páginas, traducción de Eric Flakoll y Raquel Bruno, prólogo de Edelberto Torres-Rivera.

El Viejo Topo, febrero de 2010

Guerrillas analiza tres procesos de lucha revolucionaria, los tres movimientos guerrilleros más importantes en Centroamérica a lo largo de los años setenta y ochenta: el FMLN, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional de El Salvador, el FSLN, el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, y la URNG, la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca. Su autor es profesor de estudios sobre desarrollo en la facultad de ciencias sociales de la Universidad de Utrecht y durante muchos años ha sido diplomático para el desarrollo y asesor político en Centroamérica.

La estructura del libro está explicitada en la Introducción del volumen, páginas 27-30: prólogo, introducción, seis capítulos (entre ellos, “Negociaciones paz y reintegración posguerra” y “Legados y ambivalencias”), tres apéndices y una extensa bibliografía.

Aunque no son la finalidad central de esta aproximación, me permito señalar dos notas críticas. La primera: el autor señala en la introducción la importancia que para su estudio ha tenido el acceso al archivo privado de Rubén Zamora, al igual que a los archivos de Rodrigo Asturias y Julio Balconi en Guatemala o a la documentación del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (pág. 12) pero, tal como señala el mismo prologuista de *Guerrillas*, el procedimiento esencial del estudio del doctor Dirk Kruijt (DK) es el método de las entrevistas directas “reiteradas, en profundidad, con los actores más destacados de los procesos políticos” (p. 17), que Torres-Rivera considera una técnica sustantiva “para penetrar en la textura histórica de un fenómeno social”. No negaré la potencial sustantividad de este método pero, en mi opinión, éste hubiera estado más controlado si el autor hubiese complementado, y contrastado, las tesis e informaciones que de ellas infiere con el uso de una documentación no oral anexa que, en mi opinión, no brilla en su estudio por una presencia notable y reiterada.

El segundo comentario tiene que ver con las conclusiones extraídas. Con estas palabras finaliza DK su estudio. “Nicaragua, Guatemala y El Salvador soportaron décadas de guerra para acabar con la dictadura. Estos países han disfrutado menos éxito (sic) que sus vecinos más grandes del norte y del sur en cuanto al éxito electoral de los partidos de izquierda. Conste, si se pretende lograr acabar con una pobreza masiva y otorgarle una voz a las grades masas anteriormente marginadas, es probable que sea el resultado de los éxitos electorales de la generaciones de moderados y reformistas que suceden a los comandantes guerrilleros quienes tomaron las armas para lograr los mismos fines” (p. 228). Dejo aparte su afirmación sobre el mayor éxito electoral de los partidos de izquierda de los vecinos del norte (¿México?), no pierdo de vista la estudiada ambigüedad de la formulación (o de su traducción castellana), pero sí que vale la pena apuntar, y no creo

inconsistente esta lectura, que puestos en una balanza los movimientos guerrilleros y las organizaciones dirigidas por “moderados y reformistas”, ambas orientaciones, tesis sin duda discutible, con las mismas finalidades, que el balance se decante hacia los éxitos electorales de las segundas, no es conclusión que se extraiga de la investigación realizada. Será opinión respetabilísima del autor pero no una inferencia forzosa por todo lo apuntado a lo largo de su estudio. ¿Es tan difícil aceptar que los movimientos y políticos reformistas basen en ocasiones, no digo siempre, su éxito electoral en la lucha guerrillera de generaciones anteriores?

Empero, en mi opinión, lo más destacable críticamente de este informativo estudio es la escasa empatía del autor respecto a los movimientos y dirigentes que analiza, así como su probable animadversión hacia el marxismo revolucionario. Daré algunos ejemplos de ello, sin olvidar potenciales problemas de traducción:

Al analizar el papel del marxismo-leninismo en el segundo capítulo del estudio, DK señala que no deberían existir ilusiones “en cuanto a la profundidad del conocimiento del marxismo o convicciones por parte de la mayoría de los revolucionarios centroamericanos”. Dejemos aparte el asunto de la escasa profundidad de convicciones, que incluso podría considerarse un insulto gratuito, en nota a pie de página añade el autor (p. 84, nota 28): La mayoría de las entrevistas con los comandantes (del FSLN) fueron hechas en sus casas u oficinas. Con la excepción de Dora María Téllez, nadie tenía un libro de Marx o de marxistas destacados en sus estantes. Sé que Rodrigo Asturias y Luis Santiago Santa Cruz habían leído a Marx; en general la ORPA hacía mucho énfasis en educar a todos sus miembros guerrilleros.

La afirmación “nadie tenía un libro de Marx o de marxistas destacados” en sus bibliotecas, como es evidente, es netamente especulativa y de contrastación inexistente. En todo caso, el autor habla de las bibliotecas actuales de los comandantes al mismo tiempo que señala que Asturias y Santa Cruz eran lectores de Marx y que la ORPA ponía énfasis en la formación de los guerrilleros. ¿Permite todo ello concluir, como concluye el autor, que era escaso o poco profundo el conocimiento del marxismo por parte de los revolucionarios centroamericanos?

DJ sostiene también, y no sé si de forma consistente, que el marxismo fue parte integral de la teoría revolucionaria de los movimientos y de los programas de estudio, “a veces voluntario, a veces prescrito” que “incluía lecturas *obligadas* como los escritos del mismo Marx” (p. 83). Después de Marx, apunta, Lenin fue el marxista más leído. Gramsci, en cambio, recibió menos atención y Trotsky, el primer revolucionario triunfante de Rusia (sic) fue prácticamente ignorado, señalando a continuación que “es probable que Gramsci y Trotsky fueran vistos como renegados, una visión compartida por los revolucionarios cubanos que pronto habían caído bajo la influencia de la versión soviética oficial del pensamiento revolucionario” (p. 83). Dejemos aparte lo que los revolucionarios cubanos compartieron o no, pero ¿es posible afirmar al mismo tiempo y sin contradicción que Gramsci recibiera menos atención en la formación de los ciudadanos y ciudadanas guerrilleras y que fuera considerado un renegado como Trotsky, al que autor, por cierto, considera, sin explicar por qué, el primer revolucionario triunfante en Rusia?

Un tercer ejemplo: tomando pie en la categoría “instituciones totales” según la acepción de Goffman –configuraciones sociales en la que todas (sic)

esferas de la vida dependen y son controladas por los mandatarios de la institución-, DJ pone como ejemplos de la noción sistemas tan heterogéneos como asilos, prisiones, conventos religiosos, pueblos mineros, ciudades acuarteladas, barracas militares y, finalmente, al lado de estas últimas, “campamentos guerrilleros” (¿Y por qué no grandes corporaciones o núcleos de poder central de partidos reformistas?). El comandante guerrillero, señala DJ, se transforma en un poderoso tomador de decisiones con poder ejecutivo, legislativo y judicial sobre las vidas de aquellas personas que están bajo su mando. Dejemos aparte la referencia a los tres poderes, no puede negarse la existencia de mandatarios de esa orientación ni cegarnos ante desmanes o asesinatos (Roque Dalton por ejemplo, y, por cierto, bajo la responsabilidad política o ejecución directa de personas hoy muy bien instaladas en el establishment), pero ¿es de recibo esa simplificación? ¿Es aceptable esa comparación de instituciones totales? ¿Es justa esa ubicación al lado de barracas militares de los campamentos guerrilleros?

No es necesario insistir pero, en opinión de este lector, el autor ha controlado en exceso su empatía por los movimientos y personas objeto de su estudio, y su escasa afinidad por el marxismo, legítima desde luego, le lleva a afirmaciones que o no están bien documentadas o que no siguen siempre de sus presupuestos e informaciones.

PS: Como contraste: en una entrevista reciente, la “Comandante Lola”, Alba Estela Maldonado, militante de base, comandante guerrillera, fundadora del Ejército Guerrillero de los Pobres, una de las cuatro fuerzas que formaron la URNG de la que fue secretaria general, diputada al Congreso por la propia URNG entre 2004 y 2008, al ser preguntada por la viabilidad de los movimientos armados en la actualidad, respondía: “[...] En América Latina, fuera de los países donde hay procesos en que las democracias actuales permiten ciertos avances a sus pueblos, como por ejemplo Venezuela o Bolivia, en la mayoría de países hay elementos que estarían, por un lado, obstaculizando el desarrollo de una lucha armada popular, pero por otro lado, gestando también condiciones que pueden crear nuevos niveles de conciencia. Esas condiciones serán las que, en un futuro, podrán decidir si la gente se plantee nuevamente la posibilidad de un intento de lucha armada revolucionaria”. ¿No hay acaso mayor ecuanimidad en esta aproximación?

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

CONCEBIDO PARA GUSTAR

Samantha Weinberg, *Acusando desde la tumba. Una historia verdadera de asesinato y ADN Montesinos* (Biblioteca Buridán), Barcelona, 2010, 348 páginas (traducción de Josep Sarret Grau)

Hay personas para las que el mundo es, básicamente, el mundo anglosajón. Cuando no se controla suficientemente, Samantha Weinberg no está excluida de ese grupo. Hay lectores que ríen o describen sin apenas indignación las estúpidas bromas de James Watson, el gran científico usamericano, cuando habla Rosalind Franklin. Weinberg no siempre se aleja de este ámbito de gustos y observaciones tan idiotamente masculinos. Hay escritores que parten de postulados, more geométricos, que conciben las instituciones privadas, el mercado, la competitividad, los emprendedores arriesgados y categorías afines como una cara amable e incluso la más interesante de la existencia humana. La autora de *Acusando desde la tumba* no siempre alejada nada de estas turbulentas y fraudulentas aguas. Hay autoras para las que el mundo de las clases medias aposentadas impone sustancialmente sus coordenadas como modelo vital, existencial, casi natural. Weinberg parece habitar en este conjunto densamente poblado. Hay comentaristas que suelen ser muy generosas al hablar de ese insaciable científico mercantil llamado Craig Venter, dignísimo cuando no máximo representante de esa impía imbricación de conocimiento y negocio. Tampoco Weinberg se muestra críticamente alejada de este grupo: lo llama, benévola, generosamente, inconformista. Hay ciudadanos que siguen presos en las redes de seducción de lord Blair, el corresponsable de una de las mayores atrocidades bélicas de la modernidad. Weinberg está incluida, sin atisbo de duda, en este grupo. Hay siempre posibilidad de mezclar limones sustantivos con peras anodinas. Weinberg lo hace en ocasiones cuando habla, por ejemplo, de jurados compuestos mayoritariamente por blancos, de media edad “y predominantemente gordos”. No siempre es fácil evitar lugares comunes presentados como momentos excelentes, únicos, singulares. Weinberg no siempre los evita: “Una amiga me preguntó cómo me sentiría si hubiera sido mi hijo el asesinado. ¿Seguiría queriendo que no se pudiera en la cárcel? *Fue una idea realmente aleccionadora*” (p. 334) afirma feliz por su hallazgo. El patriotismo suele ser condimento imprescindible de algunos escritores anglosajones en los últimos años. Weinberg parece abonar esa arista cuando habla emocionada de valores del nuevo mundo y de padres inmigrantes que izan la bandera de muerte y estrellas diariamente. No siempre es fácil alejarse de la reducción biologista y del menosprecio o escasa valoración del conocimiento social. La autora de esta historia verdadera de asesinato y ADN no lo hace, especialmente al final de su relato. Estas palabras con las que la autora va finalizando la historia beben de esa fuente: “Su hijo cayó en las redes del programa genético en el que estaba escrita su propia destrucción. No puedo decir que fueron la pobreza o las drogas o el chantaje los que le llevaron al asesinato. No puede echarle la culpa a una infancia difícil, o a unos amigos que le apartasen del buen camino. Sólo puede atribuirlo a una espiral de acontecimientos provocados en

última instancia por una espiral mucho más pequeña que le pertenece solo a él" (p. 343).

La ubicación de la biología en el puesto de mando de nuestra aproximación a las emociones, actitudes, deseos y comportamientos de los seres humanos es una tentación creciente, aceleradamente creciente. La autora no se aleja desde luego. La tentación viene de arriba, de abajo y de todos los lados y el epílogo (pp. 345-348) está densamente poblado de ejemplos. No sólo las torpes y pueriles palabras que cierran el volumen son un ejemplo -"Tras años de vivir con Helena, creo que puedo decir qué camino habría tomado ella. Habría avanzado decidida hacia el nuevo mundo feliz de la genética del siglo XXI y habría cruzado sus puertas sin vacilar n un segundo"-, sino casi todas las reflexiones, casi todos los pasos, casi todos los puntos que vertebran en su epílogo, externo de hecho a la propia narración, surgen de esa atalaya de (in)comprensión.

Tanto da. Pelillos a la mar, granitos insignificantes de sal. ¿Por qué este no distanciamiento?

Porque lo decisivo de esta novela policíaco-científica concebida sin duda para gustar es el ritmo con el que está escrita que, sin exageración publicitaria, atrapa al lector desde el primer momento, sin dejarle respirar, sin permitir descanso en su lectura, sin permitirle que se centre en otros menesteres. Me sabe mal usar esta fuente pero el *Financial Times* apuntó: "Quienes busquen una buena historia policial combinada con una interesante lección de ciencia forense difícilmente encontrarán nada mejor que este libro". Acertó esta vez la Biblia mercantil de la City londinense.

Y no sólo eso. La autora introduce sabiamente elementos de divulgación científica y de historia de la ciencia que, por lo que puedo afirmar de este ámbito no siempre dominado, son siempre pertinentes, están bien explicados, son interesantes y están muy bien intercalados en una narración que, como se señala en portada, está basada en un hecho real.

Samantha Weinberg, por lo demás, es capaz en general de presentar en general al considerado culpable del asesinato de manera no unilateral, sin mirada reduccionista, sin una perspectiva inicialmente condenatoria, haciendo vacilar al lector en más de una ocasión. Incluso la condena y las reflexiones finales de la autora dejan un sabor extraño, una ventana abierta a la posibilidad de error judicial.

La traducción de Josep Sarret Grau, alma, cuerpo y motor inagotable de esta colección admirable que conocemos con el bello nombre de "Biblioteca Buridán", muestra una vez más la excelencia que acompaña a todos sus trabajos. Sin excepción.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

ENTRAÑABLE HOMENAJE A LA TIERRA Y A LAS MANOS QUE LA TRABAJAN

Gustavo Duch, *Lo que hay que tragar. Minienciclopedia de política y alimentación*. Los Libros del Lince, Barcelona, 2010, 257 páginas. Prólogo de Federico Mayor Zaragoza.

El Viejo Topo, mayo de 2010.

Agotados nuestros mares por un consumo insensato y unas artes de pesca devastadoras, España y otros países desembarcan en costas supuestamente sin Estado ni regulaciones respetadas. Nuestra industria atunera usa redes de pesca que abarcan varios kilómetros y son guiadas por satélites que les informan dónde están los grandes bancos de peces. La consecuencia se impone a medio plazo, a un plazo cada vez más cercano: nuevo agotamiento que irá en detrimento de los pesadores locales, todos ellos artesanos, no de las industrias poderosas y de sus países de origen. Además de ello, por si falta algo, las grandes empresas españolas y comunitarias son receptoras de ayudas públicas, estatales y comunitarias, que coartan el derecho de la población somalí, por ejemplo, a aprovechar sus propios recursos naturales, que no son nuestros y los nuestros.

Esta es una de las historias, de las numerosas historias que nos cuenta Gustavo Duch en su último libro: *Lo que hay que tragar*. Su sustantiva y hermosa enciclopedia de alimentación y política está estructurada en cinco capítulos: Dime cómo funciona; dime de dónde viene; dime, cuéntame; dime qué es (déjenme recomendar los apartados dedicados a Vía Campesina, el decrecimiento y la soberanía alimentaria), y dime quién es. Relatos breves, que pueden ser leídos y releídos en distinto orden, su arco de información, comentario y crítica es amplísimo: desde explicaciones de cómo funciona la política agraria europea hasta la definición de huella ecológica pasando por informaciones contrastadas sobre Danone, el Banco de Santander y la generación de agrocombustibles o los transgénicos. Todo ello, como señala Eduardo Galeano, escrito en “un lenguaje milagrosamente capaz de convertir el plomo en pluma. Aquí hay horror y hay humor y amor”.

Por detrás de las numerosas historias que aquí se describen, una arista destaca una y cien veces más: un abonado sendero anticapitalista que entiende que seguramente, como el propio autor ha comentado, la agricultura globalizada de hoy es la mejor y más perversa expresión de la civilización capitalista: los bienes naturales disponibles para la producción de alimentos están ya casi privatizados: el mar, los ríos, las semillas, la tierra; la alimentación ha dejado de ser un derecho ciudadano para convertirse en una mercancía más que beneficia básicamente a los detentadores del capital (hay fondos de inversión, señala Duch, pujando por las cosechas de los próximos años y adquiriendo tierra cultivable), y los medios de producción, todos ellos, están en manos de un club elitista de aprovechados y plutócratas.

Rosa Regàs, en la presentación del libro en Barcelona, destacó un vértice del libro: las magníficas historias que el autor contaba a lo largo de su ensayo, especialmente en el capítulo tercero. Un ejemplo (páginas 116-117): “La abuelita guardaba secretos que nunca se atrevió a decir por no

avergonzar. Vivió tiempos donde su origen, sus costumbres y su lengua no existían. Al lado de sus hermanos y hermanas indígenas peleó por esos derechos. Frente al hacendado y frente a la dictadura, pero nada consiguieron. Cambió, pues, de identidad. Dejó su pollera y otras prendas tradicionales, se cortó sus trenzas negras y se disfrazó de normalidad. Aprendió a cocinar pasta y arroz, y traducía sus pensamientos quechuas en palabras castellanas. Nada sabían sus nietas de la historia de la abuela. Pero fueron ellas, que estudiaban quechua en la Universidad, las que la entendieron cuando, hacía cinco días, fruto de la demencia senil -dijo el doctor-, se levantó a la hora de la comida y gritó: “Munay ttantta, munay ttantta” [Queremos pan, queremos pan?]. ¡Todos a la casa del amo!”.

Los homenajes, desde luego, no se ocultan -no se pierdan el dedicado a Evo Morales (pp. 235-236) o los que tienen a admirables personas desconocidas como Nenita o Rufino como protagonistas- y las numerosas informaciones que el autor nos regala están fuertemente contrastadas y documentadas. Vean, por ejemplo, las páginas de horror, el descenso a los infiernos que representan sus notas sobre Monsanto o Benetton. Sin ocultamiento de perspectiva: “En un mundo que agoniza se escuchan las grandes voces de alarma. Al Gore, Bono, y otras estrellas mediáticas corean su final con voz potente, bien medida y de armonía fácil. Son el eco de los dueños de la Tierra, que la examinan desde arriba y con distancia. Pero si agudizamos el oído, escucharemos millones de diminutos lamentos. Son los hijos de la Tierra, con las manos y los pies sucios de tierra, que como ella sienten cerca la muerte. Saben de qué hablan” (p. 43).

Eduardo Galeano, así reza en la contraportada, señala que *Lo que hay que tragar* retrata es la maldición y esperanza de “este mundo cuyos amos está jugando a los dados”. ¿Qué juego es ese? El propio Duch ha dado la respuesta: “A la ruleta rusa y vamos por el cuarto o quinto disparo. Como dice Mayor Zaragoza, al que agradezco el prólogo del libro, somos las fichas de una plutocracia. Los amos del mundo no se esconden y se anuncian en televisión: Carrefour, Danone, el Banco de Santander o Endesa -y que me disculpen aquellas corporaciones que no cito-, que como una nuevo imperio ha sido el primero que ha conseguido el sueño de César o Hitler, colonizar todo el planeta. Sus soldados: cierta clase política; su estrategia: el neoliberalismo y el patriarcado; sus bombas: control del mercado, transgénicos, agrocombustibles, etc”.

Federico Mayor Zaragoza (¡quién te ha visto y quién te ve!), que abona en su presentación por una refundación de las Naciones Unidas como expresión verdadera de la democracia global, como espacio donde todos los pueblos de la tierra decidan realmente su futuro común y se eliminen definitivamente los grupos de plutócratas (G7, G8, G20), conjetura que el siglo XXI podrá ser finalmente el siglo de “nosotros los pueblos”, de todos los ciudadanos y ciudadanas del mundo. Que así sea. Duch da numerosas razones en defensa de la necesidad y urgencia de superar ese reto.

Pan y vino para quien hace el pan y el vino proclamaba Gloria Fuertes. Quién salvará a este chiquillo menor que un grano de avena, de dónde saldrá el martillo verdugo de esta cadena, que salga del corazón de los hombres jornaleros que antes de ser hombres son y han sido niños yunteros, preguntaba y respondía el poeta comunista Miguel Hernández. Estos dos poemas, y una canción de Llach, abren *Lo que hay que tragar*. Anuncian lo

esencial, el nudo fundamental de este excelente libro de Gustavo Duch: no hay que tragar aquello que, por multitud de razones, se nos indigesta.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

LA AGUDA MIRADA CRÍTICA DE UN PERIODISTA CRÍTICO

Pascual Serrano, *El periodismo es noticia. Tendencias sobre comunicación en el siglo XXI*. Icaria, Barcelona, 2010, 142 páginas.

Componen *El periodista es noticia* una introducción y ocho capítulos, algunos de ellos publicados en revistas especializadas como *Utopías* o *Éxodo* y otros que han servido como material para conferencias del autor, un periodista e intelectual comprometido de amplio currículum que lleva, como se señala en la solapa del volumen, unos veinte años trabajando en la búsqueda, sin término pero con éxitos, de otro periodismo. Estos son los temas desarrollados en el ensayo: “La crisis en los medios, los medios en crisis”, “Política y periodismo”, “Los observatorios de medios, ocho años después”, “La red, ¿libres o enredados?”, “Movimientos sociales y medios alternativos”, “El periodista, la objetividad y el compromiso”, “Medios públicos y privados, rompiendo tópicos” y “Una luz de esperanza. El nuevo modelo de información para el ALBA”.

El autor de *Desinformación* explica en la introducción algunas de las finalidades centrales de su nuevo trabajo. “Este libro pretende ser un alto en el camino, ese momento en que el viajero para a beber agua, se sienta en la senda y comienza a pensar lo que ha dejado atrás, hacia dónde va, por qué se dirige allí y si de verdad quiere ir en esa dirección” (p. 7). De no obrar así de forma regular, advierte razonablemente, caminaremos por senderos diseñados previamente por otros.

La mayoría de los asuntos que se abordan en el libro, sostiene Pascual Serrano, han podido afectar seguramente a la gran mayoría de los lectores. Sin embargo la mayoría de nosotros no nos hemos parado a analizarlos ni siquiera, en algunos casos, los hemos vislumbrado. El que fuera asesor editorial del canal internacional Telesur pretende “obligarnos a parar un instante y pensar sobre diversas cuestiones relacionadas con los medios de comunicación pero que, casualmente, no suelen ser abordadas por esos mismos medios” (p. 7).

Vemos sucintamente algunas cuestiones sobre las que el autor nos sugiere detenernos un instante y meditar sobre ellas.

El primer capítulo está dedicado a la crisis, la crisis en los medios y los medios en crisis. De lo primero basta recordar que los medios manejan “la información financiera en estrecha relación con las empresas de rating, las entidades que se dedican a poner notas sobre el riesgo de impagos a empresas, instituciones financieras, gobiernos y administraciones públicas” (p. 11). Grecia, Portugal y España son ejemplos recientes de ello. Paradoja, ocultada o semiocultada, apuntada por el autor: son los propios calificados quienes pagan a los calificadores cuantiosas sumas por esa calificación. Veracidad de las informaciones: nula o negativa; característica básica de lo publicado: sesgadas (des)informaciones al servicio de intereses no explicitados.

Para el autor, gran parte de la crisis económica de los medios se debe a la pérdida del favor de público. Las diversas componentes de esa crisis son la crisis de mediación, la crisis de credibilidad, de objetividad, de autoridad, de

información y de distribución. Lejos de ser un gran problema, en su opinión, la situación abre grandes expectativas de “regeneración en el modelo comunicacional que la ciudadanía y los colectivos sociales deben aprovechar” (p. 25). Por ejemplo, “la crisis de objetividad ha dejado en evidencia que detrás de muchos medios se escondía más un proyecto ideológico y político que el interés de informar a los ciudadanos”. De este modo, la crisis de credibilidad, autoridad y mediación, deben (o deberían) generar, sugiere Pascual Serrano, una disminución de la arrogancia y prepotencia de unos medios que operan a espaldas de la ciudadanía y desprecian sus iniciativas de participar en la comunicación.

El segundo capítulo –“Política y periodismo”- se abre señalando una finalidad reconocida –“Una de las funciones del periodismo era acercar la vida política a la ciudadanía” (p. 27)- y denunciando una situación de hecho: “entre las desviaciones del sistema comunicacional dominante se encuentra la de haber pervertido esa función”. Como el autor señala, la vinculación entre periodismo, medios y política institucional puede ser tan perversa como para que “las acciones en Bolsa de un grupo empresarial de comunicación puedan subir o bajar en función de unos resultados electorales” (p. 36). Los “mercados”, el oráculo infalible de la postmodernidad, hablan con gritos y apuestas. Serrano nos ofrece como ejemplo lo sucedido en Argentina tras el resultado adverso del oficialismo en las elecciones de 2009.

El tercer capítulo analiza la situación de los observatorios de los medios ocho años después de su formación, una propuesta de Ignacio Ramonet en 2002. Una breve historia de estos Observatorios puede verse en las páginas 46-48. En opinión del autor, los Observatorios deben prestar atención a las siguientes aristas: selección de temas, protagonistas de las noticias, ubicación de la noticia, lenguaje, infografía, técnicas y estrategias audiovisuales, elección de analistas y fuentes de documentación, dobles raseros, observar estrategias discursivas ilícitas, falsedades y métodos tramposos de participación. Pascual Serrano avanza en las páginas 51-53 algunas propuestas de mejora en la intervención de estos Observatorios. Entre ellas, “necesidad de que las conclusiones de los estudios de los observatorios incluyan recomendaciones y propuestas que sean legalmente vinculantes para los medios de comunicación” (p. 52).

El cuarto capítulo del volumen es una aproximación a la red. Una observación política central destaca en el análisis del autor: “La red ha provocado una eclosión de propuestas de falsa participación que están convirtiéndose en un impresionante sistema de distracción de la movilización, incluso jugando un papel reaccionario al hacer creer a gran parte de la ciudadanía que forma parte de una sociedad organizada y movilizadora cuando sólo son individuos con una taza de café escribiendo en un teclado” (p. 63).

“Movimientos sociales y medios alternativos”, el siguiente capítulo, junto con “El periodista, la objetividad y el compromiso” son, en mi opinión, dos de los mejores momentos de *El periodismo es noticia*. Sin poder detenerme con detalle, Serrano señala algo tan básico y obvio como lo siguiente: el hecho de que los movimientos sociales y los medios alternativos tengan hoy un mayor protagonismo tiene su causa en que ambos elementos son “la manifestación de una pulsión social que pide participación ciudadana y más protagonismo” (p. 73) en un modelo social que tiene como condición *sine qua non* para su existencia y permanencia, no meramente coyuntural, la marginación cívica

de sus poblaciones, sobre todas en sus sectores más desposeídos.

La consistencia entre objetividad y compromiso es defendida por el autor enérgica y razonablemente con numerosos ejemplos. La verdad sigue estando en el puesto de mando de las reivindicaciones del periodismo crítico pero tal finalidad no anula el compromiso con los oprimidos, con los desfavorecidos. De hecho, mirado de frente y sin prejuicio académico insustantivo, este compromiso político es condición necesaria para alcanzar esa irrenunciable finalidad gnoseológica a la que ningún periodista comprometido puede y debe renunciar.

Romper los tópicos sobre medios públicos y privados y narrar la luz de esperanza que representa el nuevo modelo de información para el ALBA son las temáticas de los dos últimos capítulos del ensayo de este periodista crítico que sabe que el periodismo sigue siendo noticia y que fue capaz de fundar, cuando apenas había abono y condiciones para ello, la publicación electrónica rebelion.org. Las palabras con las que cierra su libro merecen ser citadas: “Lo que es indiscutible es que hoy, en América Latina, y especialmente en los países del ALBA, se está construyendo el futuro de otro sistema de medios de comunicación posible. Allí está el futuro que está convirtiéndonos a los europeos en meros restos del pasado” (p. 142).

En síntesis: un libro bien escrito, informado, oportuno, magníficamente argumentado, que señala senderos y aporta sugerencias y ayuda a los lectores a no dejarse llevar “por la inercia de quien avanza a fuerza de empujones sin saber hacia dónde”.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

UN HERMOSO DUETO. EN LA ESTELA DE JEAN-PAUL SARTRE Y BERTRAND RUSSELL

Tariq Ali, *Conversaciones con Edward Said*. Alianza Editorial, Madrid, 2010, 133 páginas (traducción de la edición inglesa Natalia Rodríguez Martín)

Como se señala en la contraportada de este volumen magníficamente editado, Tariq Ali mantuvo y filmó estas conversaciones con Edward Said en 1994, una década antes del fallecimiento del autor de *Orientalismo*. Said era para Ali, “un viejo amigo y camarada. Nos conocimos en 1972, en un seminario en Nueva York”.

El encuentro tuvo lugar en el apartamento que tenía Said en Nueva York, en Riverside Drive. Las sesiones fueron editadas para un documental titulado *Una conversación con Edward Said* producido por Bandung Films para Channel Four británico. Componen el libro, además de la presentación de Ali, “En recuerdo de Edward Said 1935-2003”, un escrito publicado en la *New Left Review* en noviembre-diciembre de 2003, una versión apenas “ligeramente editada de las sesiones originales en toda su fascinante integridad, con el relajado encanto de una íntima e informal interacción entre dos personas que conversan como si tuvieran todo el tiempo del mundo” (p. 10).

¿Algo nuevo en estas conversaciones? No mucho seguramente. Pero, en todo caso, sin olvidar el tono vivo y directo de las preguntas y respuestas, una reafirmación en las posiciones y reflexiones del gran intelectual árabe. Los temas tratados, con mayor o menor detalle, son los siguientes: enfermedad (pp. 29-30); biografía inicial (pp. 31-49); música (49-64), literatura (pp. 64-77), Palestina (pp. 78-101), *Orientalismo* (pp. 101-107), la recepción literaria (pp. 107-112), intelectuales y política (pp. 112-117), cultura y mundo americanos (pp. 117-124), identidad (pp. 125-126) y asuntos personales (pp. 126-133).

Vale la pena recoger algunas de las reflexiones expuestas por Said sobre algunos de sus temas más esenciales.

Sobre Glenn Gould, sobre el gran pianista canadiense fallecido con apenas cincuenta años de edad, comenta el pianista y musicólogo Said: “[...] Glenn Gould fue en realidad la última persona que era alguien que podía hacer cualquiera cosa en la música. Podía hablar sobre ella, podía tocarla, él podía tocar cualquier tipo de música, y se sentía cómodo en diferentes modos, en diferentes estilos, y siempre con una personalidad individual increíblemente potente que sencillamente no se veía constreñida por el concierto. *No lo olvides, la mayoría de los pianistas que actúan, o los músicos que actúan en público, ison mudos! Sólo se sientan ahí. Gould rompió ese molde. El salía en televisión, hizo radio, escribía, etcétera*” (p. 53) [la cursiva es mía]

Sobre Camus, sobre el autor de *La caída*, el heterodoxo crítico literario Said iluminada una cara de un polígono con múltiples lados: “No creo que nunca fuera otra cosa que un escritor de culto. Desde luego, lo es en este país (USA). En Occidente en general. Está asociado a la conciencia *ex tempore*, a la soledad y la dificultad de existir, este tipo de cosas, y está asociado a una especie de ethos europeo, que yo creo que es completamente

engañoso. *Camus, a mi modo de pensar, pone mucha insistencia en asumir el papel de humanista, a pesar de las terribles influencias coloniales que están ahí desde la primera palabra que escribe hasta la última*” (p. 75) [la cursiva es mía]

Sobre el conservadurismo político de Gellner y sus disputas sesgadas, el analista político Said sostiene “No sólo no lo creí nunca (que los oprimidos tuvieran siempre razón) sino que nunca dije nada que se la pareciera remotamente. Es parte de ese grupo conservador –yo lo llamo reaccionario– del que Gellner participa, que intenta rescribir la historia del colonialismo de manera que parezca que realmente todo comenzó a ir mal tras el colonialismo, y que en Occidente solo algunos necios como yo creen que el colonialismo fue algo terrible y que, por tanto, cualquiera que sobrevivió o fue liberado del colonialismo siempre lleva razón. *Y yo siempre he dicho justo lo contrario. He dicho que los efectos del colonialismo son mucho más profundos y perviven mucho más allá de la marcha del último policía blanco*” (pp. 106-107). [la cursiva es mía]

Sobre la presencia y ausencia de los intelectuales, el Said intelectual apunta un matiz tan básico, tan elemental como verdadero: “(...) De modo que no es una cuestión de que los intelectuales públicos estén desapareciendo... quiero decir, Kissinger está todo el tiempo en televisión, Brzezinski está todo el tiempo en televisión, Paul Jonson está todo el tiempo en televisión.., éstos son intelectuales públicos que hablan en el lenguaje del mercado, que representan las ideas de poder que gobiernan el mundo en que vivimos... *es el intelectual disconforme el que yo creo que está desapareciendo; en gran medida porque el sistema ni quiere ni, en definitiva, puede acomodar a esa persona*” (pp. 116-117) [la cursiva es mía]

No es necesario seguir. Estas conversaciones, no podía ser de otra forma al ser fruto del dueto Said-Ali, son una hermosa y rica fuente de ideas, reflexiones, de informaciones poco transitadas y de miradas singulares y argumentadas.

De lo que no debería inferirse un aplauso operístico, cerrado y entusiasta, a todos los compases y notas de esta melodía. En opinión de este reseñador, ni la pregunta de Tariq Ali que cierra el volumen, “Ahora tengo que hacerte *una pregunta teórica muy importante* que he estado evitando hasta este momento, y que es la siguiente: ¿es posible ser un intelectual serio y un dandy? ¿Es posible ser un dandy serio y un intelectual?”, ni la respuesta del malogrado y recordado Said –“Rotundamente sí, a ambas preguntas. Pienso que sólo un intelectual serio puede interesarse por la apariencia, porque la apariencia es muy importante. *Y sólo alguien que está seriamente interesado en la apariencia puede ser un intelectual serio, y preocuparse por las cosas de la mente.* Porque las cosas de la mente son interesantes sólo en la medida en que se manifiestan con una apariencia atractiva” [las cursivas son mías igualmente]- están a su altura, a la altura de estos grandes intelectuales comprometidos que siguen transitando por la senda, por la tan necesaria senda que forjaron intelectuales como Sartre, Russell y tantos otros. Pensar es combatir.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

REIVINDICACIÓN DEL PENSAMIENTO POLÍTICO DEL AUTOR DE EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN

Jean Salem, *Lenin y la revolución*. Península, Barcelona, 2010, traducción de José María Fernández Criado, 156 páginas; edición original 2006.

En un libro muy aconsejable para cualquier lector de izquierda (*El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, El Viejo Topo, Mataró (Barcelona), 2010), Emir Sader describe con detalle las numerosas temáticas en que estaban inmersos jóvenes de su edad en los años sesenta, “a eso dedicamos, lo mejor que teníamos, con la disponibilidad y el desprendimiento del que solo los jóvenes seguidores de las ideas humanistas son capaces”. Hoy, en cambio, señala dolorosamente, cuando una parte de esa generación reniega de su propio pasado, pretende silenciar el momento probablemente más generoso de su vida, de su existencia, muchos continúan tercetos intentando demostrar por el resto de sus vidas que ya no son lo que fueron, ni tan siquiera fueron lo que realmente fueron, pasando rápidamente del ex al anti, un trayecto, nos recuerda, que Deutscher caracterizó como el paso de hereje a renegado.

Jean Salem no es un renegado. Probablemente sea un hereje, como debería serlo cualquier miembro de una tradición que tiene entre sus autores e inspiradores más centrales a un filósofo que siguiendo a Bacon apuntaba que era bueno dudar de todo pero no de todos. Salem es profesor de filosofía en la Universidad de la Sorbonne, ha estudiado también Letras y Arquitectura, es especialista en filosofía clásica y dirige el Centro de Historia de los Sistemas del pensamiento moderno.

Su *Lenin y la revolución* consta de una Introducción, de detallados comentarios a las seis tesis de Lenin sobre la revolución que este profesor de filosofía clásica considera básicas, la conclusión, el epílogo y unas 300 anotaciones. Al margen de una parte de las notas de la introducción, la mayor parte de ellas remiten a obras y artículos de Lenin, sin apenas referencias a comentaristas de su obra.

Una aproximación a esta breve obra de este filósofo de la Sorbona parisina demanda, en mi opinión, una separación entre la Introducción y el epílogo por una parte, y las tesis comentadas y la conclusión por otra.

La introducción es un excelente texto crítico donde el autor no sólo se enfrenta al lugar común de considerar a Lenin, o a Marx, como un perro muerto, o nos da conmovedores detalles de cómo Lenin entró en su vida, o nos recuerda, la sombra de Benjamin afortunadamente es muy alargada, que la historia suelen escribirla y rescribirla los vencedores, o nos sugiere razones de por qué el nombre “Lenin” resulta hoy difícil de pronunciar, no sólo eso decía, sino que formula críticas agudas a la categoría totalitarismo, a los abusos estadísticos e ideológicos sobre el estalinismo y sus víctimas y a la misma consideración de la Revolución de octubre y su historia como un uniforme pasaje estalinista sin estadios ni fases desarrollándose en un paisaje sin apenas contornos ni presiones, e incluso, siguiendo a Losurdo, nos presenta ideas y datos para un balance más ajustado de Stalin como figura histórica. Por ejemplo, no es recordado frecuentemente que a finales de

marzo de 1945, apenas un mes ante del final de la II Guerra Mundial, quedaban en el frente occidental 26 visiones del Ejército alemán mientras que en el frente oriental eran 170, 6,5 veces más, las divisiones alemanas, y que la ciudad de Leningrado, no ya Stalingrado, en sus novecientos (¡900!) días de asedio perdió un millón de habitantes de los dos millones y medio con los que contaba, el 40% de su población aproximadamente (página 21).

El epílogo –diez minutos, sólo diez minutos para acabar con el capitalismo- tiene momentos excelentes. Este por ejemplo: “La actualidad del marxismo se basa, pues, en primer lugar en que denuncia el capitalismo en tanto que sistema, y nos procura los instrumentos que hacen salir a una luz cegadora la inanidad de todo angelismo, la ineficiencia de los “reformadores de. detalle”, la impostura de los que militan en la extinción del pauperismo... a partir de las diez de la noche (pp. 107-108). Sin embargo, no siempre el matiz acompaña la escritura de Salem. Por ejemplo, no destaca su presencia en este caso: “Los economistas clásicos, como Smith, Say o Ricardo, consideran al obrero poco más que como un animal de carga. No quisieron ver en el hombre más que una máquina de consumir y producir” (p. 108).

Tampoco su aproximación a la economía matemática parece vindicable en todos sus nudos. Salem dedica su sexto minuto a “los medidores, los economedidores y otros proveedores de índices”. El sarcasmo continúa. Marx, recuerda sin más precisión de año ni época, citaba a “Schulz, un economista socializante que denunciaba los cálculos de medias de los ingresos de los habitantes de una nación, cálculos que autorizan al filisteo (inada, definitivamente, ha cambiado!) a engañarse sobre la condición real de la clase numerosa de la población” (p. 110). Es obvio a estas alturas de la vida que ningún economista medianamente documentado, por moderado que pueda ser, se deja engañar, sin más consideraciones, por promedios sobre la situación real de las clases trabajadoras o desempleadas. El rechazo, por Salem vindicado del joven Marx, tomando pie en Hegel, de las matemáticas por abstractas, “es decir, por superpuestas al objeto, extrínsecas a la realidad de la vida concreta” (p. 111) es, digámoslo suavemente, un non sequitur. Añade Salem, para completar su antimatematismo nada marxiano, que “de cualquier modo, la puesta en cifras de cualquier cosa, de cualquier valor humano, constituye uno de los cánceres de nuestra tan curiosa época”.

El cuerpo central del libro no es en todo caso los apartados anteriores sino su comentario a las tesis que, en opinión del autor, recogen las principales ideas de Lenin sobre la revolución. Son las siguientes: 1. La revolución es una guerra y la política es, de manera general, comparable al arte militar., 2. La revolución política es, también, y sobre todo, una revolución social, un cambio en la situación de las clases en las que se divide la sociedad. 3. Una revolución está hecha de una serie de batallas; corresponde al partido de vanguardia facilitar en cada etapa una consigna adaptada a la situación objetiva; a él incumbe reconocer el “momento oportuno” de la insurrección 4. Los grandes problemas de la vida de los pueblos se resuelven solamente por la fuerza. 5. Los socialistas no deben renunciar a la lucha a favor de las reformas. 6. En la era de las masas, la política comienza allí donde se encuentran millones de hombres, incluso decenas de millones. Desplazamiento tendencial de los focos de la revolución hacia los países dominados.

Salem señala explícitamente “la actualidad de esas tesis, de los hechos

que su autor invocaba y de las consideraciones que las han fundamentado, en esta época en que el orden mundial parece regresado a los tiempos de las conquistas de América, de Asia, de África y de Oceanía”. Es decir, parece que el autor no sólo apunta a la validez, a la corrección, a la veracidad de la información y a la corrección del análisis y la argumentación políticas de Lenin en su contexto histórico y en sus circunstancias geográficas sino que, en su opinión, esas tesis revolucionarias tienen un alcance más general, acaso universal, a un tiempo que trascienden la época en la que el revolucionario e intelectual ruso vivió y combatió.

Es aquí donde es más difícil seguirle. Se puede estar de acuerdo en la larga y amplia validez histórica de algunas de esas consideraciones -por ejemplo, en la afirmación casi trivial de que los socialistas no deben renunciar a la lucha por las reformas o en la creencia de que una revolución política verdadera viene acompañada de una revolución social, “de un cambio en la situación de las clases en las que se divide la sociedad”- pero no es fácil acompañarle cuando reivindica la actualidad de otras tesis leninistas adecuadas sin duda en otros momentos históricos y en determinadas circunstancias. Sea el caso, por ejemplo, de la tesis tercera. La exteriorización del Partido, su misma unicidad, la consideración de éste como vanguardia desgajada, la omnisciencia otorgada al Partido como instrumento, la radical separación de las clases trabajadoras respecto a la propia organización que defiende sus intereses inmediatos e históricos no parecen lugares muy transitables. Algo similar puede afirmarse del paso final con el que Salem concluye este apartado: “Esta serie de batallas (no esta “batalla única”) que hay que entablar en vistas a las reformas económicas y democráticas en todos los ámbitos.. esta transición del capitalismo al socialismo, se parecerá más bien, por tomar una fórmula de K. Marx, a “un largo periodo de doloroso parto” porque la violencia es siempre la partera de la vieja sociedad” (p. 63). Pues acaso no siempre y sin olvidar que el supuesto parto revolucionario puede haber sido un mal suelo en algún caso.

Este mal clasicismo leninista acompaña en mi opinión también a las conclusiones del ensayo. Citando a Lenin, Salem recuerda que la revolución es una fiesta (p. 104), cosa que no es, o no es tan sólo, y que la vanguardia de la revolución, el proletariado avanzado, es el que expresará la verdad objetiva de esta lucha de masas disparatada de oprimidos y descontentos de toda especie.

En síntesis: una reivindicación un pelín leninista de las excelentes ideas políticas de un revolucionario que vivió en un tiempo y en determinados lugares con sus propias y singulares tradiciones culturales e históricas. El mismo Lenin, siguiendo a Marx, es probable que hubiera comentado en alguna ocasión que en lo que a él concernía tampoco él era leninista.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

SOBRE GRANDES MITOS DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA

Reseña de Ronald L. Numbers (editor), *Galileo fue a la cárcel y otros mitos acerca de la ciencia y la religión*. Montesinos (Biblioteca Buridán), Mataró (Barcelona), 2010, 303 páginas, traducción de Josep Sarret Grau.

El Viejo Topo, septiembre de 2010.

Según Ronald L. Numbers, editor del volumen, el mayor de los mitos acerca de la ciencia y la religión, en la acepción de mito como afirmación que se cree verdadera pero que en realidad es falsa, es “el que sostiene que una y otra han estado siempre en una relación de conflicto permanente” (pp. 13-14). No es el caso en su opinión. Nadie ha tenido más responsabilidad en la difusión de esa falsa idea que dos grandes polemistas norteamericanos del siglo XIX: Andrew Dickson White y John William Draper. El ensayo que reseñamos, donde según informa su editor colaboran autores de orientación protestante, católica, judía, musulmana, budista, agnóstica, atea y “dos cuyas creencias no encajan en ninguna de estas tradicionales categorías”, intenta superar este mito básico, esta falsa idea decimonónica, en su opinión, tan copiosamente alimentada. Pero, “a diferencia de los magistrales creadores de mitos White y Draper” (p. 18), los colaboradores del volumen, asegura con riesgos su editor, no tienen interés personal alguno ni entuerto por deshacer, científico o teológico. Lo suyo, la característica general compartida por todos ellos, es la objetividad sin prejuicio. Afirmado está.

Más allá de intenciones y finalidades, desde una perspectiva político-cultural, el libro editado por Ronald L. Numbers parece, en primera instancia, un ensayo que favorece o disculpa a la religión, a la católica principalmente, tan malparada tradicionalmente, por razones nada marginales, en estos asuntos y en numerosos avatares. Determinadas situaciones que históricamente se han sido visto como ataques, agresiones, bloqueos o incomprensiones a la ciencia y a los científicos por parte de poderosas instancias religiosas son aquí matizados, disolviendo o intentado disolver los nudos más penetrantes, aunque no siempre bien justificados según la tesis aquí defendida, de la arista crítica. El caso Galileo es un ejemplo conocido; comentémoslo brevemente.

Maurice A. Finocchiaro, el autor del capítulo a él dedicado, uno de los grandes especialistas mundiales en la obra del autor de *Sidereus Nuncius*, disuelve e intenta falsar la afirmación de que el gran científico pisano fue encarcelado y torturado por defender el copernicanismo. No fue el caso, afirma. La Iglesia católica, apostólica y romana no es responsable de esas supuestas tropelías. ¿Qué pasó entonces? Según Finocchiaro, “a la vista de la evidencia disponible, la postura más sostenible es la de que Galileo fue interrogado con la amenaza de ser torturado pero que no sufrió una tortura real ni una *territio realis*” (p. 89). Además de ello, prosigue Finocchiaro, Galileo “nunca fue a la cárcel” aunque, eso sí, permaneció bajo arresto domiciliario durante el juicio de 1633 y los nueve años siguientes de su vida.

El gran historiador anglosajón admite a continuación que durante 150

años después del juicio la evidencia pública disponible indicaba que Galileo había sido encarcelado y durante cien años más que había sido torturado. El mito, en este caso, es más bien una idea falsa que en su día pareció verdadera pero que mantiene ciertas dosis de veracidad: ciertamente no es lo mismo ser torturado que recibir la amenaza de tortura pero esta última no deja de ser una variante de presión nada aconsejable, una “tortura verbal” si se quiere ser generoso, muy generoso. No es lo mismo estar en la cárcel que estar en casa bajo arresto domiciliario -idurante nada más y nada menos que nueve años!- pero no parece exagerado afirmar que un cierto aire de familia sí que mantienen ambas situaciones.

Algo afín podría señalarse sobre el mito de que Bruno fue el primer mártir de la ciencia moderna. No fue ese el motivo, argumenta Jole Shackeford, sino la filosofía natural de tradición “pitagórica” que defendía el autor de *La cena de las cenizas*. Al lado de ese pitagorismo naturalista, muy pegado a él, estaba la creencia pitagórica en la transmigración de las almas. Demasiado herejía para el cuerpo de una Roma post-tridentina que no podía tolerar esos sacrilegios. No fue, pues, Giordano Bruno un mártir de la ciencia moderna pero sí, en cambio, un mártir de la intolerancia de la Santísima Inquisición. De acuerdo, tomamos nota, y precisemos los términos del agravio. Sea como fuere, no parece que el poder católico-eclesiástico salga en este caos por la puerta grande.

Reflexión similar podría sostenerse sobre el caso de la muerte de Hipatía, el capítulo que abre el volumen, que en mi opinión cuelga en exceso de una interpretación, que es presentada casi como indiscutible postulado geométrico, de la historiadora checa Maria Dzielska, quien en una reciente biografía ha defendido la conjetura de que Hipatia fue atrapada por la lucha política entre Cirilo, San Cirilo, “un ambicioso y despiadado eclesiástico ansioso de imponer su autoridad”, que fue santificado en pleno siglo XX, y el amigo de Hipatia, Orestes, el prefecto imperial. Cirilo utilizó contra este último su amistad con Hipatia a la que acusó de magia y brujería. La muerte de Hipatia, el terrible asesinato de la hija de Teón de Alejandría, sucedió según cuenta las historias usuales: Pedro el lector, y un grupo de salvajes y despiadados fanáticos, le desgarraron la carne separándola de los huesos con ayudas de unas afiladas conchas de ostras; luego la arrojaron a las llamas. Sin embargo, su muerte, concluye David C. Lindberg, tomando pie exclusivo en Maria Dzielska, estuvo relacionada con la política local y “no tuvo prácticamente nada que ver con la ciencia” (p. 22). De hecho, sostiene críticamente nuestro autor, después de la muerte de Hipatia, a los sesenta años de edad, la ciencia y las matemáticas siguieron floreciendo durante años en Alejandría.

No sé si este último nudo es un argumento decisivo y desconozco también si bajo la acusación de brujería y magia se escondía otro tipo de prácticas. Sea como sea, el asesinato de Hipatia se levanta bajo una enorme montaña de infamia y salvajismo que fue premiado con una santificación diecisiete siglos más tarde, cuando ya existía una fuerte documentación historiográfica sobre el caso. Lindberg admite también que en la tradición agustina no se amaba a la ciencia sino que solamente se la utilizaba y que esta actitud, respecto al conocimiento científico, iba a florecer durante la Edad Media hasta bien entrado el periodo moderno. Si no hubiera sido por ella, sostiene Lindberg, en conjetura arriesgada, “los europeos medievales

hubieran tenido seguramente muchos menos conocimientos científicos, no más” (p. 31). Pudo haber sido eso o pudo haber emergido otro escenario. La tesis de Lindberg respira un exceso de “bondad religiosa” y unas enormes ganas de conciliación.

Otros mitos, son 25 los tratados, no sé si tienen actualmente la categoría de mitos, de creencias falsas sostenidas como verdaderas según acepción señalada. Así, por ejemplo, el mito de que “los católicos no contribuyeron a la revolución científica”, el de que “la cosmología mecanicista de Isaac Newton eliminó la necesidad del concepto de Dios”, por no olvidar el de que “Einstein creía en un Dios personal”, que “el creacionismo es un fenómeno exclusivamente americano” o que el juicio contra Scopes acabara con la “derrota del antievolucionismo”.

No parece que estas últimas afirmaciones estén actualmente muy extendidas. Como tampoco lo está la falsa creencia de que la mecánica cuántica demostrara la existencia del libre albedrío (Por cierto, uno se entera al leer el capítulo correspondiente que fue un discípulo de Heisenberg, nada más y nada menos que Carl von Weizsäcker, muerto en 2007, quien instruyó al actual Dalai Lama en asuntos de mecánica cuántica; el físico y filósofo alemán no contuvo su decir cuando afirmó que su mentor, el gran físico alemán que formuló el principio de incertidumbre y que mantuvo singulares relaciones con el Estado nacional-socialista, se habría entusiasmado si hubiera tenido conocimiento de los evidentes paralelismos entre la filosofía budista y la física moderna (p. 213). Ni más ni menos.

A destacar, finalmente, que de los 25 mitos presentados en este volumen magníficamente traducido, una vez más, por Josep Sarret Grau, el infatigable director de la Biblioteca Buridán, nueve, casi el 40%, están relacionados con la obra de Darwin y la tradición darwinista. La sombra del autor de *El origen de las especies* es enorme en la ciencia contemporánea y en algunos de los mitos que la acompañan. Y no sólo, desde luego, en años de centenarios.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

EL MAGISTRAL ESFUERZO COOPERATIVO DE RAMON GARRABOU

Ramon Garrabou, *Sombras del progreso. Las huellas de la historia agraria*. Barcelona, Crítica (libros de Historia), edición de Ricardo Robledo, 504 páginas.

El Viejo Topo, octubre de 2010.

“Despachar la experiencia campesina como algo que pertenece al pasado y es irrelevante para la vida moderna; imaginar que los miles de años de cultura campesina nos dejan una herencia para el futuro, sencillamente porque ésta casi nunca ha tomado la forma de objetos perdurables; seguir manteniendo, como se ha mantenido durante siglos, que es algo marginal a la civilización; todo ello es negar el valor de demasiada historia y de demasiadas vidas. No se puede tachar una parte de la historia como el que traza una raya sobre una cuenta saldada”. Con estas hermosas y brechtianamente imprescindibles palabras de *Puerca tierra* de John Berger, abre su introducción al volumen *Sombras del progreso. Las huellas de la historia agraria* [SDP] su editor, el profesor del departamento de Economía e Historia Económica de la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Salamanca, Ricardo Robledo. Son abono que deja profunda huella en toda la cosecha del libro.

SDP, se señala en su solapa, es una nueva contrastación de la renovación historiográfica iniciada hace ya un cuarto de siglo con la publicación de *Historia agraria de la España contemporánea*. Recoge SDP aportaciones innovadoras en este ámbito -un terreno historiográfico que sería difícil de explicar sin la labor incansable de Ramon Garrabou, maestro de la historia agraria española y catedrático de Historia Económica de la Universidad Autónoma de Barcelona- con la finalidad de echar una mirada hacia atrás que permita, por una parte, falsar la extendida y poco temperada idea de que los avances científicos y tecnológicos aseguran y van a asegurar per se un crecimiento indefinido y aproblemático de la agricultura y, por otra parte, cara complementaria, generar con la ayuda de la historia una comprensión más cabal y ajustada de los verdaderos mecanismos del progreso social y económico.

Aparte de la introducción y presentación del editor, SPD se estructura en tres partes. En la primera, tomo las palabras del editor, “se presenta la evolución, a muy grandes rasgos, de la sociedad campesina desde la Edad Media a la situación creada actualmente en la agricultura mundial por el modelo dominante de crecimiento económico”. Cuenta esta parte con los trabajos de Isabel Alfonso, de Ángel García Sanz, de Domingo Gallego, Iñaki Iriarte y José Miguel Lana, de Ricardo Robledo y de Josep Fontana. La segunda parte, que centra sus análisis en “cuatro modelos de cambio agrario - Cataluña, País Valenciano, Galicia, Italia- que, al no arroparse en los prejuicios del progreso y del atraso, ofrecen una visión más compleja de la historia contemporánea”, incorpora las investigaciones de Rosa Congost, J. Planas, E. Sagner y E. Vicedo, de Salvador Calatayud y Jesús Millán, de Lourenzo Fernández Prieto y David Soto Fernández, y de Franco Cazzola. Finalmente, la

tercera parte, en la que con una perspectiva a largo plazo, “se analizan los aspectos medioambientales del crecimiento agrario”, asunto que constituye el centro de interés actual de la investigación del propio Garrabou, contiene cuatro trabajos de Jesús Sanz Fernández, Manuel González de Molina, Enric Tello y José Manuel Naredo. Una amplísima y casi inabarcable bibliografía, páginas 425-478, cierra el volumen.

No es posible dar cuenta aquí de las tesis y argumentaciones de los trece trabajos recogidos en el libro. La perspectiva que abona una parte sustantiva de las investigaciones está recogida en las palabras con las que Ángel García Sanz (capítulo II: “No se ponía el sol... ni el hambre”) abre su investigación sobre las condiciones económicas y sociales en que vivían, durante “el brillante siglo XVI”, los vecinos de la Tierra de Sepúlveda: “[...] Hace unos años se celebraron centenarios que evocaban variadas efemérides relativas a Carlos V y a su hijo Felipe II. ¡Qué alardes y ostentaciones para evocar una de las centurias más duras para el campesinado de los reinos peninsulares, dureza que quedó plasmada en la grandeza del patrimonio aristocrático y clerical y en el poderío universal del Estado de la familia habsbúrgica!. En las exposiciones se exhibían afamadas pinturas de niños y mujeres de las reales casas, reyes y altos jerarcas, armaduras, arcabuces, cañones,... *Yo, como historiador, no me sentía orgulloso de todo aquello y pensaba que allí faltaba algo muy importante. Pensaba en lo mal que tuvieron que vivir la inmensa mayoría de los vecinos del reino para proporcionar, con su sudor, a los monarcas, aristócratas y algo clero aquellas riquezas, aquellas glorias*” [el énfasis es mío]. Ese es, señala García Sanz, el primus movens de las páginas dedicadas a “un amigo que tanto ha laborado por las condiciones de vida del campesinado contemporáneo”.

No es arriesgado generalizar al resto de aportaciones esta motivación esencial. La arista política de esta línea historiográfica había sido ya anunciada por Ramon Garrabou, como recuerdan Gallego, Iriarte y Lana en su escrito, en una ponencia sobre el desarrollo del capitalismo en el campo presentada al I Coloquio de Historia Económica celebrado en 1972: “... no podemos olvidar que los avances más significativos se realizaron precisamente en aquellas regiones donde el latifundio tenía poca importancia”. No es, desde luego, la única tesis de importancia. La defendida espléndidamente por Ricardo Robledo, quien ciertamente cita muy generosamente *La miseria del historicismo* de sir Karl, en su investigación no es de menor calado: “[...] Sin embargo, el movimiento campesino más importante, la gran ocupación de fincas del 25 de marzo de 1936, fue todo lo contrario al episodio de una revolución desenfrenada. Es decir, la reforma agraria del Frente Popular no puede interpretarse de modo fatal como la caída imparabla hacia el precipicio de la guerra civil” (p. 145).

Además de los escritos de Naredo y Tello, una de las aportaciones más singulares al volumen acaso sea la de Josep Fontana. Se trata de una mirada a la crisis de 2006-2008 desde la perspectiva de la historia agraria. La brillantez con la que el gran historiador catalán presenta los compases básicos de la crisis, las caras usualmente ocultas que aquí son sabiamente iluminadas, deja casi sin respiración al lector. Shiva y Roy, por ejemplo, acompañan a Fontana en su espléndido análisis con afirmaciones tan razonables y penetrantes como la siguiente: “Sostener una alternativa basada en la pequeña explotación campesina, auxiliada por formas diversas

de coordinación y cooperación, no significa apoyar un cultivo tradicional o retardatario". La recuperación de la racionalidad de la pequeña explotación agraria, añade el autor, es paralela y consistente con la vindicación de la gestión comunal.

El editor, y los restantes participantes en el volumen, señalan que es de justicia apreciar la inmensa labor historiográfica de Ramon Garrabou. SPD está en consonancia con esa justa finalidad y a la altura de la obra de un historiador que tan enorme huella ha dejado en la investigación en historia agraria de nuestro país. Una huella, por lo demás, que siempre ha tenido muy presente la voluntad, con palabras de Jaume Torras, de hacer avanzar el saber histórico en compañía, a través del debate colectivo. El secreto del modo de ser dirigente de Ramon Garrabou, ha escrito Enric Tello, es acompañando, sin estar al frente de nada, sino "al lado de mucha gente con la que ha llevado a cabo innumerables iniciativas a favor de muy buenas causas, y un amplio abanico de proyectos de investigación colectivos. Siempre abriendo caminos a los demás, mientras andaba junto a ellos y ellas".

Josep Fontana cierra su aportación con un magnífico programa para historiadores conscientes de la importancia de su tarea, como lo son todos los participantes en este volumen que tiene el magisterio de Ramon Garrabou como eje básico: "La función del historiador en estos momentos y en este terreno es la de ayudar a desvanecer los mitos de un sistema en quiebra y a desvelar la lógica interna de las alternativas. Contra las simplificaciones de los Collier, que legitiman el asalto a las grandes empresas a las tierras africanas, y llegan a proponer el uso de la fuerza si no basta el de la corrupción de los gobiernos, el historiador debe aportar unas razones basadas en un análisis adecuado de la realidad. *La utilidad específica de los estudios de historia agraria para esclarecer las bases de un uso productivo y socialmente justo de la tierra me parecen una de las grandes promesas de futuro para nuestra profesión*" (p. 168) [el énfasis es mío]

Así, pues, un magnífico volumen que ayuda a abrir los ojos a personas como el que suscribe, que, desgraciadamente, han comprendido muy tarde (raíces campesinas hubieran obligado a una actitud muy otra), la importancia de la historia agraria como alimento intelectual y político, sabiendo además, como bien señalan Congost, Planas, Saguer y Vicedo en su artículo, que "los grupos subalternos, y entre ellos los campesinos, no escriben la historia... el análisis de los campesinos como actores en el proceso de cambio agrario inevitablemente se fundamenta en indicios y en datos parciales a veces sujetos a discusión. Sería un grave error, sin embargo, que la escasez de datos diese lugar a su silenciamiento histórico".

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

VIVIENDO EN UNA CIUDAD SIN MURALLAS

Todd May, *La muerte. Una reflexión filosófica.* Mataró(Barcelona), Editorial Montesinos-Biblioteca Buridán, 2010, 161 páginas (traducción de Josep Sarret)

El Viejo Topo, noviembre de 2010

Probablemente, señala este profesor de filosofía en la Clemson University de Carolina del Sur, la reflexión más densa e importante sobre la muerte se ubica en la primera parte de la segunda sección del *Sein und Zeit* [Ser y tiempo] de Heidegger (Todd no se olvida del chiste- comentario de John Dewey: *Ser y tiempo* no era más que una versión de su *Experiencia y naturaleza*, eso sí, escrita en un alemán “pomposo y rimbombante”). Los temas relativos a la muerte esbozados por May en el primer capítulo de su obra, apunta él mismo, están extraídos principalmente del clásico del ex rector de Friburgo.

El lector/a no debería asustarse. Nada de la densa oscuridad filosófica que acompaña al filosofar heideggeriano es característica que pueda atribuirse a algún párrafo, a algún enunciado o a alguna de las páginas del libro de May. Aquí, afortunadamente, densidad no es sinónimo de oscuridad.

Además de unas lecturas adicionales recomendadas y de unas pocas referencias bibliográficas, *La muerte. Una reflexión filosófica* está estructurada en tres capítulos: 1. Nuestro tanto con la muerte. 2. La muerte y la inmortalidad y 3. Vivir con la muerte. La claridad expositiva, el enorme talento filosófico desplegado y la excelente escritura (y la traducción que la arropa) son algunas de las notas más destacables.

No hallará el lector/a en este libro aproximaciones esenciales al tema de las desigualdades sociales que acompañan a la muerte (y a la vida claro está) o ante el hecho de qué puede significar vivir y morir en circunstancias históricas, sociales y políticas muy diversas y alejadas. No es ésa la atalaya desde la que está escrita esta reflexión. Digamos que aquí rige, más bien, una aproximación estrictamente filosófica que presupone unas mínimas condiciones existenciales. Lo que investigamos en este libro, señala May, “mirando de vez en cuando lo que han dicho filósofos y escritores acerca de la muerte, es el papel que esta juega en nuestras vidas, así como las formas en que tratamos de escapar a su poder y qué puede suceder o sucedernos si nos atrevemos a mirarla directamente a la cara”. Para el autor, el hecho de que tengamos que morir es el más importante de todos los acontecimientos a los que debemos enfrentarnos en nuestras vidas. No hay nada que tenga más peso. Lo cual, obviamente, no significa que no haya otros asuntos de gran y decisivo interés. ¿Por qué la muerte es el hecho más importante, se pregunta el autor? Porque representa “el final de todos los demás hechos”, absorbe todos los demás, se impone a todos los restantes aspectos de nuestras vidas.

La tesis que mueve el primer capítulo del libro es expuesta por May en los términos siguientes: “la muerte es algo trágico, arbitrario y sin sentido. Pero al mismo tiempo, debido a la forma particular en que es trágica, arbitraria y sin sentido, puede abrirnos a una plenitud vital que sin ella no sería posible” (p. 15). Cuatro de los temas heideggerianos tratados aquí (y

también en el resto del volumen) son formulados del modo siguiente: nuestra muerte es nuestro final y el final de nuestra experiencia; este final no es un fin o un objetivo, sino una interrupción; la muerte es al mismo tiempo inevitable e incierta: sabemos que vamos a morir pero no sabemos cuándo, “de modo que la muerte no sólo está al final de nuestras vidas sino que lo impregna todo” (pág. 37). Estas tres características tomadas en conjunto hacen que nos preguntemos si nuestra vida tiene algún sentido. Todd coincide con una de las grandes tesis de Heidegger sobre el tema: la muerte contribuye a estructurar nuestras vidas, puede ser el motivador más influyente de ellas, y sin embargo no pensamos en ella, no la tenemos suficientemente en cuenta, al considerar la forma que van tomando nuestras vidas.

Borges acompaña los primeros compases del segundo capítulo, el dedicado a la inmortalidad. La tesis del autor puede presentarse así: la inmortalidad no da sentido a nuestras vidas, simplemente se lo quita. Si la muerte, sostiene May, amenaza aquello que hace que ella misma tenga importancia, “la inmortalidad amenaza el hecho mismo de que algo tenga importancia” (p. 99). No son nuestros proyectos y empeños más concretos y que más nos importan lo que la inmortalidad pone en peligro sino es que su misma importancia la que está amenazada por nuestra inmortalidad. “Con la inmortalidad, los hilos de nuestra vida no están expuestos a ser cortados arbitrariamente, pero no parecen tener forma ni color: no tienen ninguna estructura en particular” (p. 100). Una rigurosa presentación del interesante debate sobre la muerte y la inmortalidad entre Thomas Nagel y el gran Bernard Williams cierra este capítulo.

El tercero lleva por “Vivir con la muerte”. El autor homenajea, con emoción contenida, a John Coltrane y toma pie de varias reflexiones de Marco Aurelio. Algunas de las consideraciones que presenta y argumenta con mimo a lo largo de estas páginas serían las siguientes: la vida es vulnerable a la muerte, ésta puede interrumpirla en cualquier momento; hemos de aceptar la fragilidad de la vida y hemos de aprender a vivir con ella y en ella; la vida humana es frágil no solamente al final de nuestra existencia sino durante todo su despliegue, pero precisamente esta fragilidad le confiere un valor que no tendría si no lo fuera. “Cuidamos de ella, nos preocupamos por ella, nos desvelamos por ella con una actitud muy diferente de la que adoptaríamos si no fuera frágil” (p. 119). La muerte nos ayuda a separar el grano de la paja de la vida. Ella es, en última instancia, el origen tanto de la tragedia como de la belleza de nuestras vidas. En opinión del autor, “la tarea que tenemos ante nosotros, todos y cada uno de nosotros, al enfrentarnos a la muerte, es vivir hacia nuestro fin y con nuestro fin de una forma, o de varias formas, que proyecten un poco de luz sobre esta oscuridad en que finalmente nos sumergimos” (p. 154). Innecesario es decir que la formulación es puro (y muy digno) pensamiento desiderativo pero este “todos y cada uno de nosotros” no tiene, desgraciadamente, la generalidad que el autor desearía.

El tono de investigación filosófica general, sin punta poliética destacada, no es obstáculo para que el autor apunte críticas puntuales aquí y allá. Estas por ejemplo. Comentando una reflexión de Epicuro señala: “Alguien que no tenga ningún deseo no puede verse afectado por nada que le suceda. En cambio, quien aún tenga determinadas necesidades, por básicas y sencillas que sean, está sujeto a la posibilidad de que dichas necesidades no

sean satisfechas. Puede no haber comidas para todos: una buena parte de la población mundial tiene todavía que esforzarse mucho para poder alimentarse diariamente” (p. 39). De igual modo: “Puede ser difícil encontrar amigos. En Estados Unidos, donde yo vivo, la competición es una especie de principio supremo y resulta difícil discernir el amigo del simple aliado temporal”. Igualmente: “Es posible que no fueran turnos equitativos, porque las vidas de algunas personas son más cortos que las de otras, y a muchas personas les va mucho peor la vida que a otras sin que hayan hecho nada para merecerlo. La muerte no resuelve todos los problemas relativos a la justicia. Pero al menos soluciona uno de ellos garantizando que todos muramos y que dejemos un lugar al siguiente turno” (p. 123).

Pese a lo importante que es el tema la muerte, señala May, “es sorprendente lo marginal que es desde la antigüedad en la literatura filosófica”. Probablemente, prosigue, ningún otro grupo de filósofos ha integrado tanto la muerte en sus reflexiones como los filósofos helenísticos, aquellos filósofos que “escribieron después del período clásico de Platón y Aristóteles”. No sólo en ellos se inspira su reflexión. Borges y “El inmortal”, Kundera y “La inmortalidad”, Tolstoy y *La muerte de Ivan Illich*, Chuang Tsé, Heidegger, Thomas Nagel, Nussbaum, Bernard Williams, Marco Aurelio, Lucrecio y Epicuro son algunos de los autores que inspiran la investigación de Todd May. Una cita del autor de la Carta a Meneceo cierra la contraportada de este modélico ejercicio de filosofía analítica: “Podemos proporcionar seguridad contra otros males, pero por lo que respecta a la muerte, vivimos en una ciudad sin murallas”. Pensar sobre esa ciudad no amurallada, como enseña este filósofo norteamericano que tan destacado papel ha jugado en el desarrollo de la teoría del anarquismo post-estructuralista, ayuda, dialécticamente, a reflexionar sobre la mejor forma en que podemos vivir nuestras vidas.

Morir, afirma May, es como pasar el testigo a la siguiente generación. Pero no todos las personas de esas nuevas generaciones toman la antorcha en las mismas o similares condiciones. Ayudar a equilibrar esa transición es una forma de otorgar más sentido a unas vidas, las nuestras, vulnerables y enmarcadas, cada vez con más intensidad a medida que pasa el tiempo (id est, la vida), por una muerte inevitable y, a veces, muy poco afable.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

UNA SINGULAR APROXIMACIÓN A LA HISTORIA SOCIAL DE LA LÓGICA “CATALANA”

Xavier Serra, *Història social de la filosofia catalana. La Lògica (1900-1980)*. Editorial Afers, Barcelona, 2010, 267 pàgines.

El Viejo Topo, diciembre de 2010

Las páginas 157-163 –“Más lógica”- de esta *Historia social de la filosofía catalana* (HSFC) están dedicadas a comentar una de las principales aportaciones lógicas del gran lógico y filósofo republicano Josep Ferrater Mora. Un libro, una introducción básica a la disciplina de la lógica elemental, que escribió al alimón con Hugues Leblanc, y que fue publicado en 1955 por FCE con el título *Lógica matemática*. Contienen una sorpresa: al leerlas es imposible saber algo del contenido del ensayo, de su enfoque, de su perspectiva lógica o didáctica. Serra hace referencia a la introducción del ensayo de Ferrater, a sus habilidades literarias, a sus cartas de 1952 y 1953, a la época en que fue escrito, al opúsculo “Qué es la lógica”, pero no hay información sobre el contenido del libro comentado. Probablemente sea una consecuencia, más o menos ineludible, de su aproximación histórico-social a la lógica.

Ignoro qué categoría de filosofía catalana alimenta las páginas de esta singular historia social de la lógica entre 1900 y 1980. No es, desde luego, la escrita en catalán porque una parte sustantiva de los autores comentados no escribieron (no pudieron escribir en algunos casos) en ese idioma. Tampoco parece remitir a personas nacidas en Catalunya o en el área de habla catalana porque algunos de los autores estudiados tampoco nacieron en esos lugares. En algunos casos, tampoco ejercieron su magisterio durante décadas en un país que contó con un president republicano-catalanista, pero no anti-español, de la altura de miras de Lluís Companys. El concepto filosofía catalana parece remitir, en este caso, a autores que, escribieran o no en catalán, hubieran nacido o no en Catalunya, estuvieran o no ejerciendo magisterio o investigación en las tierras de Espriu y Fuster, estuvieron vinculados de algún modo a los Países Catalanes. Ciertamente, Eugeni d’Ors, Joan Crexells, David Garcia (escribo como escribe el autor para referirse a Juan David García Bacca), Josep Ferrater Mora, Manuel Sacristán, Manuel Garrido y sus compañeros del departamento de lógica y filosofía de la Universidad de Valencia, lo estuvieron. En ese supuesto, cabe apuntar de pasada que un autor como Jesús Mosterín, es sólo un ejemplo entre otros, que publicó su primer libro de lógica en 1970, hubiera merecido un lugar de mayor relieve en la panorámica expuesta.

Quizá sea por eso, o por razones muy otras, que el autor toma decisiones filológicas muy extrañas. Por ejemplo, “Sacristán” siempre es escrito sin acento, como se escribiría si el apellido fuera catalán. Lo mismo ocurre con García Borrón o en otros casos. ¿Pasa algo? No pasa nada o casi nada. Ni a Sacristán ni a García Borrón les hubiera importado seguramente un grano de sal la catalanización escrita de sus apellidos. Pero ellos nunca lo hicieron a pesar de haber combatido por los derechos nacionales de

Catalunya (y, en el caso de Sacristán, abogando además por el ejercicio práctico, real, efectivo, del derecho de autodeterminación, al mismo tiempo que vindicaba en paralelo una República federal de todos los pueblos ibéricos voluntariamente construida). Digamos, pues, que la decisión del autor es tan extraña como si escribiéramos Raimón, con acento castellano, para hacer referencia al autor de "Al vent", un cantante, por cierto, que se carteo con Sacristán y sobre el que éste escribió un texto de presentación de "Poemas y canciones" que sigue siendo una de las mejores aproximaciones a su obra (Antoni Batista bebió de ese escrito largamente en su reconocido ensayo sobre el artista valenciano).

A Sacristán dedica el autor gran parte del capítulo V del libro. No se sabe por qué incluye en ese mismo apartado unas páginas a Jorge, Jordi para Serra, Pérez Ballestar (páginas 198-206), el autor de una disparatada refutación del teorema de incompletud de Gödel y colega de Sacristán, junto con Manuel Garrido, en las oposiciones a la cátedra de Valencia que se celebraron en Madrid en 1962, asunto de importancia política sobre el que el autor sugiere una interesante, y muy discutible, conjetura explicativa que desgraciadamente no podemos discutir aquí con calma.

El capítulo tiene cosas sorprendentes. Por ejemplo, la traducción al catalán de dos páginas (idos!) de una conferencia de Sacristán de 1954, texto que le permite al autor justificar una sugerencia suya, sin duda arriesgada pero que vale tener en cuenta, sobre las motivaciones que tuvo Sacristán para estudiar lógica y no otras disciplinas en las que entonces estaba más versado, en la Universidad de Múnster, en el Instituto de lógica que fundara el teólogo, filósofo y lógico Heinrich Scholz (Los semestres fueron decisivos en la biografía de Sacristán: en el instituto de Westfalia no sólo fue alumno de Hermes y Hasenjaeger, y recibió la influencia de la filosofía de la lógica de Scholz, sino que fue allí donde conoció al lógico pisano Ettore Casari, esencial en su forma de aproximarse al marxismo, en su conocimiento de la obra de Gramsci y en su militancia en el PSUC-PCE).

Siguiendo con las sorpresas: en contra de lo que afirma Serra, la necrológica de Scholz no fue el primer texto que publicó Sacristán. Tampoco se sabe por qué Serra no cita el nombre de un dirigente del Partido comunista alemán -que designa como "jefe"-, Hans Schweins, para hablar de los primeros contactos políticos comunistas de Sacristán. Curiosamente también, Serra escribe en nota que un artículo, excelente, del joven matemático Martín Rubio sobre las oposiciones a la cátedra de 1962 se basa en documentos, cosa que efectivamente ocurre, "a diferencia de todos los otros que hacen alusión al tema", cosa inexacta, por una parte, porque algunos de ellos sí hacen uso de documentos en sus aproximaciones, e injusta, por otra, porque parece razonable que gentes como Mosterín, Muguerza o Rubert de Ventós apelen a sus recuerdos para hablar de lo sucedido. El autor del ensayo, que tampoco usa documentación nueva, afirma que los argumentos que se han elaborado para dar cuenta del resultado de estas oposiciones son "extraordinariamente débiles" y eso le lleva a escribir que "es probable" - sólo probable!- que los miembros del tribunal tuvieran información sobre la militancia política comunista de Sacristán. De hecho, la conjetura que Serra establece, y que cree original y distinta al resto de las explicaciones, y que en su opinión supera la insuficiente explicación política en términos de comunismo-anticomunismo, no parece falsar ni superar ninguna de las cosas

ya sabidas: el centralismo universitario, la voluntad de Eulogio Palacios de imponer sus preferencias (era entonces el único catedrático de lógica en España) y los posibles consejos para la oposición que pudo dar a su preferido, su discípulo Manuel Garrido, no son notas que refuten o amplíen mucho nada de lo dicho. El Opus Dei, o mejor, el opusdeísta Eulogio Palacios impuso su voluntad, aunque también Pérez Ballestar bebiera de esas aguas fanático-religiosas, y desde luego no le importó un higo la preparación lógica de Sacristán, el único de los opositores que en aquel entonces era competente en asuntos de lógica, por ser comunista (curiosamente esta característica es tenida cuenta por Serra en páginas posteriores), porque no era del Opus Dei, claro está, y porque en aquella oposición uno podía ser catedrático de lógica sin saber realizar una deducción elemental en lógica de primer orden. Seguramente, el propio Eulogio Palacios desconocía esa saber que probablemente despreciara. La referencia al clásico de Kuhn que Serra realiza en su argumentación es innecesaria e un poco ingenua, pueril incluso. Su afirmación posterior de que Sacristán creía en la independencia de la lógica, del artefacto lógico, respecto a la filosofía es, cuanto menos, depende como quiera leerse la afirmación, inexacta: Sacristán entendió desde siempre que la problemática filosófica, vía semántica, acompañaba a la aventura lógica.

Algunas afirmaciones marginales de Serra -“Sacristán desencantado del comunismo ortodoxo de partido se interesó por este líder indio [Gerónimo]”, “[...] Y naturalmente, el consejo de rectores postfranquista se da el gusto de rechazar la propuesta. Se volverá a poner de moda hablar de Sacristán. Sí, pobre Sacristán (sic!)”, “...porque Sacristán, después de su muerte, ha conservado en el área de Barcelona un grupo de admiradores incondicionales (marxistas, naturalmente)”- no están entre los momentos más afortunados de la aproximación a la obra y al legado del autor de *Introducción a la lógica y al análisis formal*.

No son sólo las únicas afirmaciones sorprendentes. Al hablar de Ferrater Mora, por ejemplo, el autor escribe: “[...] Vendió todo lo que escribió. Incluso en lógica. En ocasiones, para vender, sólo necesitó cambiar el título y escribir una nueva introducción” sin que crea necesario argumentar o justificar con detalle su nada cortés afirmación.

De todo lo anterior no debería inferir el lector de esta nota que el libro no ofrezca nudos de interés. Los tiene. No soy suficientemente competente en la obra de “David Garcia”, con quien por cierto Sacristán también se carteó, pero las cuarenta páginas que Serra le dedica están llenas de buenas informaciones e ideas interesantes. Lo mismo puede afirmarse de sus aproximaciones a Joan Crexells o al departamento de lógica y filosofía de la ciencia de la Universidad de Valencia, especialmente al papel Manuel Garrido y de Josep LL. Blasco, autor que Serra conoce profundamente.

Eso sí, sorprende en la bibliografía que al citar los documentales de “Integral Sacristán” no hable de su autor, de Xavier Juncosa; que repita algún libro (el de Hilbert y Ackermann por ejemplo); que cite libros en los apartados en los que ha estructurado la bibliografía que apenas tienen que ver con el autor que las encabeza y que, en cambio, olvide textos del autor analizado y algunos de los ensayos más reconocidos sobre su obra. En el caso de Sacristán, por ejemplo, no cita, además de sus apuntes editados de 1956 y 1957 de “Fundamentos de Filosofía” y de sus documentos de trabajo (cartas, cursos de doctorado, programas,...) depositados en Reserva de la Biblioteca

Central de la UB, dos de sus trabajos lógicos, uno de ellos una excelente reseña escrita en 1956, su primer texto de lógica, de la *Lógica matemática* de Ferrater Mora y Leblanc, ni tampoco hace referencia a los que seguramente son, junto con el excelente artículo de Luis Vega Reñón, que sí cita, las dos mejores aproximaciones que hasta ahora se han publicado sobre la obra del discípulo de Scholz, del traductor de Quine: Paula Olmos y Luis Vega, “La recepción de Gödel en España”, *Éndoxa*, nº 17 (2003), pp. 379-415, y Albert Domingo Curto, “Manuel Sacristán y el estudio de los escritos lógicos de Leibniz”, en: AA. VV. *El valor de la ciencia*, Barcelona, El Viejo Topo, 2001, pp. 213-248.

Nota edición: publicaciones relacionadas con la temática de esta reseña:

Salvador López Arnal, *Manuel Sacristán y la obra del lógico y filósofo norteamericano W.O. Quine. En el centenario de su nacimiento.*

<http://www.rebellion.org/docs/77902.pdf>

Salvador López Arnal, *Cinco historias lógicas y un cuento breve.*

<http://www.rebellion.org/docs/104376.pdf> (prólogo de Luis Vega Reñón)

Salvador López Arnal, Albert Domingo Curto et alteri (eds) *Donde no habita el olvido. En el 40 aniversario de la publicación de Introducción a la lógica y al análisis formal de Manuel Sacristán Luzón*, Montesinos, Barcelona 2005

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

MIRADA CRÍTICA SOBRE EL CREMATÍSTICO E INSACIABLE CORAZÓN DE LOS CENTROS HISPÁNICOS DE LA (DES)INFORMACIÓN

Pascual Serrano, *Traficantes de información. La historia oculta de los grupos de comunicación españoles*. Madrid, Ediciones Akal, 2010, 329 páginas, presentación de Enrique Bustamente

El Viejo Topo, enero de 2011.

El presente libro, señala Enrique Bustamente, acierta de pleno “cuando obvia el análisis ideológico para dejar que éste se desprenda de las telarañas complejas de los intereses económicos puesto en juego. Lo cual no elimina los matices ideológicos, muchas veces fruto del marketing y de la diferenciación competitiva en una sociedad en la que las ideologías siguen felizmente contando”. Vale por ello la pena empezar por una historia que el autor de *Traficantes* cuenta en el primer capítulo -“El mercado de la palabra”- y que está relacionada precisamente con esas “telarañas complejas”.

Traficantes de información le fue encargado a Pascual Serrano por el responsable de la editorial Península, convencido, recuerda el propio autor, “de la necesidad de contar el entramado económico y financiero que sostiene a los grupos de comunicación españoles”. No era tarea baladí y sin importancia. A pesar de que el resultado final contó con toda su aprobación, de hecho Serrano ya había publicado anteriormente en esa misma editorial, con éxito reconocido, *Desinformación*, y que incluso su nuevo libro se anunció entre las novedades de otoño, los altos directivos de la editorial y accionistas vetaron finalmente la publicación del ensayo. ¿Por qué? Sin duda, porque ellos tienen mando editorial en plaza, y lo ejercen cuando estiman necesario, y, además, porque la imagen de accionistas, financieros y algunos socios empresariales no resultaba demasiado reconfortante cuando algunos de esos mismos accionistas lo son también de grupos de comunicación que aparecen en el libro. Ediciones Akal, con Ramón Akal a su cabeza, lo ha publicado finalmente. Lo sucedido dice mucho, a favor claro está, de esta imprescindible editorial de izquierdas y también dice, pero poco bueno, de los responsables político-económicos, no del editor, del otro grupo editorial. Críticas, las mínimas, habrán pensado.

Los siguientes son los grupos de comunicación (y desinformación) analizados por el autor: Prensa Ibérica, Vocento, Antena 3 y Planeta, Zeta, Godó, Prisa, Telecinco, Unidad Editorial, Mediapro/Imagina y en el penúltimo capítulo, en el apartado “Otros”, la COPE, Intereconomía, Libertad digital y Promecal. Además, un breve pero sustantivo capítulo de conclusiones y un anexo resumen: “Quién es el dueño de.. Índice de medios españoles, propietario principal y capítulo que lo desarrolla”. En definitiva, un libro que está en la estela de aquel *Informe sobre la información* de Vázquez Montalbán, escrito en cárceles franquistas, del que tanto aprendimos, y también de *Los amos de la información en España*, un ensayo del prologuista del volumen que también editó Akal en 1981.

Los capítulos presentan una estructura similar: relación de los medios controlados (prensa diaria, televisiones, semanarios, editoriales, distribuidoras, artes gráficas, radio, otras tecnologías); relaciones con otros grupos; propiedades fuera de España si las hubiera; la trayectoria resumida del grupo y, finalmente, algunas “personalidades relevantes”. No apto para menores ni para personas sensibles... ni incluso para personas curtidas.

Un ejemplo para abrir boca, un ejemplo que el autor ha dado recientemente de los quince miembros del nuevo Consejo de Administración de Prisa, uno de los grupos de comunicación que mayor prestigio ha tenido, y en parte sigue teniendo, entre la ciudadanía española. El pasado 27 de noviembre de 2010 la Junta de accionistas de Prisa decidió los nombres de las personas que integrarán el nuevo Consejo de la empresa. La entrada en el accionariado de inversores estadounidenses se refleja claramente en la formación de este órgano. Entre las nuevas incorporaciones destacan las de Nicolas Berggruen y Martin E. Franklin, los dos principales accionistas de Liberty Acquisition Holdings Corporation, un fondo de inversiones que ha aportado 650 millones de euros y que supondrá, dato relevante, la mayoría absoluta del capital de la empresa. Berggruen tiene un patrimonio cercano a 2.000 millones de dólares, ocupa el puesto 158 en la lista Forbes de 2009 y la prensa lo ha calificado de “homeless multimillonario”. Se presenta como un ejecutivo que no tiene vivienda propia, vive en hoteles, es el boss: fundador y director de la cadena Berggruen Hotels Private Limited. Pertenece a 24 consejos de administración de diferentes firmas y sectores. Berggruen, señala Pascual Serrano, “es un gestor de fondos de private equity (fondos de capital privado que toman participaciones temporales en el capital de empresas para obtener beneficio una vez madure el negocio o proyecto) y hedge funds (en España, fondos de inversión libre, cuyo objetivo es obtener beneficios al margen de la evolución de los mercados)”. Pocos días después de firmar el acuerdo con Prisa, Berggruen tomó posesión de sus propiedades y publicó un artículo de opinión en *El País* sobre China y Occidente. Un detalle significativo que no le ha pasado por alto al autor del libro: el domingo 20 de junio, el suplemento de economía de *El País*, presentó una larga y amable entrevista con Berggruen. La entrevistadora, Alicia González, es la esposa de Rodrigo Rato, presidente de Caja Madrid y ex vicepresidente del gobierno con José María Aznar.

Martin E. Franklin es el segundo de la lista. Según *Business Week*, pertenece a 81 consejos de administración de 19 industrias diferentes. En 2008 ganó 3.498.438 dólares. Harry Sloan no es mucho mejor. Es el Presidente de Metro-Goldwyn-Mayer. Ha sido calificado como el mayor animador de la industria del entretenimiento del Partido Republicano. En el ambiente progresista de Hollywood, Sloan representa la voz republicana. En la campaña presidencial de 2008 recolectó para McCain 3,5 millones de dólares en Hollywood.

Los otros miembros del grupo no están muy alejados de esa cosmovisión ni de esos procedimientos. Entre otros, se suman a la lista, Ernesto Zedillo, Alain Minc, Juan Arena, Ignacio Polanco, Manuel Polanco y Juan Luis Cebrián, el Presidente de la Comisión Ejecutiva del Consejo y consejero delegado, el activo miembro del Grupo Bilderberg.

¿Por qué “traficantes de información”? Pascual Serrano apunta razones convincentes: tras la investigación realizada, por mucho que nos

empeñemos, no hay término mejor para designar los propietarios de estos grandes medios hispánicos de “comunicación”: fraudes fiscales, especulaciones urbanísticas, violaciones de las medidas contra la concentración, atropellos laborales, sueldos millonarios de los altos directivos, contratos blindados, ejecutivos con sentencias judiciales en las que se les implica de connivencia con la mafia, fortunas de extraño y fascistoide origen, implicaciones franquistas, empresas con conexiones armamentísticas. La barbarie capitalista en estado puro, sin apenas caras amables. En esas manos está la (des)información en nuestro país. Y en otros, desde luego, no hay aquí ninguna excepcionalidad hispánica. ¿Alguien razonable cree que puede habitar algún miligramo de verdad en un pantano apestoso como ese? Acaso alguno, y en algún momento, para cubrir apariencias e incrementar ventas e influencia cultural. Pero no es el propósito, no es esa la finalidad. ¿Qué línea editorial puede regir en esos grupos de comunicación? Me remito a las palabras de Pascual Serrano: “la defensa a ultranza del sistema económico con el que se enriquecen, el ocultamiento de sus operaciones oscuras, la complicidad con los poderes que les ayuden a desarrollarlas y el ataque a cualquier opción política, social o ética que intente enfrentarse a su ideología y modelo”.

¿Qué papel juegan aquí los periodistas, los trabajadores de esos medios? Los periodistas, Pascual Serrano es parte del colectivo, son meros empleados, precarios en la mayor parte de las veces, que pueden ser despedidos libremente y que obedecen, deben hacerlo, el puesto de trabajo les va en ellos, los criterios de selección de las noticias establecidos por directivos nombrados a dedo y según preferencias por los propietarios. Son como el albañil, la metáfora es del autor del libro, que no puede decidir el diseño de la casa ni su ubicación, sólo poner ladrillos para terminarla de la forma que le han indicado los arquitectos y el presupuesto económico. “Nuestra precariedad es tu desinformación” es el título de un libro del Sindicato de Periodistas. No yerran ni exageran.

Señala finalmente Pascual Serrano en el capítulo de conclusiones que no ha sido objeto de este libro proponer alternativas sino mostrar quienes son los dueños de los medios, cómo operaban y de qué métodos se servían para acumular poder y beneficios. Estas empresas, prosigue, son dueñas de la voz pero no de la palabra. Esta sigue estando, debe seguir ubicada, en las manos y en el cerebro de los ciudadanos. El reto político, no es simple la tarea, es recuperar la voz para que la palabra se pueda difundir y compartir. Vale la pena ponerse en ello con urgencia, pensar entre todos procedimientos y objetivos, y, mientras tanto, desconfiar críticamente de las (des)informaciones que podemos leer o ver en prensa, semanarios y televisiones. Nos va la verdad en ello, que, sabido es, es amarga y hay que echarla de la boca a la primera ocasión que tengamos.

PS: Enrique Bustamante recuerda en su presentación que el libro de Pascual Serrano no se ocupa de los medios públicos pero que también ahí pueden hallarse traficantes de información, “aunque sean minoritarios y estén en retirada”. La reforma de RTVE ha conseguido desde 2006 un salto en la independencia y pluralismo de sus programas informativos y de su programación, pero, Bustamante señala, que las reformas de 2009 y 2010 buscan claramente “su debilitamiento, en beneficio del polo privado”. A eso

hay que sumar, también aquí hay que estar alertas, que muchos gobernantes siguen manipulando todo lo que pueden, y un poco más, los radios y las televisiones, sobre todo estas últimas, sobre los que tienen poder e influencia. Los ejemplos se amontonan en la mente de todos.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

CLAVES INTERPRETATIVAS DE UN COLAPSO CIVILIZATORIO

Ramón Fernández Durán, *El Estado y la conflictividad político-social en el siglo XX. Claves para entender la crisis del siglo XXI*. Madrid, Virus editorial, 2010, 142 páginas.

El Viejo Topo, enero de 2011

El Estado y la conflictividad político-social en el siglo XX. Claves para entender la crisis del siglo XXI es el capítulo introductorio de un próximo libro, ya en marcha, de Ramón Fernández Durán que llevará por título *Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030. Preparándose para el inicio del colapso de la Civilización Industrial*. Sea como sea, no es sólo una introducción a ese nuevo ensayo, sino que, en palabras del autor, “pretende ser también una especie de síntesis (parcial) del libro en su conjunto”.

El Estado y la conflictividad político-social en el siglo XX. Claves para entender la crisis del siglo XXI está estructurado en dos partes diferenciadas. “El Estado en el mundo durante el siglo XX” es la primera y está subdividida en nueve apartados. Entre ellos, “El (nuevo) Estado-nación en el Sur global” y “Crisis, colapso y reconversión brutal del Estado del socialismo real”. La segunda parte lleva por título “La conflictividad político-social mundial en el siglo XX” y está compuesta por siete apartados. “Nacionalismo, militarismo y conflictividad político-social” y “Globalización, crisis del socialismo, movimiento antiglobalización e Islam político” son dos de estos apartados. Una bibliografía esencial cierra este sucinto pero sustantivo ensayo que puede ser visto como dos caras de una moneda conjuntada: más analítica la primera, más estrictamente política la segunda.

En el trabajo, así se señala en la presentación, y en la contraportada, una pieza más de los análisis elaborados por el autor sobre el siglo XX, se dedica una especial atención a la evolución del papel del Estado y la conflictividad político-social en el despliegue del capitalismo global. Algunas de las tesis defendidas por Ramón Fernández Durán: 1. La institución del Estado se amplía al mundo entero después de la irrupción de un gran número de nuevos Estados tras el fin del dominio colonial europeo. 2. La forma que adquiere el estado es la del Estado-nación de corte capitalista, forma que alcanza su apogeo con el derrumbe de la Unión Soviética. 3. Se ha seguido un ciclo dialéctico, por decirlo en términos clásicos: de un Estado fuertemente liberal a inicios del siglo XX, se pasó a un Estado social a mediados de siglo especialmente en los territorios centrales occidentales, para finalizar en el Estado neoliberal en el que estamos inmersos. 4. Implicación de esa evolución: desmantelamiento de gran parte de las conquistas políticas y sociales alcanzadas, con pérdida de legitimidad del sistema-mundo en algunas zonas de la periferia.

Ramón Fernández Durán no se olvida del sentido de esta evolución: el nuevo Estado-nación que las poblaciones abrazaron como una institución que les debía proteger de sus antiguos amos se convirtió, en la mayoría de los casos, en una amenaza permanente para los desfavorecidos, para “los muchos”, “salvo por supuesto para las elites y para unas limitadas clases medias, allí donde los procesos de industrialización propios habían llegado a

tener un mayor recorrido, antes de la llegada de la globalización de las dos o tres últimas décadas del siglo XX” (p. 27).

Son tantos y tantos los temas tratados que es imposible su comentario detallado en esta reseña. RFD, forzosamente, dada las características de su trabajo que, recuerdo, es una introducción a un libro de mayor amplitud, se ha visto obligado a tratar una enorme diversidad de temáticas de manera apretada pero siempre brillante y documentada. Como es razonable pensar no siempre el lector/a queda complacido con la argumentación y presentación de sus afirmaciones (hubiera deseado más madera) pero es altamente significativo el interés que despierta el ensayo en el lector más allá de diferencias o matices puntuales. Así, por ejemplo, Ramón Fernández Durán afirma, en el apartado dedicado a la crisis del marxismo en la segunda parte del ensayo, que esa tradición no fue, “dicho irónicamente”, lo suficientemente materialista dado que también concibió la evolución del sistema económico separada del sistema físico, de la misma Naturaleza. El comunismo de la abundancia que propugnaron los clásicos marxista no era posible alcanzarlo. Sin duda, estas fueron posiciones centrales y dominantes en la tradición pero es sabido también que desde los años sesenta autores marxistas fueron críticos respecto a esa forma de entender la liberación y el progreso social. El mismo Marx, sabido es también, vislumbró en ocasiones la antinatural cara oscura del sistema.

Ramón Fernández Durán es crítico de Marx y su tradición en otro punto. La ciencia y la tecnología que Marx tanto veneró, señala un pelín anacrónicamente, y que percibió como instrumentos liberadores, “se demostraban como mecanismos que reproducían y profundizaban las condiciones de dominación del capital sobre el trabajo, sobre el conjunto de la sociedad y sobre la propia naturaleza” (p. 107). Hay más cera de la que arde sobre este punto en la obra de Marx y, en mi opinión, a riesgo de abonar irracionalismo no menos peligrosos, la aproximación al papel social de la ciencia y la tecnología contemporáneas, no sólo en sus nudos serviles al capitalismo sino también en sus numerosos vértices críticos, exige matices que seguramente el autor desplegará en su obra de mayor dimensión.

El ensayo, puede verse así, es también un ejercicio de política-ficción, asentado sobre bases lo más reales posibles y con manifiesta voluntad movilizadora y transformadora. La intención, así lo ha manifestado el propio autor, es “ayudar a impulsar una reflexión crítica colectiva sobre este próximo periodo, 2010-2030”, que el mismo denomina de “quiebra del Capitalismo Global” y que sería la primera etapa del largo colapso de la sociedad industrial iniciado hace ya unos años. El periodo, desde luego, no pinta bien ni permite tañer campanas: los escenarios que se vislumbran, y que el autor dibuja en sus grandes contornos, serán probablemente muy duros, y la capacidad de intervención de la ciudadanía rebelde va a ser en general muy limitada, pero “para nada nula e irrelevante”. No se trata solo de abonar la reflexión colectiva al respecto sino de animar, de no paralizar, y orientar “en la voluntad de resistir y actuar para condicionar y reconducir el despliegue de estos procesos de forma emancipadora”. Todo ello no es obstáculo para ver con nitidez el auge de los fundamentalismos de todo tipo en esta primera década del siglo y también de movimientos sociales, muy arraigados, fuertemente regresivos y no siempre abonados exclusivamente por clases medias que ven en peligro su anterior situación social. Sectores de

las clases trabajadoras no están alejados de esas tentaciones antisociales.

El autor advierte que el análisis de los cambios acontecidos tras el 11-S, a partir de la irrupción de la gestión neoconservadora, así como la progresiva agudización de la crisis global no se ha tratado aquí, y serán abordados en el futuro libro. En su opinión, la evolución del Estado y de la conflictividad a lo largo del siglo XX es asunto esencial “para entender algunas de las características de la crisis global actual”.

El Estado y la conflictividad... abre sus dos apartados con citas de Arrighi, Moore, Offe, Wallerstein, Silver y Elliot. Dos de estas citas ilustran muy bien las coordenadas político-intelectuales desde las que el autor ha escrito su aportación: “La globalización ha conseguido, más que cualquier cosa, romper un siglo de poder obrero” (Beverly Silver) y “El 68 fue la tumba ideológica del “papel dirigente” del proletariado industrial” (Immanuel Wallerstein). Tumba del papel dirigente no significa anulación de cualquier papel y la ruptura del poder obrero, y de su resistencia en algunos países, no tiene por qué ser inexorable ni tiene por qué conducirnos, es necesario insistir, a la pasividad.

No se pierdan las “bonitas y sugerentes” ilustraciones de Isabel Vázquez. Están a la altura de lo que ilustran.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

UN VALIOSO REGALO DE DESPEDIDA

Reseña de: Bernard Pullman, *El átomo en la historia del pensamiento humano*. Biblioteca Buridán-Montesinos, Barcelona, 2010, 472 páginas, traducción de Josep Sarret Grau

El Viejo Topo, febrero de 2011

“Con la excusa de seguir el desarrollo del atomismo desde la antigüedad hasta nuestros días, el profesor Bernard Pullman nos cuenta la fascinante historia de cómo uno de los conceptos más importantes de la ciencia moderna surgió gradualmente de la interacción entre la ciencia física, la filosofía y la teología. Una obra apasionante y educativa”. Así se expresó el gran historiador de la ciencia Gerard Holton, uno de los grandes especialistas del mundo en la obra de Albert Einstein, sobre este libro de Bernard Pullman (1919-1996, el texto original francés es de 1995), uno de los pioneros más eminentes de las aplicaciones de la mecánica cuántica en la exploración de la estructura electrónica de las moléculas y primer titular de la cátedra de química cuántica en la Sorbona.

Dividido en cuatro grandes secciones -Primera parte: “El nacimiento de la teoría atómica”. Segunda parte: “Unas cuantas reanudaciones durante un largo aplazamiento (siglos I al XV)”. Tercera parte: “El Renacimiento y el siglo de las Luces”. Cuarta parte: “El advenimiento del atomismo científico. Siglos XIX-XX”-, *El átomo en la historia del pensamiento humano* puede verse como un largo, detallado, interesante e informado comentario de texto a una significativa cita de Richard P. Feynman que abre el ensayo: “Si todo el conocimiento científico desapareciese en un cataclismo ¿qué frase podría preservar el máximo de información para las generaciones futuras? ¿De qué modo podríamos transmitirles mejor nuestra comprensión del mundo? Yo propongo la siguiente frase: “Todo está hecho de átomos, pequeñas partículas animadas por un movimiento incesante, que se atraen cuando están a cierta distancia unas de otras, pero que se repelen cuando se las obliga a aproximarse demasiado”. Esta única frase contiene, como veremos, una cantidad enorme de información sobre el mundo, por poco que le apliquemos un poco de imaginación y de reflexión”. El comentario de texto de este científico francés que participó activamente en la segunda guerra mundial, con formación e intereses filosóficos, adquiere sus cotas más elevadas en la sección cuarta, especialmente en el último y largo capítulo XIX: “El siglo XX: del átomo invisible e indivisible al átomo divisible y visible”. Fue su tema, su especialidad.

No se trata de trazar aquí ningún resumen del libro sino de resaltar algunas de las consideraciones del autor. Pullman considera, con razones muy atendibles, que por su longevidad, por la misma envergadura de los debates y polémicas que ha suscitado, “por la originalidad y la variedad de los argumentos intercambiados en dichos debates -y que combinan, con una retórica a menudo apasionada y a veces vehemente, conceptos científicos, filosóficos y religiosos-”, la teoría atómica, la teoría sobre átomos y vacío como los componentes últimos de la materia, ha proporcionado un campo de

batalla (la metáfora bélica no es exagerada) a un “singular choque de ideas que cubre veinticinco siglos de historia del pensamiento”. Sin caer en ningún cientificismo estrecho, el que fuera miembro de la Academia de Ciencias de París señala que las discusiones filosóficas acerca de significado de la teoría no sólo no han cesado con el advenimiento de lo que él denomina “atomismo científico”, esto es, el que el irrumpe con pretensión experimental y mayor precisión conceptual en el siglo XIX, sino que han recibido un nuevo impulso y están más vivas que nunca.

Pullman no se olvida de las deudas contraídas. Debemos esta extraordinaria aventura del espíritu, afirma, a la imaginación creadora, especulativa si se quiere, de una trinidad de pensadores griegos: Demócrito, Leucipo, Epicuro. Aunque el átomo científico actual, afirma el autor de forma un pelín anacrónica, no tiene más que un vago parecido con el átomo tal como lo concibieron los pensadores griegos, el concepto que ellos “regalaron a la humanidad resultó ser uno de los más fundamentales y más preñados de consecuencias para su existencia y su futuro entre todos los que han recibido jamás, de los hombres o de los cielos” (p. 12). Pullman añade, y no es poco en boca y mente de un científico que ha dejado una gran huella en el ámbito de la química cuántica: “Me estremezco cuando pienso en todo lo que la humanidad se hubiera perdido si, en lugar de un Demócrito, la suerte hubiera hecho nacer en Abdera, en el siglo V aC” (p.12)... ¡a un pensador tipo Auguste Comte! Tal cual.

Doctor honoris causa por seis universidades, Pullman fue miembro de la Academia Pontificia de las Ciencias. Como muchos otros grandes científicos. Bohr, Planck, Dirac, Schrödinger, De Broglie, Heisenberg, entre ellos. Por esa razón, o tal vez no por ese motivo, Pullman dedica cinco páginas de su ensayo a la figura de Pío XII, casi tantas como las que dedica a Kant y dos más de las que dedica a Marx. Y no se corta ni un pelo para alabar un Papa con caras tan oscuras como fue Pío XII. Un ejemplo de ello: “De todos los papas del siglo XX, Pío XII fue el que se expresó de un modo más extenso sobre el problema de la atomicidad y, en particular, sobre los interrogantes científico-filosóficos que planteó el advenimiento de la mecánica cuántica y que no podía dejar indiferentes a la Iglesia. Y lo hará en dos discursos pronunciados ante la Academia Pontificia de Ciencias... Disertaciones largas y bien estructuradas que dan fe del profundo conocimiento que tenía este papa de los temas abordados. Leyéndolas se tiene casi la impresión de estar asistiendo a una clase magistral que constituye un auténtico resumen del estado de los conocimientos de la época” (p. 386). Ni más ni menos.

No es tan generoso Pullman cuando se aproxima a la figura y aportaciones de Karl Marx. Escribe: “Solamente la fama universal de Karl Marx justifica que mencionemos, por razones anecdóticas, los escritos de juventud que consagró a la teoría atómica. En efecto, estos escritos -que se reducen a su tesis de doctorado en filosofía, *Diferencias entre la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, y a un texto publicado póstumamente sobre “La filosofía epicúrea”...- no contienen nada que sea remotamente revolucionario ni particularmente perspicaz...” (p. 301-302).

Lo anterior, lo dicho sobre Pío XII, no es obstáculo para que Pullman ya en las páginas iniciales del libro se interrogue por qué, “durante su larga existencia política y su larga carrera espiritual, los hebreos de la Biblia”, a diferencia de los griegos paganos, no aportaran prácticamente nada de

interés al nacimiento de la ciencia y a su desarrollo. Su respuesta: “Yo creo que la explicación de lo que los hebreos no nos han dado reside en la naturaleza de lo que sí nos han dado. Así, unos doce o trece siglos antes que los filósofos de Mileto, en el siglo XIX aC, Abraham, buscando como ellos la “causa primera”, el “principio de todas las cosas”, encontró a Dios, un Dios único, creador y motor del Universo. No el agua o el aire o una “sustancia” indefinida, o los números sino Dios. De este modo marcó con un sello indeleble el porvenir de su pueblo” (p. 21).

Poco antes de morir, escribió el Premio Nobel y poeta Roald Hoffman, Bernard Pullman nos dejó “un valioso regalo de despedida: una historia elegantemente escrita y muy amena de uno de los mayores descubrimientos de la humanidad: la dilucidación teórica y experimental de la naturaleza del átomo”. No es fácil apuntar un mejor resumen de un libro que en algunos momentos hace recordar al lector, y no es exagerado el elogio, esa maravillosa serie de divulgación científico-filosófica que codirigió Carl Sagan y que llevó el nombre de “Cosmos”.

El epílogo provisional que cierra el volumen se abre con una frase de Bernard de Fontenelle –“el ser físico [...] nunca se revela por entero. Por eso la física siempre será cuestionable”- y, consistentemente con ella, Pullman finaliza recordando que la teoría atómica, “que de he hecho tendría que haberse llamado, en su formulación original, teoría de los átomos y el vacío”, ha recorrido un largo camino, que en muchos casos ha sido más bien una carrera de obstáculos, sufriendo a lo largo de él numerosas transformaciones sustanciales: en veinticinco siglos se ha pasado del átomo invisible e indivisible al átomo divisible y visible, del átomo corpúsculo al átomo onda-corpúsculo, del vacío inerte y vacío al vacío lleno y activo. Si el pasado nos ha impartido esta lección, qué sorpresa nos depararán los próximos veinticinco siglos se pregunta el autor. Pullman recuerda una significativa anécdota: Charles Coulson, un profesor de química cuántica de la Universidad de Oxford entre los años 1940-1960 recibió un día una carta en cuyo membrete constaba la frase “professor of *phantom* chemistry”. La designación no le pareció mal a Coulson, señala Pullman. Aludía, de hecho, “a la persecución interminable de una verdad en el fondo elusiva”. En este sentido, señala, ¿no deberíamos sentirnos todos como legítimos destinatarios de esa carta?

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

INFORMADÍSIMO PANORAMA

Wenceslao J. González, *La predicción científica. Concepciones filosófico-metodológicas desde H. Reichenbach a N. Rescher*. Montesinos, Barcelona, 2010, 339 páginas.

Más de mil cien notas, más de treinta páginas de bibliografía. *La predicción científica* (LPC) puede abrumar ciertamente. Tanto como el currículo de Wenceslao J. González, su autor: catedrático de lógica y filosofía de la ciencia en la Universidad de A Coruña, académico de número de la “Académie International de Philosophie des Sciences”, líder de equipo en el programa de la “European Science Foundation” titulado “The Philosophy of Science in a European Perspective”, máxima distinción a la trayectoria de investigación de la Universidad Nacional San Marcos de Lima, profesor visitante de la London School of Economics y de la Universidad de St Andrews, figura, además, en veintiséis (¡26!) volúmenes sobre filosofía y metodología de la ciencia. Si se me permite la comparación: un Rescher a la gallega y con ideas propias.

LPC puede abrumar, decía, pero no debería hacerlo. Porque más allá de una bibliografía humanamente (casi) inabarcable y de sus mil y una notas de cien temáticas diversos, LPC es también un excelente panorama de una parte sustantiva, no de toda ella claro está, de la epistemología contemporánea, en el que el autor no oculta su simpatía por dos grandes autores (que también tienen la simpatía de este modestísimo reseñador) Imre Lakatos (un filósofo húngaro que ocupó cargos relevantes en su país en el Ministerio de Educación entre 1945 y 1948 para caer posteriormente en desgracia y pasar tres años en un campo de concentración) y Nicholas Rescher, al mismo tiempo que permite a todo lector/a, sin grandes conocimientos previos en las materias analizadas, adentrarse con resultados de interés en una de las grandes temáticas de la filosofía de la ciencia del siglo XX que sigue punto nodal en la actualidad.

Componen LPC una introducción, tres grandes secciones y un epílogo: “La situación actual: balance y perspectivas abiertas”, donde el autor completa el cuadro dibujado con dos apuntes: un balance acerca de lo alcanzado en la temática de la predicción científica y una muestra de aquellas perspectivas que siguen abiertas.

La primera parte lleva por título “Planteamiento lógico-metodológico” y son Hans Reichenbach y Karl Popper los autores aquí estudiados. La segunda parte lleva por título. “Posiciones del ‘giro histórico’” y aquí son Stephen Toulmin, Thomas S. Kuhn (“Kant fue una revelación para mí”, dijo en ocasiones este célebre filósofo, historiador y físico que tuvo como director de tesis a John van Vleck, premio Nobel de Física posteriormente), Imre Lakatos los autores tratados. La última parte, “Enfoques del naturalismo y el pragmatismo”, se aproxima a la obra de Wesley C. Salmon, Philip Kitcher y Nicholas Rescher. Salvo información no actualizada por mi parte, Popper, Toulmin, Kuhn, Lakatos, Reichenbach algo menos tal vez, son autores conocidos y estudiados, pero, en cambio, no es tan usual encontrar en libros escritos para no especialistas documentadas aproximaciones a la obra de los

tres restantes (dos ellos, los dos últimos, en plena producción intelectual). Wenceslao J. González consigue, además, algo que no está al alcance sino de los buenos filósofos: señalar vértices, caras y enfoques no muy transitados incluso cuando nos aproxima a autores conocidos o cuanto menos muy citados.

El diseño de la estructura del ensayo, señala WJG, pretende ofrecer una reconstrucción histórico-sistemática de las principales concepciones del siglo XX sobre la predicción científica trazando un arco que se inicia con *Experience and Prediction* de Reichenbach, un ensayo de 1938, y finaliza con Nicholas Rescher y su *Predicting the Future*, un texto de 1998. Desde el empirismo lógico clásico, pues, al idealismo pragmático. En el período analizado, la predicción ha sido particularmente relevante en algunas de estas orientaciones, especialmente en el falsacionismo popperiano y en la metodología de los programas de investigación científica lakatosiana (Lakatos, recuerda el autor, concede mayor importancia cognitiva al conocimiento predictivo que al conocimiento explicativo).

¿Por qué los autores indicados y no otros? ¿Por qué no Sneed, la teoría estructuralista de las teorías científicas o Feyerabend por ejemplo? Porque este libro, así lo indica explícitamente el autor, sólo pretende abordar una serie de posiciones representativas acerca de la predicción científica, “de modo que no pretende hacer un tratamiento exhaustivo de todo lo propuesto sobre este problema en el siglo pasado y al comienzo del presente” (p. 13). El volumen, insiste WJG, no pretende agotar “todas las vertientes del problema de la predicción científica, ni tampoco se sugiere que no haya autores representativos en el siglo XX o comienzos del XXI” (p. 14). WJG cita, a título de ejemplo, a Wittgenstein y Herbet A. Simon, filósofos ambos que también han merecido su atención en otras publicaciones.

¿Por qué la predicción es uno de los temas más representativos de la filosofía y la metodología de la ciencia del siglo XX y de comienzos del siglo XXI? Porque como indagación acerca del conocimiento del futuro o investigación sobre “hechos nuevos” ocupa un lugar destacado en pensadores de enorme influencia. La predicción, señala WJG, incide tanto en la ciencia básica -orientada a la ampliación del conocimiento- como en la ciencia aplicada -encaminada a la resolución de problemas concretos: el conocimiento de ese futuro es paso previo para dar pautas de actuación.

Desde el punto de vista filosófico-metodológico, la perspectiva en que se sitúa el autor, cabe resaltar tres aspectos: predecir es habitualmente un objetivo de la ciencia (él escribe casi siempre “Ciencia” con germánica mayúscula); las predicciones son también un test que sirve para dirimir si un enunciado es o no científico y, con ello, evaluar teorías científicas y por extensión sirve para dictaminar si un saber es o no ciencia (¿lo es la Economía por ejemplo?) y, finalmente, la predicción es un factor clave, nada marginal, en las ciencias aplicadas: sociología, farmacología, incluso en la economía. Cuando se buscan soluciones a problemas concretos, señala WJG, la predicción es habitualmente un paso previo a la prescripción.

El autor ha sido profesor de la Universidad de Münster, la universidad alemana donde estudiaron, entre otros grandes lógicos y epistemólogos españoles, Manuel Sacristán y Jesús Mosterín. Se le nota: el gusto por las mayúsculas de Wenceslao J. González es permanente en un ensayo que puede y merece ser un excelente manual de epistemología contemporánea,

volumen donde ciertamente apenas figuran aportaciones a la filosofía de la ciencia escritas en castellano, hasta el punto que *La crítica y el desarrollo del conocimiento científico*, las actas de aquel importante congreso de 1965 donde irrumpió la polémica Kuhn-Popper editadas por Lakatos y Musgrave, sólo aparece reseñado en su edición original (Déjenme que recuerde aquí por ello la presentación que Javier Muguerza escribió para la traducción castellana de la que muchos aprendimos y que fue Jacobo Muñoz, en aquella colección inolvidable de Ediciones Grijalbo llamada “Teoría y realidad”, quien hizo todo lo posible para la traducción castellano del ensayo en un momento en que podían contarse con los dedos de las manos los ensayos de epistemología publicados en cualquiera de las lenguas de Sefarad).

Tampoco las notas críticas están ausente en el ensayo de WJG. Esta, por ejemplo, apunta a un nudo cultural que ha sido central en el legado e influencia de Sir Karl, el que fuera durante años, nada mas y nada menos, asesor político-filosófico de Margaret Thatcher: “Históricamente, la predicción científica en las ciencias sociales sirvió como eje de volúmenes de Karl Popper, como *La sociedad abierta y sus enemigos* y, sobre todo, *La miseria del historicismo*” (p. 65). Son libros, prosigue WJG, que han contribuido a la notoriedad social de su autor y, sin embargo, “han sido fuertemente criticados desde una perspectiva filosófico-metodológica”.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

CON NOCIONES CLARAS Y FRASES SIGNIFICATIVAS: CONTRA LAS PATOLOGÍAS DE LA MENTE.

Jesús Mosterín, *A favor de los toros*. Laetoli, Pamplona, 2010, 115 páginas.

Todos los animales somos parientes. Todos los animales procedemos de los mismos procesos de evolución biológica. No existen abismos entre unas especies y otras. Existen diferencias pero son graduales y, aunque aún son insuficientes y provisionales, empezamos a tener medidas genéticas de esas diferencias. Nosotros, los animales humanos, compartimos con los chimpancés el 98% de nuestros genes y el 80% con los toros. El último torero muerto en la plaza fue José Cubero, en 1985, en Colmenar Viejo; un año antes murió Paquirri, en Pozoblanco. Nadie se alegró por ello. Empero en los últimos 25 años ningún torero ha muerto en la plaza y más de un millón de toros han sido matados en las corridas. Gentes como Buffalo Bill [BB], modelo de valiente luchador en muchas películas y activamente presente en el imaginario de millones y millones de niños y jóvenes, son personajes siniestros. Manadas de búfalos fueron exterminadas en el siglo XIX cuando se construyó la red de ferrocarriles en Estados Unidos. “Los trenes iban llenos de gente armada con escopetas que entretenía sus largos ocios viajeros disparando desde la ventanilla y matando a cuantos bisontes avistaban. Personajes siniestros como BB competían entre sí por ver quien mataba más miles de bisontes en menos tiempo. Así, millones [i]aproximadamente 35 millones!] fueron exterminados en vano” (p. 17). De ahí que el autor, con razones muy atendibles, pueda hablar, por ejemplo, del “verdadero escándalo moral” que significan las condiciones no ya infrahumanas sino infravacunas, en que se hacía y hace vivir a muchas vacas.

La tesis que defiende Jesús Mosterín en su, una vez más, interesante libro está explicitada en los compases iniciales de la introducción: las corridas de toros, que el autor nunca llama, claro está, “fiesta nacional”, o bárbaras e indocumentadas expresiones afines, al igual que otras “celebraciones populares” como los correbous, los toros embolados o los toros ensogados, no sirven para nada, representan una masa de sufrimiento inútil que es perfectamente prescindible y fácilmente evitable. La solución es obvia: hay que abolirlas (Mosterín evita, tanto como puede, el uso del término “prohibir” para superar inconsistencias con su fuerte y explícita cosmovisión liberal). Se ha logrado ya en Canarias y en Cataluña (“día histórico” denomina el autor, él que, en general, es contrario a todo prohibicionismo, el día, 28 de julio de 2010, en que se aprobó la prohibición de las corridas en Catalunya a partir del 1 de enero de 2012), y ahora toca extender la abolición al resto de España y a México, Colombia, Perú y el sur de Francia. Para Mosterín es una bolsa de crueldad que es necesario eliminar.

A favor de los toros está dividido en dieciséis capítulos anteriormente publicados, aunque fusionados y modificados en muchos casos, en libros como *La cuestión de los toros*, *La cultura de la libertad*, *Los derechos de los animales*, *¡Vivan los animales!*, o en revistas o diarios como *Altarriba*, *Cuadernos para dialogar sobre animales*, *Leer*, *El País* y *La Vanguardia*. El propio Mosterín resume el contenido de su libro: el primer capítulo está

dedicado a la biología del toro; los capítulos 2, 3, 4, y 5 tratan de la problemática de la relación humana con los bovinos, de la cultura de la crueldad y de los espectáculos que le son anexos; el 6º describe la estructura de la actual corrida de toros (ino se lo pierdan por favor!); el 7º es una exposición histórica de las posturas a favor y en contra de la tauromaquia; los capítulos 8-14 (se incluyen aquí artículos suyos en polémica con Savater) recogen recientes intervenciones del autor en la prensa. El capítulo 15º, “crucial” según el propio autor, pasa revista a cada uno de los “pseudoargumentos fallidos” esgrimidos a favor de la corrida “de un modo repetitivo e inasequible al desaliento y la lógica” y el último capítulo trata de las “salvajadas pueblerinas, donde chusmas incontroladas de mozos en estado de intoxicación ética someten a los toros a maltratos brutales, fomentados por los propios municipios” (p. 10). El libro, lo señala el propio autor, está escrito desde el compromiso con la búsqueda de la verdad y la honestidad intelectual, “lo que es poco habitual en un capo dominado por el pensamiento zafio, la ignorancia de la ciencia, la mitología arbitraria y la frivolidad retórica” (p. 8).

Todo lector o lectora que haya leído otros trabajos del autor se encontrará con las admirables características que acompañan siempre a las publicaciones de uno de los filósofos hispanos de mayor prestigio internacional: documentación contrastada, prosa clara y precisa, argumentación cuidada, reflexión propia, probada y rica sensibilidad hacia los otros animales. Largo etcétera. Mosterín, además, ha participado activamente en el movimiento de la sociedad civil catalana que ha conducido a la abolición de las corridas de toros en Cataluña. Nadie mejor que él, crítico radical de todo nacionalismo, para defender y argumentar que la abolición de las corridas en Cataluña nada tiene que ver con posiciones nacionalistas, catalanistas o provincianas, más allá de las débiles o fuertes inconsistencias que podamos haber observado en algunas formaciones políticas catalanas. Y, sin duda, la justa posición tomada en el tema de las corridas de toros no ha sido obstáculo para caer poco después (esta vez sí, por motivos electoralistas y/o nacionalistas provincianos) en la mayor de las inconsistencias, con excepciones notables, que Mosterín no deja de recordar, como la representada por ICV-EUiA, al permitir, blindar o cubrir con mantos legislativos, “celebraciones populares” donde el maltrato, la zafiedad o la tortura, no la muerte ciertamente, están muy presentes. Con injusta y algo tópica generalización, Mosterín finaliza su libro con las siguientes palabras: “Al preferir la marrullería a la pedagogía, los políticos (sic) han prestado un flaco servicio a los habitantes de las Tierras del Ebro condenándolos a permanecer enfangados en la cultura de la crueldad, que lastra como una losa sus posibilidades de desarrollo. El progreso empieza en las cabezas, no en las infraestructuras. Los festejos basados en el maltrato animal son una patología de la mente” (p. 105). Correbous, centrales y cementerio nuclear: esta es allí la cuestión.

Como no se trata de escribir aquí ninguna vindicación apologética del autor, uno de los grandes filósofos y escritores españoles, ni de su probada sensibilidad en este y en otros ámbitos afines, señalaré aquí algunos nudos que, en mi opinión, hubieran merecido una aproximación más cuidada. El libro, Mosterín así lo señala, asume una cosmovisión realista y compatible con los resultados de la ciencia. No es ese el único atributo de su cosmovisión. El

liberalismo político-filosófico, digámoslo así con algo de imprecisión, es otra característica destacable. Ilustraciones de ello: el autor habla, por ejemplo, de corridas de toros y “salvajadas pueblerinas”. No es el único lugar donde el elitismo conceptual acompaña sus expresiones. La cultura de la libertad, apunta Mosterín, “admite cualesquiera interacciones y transacciones voluntarias entre adultos, pero no el abuso de los niños, el maltrato de las mujeres ni la tortura de los animales” (p. 34). Más allá del sabor un pelín masculino de la formulación, no se ve por qué no pueden incluirse a los humanos-hombres en esa misma consideración. Desde luego, la afirmación histórica complementaria –“precisamente los países más influidos por el pensamiento liberal fueron los primeros en poner coto a tales atropellos y promulgar leyes contra la crueldad”- hubiera exigido alguna investigación histórico-sociológica sobre la actuación del gran y supuestamente liberal Imperio británico en países como India o China. Mosterín critica con razón a Alfonso Guerra y Corcuera, como personajes públicos, por sus públicas manifestaciones pro-aurinas (es decir, contrarias a los toros) pero no acaban de verse las razones que le mueven a escribir que “El ministro del Interior Corcuera –el de la “patada en la puerta”- era un gran aficionado a los toros, al igual que su enemigo el banderillero Jon Idígoras, fundador de HB” (p. 46). ¿A cuento de qué viene hablar aquí de aquel obrero metalúrgico y luchador antifranquista fallecido en 2005 que empezó a trabajar a los 14 años en una factoría de Amorebieta-Echano? ¿No hubiera sido necesario, por otra parte, tener en cuenta lo que para muchos ciudadanos-obreros significó la tauromaquia como vía de ascenso social en tiempos de silencio, represión y miseria? No vale la pena detenerse en asuntos marginales como considerar a Joaquín Almunia “una de las figuras descollantes del PSOE (p. 52) o a Juan Carlos I de Borbón como alguien “afortunadamente en política ha servido lealmente a la democracia, lo que le ha valido el reconocimiento general” (p. 52). Tampoco en la consideración de Mosterín, arriesgadamente general, que “desde Jaime (sic) Balmes a José (sic) Ferrater Mora, los pensadores catalanes se han opuesto siempre a la tauromaquia” (p. 66) o en su muy generosa afirmación, poblada de contraejemplos conocidos, de que “Varga Llosa siempre ha polemizado contra la corrupción y la dictadura en América Latina” (p. 84). Pelillos a la mar.

Hay pasos, además, ciertamente extraños para alguien que manifiesta esa sensibilidad hacia el mundo de los animales, sin excluir en éstos a los humanos. Un ejemplo: el neurólogo español José Manuel Rodríguez Delgado, escribe Mosterín, que “en la Universidad de Yale desarrolló importantes investigaciones activando eléctricamente diversos puntos del sistema límbico, descubrió los centros del placer y el dolor en el cerebro. RD comprobó sus hipótesis en toros: en 1953 realizó en España experimentos famosos en los cuales a los toros llamados bravos les implantó en el cerebro unos electrodos conectados a un receptor de ondas de radio. A continuación, mediante un emisor de radio los hacía enfurecer, aplacarse, avanzar hacia él o retroceder. Luego repitió el experimento con seres humanos, a quienes puso electrodos en las mismas zonas del cerebro, con exactamente los mismos resultados” (p. 11). Estos experimentos, prosigue el autor, “eran políticamente incorrectos, por lo que tuvo que abandonarlos” (p. 11). En fin, concluye, “RD ha tenido una vida muy movida, pero sus experimentos con los centros del placer y el dolor del cerebro constituyen notables contribuciones a

la neurología del siglo XX". Habría que ver aquí el referente de la expresión "vida movida", pero, aparte de ello y del cómodo uso negativo de la expresión "políticamente incorrecto", uno puede imaginarse, con temblor, qué seres humanos participaron en los experimentos de Rodríguez Delgado en la España de 1953 y e incluso puede imaginar con horror acaso justificado en qué condiciones se realizaron esos experimentos.

Este es un libro monográfico, señala Jesús Mosterín, sobre los toros y a favor de los toros. A él le hubiera gustado que no hubiera hecho falta escribirlo "pero desgraciadamente ha hecho falta". Con la esperanza, prosigue, de que sirviera para algo, "al menos para elevar el nivel de conciencia e información sobre estos animales y sobre su vil maltrato, así como para romper el muro de sofismas, falsedades y mitos que la caverna taurina ha ido tejiendo en torno a este negocio de la crueldad". *A favor de los toros* cumple sobradamente esa función, aunque no es fácil romper muros sofisticados cuando estos amparan intereses o costumbres arraigadas que adquieren aire de naturaleza en la conciencia de muchos ciudadanos (e incluso ciudadanas), no siempre malintencionados, inmersos en tradiciones apenas cuestionadas, en su momento casi necesarias para su socialización como adultos, e incluso abonadas desde importantes instancias públicas (Recordemos, a título de zafio ejemplo, las declaraciones "patrióticas" de la presidente de la Comunidad de Madrid. No estuvo en minoría de uno).

Por otra parte, este negocio de la crueldad, tomando palabras del autor, no es ni mucho menos el único. Numerosos lectores de Mosterín que hemos aprendido de él, de muy diversos temas, con casi todas sus publicaciones, agradeceríamos que otras cavernas que también amparan negocios crueles con seres vivos, humanos y no humanos, como cobayas, fueran también objeto de su siempre documentada mirada crítica. Cuando Mosterín sostiene que la corrida de los toros es el último fleco de la España negra que ha quedado colgando es obvio que la pasión razonada y el sincero amor que siente por el mundo de los animales, que mucho compartimos, es causa de un juicio ciertamente precipitado. Las corridas de toros, desgraciadamente, no son el último fleco de la España negra. Quedan muchos otros flecos y algunos son tan o más hirientes y tienen a numerosos seres humanos, en su mayor parte desfavorecidos, como protagonistas principales del sufrimiento.

PS: Jesús Mosterín define qué es una argumentación formalmente correcta en las páginas 85-86 de su libro. Se ha colado un errata: donde dice "en la que las premisas son verdaderas y la premisa falsa o inaceptable" debería decir "conclusión falsa o inaceptable". Por lo demás, el supuesto comentario crítico de Savater a una argumentación previa de Mosterín, que este último reproduce y comenta en la página 87 de su libro, donde se confunde una afirmación con un argumento hace enrojecer incluso al más pintado ya de rojo.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

CULTURA Y EVOLUCIÓN CULTURAL DESDE LA PERSPECTIVA MIMÉTICA

Kate Distin, *El meme egoísta*. Bibiteca Buridán-Montesinos, Mataró(Barcelona), 253 páginas. Traducción de Josep Sarret Grau (edición original 2005).

Hace más de treinta años, en 1976, en *El gen egoísta*, título que no sentó nada bien a la izquierda cultural por la rentabilidad político-publicitaria que de él se extrajo, Richard Dawkins sostuvo que de la misma forma que numerosos aspectos de la evolución biológica sólo eran explicables desde un punto de vista genético (no son las especies o los individuos quienes luchan por su supervivencia sino los propios genes que “utilizan” a los organismos como máquinas reproductoras, esa era su tesis), también la cultura o culturas humanas evolucionaban y lo hacían tomando pie en los memes, una unidad atómica cultural, una clase no biológica de replicadores sujetos a mutaciones, transmisiones y selecciones del mismo modo, o de modo afín, a cómo operaban los genes en el ámbito biológico.

Las preguntas se agolpan. Si la cultura evoluciona del mismo modo que la biología, ¿en qué sentido ambos procesos son exactamente “lo mismo”? ¿En qué consisten la replicación, la variación y la selección en el ámbito cultural? ¿Están hechas las culturas humanas de unidades discretas como los genes, los cuantos de energía o los quarks atómicos? ¿Pueden delimitarse? ¿Es posible importar conceptos genéticos como virus, alelo o fenotipo al ámbito memético? ¿Dónde se ubican los memes? Kate Distin, la autora de *El meme egoísta*, tampoco el título parece muy afortunado por oportuno que pueda ser desde otras perspectivas, responde a estas preguntas y amplía y desarrolla la hipótesis del autor británico, al mismo tiempo que presenta una valoración crítica de algunas teorías surgidas en torno a la evolución cultural. No es cualquier nimiedad la tarea asumida. Un ejemplo: si la cultura, o alguna de sus aristas, es un rasgo típico de los humanos, entonces la teoría del meme, si quiere tener una buena ubicación epistemológica, debería explicar qué es lo que ha permitido desarrollar ese rasgo a los alumnos y no en cambio a los animales no humanos.

La teoría debería poder explicar, claro está, cómo cambian las ideas y cómo se desarrollan en determinadas áreas culturales como la ciencia y la religión (el punto está desarrollado en el capítulo XIII), área, esta última, a la que Distin se aproxima con afilada punta crítica contra algunas de las afirmaciones apresuradas de Dawkins y, sin duda también, con enorme generosidad y algo de simpatía. Un ejemplo: “en apoyo de la afirmación de que la religión es adoptada por razones emocionales y no racionales, a menudo se hace hincapié en la tendencia al fanatismo y a la credulidad de determinadas personas religiosas en lo que respecta a sus creencias espirituales. ¿Acaso estas características implican que los memes religiosos poseen una forma única de eludir nuestros mecanismos lógicos y racionales habituales?” (p. 217) Ninguno de estos rasgos, afirma, es propio y único de la religión: ambos pueden surgir también en campos en los que las creencias en juego son de una vital importancia. La misma experiencia “eureka” del científico, señala, “no está totalmente exenta de emoción” (De hecho, como

es sabido, no es que esté exenta sino que está pletórica de ella, como muy pocas otras vivencias humanas. El racionalismo no es un erial de sensaciones).

¿Es la teoría mimética una variante más o menos sofisticada de la sociobiología? No, en absoluto. Una de las críticas de la autora a esta conjetura sobre la evolución de las sociedades humanas puede ser resumida así: no hay nada excesivamente interesante en la afirmación de que determinados aspectos generales del comportamiento humano serán seleccionados si resultan ventajosos. La cuestión que, en su opinión, vale la pena centrarse es en qué *nivel* de detalle social controlan nuestros genes. Su posición: “hay tatas variación entre culturas que es muy poco verosímil penar que sean muchos los detalles concretos de la vida social genéticamente controlados” (p. 22).

Incluyendo la “Introducción” y las conclusiones, son catorce los capítulos de la obra, la tesis doctoral de la autora. La perspectiva de su análisis puede ser resumida así: en vez de poner a prueba las implicaciones prácticas de una nueva teoría, de lo que trata es de centrarse en su estructura: examinar si podría ser cierta, si es consistente, si constituye una base sólida para explicaciones empíricas. De lo que se trata, pues, esta ha sido la finalidad de la investigación, es comprobar los fundamentos estructurales de la teoría de los memes. Sólo después podría utilizarse como herramienta para la investigación.

Algunas de las tesis defendidas por Kate Distin en su investigación pueden presentarse así: el equivalente mimético del ADN no es uno sino que son muchos sistemas de representación culturales (SRC). No estamos dotados al nacer de un SRC fijo sino de la capacidad de aprender y desarrollar muchos de estos sistemas representacionales. El lenguaje humano tiene primacía entre estos sistemas porque “sólo es el resultado de un atributo biológico que facilita su comunicación por medio del habla” (p. 190). Distin arguye con detalle contra las hipótesis de que la verdadera replicación es imposible entre medios heterogéneos y que la información cultural no es verdaderamente discreta. Sostiene que su posición queda reforzada por su compatibilidad “con la más aceptada de todas las teorías del lenguaje, la del dispositivo para la adquisición del lenguaje de Chosmky”. Los memes, por otra parte, sólo pueden ejercer sus efectos si las condiciones les son propicias. El éxito memético, por lo demás, es independiente de la ventaja genética. Aún más: Distin sostiene que la introducción de la teoría memética puede dar cuenta de fenómenos que no pueden explicarse desde la genética.

¿Cómo concibe la teoría la relación meme-mente? Los memes son algo diferente de la mente humana. Esta no está compuesta por un complejo organizado de ellos “ni construida por ellos en la forma en que los genes construyen sus máquinas de supervivencia” (p. 208). La mente tiene un determinado potencial innato que se desarrolla como resultado de la interacción con su entorno físico y cultural. Lo que la mente de un individuo absorbe, señala Distin, lo incorpora tan profundamente que, digámoslo así, forma parte de ese individuo, es ese individuo, haciendo de filtro para el input cultural posterior. Sin embargo, “conservamos un cierto grado de elección y flexibilidad en nuestras reacciones a muchas de las experiencias y memes que encontramos”. Ejemplo de ello: dos hermanos forjan recuerdos distintos, incluso incompatibles, de incidentes sucedidos en una infancia compartida.

Ciertos latiguillos conservadores de Kate Distin pueden disgustar al lector/a. Un ejemplo: “una oposición cultural sostenida (bajo un régimen comunista, por ejemplo) no puede sofocar completamente la fe de una persona” (p. 214). Son marginales a su narración y argumentación, y no es imposible que la autora esté mal informada en alguno de estos nudos o beba de fuentes poco contrastadas.

¿Explica la hipótesis mimética la irrupción, la conservación y los cambios en los muy diversos aspectos de todas las culturas humanas? No estoy en condiciones de responder a la pregunta. Pero no veo error alguno en completar otras miradas y aproximaciones, sin duda muy fructíferas, con esta perspectiva que toma pie, y extiende con cuidado su ámbito de explicación, en una teoría ampliamente corroborada que, por lo demás, no ha dejado de desarrollarse con cambios y discusión permanentes, y acechada, sabido es, por poderosos y financiados tanques de pensamiento conservador.

En resumen: un brillante y argumentado análisis filosófico de una conjetura explicativa que puede rendir frutos. ¿Impide la teoría afirmar que los seres humanos poseemos una identidad autónoma y que tenemos un “yo” independiente que tiene libertad y control sobre lo que pasa en nuestras vidas? En opinión de la autora -a la que ha llegado “libremente después de muchas horas de pensamiento genuinamente creativo y de opciones no ilusorios”, uno de los peores pasajes del libro-, la evolución en clave mimética es totalmente compatible “con un mundo de agentes libres provistos de intencionalidad, conciencia y responsabilidad” (p. 11). Las condiciones materiales de posibilidad de ese mundo no están, desde luego, entre los objetivos de su investigación.

La trepidante y excelente traducción de Josep Sarret es marca conocida de una casa que va ampliándose, día tras día, sin grieta alguna.

PS: Distin afirma (p. 218) que la forma en que se adquiere una creencia es *completamente irrelevante* para el hecho de si es cierta o falsa. La veracidad epistémica de la tesis no exime poner un grano de duda sobre el uso de un adverbio tan seguro de sí mismo.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

DESLUMBRANTE E IMPRESCINDIBLE

Joan Benach y Carles Muntaner (con Orielle Solar, Vilma Santna y Michael Quinlan y la Employment Conditions Network), *Empleo, trabajo y desigualdades en salud: una visión global*. Icaria, Barcelona, 2010, 518 páginas (Prólogo de John Berger, dibujos de Yves Berger, prólogo de Vandana Shiva).

“Para transformar la realidad, el primer paso suele ser aprender a verla con una mirada nueva (y ser capaces de mostrarla a los demás bajo esta luz)”. La cita de Jorge Riechmann que acompaña el capítulo 3º de este inagotable ensayo arroja luz sobre su nudo básico: aprender a mirar con mirada nueva, mostrándola de esa misma manera, una realidad esencial en la vida de millones y millones de seres humanos.

Este libro, que se dirige tanto a especialistas (de salud pública, de desigualdades en salud y salud laboral) como a investigadores (de las ciencias sociales y políticas) y a activistas y miembros de sindicatos y de movimientos sociales y, más en general, a ciudadanos interesados sin un conocimiento previo especializado de los temas tratados, es el resultado del trabajo realizado durante más de cuatro años por la Red de Condiciones de Empleo (ENCOMET) como parte de la Comisión de la OMS sobre Determinantes Sociales de la Salud (CDSS).

Empleo, trabajo y desigualdades en salud: una visión global [ETDS] ofrece una visión integral y detallada de cómo las condiciones de empleo (y desempleo) afectan a los desigualdades de salud en los trabajadores en todo el mundo. Un prefacio de John Berger (con dibujos, espléndidos, de Yves Berger), un prólogo de Vandana Shiva, una introducción, ocho densos y sustantivos capítulos, un epílogo, un capítulo de conclusiones, además de apéndices, referencias, índices, acrónimos y palabras claves, son las partes de este libro que, desde el momento el lector pone su atención sobre él, sabe, siente incluso, esté mucho o poco informado de los temas que en él se desarrollan, que está ante una investigación de altura, ante un trabajo que, sin atisbo para la duda, se va a convertir en un libro de referencia y, no sólo, como se apuntó anteriormente, para especialistas en temas de desigualdades sociales y en ciencias sociales y políticas, sino para movimientos sociales, para sindicatos obreros, para la ciudadanía crítica, para multitud de colectivo que poco a poco van viendo la importancia de un tema que no ha sido siempre atendido con suficiente tacto y generosidad. Tan imprescindible como deslumbrante hasta el punto que es casi imposible trazar una aproximación que no sea injusta por pobre, unilateral y limitada.

Porque, además, este no es sólo un libro de ciencias sociales con neta mirada praxeológica (véanse por ejemplo, las recomendaciones del capítulo de conclusiones), no es sólo un ensayo que recogiendo lo mejor de la tradición joven marxiana desea comprender el mundo, este mundo grande y terrible en que se nos quiere condenar a vivir, intentando ayudar a transformarlo, sino que es, además, un sustantivo y argumentado ensayo de filosofía social, esencial no sólo por la indudable belleza de su misma

composición sino por el esfuerzo, el cuidado, la elegancia, la verdad y la toma de posición implícitas en cada una de sus páginas, en cada una de sus inabarcables caras. John Berger lo señala así en su breve pero sustantivo texto: “Dado que el desarrollo social es dialéctico y que suele haber una contradicción entre las relaciones sociales existentes y el devenir posible, a veces uno percibe que la respuesta existente es inadecuada. Este libro nos insta a buscar otra respuesta a la pregunta: ¿cuál es el valor de la vida humana? Creo que ello sólo es posible imaginando y vindicando activamente un futuro muy diferente del que se está preparando”. No creo que los autores y autoras disientan ni tan sólo una coma de este justo comentario del guionista de *Jonás que cumplirá 25 años en el año 2000*.

Algunas de las tesis defendidas en ETDS son tan centrales como las siguientes. Como apunta Vandana Shiva en su prólogo, contrariamente a la visión hoy aún dominante, los autores de *Empleo, trabajo y desigualdades en salud: una visión global* creen y argumentan que la génesis de las desigualdades en salud relacionadas con el empleo y el trabajo no es un proceso tecnocrático y mucho menos un proceso neutro y libre de juicios de valor. Para ellos, con trabajadas y fundamentadas razones, es una práctica profundamente influida por las ideologías políticas y la lucha de intereses entre propietarios de medios de producción y financiación, directivos de esos medios, gobiernos dóciles o insumisos y clases trabajadoras. Si la raíz de estos problemas son sociales, sus soluciones también deben serlo. Las soluciones, las aportaciones tecnológicas, sin dejar de ser importantes y necesarias, son sin embargo limitadas: es el nivel real de poder y el grado de participación que tienen los trabajadores y trabajadoras lo que constituye el nudo central que puede permitir no sólo un proceso de toma de decisiones que sea más igualitario, dentro y fuera de las empresas, sino que también sea un factor fundamental para proteger la salud de los trabajadores, especialmente, la de sus sectores más desfavorecidos, menos protegidos y con trabajos más duros y arriesgados. Con palabras de Shiva: “Necesitamos un mayor equilibrio de poder en las relaciones de empleo. Necesitamos un empleo que sea más justo y sostenible. Necesitamos relaciones de empleo justas en el seno de una democracia ecológica. Necesitamos reducir las brutales desigualdades de salud que existen hoy en día”.

Algunos capítulos están centrados en cuestiones metodológicas. Fundamentalmente, el tercero y el cuarto. Un ejemplo de su interesante heterodoxia gnoseológica: la investigación sobre la salud laboral tiende fundamentalmente a centrarse en la influencia de las condiciones de empleo y trabajo en la salud; su estudio, en cambio, “va más allá y profundiza en las sorprendentemente poco estudiadas relaciones entre las condiciones de empleo y trabajo con las desigualdades en salud (DS)” (p. 24). Su análisis de las investigaciones actuales sobre este ámbito permite desvelar tres importantes limitaciones: 1. Son muy escasos los estudios que incluyen datos de los países pobres y de rentas medias. 2. Los estudios sobre la interacción entre las condiciones de empleo y trabajo y la salud no se centran en el impacto de la DS ni en sus causas subyacentes. 3. Pese a la importancia de examinar las mejores prácticas y ejemplos de políticas que se han mostrado efectivas a la hora de reducir las DS, el conocimiento en esta área sigue siendo muy limitado. ETDS intenta superar, y lo consigue netamente, estas tres limitaciones teóricas.

La finalidad praxeológica de ETDS queda muy reflejada en el apartado 11.2.: “Recomendaciones”. Algunas de las más esenciales: la reducción de las desigualdades sociales en salud debería formar parte, en general, de las políticas sociales y económicas integradas locales y globales; el sector social debería asumir un papel importante en la consecución de la equidad en salud para los trabajadores y sus familias; las agencias reguladoras internacionales deberían instar a los gobiernos a priorizar el empleo estable a tiempo completo y la adopción de políticas de empleo justo; hay que promover políticas en favor del empleo estable a tiempo completo par reducir las DS asociadas al desempleo, al empleo precario y al trabajo informal,... No es posible seguir pero sí es necesario destacar la inconsistencia de muchas de sus razonables recomendaciones con un marco productivo, cultural y civilizatorio que tenga como finalidad básica la maximización del beneficio y la mercantilización desalmada de la fuerza del trabajo y de las sociedades humanas.

“Hay que tener los ojos muy abiertos para ver las cosas como son; aún más abiertos para verlas otras de lo que son; más abiertos todavía para verlas mejores de lo que son”. Con esta hermosa cita machadiana abren los autores su libro. Sus ojos han estado abiertos, muy abiertos, para ver el mundo cómo es y, sobre todo, para vislumbrar el mundo que puede llegar a ser. La cita de Gramsci de las *Notas sobre Maquiavelo* que abre el prefacio alumbraba como un foco este libro inagotable, esta admirable aventura del conocimiento humano, este Cosmos –la comparación no es un descuido- de las desigualdades en el empleo y el trabajo y en la salud: “El problema de qué es el ser humano siempre se plantea como el problema de la así llamada ‘naturaleza humana’ o ‘del ser humano en general’; se intenta crear una ciencia del ser humano –un filosofía- cuyo punto de partida se basa primariamente en una ‘idea unitaria’, en una abstracción elaborada para contener todo lo que es ‘humano’. Sin embargo, la ‘humanidad’, como realidad y como idea, ¿es un punto de partida o un punto de llegada?”.

Probablemente sea un punto de llegada como lo es este admirable ensayo, fruto de muchos años de trabajo e investigación, que permite llegar, no para permanecer inmóviles sino para seguir avanzando ininterrumpidamente.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

TRASGREDIENDO LOS LÍMITES DE LA CAPACIDAD DE REGENERACIÓN DE LA BIOSFERA

Ramón Fernández Durán, *El Antropoceno. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*. Virus editorial, Barcelona, 2011.

El Viejo Topo, junio de 2011

Una dedicatoria abre el último libro, esta pequeña y cuidada joya de Ramón Fernández Durán (RFD). Dice así: “Este texto está dedicado a la población de El SALTO, el núcleo de la periferia metropolitana de Guadalajara (México) que sufre diariamente la tremenda contaminación del río Santiago que la atraviesa. Antiguamente, El Salto era una localidad paradisíaca con una cascada natural bellísima en torno a la cual se fue desarrollando este pequeño núcleo urbano. Pero en la actualidad los efluentes sin tratar de la gran urbe, y sobre todo de distintos polígonos industriales, la han convertido en un lugar infecto en donde sus habitantes malviven y sobreviven a duras penas. Pero a pesar de ello, sus vecinos y vecinas están dando un ejemplo de dignidad y de lucha, rebelándose contra esta situación y reclamando que este tormento diario acabe cuanto antes. El Salto es una muestra concreta local de la crisis ecológica mundial. Y desde aquí me solidarizo con su lucha y envío un recuerdo muy entrañable a Graciela y Enrique, dos de los dirigentes de esa rebelión vecinal con los que tuve la gran suerte de compartir su experiencia y visitar la zona en 2008, gracias a la colaboración de Yessica”.

No logro pensar otro texto que sintetice mejor el espíritu y la cosmovisión de este maestro y amigo de tantos ciudadanos y ciudadanas llamado Rafael Fernández Durán: entrañable, sensible, comprometido, fraternal, internacionalista, ecologista insumiso, crítico de las peores aristas, que no son pocas, de esta incivilizada civilización industrial en la que nos ha tocado vivir. Mejor imposible. “A la gente buena se al conoce/ en que resulta mejor cuando se la conoce”.

Una introducción, nueve capítulos y una bibliografía documentada donde algunas referencias son muestra clara de los anclajes intelectuales y políticos del autor (Naredo es referencia destacada) componen *El Antropoceno*, parte de un libro del autor en elaboración sobre la crisis del capitalismo global y el previsible colapso civilizatorio, “vistos a partir de una amplia perspectiva histórica, en el que se hace una especial reflexión sobre la crisis energética mundial”. La tesis central del libro puede ser expuesta en los términos siguientes: hemos pasado en el siglo XX de un mundo vacío a un mundo lleno. Estamos en una verdadera mutación histórica, en una nueva era geológica, en Antropoceno. El Antropoceno sería, en palabras de RFD, “una nueva época de la Tierra, consecuencia del despliegue del sistema urbano-agro-industrial escala global, que se da junto con un incremento poblacional mundial sin parangón histórico” (p. 9). Todo ha actuado, está actuando, como una verdadera y temible fuerza geológica con enormes y casi inconmensurables implicaciones ambientales. RFD toma pie en las reflexiones de la Sociedad Geológica de Londres, “la de mayor historia y quizás la más prestigiosa del planeta”. El Holoceno, la etapa histórica que se abre con la

invención de la agricultura, nuestros últimos 12.000 años, está tocando a su fin. El trecho interglacial que ha definido este período ha terminado y entramos ahora en una nueva era histórica que, a diferencia de las anteriores, estaría marcada por la decisiva influencia de la especie humana en el planeta.

RFD, en absoluto cegado por ningún ecologismo globalizador que pierda matices y diferencias sociales e históricas, no deja de señalar inmediatamente que no es toda la especie humana, sin más matices, la que así actúa sino una parte “cada vez más importante de la misma que se ve impulsada y condicionada por un sistema, el actual capitalismo global, fuertemente estratificado y con muy diferentes responsabilidades e impactos en de sus distintas sociedades e individuos, que ha logrado alterar por primera vez en la Historia el sistema ecológico y geomorfológico global” (p. 10). Matiz, una vez más, es concepto y comprensión.

Y no sólo es, RFD no deja de insistir y argumentar sobre ello a lo largo del libro, el funcionamiento del clima, que también, o la complejidad y magnitud de la biodiversidad planetaria, sino el propio paisaje, el propio territorio: el sistema urbano-agro-industrial se ha convertido en la principal fuerza geomorfológica, “una tremenda fuerza de carácter antropogénico, activada y amplificada por un sistema que se basa en el crecimiento y acumulación (dineraria) “sin fin”. Y sus impactos durarán siglos o milenios, y condicionarán cualquier evolución urbana” (p. 10). El sistema urbano-agro-industrial, RFD lo documenta adecuadamente, pone anualmente en movimiento un tonelaje de materias primas muy superior al de cualquier fuerza geológica.

A la expansión irresponsable de la industria química dedicada RFD también páginas luminosas. No sólo es el estallido de la producción de plásticos, difíciles de tratar y reciclar, sino la enorme variedad de sustancias sintéticas de carácter tóxico y persistente. En la actualidad, recuerda el autor, “circulan libremente por el mundo unas 140.000 sustancias químicas de carácter más o menos nocivo, sustancias que se han sacado al mercado y se han comercializado sin ninguna, o mínimas, medidas de seguridad” (p. 26). El principio de precaución, denuncia con razón RFD, sobre el que él mismo apunta reflexiones de enorme interés y nada triviales, brilla por su ausencia.

Por si faltara algo, RFD nos regala además importantes hallazgos terminológicos y conceptuales que no sólo son exquisiteces marginales sino que permiten pensar políticamente, y de forma novedosa, lugares o situaciones más o menos conocidos. Un ejemplo: RFD habla, al comentar la perturbación de la biosfera por este sistema infernal, este nuevo sujeto del Apocalipsis, de “golpe de Estado biológico”. Un notable acierto. Otro más: no nos debería ser difícil imaginar la cantidad de materiales, sobre todo de carácter estratégico, que los artefactos que rodean las acríticamente denominadas nuevas tecnologías (iPods, MP3, playstations, iPads, kindles, cámaras electrónicas), “aunque normalmente se oculte este lado oscuro de dichas tecnologías” (p. 89). Por si fuera preciso añadir algo más, no deberíamos olvidar “la cacharrería electrónica sistemáticamente infrautilizada y cada día más obsolescente, requiriendo en general de pilas altamente contaminantes para su funcionamiento, cuya producción y reciclaje genera también serios problemas ambientales” (p. 89).

El Antropoceno levanta acta de la vertiginosa y suicida senda de

destrucción en la que se ha sustentado este crecimiento desaforado y literalmente criminal del sistema agro-urbano-industrial globalizado. Una ilustración que produce temblor y angustia, y ganas de rebelión, de la situación denunciada: según diversos cálculos, a la Tierra le costaría actualmente alrededor de 1,3 años reponer los recursos que principalmente los países del Norte y de las periferias emergentes consumen a lo largo de un año. Una de sus consecuencias: el colapso biológico de esta locura desarrollista que ha supuesto una pérdida del 30% de la biodiversidad de la Tierra entre 1970 y 2005. Algunos estudiosos, razonablemente, han hablado de la sexta extinción en la historia del planeta.

No hay en todo caso condena o leyes inexorables que nos conduzcan a la destrucción anunciada. RFD cierra su libro hablando de escenarios posibles que se abren a corto, medio y largo plazo. Estos escenarios dependen de múltiples factores. Entre ellos, “de la capacidad de resistencia y transformación social de las distintas sociedades humanas, frente a unas estructuras de poder que sucumbirán muy probablemente también en el medio y largo plazo como parte de una civilización que se agota” (p. 100). Estos procesos no son lineales: pueden alumbrar barbaries y regresiones sociales sin precedentes, pero también pueden dar pie a nuevas construcciones sociopolíticas y culturales que “deberán establecer forzosamente nuevas relaciones con el entorno y en el interior de si mismas, si es que pretende subsistir”. Nos va la vida en ello. RFD no se equivoca cuando señala que los dinosaurios peor adoptados para subsistir en los nuevos escenarios que se están abriendo ante nuestros ojos serán las megalópolis mundiales, esos sistemas de miseria y desigualdad de las que nos ha hablado tan documentadamente Mike Davis, esos organismos caóticos e inhumanos que hoy, puerilmente, nos deslumbran con su aparente poderío y fulgor.

En 1979, Manuel Sacristán, otro enorme ecologista avant la leerte, habló de la tarea que habría que proponerse para que “tras esta noche oscura de la crisis de una civilización despuntara una humanidad más justa en una Tierra habitable, en vez de un inmenso rebaño de atontados ruidosos en un estercolero químico, farmacéutico y radiactivo”. Ramón Fernández Durán lleva décadas, cuando tantos han desistido, empeñado incansablemente en esa ingente tarea, en el necesario esfuerzo por alumbrar una humanidad más justa en una Tierra habitable. Con un excelente y contagioso sentido del humor, uno de nuestros ecologistas y activistas más admirables y queridos ha ido en serio, sigue yendo en serio. *El Antropoceno* es un ejemplo de ello. ¿A qué esperan para sumergirse en él?

Me olvidaba: no se pierdan las magníficas y sugerentes ilustraciones de Isabel Vázquez.

PS: RFD abre su libro con cuatro citas. Una de ellas es ejemplo del irracionalismo fáustico que dirige la acción de muchas acciones y empresas, de esta apuesta inamovible y suicida por el “más y más madera”: “El mundo puede continuar de hecho sin recursos naturales, de manera que el agotamiento de recursos es una de aquellas cosas que pasan, pero que no es una catástrofe” (R. Solow). Otra, en cambio, la cuarta, es ejemplo de la sabiduría que abona la reflexión y la acción de personas como el autor: “La pretensión de avanzar hacia un mundo social y ecológicamente más

equilibrado y estable sin cuestionar las actuales tendencias expansivas de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general es algo tan ingenuo que roza la estupidez” (J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*). Entre maestros anda el juego.

Me permito añadir otra. Los versos finales de aquel grandioso poema de Luis Cernuda, “1936”, que fue escrito para personas como Ramón.

[...]

Que aquella causa aparezca perdida,
nada importa;
Que tantos otros, pretendiendo fe en ella
sólo atendieran a ellos mismos,
importa menos.
Lo que importa y nos basta es la fe de uno.

Por eso otra vez hoy la causa te aparece
como en aquellos días:
noble y tan digna de luchar por ella.
Y su fe, la fe aquella, él la ha mantenido
a través de los años, la derrota,
cuando todo parece traicionarla.
Mas esa fe, te dices, es lo que sólo importa.

Gracias, compañero, gracias
por el ejemplo. Gracias por que me dices
que el hombre es noble.
Nada importa que tan pocos lo sean:
Uno, uno tan sólo basta
como testigo irrefutable
de toda la nobleza humana.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

EL MELANOMA DEL MODELO INMOBILIARIO ESPAÑOL

José Manuel Naredo y Antonio Montiel Márquez, *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*. Icaria, Barcelona, 2011, 174 páginas

¿Cómo es posible que el urbanismo salvaje, por decirlo corto y de forma suave, que recorrió nuestra geografía, especialmente en los alrededores de nuestras grandes metrópolis, durante el franquismo volviera a actuar impunemente y con fuerzas renovadas, de viejas y nuevas familias, durante lo que llamamos generosamente democracia demediada? ¿Cómo es que este modelo ha imperado casi por toda la geografía hispánica saltándose barreos autonómicos, nacionales y culturales y la descentralización de competencias en materia urbanística? ¿Cuál es la naturaleza esencial, el kernel, del modelo inmobiliario español? ¿Existe alguna relación entre el modelo y la burbuja especulativa inconmensurable en la que estuvimos y seguimos inmersos? ¿Cómo es que la adhesión a la UE, los avances democráticos conseguidos, no han podido culminar un modelo alternativo al levantado con clara intencionalidad de sumisión ciudadana por el franquismo? ¿Por qué tantos y tantos ciudadanos, nacionales y no nacionales, se ha precipitado por el abismo del gasto, la hipoteca y la dependencia por décadas, como ya diseñara en 1957 el arquitecto falangista José Luis de Arrese, el primer ministro franquista de la Vivienda? ¿Cómo ha sido posible que megaproyectos urbanos y operaciones inmobiliarias de dudoso origen que levantaron razonables protestas ciudadanas durante el franquismo colaran durante la democracia demediada monárquica revestidos de impunidad legal y de “buen hacer político y empresarial” y sin excesiva respuesta popular? ¿Cómo es posible que durante esta democracia fruto de la Inmaculada transición se produjeran cambios fuertemente consensuados en el marco institucional que permitieran “ordenar el territorio y el medio urbano a golpe de recalificaciones o reclasificaciones de suelo y “operaciones” acordadas por un neocaciquismo local y regional emergente” (p. 14), totalmente al margen, claro está, del planeamiento general y los intereses de la ciudadanía? ¿Por qué España en el país de la UE con menor porcentaje de viviendas de alquiler? ¿De dónde ha surgido el inmenso poder del lobby inmobiliario-constructivo de nuestro país? ¿Por qué España vivió el último boom inmobiliario con mucho mayor intensidad que los otros países europeos? ¿Por qué este boom alcanzó en España una intensidad y duración casi sin precedentes inflando una burbuja especulativa de proporciones inconmensurables cuyo pinchazo ha originado una de las crisis más abisales de la historia del capitalismo? ¿Era inevitable esta patología del crecimiento que ha forzado la expansión de los procesos de urbanización y sus servidumbres territoriales a ritmos muy superiores a los del crecimiento de la población y a sus rentas disponibles? ¿Qué hizo que España fuera líder europeo en construcción de viviendas y en consumo de cemento, superando ampliamente a países que, como Francia o Alemania, contaba con mayores poblaciones y territorios más amplios? ¿Cómo fue posible que entre 2003 y 2005, los años centrales del boom inmobiliario, el número de viviendas construidas en España superase la suma de las realizadas, durante el mismo

periodo, en Reino Unido, Alemania y Francia? ¿Cómo es posible que España sea actualmente el país con más viviendas por habitante de la UE? ¿Qué cultura, qué valores, qué sentido de la vida arraigó fuertemente entre la ciudadanía española, y especialmente y aunque no sólo entre sus clases dirigentes, para que un boom inflado y artificial de estas características desolara nuestra geografía con esa enorme fuerza y esa supuesta “naturalidad”? ¿De dónde la extendida autocomplacencia que se extendió por el páramo hispánico? ¿No hay alternativas, no existen otros modelos de orden territorial, urbano y constructivo? ¿Cabe pensar algo alternativo en estos momentos de resaca? ¿Volverá todo, tras años de sosiego, a ser como siempre ha sido: todo por la pasta y el último, que es el tonto y confiado, que apague la luz? ¿Qué significado y daño ecológico tiene que España llegase a ser el quinto país del mundo en consumo de cemento? ¿Es exagerado afirmar que España ha sufrido un tsunami inmobiliario nunca anunciado ni corregido? ¿Qué pensar de casos como el de David Taguas, que pasó de ser jefe del gabinete económico de Rodríguez Zapatero a presidir, por elección empresarial, la patronal de las grandes constructoras, la Seopan, cuya conexión con los poderes económicos imperantes durante el franquismo no ofrece ningún atisbo de duda? ¿Cómo se podrán reconvertir y reutilizar los excesivos stocks de suelo, infraestructuras y viviendas y paliar la carga de la excesiva deuda acumulada? ¿Quiénes tomarán nota de que sufrimos las graves y enormes consecuencias de un modelo inmobiliario agotado que en absoluto permite resolver estos problemas y exige a gritos su reconversión? ¿Por qué, políticamente, las consecuencias de este crecimiento económico, con los inimaginables beneficios empresariales anexos, que no ha supuesto realmente mejoras en la calidad de vida de la población, tendrán que pagarlas la ciudadanía en su conjunto? ¿España ha sido una Marbella extendida todo el territorio? ¿Se ha salvado alguien de este aquelarre inmobiliario y financiero?

Estos son algunos de los interrogantes a los que José Manuel Naredo y Antonio Montiel Márquez responden en su ensayo sobre el modelo inmobiliario español. Con sus propias palabras, “en el texto que sigue se matiza la evolución del modelo inmobiliario español, se indican sus implicaciones económicas, sociales y ecológicas, sus consecuencias sobre el territorio, el urbanismo y la construcción” (p. 15) y se reflexiona sobre las posibles alternativas, “antes de recaer en el análisis más pormenorizado del marco social-institucional que facilitó el desarrollo ejemplar de este modelo en el caso valenciano, al que se dedica la segunda parte del libro”. Esta segunda –“El modelo inmobiliario valenciano. Marco institucional, actores, resultados y perspectivas”- es la parte que ha sido escrita por Antonio Montiel Márquez. La primera –“El modelo inmobiliario español y sus consecuencias”- lleva la firma de José Manuel Naredo. Ambas secciones se complementan consistentemente y lo único que aquí cabe apuntar es que su lectura no decepcionará al lector, ni siquiera al lector más informado. Leamos, tomemos nota y aprendamos, y, si podemos, coligamos las conclusiones políticas de esta abismal desolación nacional cuyos contornos no están aún del todo delimitados. Ha habido miseria pero no ha habido ninguna grandeza en esta apuesta infame que ha corrompido hasta el tuétano a sectores en absoluto minoritarios del cuerpo social español. La analogía que establece Naredo, tomando pie en W.M. Hern, entre un melanoma y la conurbación difusa dice

más que mil capítulos con imágenes sustantivas: 1. Crecimiento rápido e incontrolado - Desarrollo urbano movido por afán de lucro ilimitado. 2. Metástasis en diferentes lugares - La conurbación difusa envía trozos de ciudad a puntos alejados. 3. Indiferenciación de las células malignas - El estilo universal unifica las tipologías constructivas. 4. Destruye los tejidos adyacentes - El estilo universal y la conurbación difusa destruyen el entorno territorial y urbano.

Los cuatro años transcurridos desde que, a partir de abril de 2007, empezaron a caer los precios en los anuncios de venta de viviendas, ha escrito uno de los autores del ensayo (JMN), inducen a reflexionar sobre la duración y las consecuencias de un ajuste que no termina de producirse. En este primer trimestre de 2011, los precios de la vivienda (de anuncios y tasaciones) han acelerado su caída, a la vez que sigue disminuyendo el empleo en la construcción. El ajuste, en buena lógica, tendría que dar salida al enorme stock actual de viviendas en busca de comprador: si a las viviendas nuevas y usadas en venta se añaden, observa JMN, “aquellas otras en construcción y en proyecto, este stock supera largamente los dos millones”. La desmesurada oferta se topa hoy con una escuálida demanda: el componente especulativo y turístico se ha desinflado con la crisis junto a las extendidas expectativas de revalorización. La demanda efectiva de vivienda de los hogares españoles, los más endeudados de la UE como es sabido, acusa tanto el declive de la población inmigrante como el de los nuevos demandantes, castigados por el paro, los bajos salarios, la precariedad, y los recortes sociales y salariales. En este contexto, comenta finalmente JMN, observamos la insólita actuación de un ministro de Fomento que dice ser socialista y que, en vez de aprovechar la ocasión para reconstruir el casi desaparecido stock de vivienda social, viajará por el mundo como un comercial a sueldo ofreciendo viviendas a “inversores” de lejanos países. ¿Cómo cabe interpretar así en alguien que es, además, vicesecretario general o afín del PSOE? Esta es otra de las preguntas que cabe añadir a la batería de interrogantes con los que hemos abierto.

Me olvidaba: si en 1950 el 50% del stock de viviendas estaba en régimen de alquiler, en 2001 la cifra se redujo a un 11%. No es improbable a fecha de hoy la cifra sea aún menor. Este decrecimiento dice mucho también de la historia de nuestro insostenible país.

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)

UN EPISTEMÓLOGO QUE RECORRIÓ DE JOVEN LOS BARRIOS OBREROS DE BUENOS AIRES

Mario Bunge, *Las pseudociencias. ¡Vaya timo!*, Laetoli, Pamplona, 2010, 247 pp. (edición de Alfonso López Borgoñoz, traducción de Rafael González del Solar; prólogos de Alfonso López Borgoñoz, Cristina Corredor y Rafael González del Solar)

Confundir es hacer idéntico lo distinto. La confusión puede ser involuntaria o deliberada. La confusión involuntaria es el precio que pagamos por la ignorancia, el apresuramiento, la improvisación o la superficialidad. La confusión deliberada, en cambio, es un delito, ya que es un engaño. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se identifica la libertad con la libre empresa o el libre comercio, el derecho a la defensa con la agresión armada, la socialización de los medios de producción con la estatalización y la propaganda con la información (p. 196).

Es un ejemplo, uno entre muchos posibles, de la agudeza, el ingenio, la inmensa cultura científica y humanista, la profundidad epistémica y el documentado pensamiento crítico de este enorme librepensador de nuestra época, el gran físico argentino Mario Bunge, este destacadísimo e incansable cultivador de la filosofía de la ciencia, de la historia de las ciencias y de las técnicas, de la economía, de la sociología, de la psicología experimental y del pensamiento político crítico y de tantos otros ámbitos.

Las pseudociencias. ¡Vaya timo!, está formado por tres breves prólogos y once capítulos de desigual tamaño. El origen del libro surge del interés del editor de Laetoli, Serafín Senosiáin, y del editor del volumen, Alfonso López Borgoñoz, de “reunir en castellano los artículos más significativos publicados por Mario Bunge dedicados, en general, a clarificar el principio de demarcación entre ciencia y pseudociencia” (p. 14), así como otros trabajos relacionados. El propio Bunge ayudó a la selección de textos.

La definición de pseudociencia dada por el autor puede ser expresada en los términos siguientes: todo campo de conocimiento que no sea científico y que se anuncia o presenta como tal, sólo pues en este caso, es pseudocientífico o falsa ciencia. Ejemplos de ello: la parapsicología y el psicoanálisis, no, en cambio, la historia o la psicología (Bunge tiene la valentía de incluir a la economía ortodoxa en el ámbito de las pseudociencias, y no en el de las protociencias o ciencias emergentes). Lo que Bunge entiende por ciencia, más concretamente, por ciencia fáctica o empírica (la psicología para él sería un ejemplo de esto último) queda netamente expresado en la definición que da y explica en las páginas 130-133. El dúo ordenado dado por el autor puede cohibir al lector/a pero no hay nada incomprensible en él. Por lo demás, tomando pie en el célebre artículo de 1973 de Robert K. Merton, el ethos de la ciencia básica sigue siendo para el físico y filósofo argentino el universalismo, el altruismo, el escepticismo organizado y el comunismo epistémico, esto es, el deseo y la práctica de compartir métodos y hallazgos.

Cabe destacar aquí el que, en mi opinión, compartible fácilmente, es el

capítulo central del libro, “¿Qué es la ciencia? ¿Es importante distinguirla de la pseudociencia?”, pp. 129-190, respuesta del autor a las críticas que suscitó su ensayo “A skeptic’s beliefs and disbeliefs” (*New Ideas in Psychology*, 9, 2, 1991), incluido también como capítulo 7º del volumen, “Creencias y dudas de un escéptico”. Igualmente, su magnífica conferencia de 2007: “Escepticismo político”, pp. 193-207, el capítulo X del libro, y “La conexión pseudociencia-filosofía-política”, pp. 209-228, una versión modificada del capítulo XIII de su excelente libro de 2010 *Matter and Mind. A Philosophical Inquiry*.

Pero incluso en artículos breves, en intervenciones puntuales como en un artículo de 2009 publicado en *El Escéptico*, “¡Por fin llegaron los extraterrestres!”, recogido aquí como capítulo IX, podemos encontrarnos con joyas gnoseológicas y políticas como la siguiente: “Mi explicación de la ceguera económica de mis escépticos amigos es que proceden de otro mundo: no viven en el mundo real de los despidos, expropiaciones, bancarrotas, corrupción e incompetencia empresarial. Nosotros, los amigos de la revista, debimos haber previsto que un solo ojo escéptico verá la mitad del mundo de la superstición y de la pseudociencia: la que se refiere a la naturaleza. Para poder advertir las supersticiones populares que atañen tanto a la sociedad como a la naturaleza se precisan dos ojos escépticos” (p. 192).

Como es inevitable, algunas de las tesis del autor, algunas de sus posiciones críticas ante, por ejemplo, el idealismo ontológico que rodea algunas interpretaciones de la mecánica cuántica, no han podido ser expuestas con detalle en un libro de estas características. Cuando así ocurre, Bunge siempre da referencias a obras suyas donde podemos ver desarrollos más detallados. No hay, pues, nada gratuito en sus afirmaciones. Algunas repeticiones también son inevitables en un volumen como éste.

Un autor como Bunge exige, sería una ofensa no hacerlo así, una aproximación que no sea meramente una apología de su libro y de su obra, por lo demás excelente y recomendable sin reservas. Me permito por ello señalar cinco notas críticas, dudas más bien.

1. La n -ordenada de 10 elementos con la que Bunge define conocimiento científico empírico puede presentar algún problema formal y no tan formal. La S , la sociedad, la segunda componente de la n -pla, no queda delimitada completamente. ¿Sociedad es equivalente a nación o a estado, o tiene un carácter más amplio? El dominio D habla de entidades reales, pasadas, presentes o futuras; luego, por tanto, no está delimitado: el futuro no tiene límites definidos. El mismo trasfondo filosófico que el autor señala en la componente 4ª es una perspectiva general, que es, a su vez, muy general, donde defiende una ontología dinamicista, un gnoseología realista y un ethos de búsqueda de la verdad, que permiten, en todo los casos, variantes no siempre conciliables. El mismo fondo de conocimiento del que habla, la componente K de la n -pla, puede en un determinado momento presentar una colección de teorías, hipótesis y datos actualizados no siempre consistentes entre sí ni en una buena armonía en momentos de cambio o revolución científica. La n -pla, presentada con diez elementos, parece ampliarse en su explicación y contener dos elementos más.

2. El psicoanálisis, como era de esperar, no es considerado de forma positiva por Bunge. No es incorrecto que así lo haga, pero es discutible la etiqueta de pseudociencia que le adjudica. Entre otras razones, porque no está nada claro que muchas tendencias psiconalíticas se presenten como

ciencia o se publiciten como tal. Siguiendo la propia lógica bungiana, podría tratarse de un conocimiento acientífico, como lo es, el ejemplo es del autor, la crítica literaria. Tampoco está claro que el psicoanálisis, como tradición de saber y de prácticas anexas, no haya tenido ninguna aportación de interés desde que Freud irrumpiera en escena.

3. El existencialismo para Bunge (p. 47) rechaza la lógica y, en general, la racionalidad. Adopta, en su opinión, una ontología superficial, casi ininteligible e incluso ridícula y no necesita semántica, epistemología ni ética. Bunge está pensando en la obra de Heidegger pero no está nada claro que su afirmación pueda extenderse a todo tipo de existencialismo. Si el personalismo de izquierda fue una forma de existencialismo, la ética de Simone Weil refuta la afirmación. Que una filosofía no produzca ningún estímulo para el desarrollo de la ciencia no la descalifica de entrada. Otros nudos puedan estar en su horizonte y ser abonados por ella. El arte, la política o la ética, por ejemplo.

4. El marxismo, así, en singular, confunde en opinión del autor la lógica y la ontología; adolece de una escasa lógica formal; infravalora el papel de la cultura, la política y la ideología; su gnoseología es de un realismo ingenuo que "no deja sitio a la naturaleza simbólica de las matemáticas o de la física" (p. 48). Largo etcétera. ¿De qué tradición marxista está hablando el autor de *Materialismo y ciencia*? ¿En qué autores está pensando? ¿La obra de, por ejemplo, Geymonat, Zeleny, Casari o Sacristán no refutarían todas o casi todas sus afirmaciones? El artículo donde Bunge traza esta aproximación no es opinión superada. Está fechado en 2006. Tampoco parece un hallazgo haber incluido a los científicos de orientación marxista Bernal y Haldane entre pensadores estalinistas sin citar período y acepción usada de un concepto sin duda algo borroso.

5. Bunge, no es la única vez, trata a Heidegger de forma algo peculiar. Se mofa de él y, en mi opinión, y sin que sirva de halago indirecto a la obra del autor de *Sein und Zeit*, y mucho menos a la intervención política siempre ocultada o envuelta en sombras de este nacional-socialista no arrepentido, no siempre con buenas armas hermenéuticas [1]. Por ejemplo, habla del idealismo de Heidegger y cita para ello, irónicamente, la siguiente afirmación: "Im wort, in der Sprache werden und sind erst die Dinge", un paso de la obra de 1935, re-editada en 1953, "Einführung in die Metaphysik". Una traducción aproximada podría ser la siguiente: "En la palabra, en el lenguaje es donde las cosas llegan a ser y son por primera vez". La que se da en el volumen altera un poco el sentido de lo afirmado: "Únicamente en la palabra, en la lengua, las cosas devienen y son" (p. 232). El "das Sein des Seiendes", que suele traducirse por "el Ser de los Entes", y que puede encontrarse en muchos textos de Heidegger, da pie a un juego bungiano un poco pueril: él dice ser incapaz de traducirlo, ¿cómo podría hacerlo? ¿El ser del Ser? ¿El Ser del ser? ¿El ser del ser? ¿El Ser del Ser? La fácil broma combinatoria no tiene alcance en mi opinión. La misma cita de la página 192 de *Ser y Tiempo*, que se reproduce en el volumen en la página 163, que le permite preguntarse "¿por qué habríamos de considerar que este galimatías, intraducible incluso al alemán decente, es filosofía seria?", es parte, sólo parte, de un razonamiento heideggeriano, no diga que sea correcto ni comprensible, al que, citado así, corta su potencial ilación lógica, si la hubiera claro está.

En la solapa interior del libro, se comenta que la formación humanística

y política del autor se enraizó en los barrios obreros de Buenos Aires que de joven recorrió con su padre, médico y destacado diputado socialista argentino. A los 19 años, Mario Bunge fundó la Universidad Obrera Argentina (UOA). Ese coraje político, esa cosmovisión socialista, es también parte de la filosofía que subyace a este excelente volumen de obligada lectura, otra aportación más de esta colección imprescindible dirigida por Javier Armentia y editada por Laetoli en colaboración con la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico.

Nota:

[1] Agradezco a Nicolás González Varela, Irene Iglesias y Àngel Ferrero la ayuda dispensada en este punto.

[VOLVER AL ÍNDICE](#)

EPÍLOGO: SIN SENTIMIENTOS NI DESEOS DE VICTORIA

No me siento vencedora en nada, no quiero vencer a nadie, sólo quiero encontrar mi lugar en el mundo y en la música sin que ello suponga una competición. La palabra vencedora no va conmigo. Pretendo ser verdadera, no engañar [...] ¿Por qué nuestras manos son más importantes que las de alguien que trabaja la tierra? Nosotros sólo hacemos pasar el rato a 2.000 personas en una sala y ellos nos dan de comer. ¿Por qué nos tienen que asegurar la manos a los pianistas y no a un agricultor? No debemos guardar nuestras manos, tenemos que ponerlas en acción.

Maria Joao Pires (declaraciones recogidas por J. Ruiz Mantilla: *El País*, 12/05/03)

Hace diez años que EEUU y la OTAN invadieron mi país bajo las falsas banderas de los derechos de la mujer, los derechos humanos y la democracia. Sin embargo, una década después, Afganistán sigue siendo el país más incivil, más corrupto y más destrozado por la guerra del mundo. Las consecuencias de la denominada guerra contra el terror han sido únicamente mayor baño de sangre, mayores crímenes, mayor barbarie, mayores violaciones de los derechos de la mujer y de los derechos humanos, centuplicando las miserias y sufrimientos de nuestro pueblo.

Malalai Joya (*Monthly Review*, 7 octubre 2011)

[**VOLVER AL ÍNDICE**](#)